

Confianza

Por

Henry James

I

Era a principios de abril. Bernard Longueville había pasado el invierno en Roma para, luego, viajar al norte por imperativo de varias obligaciones sociales que le reclamaban al otro lado de los Alpes. Pero el encanto de la primavera italiana le tenía seducido y buscó un pretexto para demorarse. Había estado cinco días en Siena, aunque en principio debían de ser dos; aun así le resultaba imposible proseguir su viaje. Era un joven con tendencia a la contemplación y la imaginación y esta era su primera visita a Italia, así que su demora no debe ser juzgada severamente. Le encantaba dibujar y tenía la intención de pergeñar algunos bocetos. En Siena había dos viejas fondas, ambas igual de astrosas y sucias. En la elegida por Longueville se entraba por un oscuro y maloliente paso abovedado, coronado con un rótulo que en la distancia podía antojársele al viajero como un remedo del aviso del Dante: que se abandonara toda esperanza. La otra fonda no estaba muy lejos y, al día siguiente a su llegada, al pasar ante ella, vio que entraban dos mujeres —que evidentemente pertenecían a la nutrida cofradía de las turistas anglosajonas—, una de las cuales era joven y de muy buen porte. La disposición —o más que disposición— de Longueville a la galantería hizo que el incidente despertara en él cierto pesar. Pensó que de haberse alojado en la otra fonda habría podido gozar de una compañía encantadora; en cambio, en el establecimiento elegido solo había un esteta alemán que fumaba tabaco barato en el comedor. Caviló que la fortuna siempre le deparaba esto, reflexión muy propia de él. Los sentimientos del momento le condicionaban, lo cual no resultaba del todo justo: era fruto de la intensa impresión que el instante propiciaba. Sin embargo, erraba en su apreciación de una fortuna, la suya, que había salpicado la trayectoria de Longueville de felices incidentes, los cuales no permitían que su característica galantería descansase. Se entregó, con todo, a una grata ociosidad durante esos luminosos y tranquilos días en la Toscana, obteniendo considerable goce del intenso pintoresquismo del entorno. De unos pocos años aquí, Siena era un infalible obsequio que la Edad Media ofrecía a la imaginación presente. Ninguna otra ciudad italiana podía presentar mayor interés para un observador amante de la evocación de los antiguos modos como era Bernard Longueville, devoto de la buena literatura y que antaño efectuara intensas incursiones en la historia medieval. Sus amigos lo tenían por muy inteligente a la vez que les hacía sentir cómodos gracias a su ausencia de pedantería. En verdad era inteligente y un excelente camarada; pero la auténtica medida de su brillantez se reflejaba en el modo en que sabía entretenerse a solas. Era muy dado a dialogar consigo mismo, gozando grandemente de su propia compañía. Inteligente como era al conversar con sus amigos, no podría yo asegurar que sus mejores reflexiones no fueran hechas

sino para sí mismo. Y esto no obedecía a un cínico desprecio por las entenderas de sus amigos: era simplemente porque, lo que hemos llamado su propia compañía, le era más estimulante que la de las demás personas. Y sin embargo, su gusto por la soledad no obedecía a este motivo: por el contrario, era un ser muy sociable. Hay que reconocer, pues, que de entrada su carácter parecía contradictorio en varios puntos, como probablemente se verá en el transcurso de esta narración.

Bernard Longueville se entretenía mucho a solas mediante reflexiones y meditaciones sobre la arquitectura de Siena y el temprano arte toscano o sobre la vida popular italiana y las idiosincrasias geológicas de los Apeninos. Si hubiera elegido la otra fonda para hospedarse, la atractiva joven —a la que había visto pasar bajo el oscuro portal con el rostro vuelto hacia el otro lado— hubiese podido partir peras con él en su banquete intelectual. Llegó un día, sin embargo, en que pareció por un momento que, de haber estado dispuesta, la chica podía haber recogido las migajas del banquete. Cada mañana, tras el desayuno, Longueville daba una vuelta por la gran plaza de Siena, ese vasto recinto en forma de casco de caballo, con un mercado bajo las ventanas del palacio almenado desde cuya cornisa colgante se alza una torre alta y recta, con impulso ligero cual pluma de la gorra de un capitán. Longueville paseaba y observaba cómo un atezado contadino descargaba su mula, o asistía al prolongado regateo en torno a un manojo de zanahorias, o anhelaba que una muchacha con ojos de ágata se dejase dibujar, y, a intervalos, miraba hacia la hermosa y estilizada torre recortada en el ancho cielo azul. Tras haber empleado la mayor parte de la semana en estas graves consideraciones, decidió, finalmente, abandonar Siena. Pero no había quedado satisfecho con lo reunido en su portafolio. Siena se prestaba notablemente a ser dibujada y sin embargo no le había sacado partido. En la última mañana de su estancia, mientras contemplaba la plaza atestada y sentía que, pese a su pintoresquismo, era un lugar incómodo para plantar un caballete, recordó, por contraste, un tranquilo rincón en otra parte de la ciudad, un rincón que había descubierto en una de sus primeras caminatas: el ángulo de una solitaria terraza que desembocaba en la muralla de la ciudad y en donde tres o cuatro elementos anacrónicos parecían relumbrar a la luz del sol: la puerta abierta de una iglesia vacía, el deteriorado fresco al aire libre sobre el arco que coronaba la dicha puerta y una anciana mendiga sentada en un taburete de tres patas junto a la entrada de la iglesia. La pequeña terraza tenía un desgastado parapeto que le llegaba a uno hasta el pecho y desde el cual se podían divisar unas montañas de extraña forma y melancólico colorido. En su parte externa, a la izquierda, la muralla se curvaba hacia fuera exhibiendo su desigual y vetusta compleción. Excavado en el muro de la iglesia había un cómodo banco de piedra en donde Longueville se sentó durante una hora observando las montañas en cuestión, con el parapeto en primer término. Un buen tema para un artista, por lo que se

prometió regresar con sus utensilios y pintarlo. Esa misma mañana volvió a la fonda para coger los útiles y se dirigió al lugar descrito a través del laberinto de calles vacías que bordeaban la muralla como los sobreabundantes pliegues de una vestimenta cuyo portador se hubiera encogido con la vejez. Cuando llegó a la pequeña terraza cubierta de brotes de hierba, la encontró tan soleada y recoleta como la otra vez. La vieja mendiga murmuraba súplicas, sagradas y profanas, junto a la puerta de la iglesia, pero, de no ser por esto, el silencio del lugar hubiera sido absoluto. La dorada relumbre solar calentaba la ocre superficie de la muralla e iluminaba las hondonadas de las colinas toscanas. Longueville, sentado en el banco vacío, preparó su pequeño caballete y dispuso los pinceles. Durante algún tiempo trabajó fluida y rápidamente, con un grato sentimiento de ausencia de cualquier impedimento. El único amago de interrupción se produjo cuando, en el silencio ambiente, se oyó el toque de mediodía de las campanas de la ciudad. Poco después, sin embargo, tuvo lugar otra interferencia. El sonido de unos leves pasos hizo que alzara la mirada y viese a una mujer joven que le contemplaba. Un segundo vistazo le confirmó que se trataba de la atractiva chica a la que había visto entrar en la otra fonda con su madre, y dedujo que acababa de salir de la iglesia. Sospechó, no sé por qué, que llevaba mirándole desde poco antes de él advertirlo. Quizá sería impertinente preguntarse qué debió pensar la joven de él, pero no lo que pensó Longueville de ella. A este le pareció una hermosa criatura de aire algo atrevido, y concluyó que, decididamente sí, se trataba de una compatriota. Tan pronto se vio observada, la joven apartó la mirada de modo que Longueville apenas tuvo tiempo de alzar su sombrero, algo que hizo tras un instante de vacilación. También la mujer pareció vacilar y miró hacia la iglesia, como si quisiera volver sobre sus pasos. Los instantes que permaneció allí fueron suficientes para que Longueville advirtiera lo grácil de sus movimientos; luego, fue lentamente hacia el parapeto de la terraza en donde permaneció con los brazos sobre el elevado antepecho de piedra, de espaldas al pintor, contemplando el paisaje. Longueville continuó con su boceto, pero ahora con menos atención que antes. Se preguntaba qué haría ahí esa joven sola, hasta que se le ocurrió que la madre debía de estar en el interior de la iglesia. Las dos mujeres se hallarían dentro del recinto al llegar él. A las mujeres les gustaba sentarse en las iglesias. Pero transcurrida media hora la madre todavía no había salido. La joven parecía, en esos instantes, mirar el paisaje que Longueville pintaba; se hallaba en el centro justo de la perspectiva. Lo primero que Bernard pensó fue que interfería lo que estaba pintando, pero luego caviló que quizá lo mejoraba. Poco a poco la chica fue dándose la vuelta hasta quedar de perfil, con una mano sobre el pretil, mientras que con la otra sujetaba la sombrilla que colgaba a su lado. Estaba inmóvil, como si se prestara a servir de modelo para la pintura. Su delicado perfil aparecía contra el cielo, bajo la clara sombra del coqueto sombrero. Su figura era delgada, de

movimiento ágil. Llevaba un vestido gris abrochado hasta el cuello, como era moda en el tiempo, y que dejaba ver por abajo el ancho borde de unas enaguas color carmesí. La joven continuó en esa postura, absorta en la contemplación del panorama. «¿Estará posando? —se preguntó Longueville—. ¿Lo hará con la intención de que la pinte?». Pero le pareció que tal suposición era innecesaria, puesto que el panorama era lo suficientemente hermoso para justificar la actitud de la mujer; y no era imposible que una guapa muchacha amara los bellos paisajes. «Esté o no posando —continuó diciéndose— la incluiré en mi pintura. Se ha metido en ella, por decirlo así. Le otorgará un interés humano. Nada hay como dotar de interés humano a un cuadro». Y así, con la rápida habilidad que le caracterizaba, introdujo la figura de la muchacha en el boceto y al cabo de diez minutos ya había pergeñado algo que se le parecía mucho. «Si estuviera quieta al menos otros diez minutos —se dijo—, podría terminar el boceto». Por desgracia, la chica no permaneció quieta; pareció cansarse de su postura y del paisaje. Se dio la vuelta y, mirando de nuevo a Longueville, caminó lentamente hacia la iglesia. Para ello debía pasar junto al pintor, por lo que, al ver que se acercaba, Longueville se puso instintivamente en pie con el boceto en la mano. La joven, con esa expresión en sus oscuros e inteligentes ojos que él había, unos minutos antes, mentalmente caracterizado de «atrevida», le miró de nuevo. Su cabello era negro y espeso: una muchacha llamativamente bella.

—Lamento que se haya movido —le dijo, desenfadadamente, en inglés—. Estaba usted tan hermosa.

Ella se detuvo y se le quedó mirando con más fijeza que nunca. Luego, cuando Longueville le mostró el boceto, sosteniéndolo con la mano, ella le echó un vistazo, aunque de forma muy distinta de la mirada curiosa que le había echado al pintor, de modo que no llegó a saber si ella se había ruborizado: más tarde pensaría si su reacción no había sido, antes bien, de temor. Pero la verdad es que no parecía dictada por el temor la respuesta que le dirigió:

—Se lo agradezco mucho. ¿No cree que ya me ha mirado lo suficiente?

—De ninguna manera. Debería mirarla aún más para concluir mi pintura.

—No soy una modelo profesional —dijo la joven.

—Eso no es un inconveniente —contestó Longueville riendo—. Pues tampoco me proponía pagarle.

La mujer encajó la broma con indiferencia y se alejó un poco sin decir nada. Pero algo en su expresión, en su actitud ante la tesisura, incitó a Longueville a jugar fuerte: experimentaba una intensa necesidad de llevar a cabo lo que se proponía.

—Tómelo como un acto de pura amabilidad —continuó—, o de calidad, simplemente. Con cinco minutos bastará. Como si yo fuese un mendigo italiano.

La mujer le devolvió el boceto y avanzó unos pasos, a lo que él aplaudió, sonriente y obsequioso; luego se detuvo y miró al pintor de nuevo, como pensando que se trataba de una persona muy extraña; no obstante parecía divertida. A estas alturas no transparentaba ningún temor. Incluso parecía dispuesta a provocarle un poco.

—He de ir junto a mi madre —dijo.

—¿Y dónde está su madre? —preguntó el joven.

—En la iglesia, por supuesto. ¡No he venido aquí sola!

—Por supuesto que no. Pero esté segura de que su madre se hallará muy a gusto. He estado en esa pequeña iglesia. Es encantadora. Seguro que su madre estará fatigada y se habrá sentado a descansar un poco. Si me concede cinco minutos más, ella vendrá a buscarla.

—¿Cinco minutos? —preguntó la joven.

—Cinco minutos bastarán y le estaré eternamente agradecido.

Longueville dijo esto con gran alegría. El boceto le importaba mucho menos de lo que sus palabras parecían insinuar; pero de algún modo anhelaba que la encantadora desconocida hiciese lo que se había propuesto.

La mujer volvió a mirar de nuevo el boceto.

—¿Será su pintura tan buena como esto? —preguntó.

—Tengo mucho talento —respondió riendo—. Ya lo verá cuando esté terminado.

La joven se dirigió otra vez, lentamente, hacia la barandilla.

—Cierto que usted tiene mucho talento, al menos para inducirme a que haga lo que usted desea.

Volvió al pretil en donde antes se había detenido. Longueville hizo amago de ir hacia ella, para indicarle la postura que quería, pero la mujer, señalando con decisión el pincel dijo:

—Tiene solo cinco minutos.

Él se puso de inmediato a trabajar, y ella hizo un vago intento de adoptar su anterior postura.

—Ya me dirá si lo hago bien —añadió a poco.

—Estupendamente —respondió Longueville con tono feliz, mirándola y aplicando el pincel—. Es usted amabilísima tomándose la molestia.

Por un instante ella permaneció en silencio, pero poco después dijo:

—Por supuesto que, ya que poso, trataré de hacerlo bien.

—Posa usted admirablemente —dijo Longueville.

Tras esto la mujer ya no dijo nada, y durante unos minutos Longueville pintó rápidamente y en silencio. Sentía cierta excitación y sus pensamientos se agitaban a la par que sus pinceles. Era verdad que ella posaba admirablemente; y era una criatura perfecta para ser pintada. Su belleza le inspiraba, así como su audacia; le alegraba contemplarla por el momento bajo ese aspecto, aunque se hacía preguntas sobre ella —quién y qué era— al advertir que lo que creía audacia no era vulgar atrevimiento, sino la consecuencia de un original y probablemente interesante carácter. Era obvio que se trataba de una perfecta dama, pero era igualmente obvio que su talante no era del todo ortodoxo. La plasmación pictórica de la mujer fue un éxito; le había quedado realmente lograda, llena de encanto, pensaba él mientras daba las últimas pinceladas. Entre tanto, la acompañante de su modelo apareció finalmente. Salió de la iglesia y se detuvo un instante para mirar a su hija y luego al pintor en la esquina de la terraza; después se dirigió directamente hacia la joven. Era una mujer pequeña y primorosa, de ligero y rápido caminar.

Los cinco minutos solicitados por Longueville se habían consumido, así que, abandonando su sitio, se aproximó a las dos mujeres con el boceto en mano. La de más edad había cogido del brazo a su hija y le miró con ojos sorprendidos: era una encantadora dama madura. Tenía unos ojos muy bonitos y, a ambos lados del rostro, sobre un par de finas cejas oscuras, se destacaban unos mechones de cabello plateado coquetamente dispuestos.

—Es mi retrato —dijo la hija cuando Longueville se acercó—. Este caballero me ha pintado.

—¿Te ha pintado, querida? —murmuró la madre—. ¿No ha sido algo muy repentino?

—¡Muy repentino... y abrupto! —exclamó la joven riendo.

—Y aun así ha quedado muy bien —dijo Longueville, ofreciendo la pintura a la madre, que la tomó y empezó a examinarla.

—No sé cómo expresarle mi agradecimiento —le dijo a la modelo.

—Está muy bien que me lo agradezca —replicó ella—. Lo inicié sin pedirme permiso.

—Era tan grande la tentación...

—Debemos resistirnos a las tentaciones. Tenía que haber solicitado mi consentimiento.

—Tenía miedo de que se negara; y como se puso ahí, en mi línea de visión...

—Debió pedirme entonces que me apartara.

—Lo habría lamentado. Además, hubiese sido indelicado en extremo.

La joven se le quedó mirando un momento.

—Sí, quizá hubiese sido poco delicado. Pero lo que usted ha hecho lo es aún más.

—¡No podía hacer otra cosa! —dijo Longueville—. De otro modo, ¿cómo lo hubiera podido conseguir?

—Es un hermoso trabajo —murmuró la madre.

Y le devolvió la pintura a Longueville, aunque la hija no había dirigido una sola ojeada a la misma.

—La solución era haber aguardado a que me fuera —continuó argumentando la tenaz joven.

Longueville sacudió la cabeza.

—¡Nunca desperdicio una oportunidad!

—Podía haberme retratado más tarde, de memoria.

Longueville la miró sonriendo.

—Créame: ahora la tendré mucho más fresca en la memoria.

Ella sonrió también un poco, pero al instante volvió a ponerse seria.

—Por mi parte, es un episodio que trataré de olvidar. No me gusta el papel que he jugado en él.

—¡Ojalá nunca le toque jugar otro más inconveniente! —exclamó Longueville—. Espero que su madre acepte, al menos, un recuerdo de la ocasión.

Y le ofreció de nuevo la pintura a la mujer que, a la vez que miraba al uno y a la otra con aire de confusa gravedad, había estado escuchando el diálogo entre su hija y el atrevido desconocido.

—¿Me hará el honor de conservar la pintura? —le dijo—. Creo que es un muy fiel retrato de su hija.

—¡Oh, gracias, gracias! —murmuró la mujer con gesto deprecativo.

—Servirá como reparación por las libertades que me he tomado —añadió Longueville, y empezó a arrancar la lámina de su cuaderno.

—Pero no es conveniente —dijo la joven.

—¡Oh, querida, es encantador! —exclamó la madre—. Un retrato extraordinariamente fidedigno.

—¡Lo que lo hace todavía más inconveniente!

Longueville acabó irritándose. La terquedad de la joven no traslucía malignidad pero era desagradable. Parecía como si desease ser tenida por una atractiva perversa.

—¿Qué encuentra inconveniente? —preguntó él frunciendo el ceño.

La creía lista y de hecho respondió presta, pero pareció vacilar un instante antes de contestar.

—Que nos regale la pintura —contestó ella al cabo.

—A quien se la regalo es a su madre —hizo notar Longueville.

Pero esta observación, fruto de su irritación, pareció no tener el menor efecto sobre la chica.

—¿No es eso lo que los pintores llaman un «estudio»? —continuó—. Algo de uso solamente para los pintores. Debería, pues, guardárselo, para que le fuera útil más tarde.

—Mi hija sí es digna de «estudio», debe pensar usted —comentó la madre con voz leve y conciliadora y aceptando de nuevo, agradecida, la pintura.

—Debo admitir que soy muy contradictorio —dijo Longueville, y añadió mirando a la madre—: Me estimo poco, madame.

—Te lo ha dado a ti, mamá —dijo la modelo soltando el brazo de la madre y alejándose.

La mujer contemplaba el boceto con una sonrisa que parecía expresar un amable deseo de excusar cualquier inconveniencia.

—Es extremadamente hermoso —murmuró—. Si usted insiste en que me lo quede...

—Lo consideraré un gran honor.

—Muy bien, pues; agradeciéndoselo mucho, me lo quedaré —dijo mirando al joven un instante mientras la hija seguía alejándose.

Longueville la consideró un ser delicioso, se le ocurrió que era algo parecido a una cuáquera transfigurada, una mística con sentido práctico.

—Estoy segura de que piensa que es una muchacha extraña —añadió.

—Es extremadamente guapa.

—Y muy lista —dijo la madre.

—Y maravillosamente encantadora.

—¡Pero también con muy buen corazón! —exclamó la mujer.

—Seguro que lo ha heredado de usted —dijo Longueville de modo expresivo, mientras la mujer, devolviéndole el saludo con gentileza algo escrupulosa, se apresuraba tras su hija.

Longueville permaneció en el lugar mirando el panorama, aunque sin verlo realmente. Sentía como si hubiese a la vez disfrutado y perdido una oportunidad. Tras unos instantes trató de pergeñar un retrato de la vieja mendiga, que continuaba sentada en una especie de parálisis impasibilidad, como una estatua más junto a la puerta de una iglesia. Pero el intento de reproducir sus facciones no dio resultado y de pronto dejó el pincel. No era lo suficientemente agradable: su perfil no era estético.

II

Dos meses más tarde Bernard Longueville se hallaba en Venecia, con la intención, todavía, de abandonar Italia. No era hombre de seguir planes a rajatabla. Los hacía, por supuesto, e incluso más que otras personas, pero solo como base sobre la que constituir variaciones. Había ido a Venecia para una estancia de quince días, pero estos quince días se habían convertido en ocho semanas maravillosas. Aún estaba convencido de que iba a poder llevar a cabo sus planes, pues hay que confesar que en cuanto veía una posibilidad de disfrute tenía una considerable capacidad para acomodar la teoría a la práctica. Su goce en Venecia fue extremo, pero le apartó de allí un llamamiento que vio incapaz de resistir. Se trataba de una carta de un amigo íntimo que vivía en Alemania: Gordon Wright. Este había estado pasando el invierno en Dresde, pero la carta llevaba membrete de Baden-Baden. Como no era larga, la puedo citar por entero:

«Me gustaría mucho que vinieras aquí. Creo que has estado antes, así que conoces la belleza e interés del lugar. Probablemente permanezca aquí el resto del verano. He conocido a gente que quiero que conozcas. Sé bueno y ven. Así te podré agradecer cabalmente tus largas cartas de hace dos meses. No te puedo responder con la amplitud que desearía: no tengo tiempo. ¿Sabes en qué lo empleo? En el amor. Me parece una ocupación absorbente. Por eso y nada

más que por eso no te he escrito antes. He estado ocupado en el asunto desde finales de mayo. Requiere una enorme cantidad de tiempo y provoca que todo lo demás resulte olvidado por completo. No quiero decir que el experimento haya avanzado muy rápidamente, he debido empujar para que avanzara. Y no he tenido tiempo para calibrar su éxito: para ello necesito tu ayuda. Ya sabes que los grandes científicos nunca emprendemos un experimento sin un ayudante, alguien humilde que se queme los dedos y se manche las ropas en aras de la ciencia y cuyo interés en el problema sea solo indirecto. Quiero, pues, que seas mi ayudante, aunque te garantizo que tus quemaduras y manchas no serán peligrosas. Se trata de una mujer extremadamente interesante que quiero que veas; deseo saber qué te parece. Ella también te quiere conocer, pues le he hablado mucho de ti. Ahí lo tienes: el que tu vanidad resulte halagada te ayudará. En serio: es una súplica. Quiero tu opinión, tus impresiones. Quiero ver qué te parece ella. No te estoy pidiendo un consejo, algo que tú, por supuesto, no querrás darme. Lo que deseo es una definición, una descripción. Ya sé que es una cosa que no te gusta. Pero no veo por qué no he de poder contarte esto, siempre te lo he contado todo. Nunca he pretendido saber nada de mujeres, aunque sí he supuesto que tú lo sabías todo respecto a ellas. Ciertamente, siempre has poseído una suerte de sapiencia al respecto. Ven, pues, lo antes que puedas y convénceme de que no eres un embaucador. La chica es muy hermosa».

A Longueville le divirtió tanto la petición de su amigo que partió hacia Alemania de inmediato. Quizá la carta de Gordon Wright haya provocado en el lector más sorpresa que hilaridad, pero Longueville la encontró muy característica de su amigo. Lo que ante todo indicaba era la falta de imaginación de Gordon, carencia a la que frecuentemente aludían de forma jocosa los dos amigos, pues cada uno tenía las suficientes rarezas como para que el otro pudiese ironizar con amplitud sobre ellas. Bernard solía decir que la falta de imaginación de Gordon era un pozo sin fondo al cual de continuo le invitaba a bajar. «Mi querido amigo —decía Bernard—, debes excusarme; no puedo emprender esas excursiones subterráneas. Perdería mi aliento allí abajo, no regresaría vivo. Ya sabes que suelo echar cosas al pozo —chistes, metáforas, pequeñas fantasías, paradojas—, ¡y nunca he oído que tocan fondo!». Como se ve, un verdadero epigrama por parte de un joven dotado de una viva fantasía. Pero era verdad, sin embargo, que Gordon Wright tenía un intelecto más de suelo firme que no de altos vuelos. Cada frase de la carta le pareció a Bernard escrita con botas de caminar de gruesas suelas y nada podía expresar mejor su modo de razonar que el que propusiera a su amigo que viniese e hiciese un análisis químico —o geométrico de la mujer a la que quería. «Qué poca idea tiene de las dificultades que tendré para formarme esa opinión y más aún para que él la acepte cuando se la formule». Así pensaba Bernard mientras iba en tren a Múnich. «La mente de Gordon —continuó

pensando— carece de atmósfera; su proceso intelectual obra en el vacío. Las corrientes y las mareas no le afectan, así como tampoco el sol intenso, el viento fuerte y los cambios de estación y temperatura. Sus premisas aparecen nítidamente establecidas y sus conclusiones fácilmente previsibles».

Y sin embargo, Bernard Longueville experimentaba un fuerte afecto hacia ese carácter sobre el que solía volcar su irónico ingenio. No se invalida una amistad porque las partes sean disímiles. Debe existir una base de acuerdo, pero lo que se edifica sobre ella puede abarcar mil disparidades. Ambos jóvenes tenían constituida una alianza desde hacía tiempo, de la época del colegio, y el vínculo entre ellos se había fortalecido por el simple hecho de haber sobrevivido a las evoluciones sentimentales de la edad temprana. El vínculo más fuerte era el del mutuo respeto. Sus gustos, sus búsquedas eran distintas; pero cada cual tenía en alta estima el carácter del otro. Puede decirse que se sentían cómodos, pues ninguno de ellos había materializado ningún hecho demasiado brillante. Eran jóvenes americanos muy civilizados, nacidos, ambos, en el seno de una fortuna holgada y de un destino tranquilo, y nada dados al fulgor de las oportunidades doradas. No temo desmerecer su tierra natal en favor del crédito de ambos si afirmo que nada había logrado establecer diferencias entre ellos. Al alcanzar la mayoría de edad ya disponían de unos medios de vida que les eximían de cualquier duro esfuerzo innecesario. Gordon Wright había heredado una notable fortuna. Como sus necesidades eran razonablemente modestas, no le tentaba la consecución de la gloria de una gran fortuna comercial, el destino más obvio para un joven americano. En realidad no habían emprendido actividad de ningún tipo y si se les hubiera solicitado que hablasen de sí mismos les hubiera costado referir algo mínimamente interesante. A Gordon Wright le atraía mucho la ciencia y tenía sus propias ideas sobre lo que llamamos «recursos para la investigación científica». Sus ideas habían adoptado forma práctica y a favor de eso había dado mucho dinero para investigación; posteriormente había ido a pasar un par de años a Alemania pues se suponía que ese país era el reino de los laboratorios. Trabajó relación con gente sabia y promovió las actividades de varias complejas ramas del conocimiento humano costeando los gastos de experimentos difíciles. A menudo, debo añadir, los experimentos los efectuaba él mismo, y el mundo debería apreciarle por los logros obtenidos. Pese a que admiraba la brillantez de su amigo, Longueville no era alguien que se dejara deslumbrar fácilmente. Porque le consideraba de manera tan simple y directa era por lo que Bernard le tenía tanto afecto a su amigo, un afecto al que era difícil asignarle un motivo determinado. Las simpatías personales sin duda obedecen siempre a algo; pero ese algo es remoto y misterioso para nuestra visión corriente, al igual que sucede con las circunstancias de la meteorología. Según estas, en efecto, nos contentamos con observar si hace buen tiempo o llueve, sin que el influjo de nuestros gustos o aversiones de ningún modo

impida la bondad de nuestro análisis. A Longueville le agradaban las cualidades superiores y las sabía detectar en la sencilla, cándida, viril, afectuosa naturaleza de su camarada, que encontraba excelente. Gordon Wright poseía un corazón sensible y una voluntad férrea, combinación que, cuando el entendimiento no es demasiado limitado, a menudo es causa de acciones admirables. Podía a veces cuestionarse si el entendimiento de Gordon era suficientemente amplio, pero los impulsos de un generoso temperamento suelen colmar las grietas de una imaginación deficiente, y la impresión general que Wright producía era ciertamente la de una inteligente bonhomía. Las razones de su aprecio por Longueville eran mucho más obvias. Longueville era agradable tanto en el trato superficial como en el profundo. La naturaleza le había arrojado al mundo con abundancia de dones. Tenía muy buena presencia —alto, moreno, ágil, de perfecta figura—, de tal modo, que de haber sido estúpido se le hubiera perdonado; aunque cuando se intimaba con él se veía lo lejos que estaba de ser un estúpido. Su notable talento se había visto enriquecido, durante los tres o cuatro años que siguieron a su marcha del colegio, gracias a la disciplina del estudio de las leyes, de lo cual no había hecho mucho uso, aunque sí de su talento. Se le consideraba alguien muy instruido, por lo que le solían preguntar que por qué no hacía nada útil. Tal cuestión nunca era satisfactoriamente respondida, pero daba la impresión de que en realidad hacía muchas más cosas que la gente que le preguntaba. Además, había algo que hacía de continuo: divertirse. Esto no es evidentemente una actividad útil, y ya hemos dicho antes que no ejercía ninguna profesión reconocida. Pero, sin entrar en más detalles, era realmente un tipo lleno de encanto: hábil, educado, liberal y con esa rara cualidad en su apariencia que le dotaba de distinción.

III

Al escribirle a Gordon Wright, Bernard no le había especificado el día en que llegaría a Baden-Baden. Hay que confesar que no era dado a especificar fechas. Llegó por la tarde y al presentarse en el hotel desde donde su amigo había enviado la carta, supo que Gordon Wright había ido, después de comer y según la costumbre de Baden-Baden, al salón social. Eran las ocho y Longueville, tras asearse, bajó a cenar. Su primer impulso había sido el de llamar a su amigo para que viniera a acompañarle durante la cena, pero luego pensó que sería mejor concluir esta lo antes posible. Cuando terminó se dirigió al Kursaal. El famoso balneario alemán es uno de los más encantadores rincones de Europa y sus veladas de juego veraniegas en los anteriores veinticinco años habían hecho de él uno de los más brillantes escenarios. Las

ventanas iluminadas del gran templo del juego (de bella arquitectura, como si estuviera consagrado a una divinidad más pura) se abrían a los jardines y bosquecillos; el pequeño río que surge de las boscosas montañas de la Selva Negra fluía cual inocente reguero de agua junto a los lujosos hoteles y alojamientos; la orquesta, en un elevado pabellón sobre la terraza del Kursaal, proporcionaba un discreto acompañamiento a la conversación de damas y caballeros, quienes dispersos por las mil sillas del amplio espacio, preferían por un instante las bellezas de la naturaleza al sonido de las monedas y los cálculos de la fortuna, mientras las pálidas estrellas veraniegas que destellaban sobre los oscuros y difusos bosques y colinas parecían contemplar los indiferentes grupos sin aventurarse a dirigir su luz sobre ellos.

Longueville, tras haber observado todo esto, fue directamente a las salas de juego; tenía curiosidad por saber si su amigo, tan aficionado a los experimentos, estaría probando suerte en la ruleta. Pero no lo halló en ninguna de las salas doradas ni entre la multitud que se movía silenciosamente alrededor de las mesas, de modo que se dirigió a la iluminada terraza en donde innumerables grupos, sentados o deambulando, convertían el lugar en una gigantesca conversazione. El ambiente le pareció muy agradable y divertido y pensó que, no siendo alguien especialmente inclinado a la vida epicúrea, Gordon Wright, viniendo a Baden, se manifestaba bastante complacido con el confort. Longueville prosiguió su camino, mirando a uno y otro grupo de conversadores, hasta que al final vio una cara que hizo que se detuviera. Se quedó un instante mirándola; sabía que la había visto antes. Tenía una excelente memoria para los rostros, pero debió hacer un esfuerzo para recordar este. ¿Dónde había visto antes a esa pequeña y madura mujer con timorata actitud de alerta y una mata de cabello blanca como una paloma? Al poco tuvo la respuesta. Había sido en un rincón cubierto de hierba de una antigua población italiana. Era la madre de aquella modelo inconsecuente, por lo que dedujo que esta no andaría lejos. Antes que Longueville pudiese verificar su inducción, sus ojos toparon con la ancha espalda de un caballero sentado cerca de la mujer, un caballero que se hallaba charlando con una chica joven. No vio más que la espalda del individuo, pero el instinto de la genuina amistad le hizo reconocer enseguida la robusta personalidad de Gordon Wright. Se acercó en el acto y le puso la mano sobre el hombro.

El amigo se volvió y dio un brinco, soltó una alegre exclamación y le estrechó la mano.

—¡Mi querido amigo, mi querido Bernard! ¿Cuándo has llegado?

Mientras Bernard respondía y se explicaba, sus ojos pasaron de la agradable cara del amigo a la de la chica con quien hablaba y luego a la señora mayor, que le dirigió una leve y luminosa mirada. Saludó a las dos mujeres alzando el sombrero en su honor, pero al considerar a la más joven sufrió una

leve decepción. Era muy atractiva y le miraba, pero no era la heroína del pequeño incidente de la terraza de Siena.

—Así es siempre Longueville —continuó Gordon Wright—, apareciendo por detrás. Le encanta sorprender. Y se puso a reír; se hallaba eufórico; enseguida presentó a Bernard a las dos mujeres.

—Debes conocer a Mrs. Vivian y también a Miss Blanche Evers.

Bernard se sentó entre el pequeño círculo, preguntándose si debía aventurarse a manifestar que conocía a Mrs. Vivian. Pero luego pensó que sería mejor que ella diera el paso ya que había notado que, en efecto, le había reconocido. Pero la Mrs. Vivian no dio ese paso y se contentó con vagas generalidades: que le gustaba saber de antemano cuando iba a venir alguien y que no le gustaban, por tanto, las sorpresas.

—¡Y sin embargo habrá sufrido usted unas cuantas! —dijo Longueville con una sonrisa, pensando que recordaría el instante en que había salido de la pequeña iglesia de Siena y se había encontrado con su hija posando para un pintor desconocido.

Pero la Mrs. Vivian volvió suavemente la cabeza y solo dio una respuesta superficial.

—Oh, las he sufrido de buenas y malas. Aunque no me quejo —dijo soltando una risita deprecativa.

Gordon Wright estrechó de nuevo la mano de Bernard; parecía realmente contento de verle. Longueville, recordando que Gordon le había escrito refiriéndose a un asunto amoroso, escrutó en su rostro las posibles huellas de esa pasión. Pero de momento no resultaban visibles: el excelente y honesto camarada parecía tranquilo y satisfecho. Gordon Wright tenía unos claros ojos grises, cabello corto, liso y rubio y un saludable color de cara. Sus facciones eran acusadas y bastante irregulares, pero su rostro añadía al mérito de su expresividad la gracia de un poderoso mostacho rubio que en ocasiones torcía marcialmente. Gordon Wright no era alto pero sí fuerte: su físico aparecía sólido y robusto. Casi siempre usaba ropas coloridas y alrededor del cuello llevaba una sempiterna corbata azul. Cuando se alteraba, su rostro adquiría un rojo intenso. Mientras preguntaba a Longueville sobre el viaje y su salud, sobre sus circunstancias e intenciones, este último, entre respuesta y respuesta, se esforzó en leer en los ojos de Gordon Wright algún indicio de su actual situación. La atractiva chica frente a la que se hallaba, ¿era el ambiguo objeto de su adoración? Y, en ese caso, ¿cuál era la función de la mujer de más edad y qué habría sido de esa hija suya que tanto gustaba de polemizar? Quizá era otra hija más joven, si bien no se parecía en absoluto a la que Longueville conocía. Gordon Wright, pese a las miradas interrogativas de Bernard, no

condescendió a respuesta visual alguna, lenta demasiado que decirle. Quería reservar su historia para cuando se hallasen a solas. Ahora, dada la consideración de Gordon hacia las dos mujeres, era imposible aislarse del entorno, Bernard había experimentado cierta satisfacción al conocer el nombre de la mujer madura: Mrs. Vivian; fue como si una cortina, retenida por algún impedimento, hubiese sido corrida de golpe. Mrs. Vivian se hallaba sentada, mirando a uno y otro lado de la terraza, hacia la multitud allí reunida, con aire de afectuosa expectación. Probablemente buscaba a su hija mayor y Longueville experimentó el intenso anhelo de que la joven apareciese. Entre tanto advirtió que la chica a la que Gordon prestaba su atención era extremadamente bella y parecía muy accesible. Longueville charló un poco con ella, cavilando si podía ser la persona a la que Gordon se había referido en su carta. Importaba que se notase que se interesaba por ella; lo cual se vio confirmado cuando en cierto instante Gordon Wright se volvió a hablar con Mrs. Vivian, a fin de que su amigo pudiera volcarse debidamente en la mujer joven. Aunque no la había visto junto a las otras en Siena, al mirarla con atención le pareció a Longueville que no era la primera vez que la veía: cosa que no era de extrañar pues simplemente era la típica guapa muchacha americana mil veces vista en su país. Es decir, un ejemplar de esa numerosa hermandad imbuida de intenso parecido familiar. La joven tenía ojos del color de la corbata de Gordon, unos ojos que miraban a todas partes a la vez y que así y todo tenían tiempo de posarse sobre algunas cosas en que a menudo coincidían con la mirada de Longueville. Tenía un suave cabello castaño, con alguna mecha dorada, que llevaba elegantemente peinado y cubierto por un pequeño y bonito sombrero de aire parisino. Asimismo, tenía una estilizada y ágil figura con marcadas redondeces y unas delicadas y bellas manos enfundadas en unos bellos guantes. Se movía mucho en su asiento, giraba su pequeño y flexible cuerpo, sacudía la cabeza, se pasaba la mano por el cabello y se examinaba los adornos del vestido. Hablaba mucho, según advirtió enseguida Longueville, y se expresaba con extrema franqueza y decisión. Lo primero que Bernard le preguntó fue si llevaba tiempo en Baden, y eso fue lo que desencadenó que ella se volcase. Volviendo hacia él su pequeña, consciente y coqueta cara, empezó al instante a perorar.

—Estoy aquí desde hace unas cuatro semanas: no sé si esto es mucho para usted. A mí no me lo parece. ¡Me lo he pasado tan bien! He conocido aquí a mucha gente, cada día he conocido a una persona diferente. Hoy ha sido usted.

—¡Ah! Pero usted no me conoce —dijo Longueville riendo.

—¡Bien, pero me han hablado mucho de usted! —exclamó la joven con una leve y encantadora mirada contradictoria—. Y creo que conoce a una gran amiga mía: Mrs. Ella McLane, de Baltimore. Está viajando por Europa en la actualidad.

La memoria de Longueville no respondió de inmediato a la señal, pero expresó el asentimiento que la ocasión requería e incluso aventuró la observación de que la joven de Baltimore era muy atractiva.

—Es una persona en extremo encantadora —continuó la joven—. A menudo me ha hablado de usted. Creo que conoce a su hermana mejor que yo. No ha estado fuera mucho tiempo. Es alguien de lo más interesante. El cabello le llega a los pies. Ahora viaja por Noruega. Ha estado en todos los lugares imaginables. Para concluir, ahora irá a Finlandia. Ya no se puede ir más allá, ¿verdad? Eso alivia, pues ya solo le quedará regresar. Lo que más me gustaría es que viniera a Baden-Baden.

—Yo también —dijo Longueville—. ¿Viaja sola?

—Oh, no. Va con un inglés que le es muy devoto. Todo el mundo tiene un admirador inglés. Aquí tenemos uno, el capitán Lovelock, el honorable Augustus Lovelock. Es terriblemente guapo. Ella McLane se muere por venir a Baden-Baden. Quisiera que usted le escribiera. Su padre y su madre tienen algunas ideas al respecto: le dicen que es un lugar impropio; mejor dicho, inmoral. Por eso quisiera que le escribiera y le dijera que no lo es. Me pregunto si piensan que Mrs. Vivian podría estar en un lugar inmoral. Dice Mrs. Vivian que al instante la tomaría bajo su protección; no parece importarle cuántas chicas tenga ya: es excesivamente amable. Sepa que yo también estoy bajo el cuidado de la Mrs. Vivian. Mi madre ha ido a Marienbad. Ella me dejaría ir con la señora a cualquier parte, debido a su buena fama: le tiene mucho respeto a esa fama. Siempre había oído hablar de ella, ¿usted no? Es un encanto; y su ascendiente sobre mí, maravilloso. No quiero alabarme, pero lo tiene. He sido tan buena como cabe serlo. Y soy de lo más pacífico: aquí me ve, sentada. ¿Le parece esto inmoral? No se está obligado a jugar si una no quiere. El padre de Ella McLane piensa que se acaba irremediablemente en la sala, pero yo aún no he entrado nunca. Me dirá usted que no estoy dentro, pero sí fuera. Sí, esta noche lo estoy. Pero se está aquí tan tranquilo, sin nada que hacer más que conversar. Hemos formado un pequeño grupo, ¿quiere usted pertenecer a él? Faltan dos: Miss Vivian y el capitán Lovelock. El capitán se ha ido con ella a la sala a enseñarle cómo se juega, le encanta que le expliquen todo. Estoy segura de que yo lo entendería en cuanto estuviese ante una de las mesas. ¿Conocía de antes Miss Vivian? Es muy admirada y muy original. Con ese cabello negro tan poco común. Usted también lo tiene, por supuesto, pero me refiero a mujeres jóvenes. Aquí hay de todo, estoy segura. Hay una mujer que juega, una condesa portuguesa, con el cabello completamente azul. No me gusta ese tinte. El azul es mi color favorito, pero lo prefiero para los ojos —prosiguió la interlocutora de Longueville, mientras posaba en él los suyos, de admirable color azul.

Bernard escuchaba con evidente regocijo, que no siempre indica alta

estima pero que incluso los buenos conversadores —no por fuerza estimables — prefieren a la típica desatención masculina; y mientras escuchaba, él, según su costumbre, hacía sus reflexiones. Se dijo a sí mismo que había dos clases de muchachas bellas: las muy conscientes y las sutilmente inconscientes. La protégée de Mrs. Vivian pertenecía a la primera categoría y al género coqueta. Todos tenemos nuestro concepto de lo indispensable, y lo indispensable para esa joven era tener un espectador: cualquier bípedo masculino servía para el propósito. Sobre el espectador circunstancial ella volcaba todo el volumen de su ser, se dirigía a él con miradas, gestos, exclamaciones, con cientos de pequeñas tentativas tonales, gestuales o posicionales. Y esos inocuos artificios eran tan inocentes y obvios que su evidente deseo de agradar al observador tenía encanto en sí mismo. Ello llevó a Bernard, poco después, a pensar que la vocación natural, el métier de las muchachas para quienes la existencia viene a ser una brillante superficie, era exhibir el plumaje; el concepto que tenía de la vida y sus obligaciones era tan simple y superficial como el de una bayadera oriental. No era posible que Gordon Wright necesitara consejo respecto a chica tan transparente: podía literalmente ver a través suyo la luz del día o, mejor dicho, de las lámparas de Baden. Ella permaneció sentada un minuto girando su cabeza de aquí a allá y mirando a Bernard a los ojos cada vez que se movía y, por un momento, pareció haber agotado todos los temas. Justo en ese instante una joven acompañada de un caballero se acercó al pequeño grupo y Longueville, al verla, se levantó enseguida de su asiento. «¡Una belleza del tipo inconsciente!», pensó. Conocía su cara muy bien; antaño había empleado media hora en copiarla.

—¡Aquí está Miss Vivian! —dijo Gordon Wright levantándose también como para hacer sitio a la hija cerca de la madre.

La aludida se detuvo ante ellos sonriendo ligeramente y luego posó sus ojos en Longueville. Su mirada primero fue franca y directa pero sin ir más allá de una civilizada curiosidad, aunque inmediatamente fue seguida por un chispazo de reconocimiento, un reconocimiento embarazoso, que se materializó en rubor.

El compañero de Miss Vivian era un tipo alto, bien parecido y con una notable barba de color castaño, cuya elegante indumentaria llamaba la atención de inmediato. Llevaba las manos en los bolsillos de una pequeña chaqueta cuyo ojal aparecía adornado con una lozana rosa. Se aproximó a Blanche Evers, sonriendo y dirigiéndole dos o tres joviales reverencias.

—¡Bien, espero que haya perdido cuanto se ha jugado! —dijo la joven como respuesta a sus saludos.

—¡Qué me importa lo mucho, muchísimo que haya perdido! —insistió ella, echándose a reír.

—¿Mucho? ¿Cuánto?

—Mucho es lo que deseo sentarme junto a usted.

Y se dejó caer, educadamente, en la silla frente a ella.

—¡Quisiera que perdiera todas sus propiedades! —replicó mirando a Bernard.

—Pequeña apuesta sería esa —dijo el capitán Lovelock—. ¿Quiere realmente verme reducido a la miseria?

Mientras este divertido diálogo tenía lugar, Miss Vivian había apartado los ojos de Longueville y los dirigía ahora a su madre. Pero Gordon detuvo tal movimiento poniéndole la mano en el hombro y presentándole a su amigo.

—Este es el fantástico individuo del que tanto me ha oído hablar: Bernard Longueville. Una de sus proezas es, como ve, el caer de la luna.

—No, no he caído de la luna —dijo Bernard riendo—. ¡He caído de Siena!

Y ofreció su mano a Miss Vivian, quien, por un significativo instante dudó de extender la suya. Al cabo, lo hizo, aunque sin la menor alusión a Siena.

No quiso sentarse. Dijo que estaba cansada y prefería irse a casa. Su madre estuvo de acuerdo y las dos damas apelaron a la indulgencia de la pequeña Miss Evers, que se vio obligada a renunciar a la compañía del capitán Lovelock, aunque pudo seguir disfrutándola camino del alojamiento de Mrs. Vivian, hacia el que todos se dirigieron paseando, a la sociable manera de Baden. Longueville podía haberse aproximado a Miss Vivian, pero le dio la impresión de que ella le evitaba. Ella caminaba al frente del grupo y Gordon Wright iba a su lado; Longueville percibió que solo intercambiaron algunas palabras. Bernard ofreció su brazo a Mrs. Vivian, que caminaba con paso un poco leve y oscilante, y hablaron sobre las bellezas de Baden y los méritos de los respectivos hoteles.

IV

—¿Cuál de ellas es? —preguntó Longueville a su amigo tras haberse despedido de las tres mujeres y del capitán Lovelock, quien, según dijo, se iba a vivir la noche.

Se habían alejado de la puerta del alojamiento de la Mrs. Vivian y se hallaban ahora en una pequeña calle de irregular pavimento.

—¿A qué te refieres? —preguntó Gordon mirando a su compañero.

—¡Oh, vamos —dijo Longueville—, no me vengas con modestias a estas alturas! ¿No me has escrito que estabas metido en un intenso asunto amoroso?

—¿Intenso? No.

—Pues aún peor. ¿Es un asunto amoroso frívolo?

Su amigo le miró con seriedad un instante.

—Supongo que te pareció extraña esa carta que te escribí.

—La encontré típica de ti —dijo Longueville sonriendo.

—Lo que es lo mismo, pues.

—No, en absoluto. No eres hombre de extrañezas.

Gordon le miraba fijamente, entre interesado e interrogativo; pero, ante las últimas palabras, apartó los ojos. Incluso alguien muy modesto parpadearía un poco si oye que se le niega una mínima capacidad de variación respecto al prototipo. Tras emitir su reflexión, Longueville se sorprendió de que su compañero se quedara más serio de lo esperado; aunque, bien pensado, ¿por qué iba a estar exultante?

—Tu carta era muy natural e interesante —añadió Bernard.

—Bien, ya ves —dijo Gordon, encarándose de nuevo con su compañero—. He estado bastante preocupado.

—Es obvio, querido camarada.

—Deseo mucho casarme.

—Algo de la mayor importancia —dijo Longueville.

—Lo deseo tanto —declaró el amigo— como si yo lo hubiera inventado. Claro: es la primera vez que me sucede algo así.

Estas palabras fueron expresadas con tal suave simplicidad que provocaron que Longueville soltara una carcajada.

—Mi querido amigo —exclamó—, después de todo, tienes tus rarezas.

Curiosamente, sin embargo, Gordon Wright no pareció sentirse halagado por esta concesión.

—No te llamé para que ahora te rías de mí —dijo.

—Y yo tampoco he recorrido trescientas millas para ponerme ahora a llorar. Dime de una vez, y en serio, si es una de esas dos jóvenes la que te ha metido en la cabeza la idea del matrimonio.

—En absoluto. Lo he pensado yo.

—Así que como querías casarte, has decidido enamorarte.

—¡No estoy enamorado! —dijo Gordon Wright con energía.

—Y entonces, querido amigo, ¿por qué me has hecho venir?

Wright le miró un momento en silencio.

—Porque pienso que eres un buen tipo y alguien perspicaz.

—¡Un buen tipo! —repitió Longueville—. No entiendo tu terminología científica. Pero excúsame, no me quiero reír. No soy perspicaz sino meramente una buena persona. —Se detuvo un instante y luego puso la mano sobre el hombro de su amigo—: Mi querido Gordon, no me digas más: estás enamorado.

—Pues bien, no quiero estarlo —dijo Wright.

—¡Cielos, qué sentimiento más horrible!

—Quiero casarme con los ojos bien abiertos. Quiero conocer a mi mujer. Cuando estás enamorado, no conoces en verdad a la persona. Tus impresiones se ven alteradas.

—Se supone que lo han de estar un poco. ¿Es que te disgusta?

—Como te digo, quiero conocer a la mujer con quien me case del mismo modo que conozco a otras personas. Quiero verla con claridad.

—Veo que pones demasiado énfasis en el conocimiento, colocas una intensa estimación en la árida luz de la ciencia.

—¡Ah! —dijo Gordon—. Por supuesto que quiero sentir cariño por ella.

Pese a la protesta, Bernard empezó a reír de nuevo.

—Mi querido Gordon, eres mejor que tus teorías. Tu apasionado corazón contradice tu frío intelecto, le repito que estás enamorado.

—Por favor, no lo vuelvas a repetir —dijo Wright.

Bernard le cogió del brazo y siguieron caminando.

—¿Cómo debo llamarlo, entonces? Tú has emprendido un estudio sobre el hecho matrimonial.

—No pongo la menor objeción a que lo llames así. Mis análisis son de gran interés.

—Y una de esas dos jóvenes viene a ser el libro que contiene la preciosa lección —dijo Longueville—. O quizá tu tratado abarca dos volúmenes.

—No. Hay una a la que no estudio en absoluto. Nunca he podido hacer dos cosas a la vez.

—Eso prueba que estás enamorado. Uno no puede enamorarse de dos mujeres a la vez, pero se puede servir de dos, o de tantas como quiera, para el análisis comparativo. Pero, lo que te preguntaba antes: ¿cuál de las dos chicas es tu elegida?

Gordon Wright se detuvo abruptamente y miró a su amigo.

—¿Cuál dirías?

—¡Ah, esta pregunta no vale! —dijo enseguida Bernard—. Sería injusto nombrar a una antes que a la otra, y, de nombrar a la equivocada, me sentiría culpable de desconsideración hacia la otra. ¿No te parece?

A Gordon quizá le pareció que sí, pero persistió en la idea de que su compañero se comprometiera.

—No te importe ser desconsiderado. Algún día haré lo mismo por ti y quedaremos en paz. ¿Por cuál de ellas piensas me he encaprichado? En términos generales, ¿qué sabes realmente de mí? —le propuso Gordon con mirada incitante.

—Olvidas —dijo su amigo— que aunque a ti te conozco muy bien, gracias a Dios, sé muy poco de esas chicas. Apenas las he tratado.

—Sí, pero tú eres alguien que se suele fijar en las cosas. Por eso te he hecho venir.

—Solo he hablado con Miss Evers.

—Sí, ya sé que nunca has hablado con Miss Vivian —dijo Gordon Wright mirando a Bernard como urgiéndole mientras pronunciaba esas palabras.

Bernard fue especialmente consciente de la manera como le miraba. Las palabras son una ilusión y Longueville se preguntó a sí mismo si no convenía desvelar la verdad. La respuesta le surgió más lenta que la pregunta, pero surgió, y en forma de negativa. Tal ilusión era algo fútil y no tenía por qué revelar a su amigo que conocía de antes a Miss Vivian. A causa de eso y ya que habiendo tenido oportunidad la muchacha no lo había hecho, Longueville pensó que su sentido del honor le impedía revelar el secreto. Pensó esto muy rápido, y, entretanto, nuestro joven, gracias a su gran agilidad mental, encontró tiempo para observar tácitamente lo extraño que era, precisamente ahora, tener en cuenta honor alguno. Sin duda que Miss Vivian, en algún momento, habría referido a Gordon el pequeño incidente de Siena. Bernard pensó por un instante que su amigo lo sabía y que su afirmación era irónica; pero esa impresión se disipó por completo ante el tono con que este añadió:

—Pero es igual: te has fijado en ella.

—Oh, sí, es muy visible.

—Pues bien —dijo Gordon—, entonces ya lo advertirás. Quiero que lo averigües. Por supuesto, le dedico mucha atención a una e ignoro a la otra, así que te será fácil de descubrir.

Longueville se encontró a medias divertido, a medias irritado por la insistencia de su amigo en tal enigma.

—Eso de «ignoro a la otra» suena mal —respondió mientras seguían caminando—. ¿Debo imaginar que te comportas desconsideradamente con una de las dos chicas?

—Oh, no, querido amigo. ¿Piensas que hay riesgo de que ocurra eso?

—Solo lo he supuesto —contestó Longueville.

—No supongas aún —le reconvino Gordon Wright—. Espera unos días. No te lo voy a decir ahora.

«Veremos si no me lo dices», pensó Bernard; luego, reflexionó un instante.

—Cuando me he presentado tú estabas sentado frente a Miss Evers y le hablabas con mucha seriedad. Tu cabeza estaba inclinada hacia ella, como hacen los enamorados. ¡Decididamente Miss Evers es tu escogida!

Por un instante Gordon Wright vaciló y luego dijo:

—¡Espero no haberle parecido desconsiderado a Miss Vivian!

Bernard esbozó entonces una ligera sonrisa.

—¡Mi querido Gordon, estás realmente enamorado! —le recalcó en el instante en que llegaron al hotel.

V

La vida en Baden-Baden favorecía la sociabilidad y Bernard Longueville advirtió que no debía perder la oportunidad de ejercer los dones de su inteligencia que Gordon Wright había invocado. Los dos amigos emprendían largas caminatas por bosques y colinas y se mezclaban con la humanidad que abarrotaba el Centro Social. La mañana siguiente a la llegada de Bernard, ambos deambularon extensamente por cerros y hondonadas. Los bosques de Baden son soberbios y las características del paisaje notables. Siempre hay alguna cañada en primer término y algún regio peñasco embellecido con una torre en ruinas situada en el lugar apropiado; o un pequeño pueblo que se deja ver a través de un bosquecillo de ciruelos, con sus casas de madera y yeso, y con la inevitable taberna junto al camino, concesión exigida por la costumbre

nacional de solazarse con frecuencia. Gordon Wright, que era un curtido excursionista, disfrutaba con esas caminatas de diez millas, y Longueville, andariego incorregible, experimentaba un intenso placer ante el pintoresquismo del territorio. Pero en esta ocasión no fue sobre los encantos del paisaje o los disfrutes de la locomoción sobre lo que principalmente charlaron. Su conversación tomó un giro mucho más personal. Hacía un año que no se veían y tenían muchas preguntas que hacerse y que contestar, muchas cuestiones relegadas que reconsiderar. Tumbados sobre la hierba de una soleada ladera, bajo un gran roble alemán cuyas ramas se extendían, inmóviles, en la azul atmósfera veraniega, intercambiaron con vivacidad todo tipo de impresiones, opiniones y anécdotas. Gordon Wright era sin duda un excelente amigo. Se tomaba interés por los demás. No preguntaba cosas anodinas ni hacía declaraciones inútiles; antes bien, entraba en las circunstancias de la otra persona, las examinaba en detalle y lo que averiguaba no lo olvidaba. Meses más tarde te preguntaba por cosas que ya habías olvidado. No era alguien de quien pudiera generalmente decirse que tuviera el don de la simpatía, pero se concentraba en las circunstancias del amigo con una atención consciente, en las antípodas de cualquier indiferencia. Bernard tenía el don de la simpatía, o al menos suponía que lo tenía; pero incluso él, por familiarizado que estuviera con la práctica de tan atractiva virtud, se sorprendía a veces de la admirable capacidad de su amigo de tomarse en serio los asuntos de los demás, de modo que continuamente pensaba: «¡Qué excelente persona, qué admirable carácter!».

Bernard tenía varias preguntas que hacerle sobre las tres personas que parecían haber constituido su principal compañía durante algún tiempo; pero le costaba formularlas. Sentía que las tenía que responder por sí mismo, y ante la perspectiva del entretenimiento que eso le iba a producir, su fantasía se congratulaba. Gordon, además, al principio fue parco en confidencias, pese a lo mucho que hablaron los primeros diez minutos, recostados sobre la hierba.

—¿Qué te parece su cara? —preguntó Gordon, tras mirar un rato el cielo a través de las ramas del roble.

—Se supone que, de aquí en adelante —dijo Longueville—, siempre que utilices el pronombre femenino, deberé entender que te refieres a Miss Vivian.

—Su nombre es Angela —dijo Gordon—. Pero, claro, me cuesta llamarla así.

—Es un bonito nombre —replicó Longueville—, pero debo decir, en respuesta a tu pregunta, que no sé si su cara se aviene con él.

—Entonces, ¿es que no la encuentras guapa?

—Te diré que no me parece angelical. Pero, no te podría decir: solo la he

visto un instante.

—Aguarda a que te mire y te hable; y a que te sonría —dijo Gordon.

—No recuerdo que la viera sonreír, al menos a mí, directamente — continuó Longueville—. Pero ¿quién esa hermosa mujer de nombre tan bello?

—La hija de la madre —dijo Gordon Wright—. Apenas sé más que eso.

—¿Y quién es la madre?

—Una deliciosa mujercita que adora a su hija. Es viuda y Angela es su único retoño. Hace mucho que viven en Europa. Tienen una modesta renta. Mrs. Vivian dice que por el mismo dinero pueden comprar muchas más cosas que en su país. Por eso permanecen aquí. Antes vivían en Nueva York. En Europa se han movido por diversos sitios. Les gusta mucho Italia. Son extremadamente simpáticas. Es imposible serlo más. Les gustan mucho los libros, la música, el arte y todo eso. Suelen leer por la mañana. Sólo salen avanzado el día, una sola vez.

—Ya veo que son gente de postín —dijo Bernard—. ¿Y Miss Evers qué hace durante el día? Solo sé lo que hace al anochecer.

—No conozco sus hábitos. No le he prestado mucha atención. También es muy guapa.

—Wunderschön —dijo Bernard—, pero te vi ayer hablando con ella.

—Por supuesto que a veces hablamos. Es del todo diferente a Angela Vivian. No tan cultivada; pero parece encantadora.

—Y también algo tonta, ¿no crees? —sugirió Bernard.

—Ciertamente, no es tan inteligente como Miss Vivian.

—Habría mucho que hablar de eso. El caso es que las Vivian, tan amables como juiciosas, la han tomado bajo su protección.

—Sí —dijo Gordon—; durante uno o dos meses. Parece ser que su madre ha ido a Marienbad: un lugar lúgubre, creo, para una chica joven. Al venir las Vivian aquí se ofrecieron a llevarla con ellas. Mrs. Evers es una antigua amiga de Mrs. Vivian, quien, al dejar Italia, había ido a Dresde a fin de estar con ella. Pasaron un mes juntas; Miss Evers se encuentra aquí desde el invierno. Yo creo que Mrs. Vivian ha venido a Baden-Baden (pues podía haber escogido un lugar menos caro) solo para traer a Blanche Evers. A su madre le encantaba que viniese aquí.

—¿Es por ese motivo que también ha venido el capitán Lovelock? — preguntó Bernard.

Gordon Wright se le quedó mirando un instante.

—Lo ignoro absolutamente.

—Es evidente que eso parece no interesarte —dijo Bernard sonriendo—. ¿Quién es el capitán Lovelock?

—Un inglés, al menos así lo creo, que se dice está emparentado con el hermano menor de un lord o algo así.

—¿Es inteligente?

—No he hablado mucho con él, pero lo dudo. Es un disoluto, juega mucho.

—Pero, en este lugar, ¿puede tenerse por disoluto a quien juega? —preguntó Bernard—. ¿Acaso tú mismo no juegas alguna vez?

Gordon vaciló un instante.

—Sí, he jugado un poco. He querido experimentar. He pensado algunos cálculos aritméticos de posibilidades que luego he probado.

Bernard soltó una fuerte carcajada.

—¡Me encanta cómo justificas tu modo de divertirme! ¡Cálculos aritméticos!

—Te aseguro que hablo en serio —dijo Gordon poniéndose algo colorado.

—Por eso mismo me encanta. No te asusta «la fascinación de la sala», como dice Miss Evers.

—No me siento fascinado en ningún sentido. Puedo entrar o salir, pero sin fascinación alguna —dijo Gordon Wright.

—¿No te sentiste fascinado de venir con Mrs. Vivian y su hija desde Dresde hasta este lugar?

—Yo no vine con ellas. Llegué una semana después.

—Mi querido amigo —dijo Bernard—, tal distingo no corresponde a tu habitual candor.

—No estaba fascinado ni influido por nada. Simplemente quise venir a Baden.

—No me cabe la menor duda. ¿Y has intimado mucho con tus amigas de Dresde?

—Solo las he visto tres veces.

—Y después las has seguido hasta este lugar. ¡Ah, no digas que no estás fascinado! —exclamó Bernard riendo y poniéndose en pie.

VI

Al anochecer, en el jardín del Kursaal, se volvió a encontrar con Angela Vivian. Su madre había venido, como siempre, a sentarse a escuchar la música, acompañada por Blanche Evers, que a su vez estaba escoltada por el capitán Lovelock. El pequeño grupo buscó la privacidad entre la muchedumbre: así, se colocaron en un tranquilo ángulo en el extremo de la terraza mientras la agitación del brillante mundillo de Baden vibraba a su alrededor. Gordon Wright se puso a conversar con Mrs. Vivian; mientras Bernard charlaba con la hija. La joven continuaba sin aludir al anterior encuentro de ambos, y nuestro héroe pensó que todo cuanto quería saber era lo que ella prefería a fin de poder adaptarse sin fisuras. Se adaptó, pues, a su programa: se había aventurado a pronunciar la palabra Siena la velada anterior pero tuvo cuidado de no pronunciarla de nuevo. La muchacha tendría sus razones para ser tan reservada; él se preguntaba cuáles serían, produciéndole cierto placer elucubrar sobre ellas. Gozaba de ser consciente de que existía un secreto entre ellos y le pareció de un suspense muy sugestivo imaginar hasta cuándo pensaba mantenerlo. En cuanto a él, no le corría ninguna prisa desvelarlo; el pequeño incidente de Siena había tenido su encanto, pero la actual actitud de Miss Vivian le otorgaba una suerte de dimensión mística. Pensó que ella llevaba muy bien el aparentar que nunca antes se habían visto; la anterior velada se había mostrado ligeramente confusa, pero ahora aparecía controlada, como si la actitud adoptada fuese asunto de conciencia. Pero ¿por qué esto debía ser un asunto de conciencia? ¿Estaba enamorada de Gordon Wright y, en consecuencia, deseaba olvidar —y que él no sospechara— que había sido objeto de la admiración por parte de otro hombre? No era probable; no parecía posible, en fin, que Miss Vivian deseara pasar por un prodigio de inocencia puesto que, si ser admirada implicaba pagar tributo a la perversión, resultaba perfectamente obvio que una chica tan hermosa hubiese probado del árbol del bien y el mal. En cuanto a si estaba enamorada de Gordon Wright, este era otro asunto y Bernard no pretendía, con todo, tener una opinión al respecto más allá de sospechar que ella pudiera estarlo.

No se había engañado en la apreciación de su belleza durante la corta conversación en Siena. Poseía un rostro encantadoramente cincelado, con un perfil perfecto, un cutis claro y terso y unos ojos y un cabello hermosamente oscuros. Sus rasgos poseían una firmeza que sugería tranquilidad y sin embargo su expresión era tenue y rápida, una combinación —o una contradicción— que daba un sesgo original a su belleza. Bernard recordó que le había parecido una pizca «atrevida», pero ahora advertía que le habían engañado sus oscuros, directos y perspicaces ojos. Eran unos ojos llenos de encanto y Bernard descubriría en ellos, poco a poco, toda clase de cosas. Pero

por el momento, Miss Vivian era una chica atractiva, inteligente y risueña. Trató de darle una oportunidad para que aludiera a Siena y, así, le dijo que su amigo le había comentado que ella y su madre habían estado en Italia durante el invierno.

—Oh, sí —dijo Angela Vivian—. Estuvimos en el sur, cinco meses en Sorrento.

—¿Y en ningún sitio más?

—Estuvimos unos cuantos días en Roma. Pero preferimos los sitios tranquilos: es lo que quiere mi madre.

—Entonces no es la preferencia de su madre —dijo Bernard— lo que le ha hecho venir a Baden...

Ella se le quedó mirando un momento.

—¿Quiere decir que Baden no es tranquilo?

Longueville miró a su alrededor: la agitada, murmurante multitud, las iluminadas ventanas del salón, la gran orquesta alojada en su pagoda.

—No es esta la idea que yo tengo de lugar tranquilo.

—Ni la mía —dijo Miss Vivian—. No me gusta la tranquilidad absoluta.

—¿Cómo se las arregla, pues, con su madre?

De nuevo se le quedó mirando un momento, con su inteligente y algo burlona sonrisa.

—Ya lo ve. Haciéndola venir a donde me place.

—Tiene usted mucha voluntad —dijo Bernard—. Ya veo.

—No, simplemente tengo una madre de carácter débil. Pero a veces también me sacrifico.

—¿Qué entiende usted por sacrificarse?

—Pues bien: pasar el invierno en Sorrento.

Bernard empezó a reír y luego le dijo que debía haber tenido una vida muy feliz, para llamar «sacrificio» a pasar el invierno en Sorrento.

—Depende de lo que se renuncie con ello —dijo Miss Vivian.

—¿A qué tuvo que renunciar?

De nuevo sonrió con cierta sorna.

—No es una pregunta muy apropiada expresada de tal modo.

—¿Piensa que dudo de su abnegación?

—Parece insinuar que no tengo nada a lo que renunciar. Pues, sí, tuve que renunciar a... —y miró a su alrededor, pensando un poco—... a la sociedad.

—Me agrada que recuerde a lo que renunció. Si le he parecido incorrecto, permita que me justifique. Cuando una mujer habla de renunciar a la sociedad, a lo que realmente se refiere es a renunciar a ser admirada. Pero no se puede renunciar a eso, no se puede escapar a eso. Se lo habrá encontrado también en Sorrento.

—Puede que lo hubiera, pero yo no lo he visto. Existía demasiado respeto.

—Esa es la más honda forma de admiración —dijo Bernard.

—Pues yo las prefiero más evidentes —contestó la joven.

—Bien —dijo Bernard—, reconozca que aunque la admiración evidente es muy expresiva, no toda admiración es evidente.

Miss Vivian vaciló un instante.

—Alguna resulta impertinente —le dijo mirándole de modo directo, con gravedad.

También Bernard vaciló.

—Cuando es impertinente es que es evidente. Llegamos a lo mismo.

La joven frunció las cejas.

—No estoy segura de entenderle. Soy bastante estúpida. Pero ya ve por qué me gustan los sitios como este. Me gustan porque en ellos se pueden escuchar observaciones inteligentes.

—Tendría usted que añadir que mi estancia aquí tiene algo que ver con eso.

—¡Todo! —dijo Miss Vivian.

—¿Todo? ¿Solo yo hago observaciones inteligentes? ¿Y mi amigo Gordon?

—Mr. Wright dice cosas espléndidas, pero para ser exactos no hace observaciones inteligentes.

—Pero no es lo que Wright dice, es lo que Wright hace. ¡Ese es su encanto! —dijo Bernard.

Su interlocutora permaneció en silencio unos momentos.

—Eso no es encanto. La buena conducta no es siempre agradable.

—¡Seguro que lo contrario no lo es! —exclamó Bernard.

—En opinión de la mayoría de la gente, no es una de esas cosas que hagan

agradables a las personas.

—Eso depende de lo que usted entienda por agradable.

—Exacto —dijo Miss Vivian—, todo depende de eso.

—Pero lo agradable —continuó Bernard—, después de todo y por fortuna, no es un concepto tan extraño. En general, el mundo tiene a la virtud por una cosa bella.

Miss Vivian bajó un instante la mirada y luego la volvió a alzar.

—Pero ¿tiene algún encanto? —preguntó.

—Para mí sin ella no hay encanto posible —declaró Bernard.

—Lamento decir que para mí sí que lo hay —dijo la joven.

Bernard quedó confundido, y eso era una cosa que no solía sucederle. Su interlocutora le parecía demasiado inteligente como para imaginar que lo que decía era una tonta afectación de cinismo. Y, sin embargo, si no era así, ¿cómo interpretar su sorna respecto a la virtud?

—¡Habla usted como si hubiera sondeado los abismos del vicio! —dijo él riendo—. ¿Qué otros encantos conoce que no sean virtuosos?

—Por supuesto que no sé nada sobre el vicio, pero he conocido el aburrimiento de la virtud.

—¡Ah!, entonces es que se trataba de una pobre virtud. La verdadera virtud nunca había.

Miss Vivian se le quedó mirando un instante, con sus ojos finamente perceptivos.

—¡Terrible cosa pensar en una virtud aburrida!

Era una interesante reflexión y podía haberla desarrollado de no ser por la interrupción de Mrs. Vivian, que llamó a su hija para que la ayudara a recordar la historia de una familia española que habían conocido en Biarritz, una historia con la que se proponía entretener a Gordon Wright. Más tarde, al pequeño círculo se unió un guipo de americanos que pasaban una semana en Baden y la conversación devino entonces general.

VII

Al atardecer del día siguiente, Bernard se encontraba de nuevo sentado en amigable coloquio con la interesante joven, mientras a un lado, Gordon Wright

hablaba con la madre y, al otro, Blanche Evers charlaba con el capitán Lovelock, que la contemplaba con admiración.

—Usted y su madre son muy amables con esa chica —dijo nuestro héroe—. Sacará un gran provecho de usted.

Angela Vivian volvió los ojos hacia sus vecinos, posándolos unos instantes sobre la muchacha, muy vivaz y de rostro lozano y seductor. Por unos momentos no dijo nada y Longueville imaginó que en la cabeza estarían dando vueltas varias cosas, le pareció que miraba a la chica con desagrado. Advirtió, aunque no supo cómo, que la estima de la joven por su bella compañera era escasa.

—No creo ser tan amable —dijo Miss Vivian—. No he hecho nada particular en su favor.

—Mr. Wright me ha dicho que ustedes han venido aquí en consideración a ella.

—Yo he venido por mí misma —dijo Miss Vivian—. La consideración de que usted habla quizá haya influido en mi madre.

—No es usted persona a quien se pueda decir cosas apreciativas —dijo Bernard—. Uno se ve tentado a decírselas, pero usted parece desdeñarlas.

La joven se puso colorada al escuchar esta observación.

—Usted no sabe —murmuró desviando la mirada—. Atribúyalo a la modestia.

—Por supuesto que lo hago. ¿A qué otra cosa se podría atribuir esta indiferencia a los halagos?

—Podría obedecer a otra cosa: a orgullo.

—¡Fiel a sí misma! —exclamó Bernard—. Ni siquiera me deja alabar su modestia.

—Preferiría me reprochara mi orgullo.

—Esta conversación es tan modesta que no deja espacio a los reproches.

Por unos momentos Miss Vivian no dijo nada.

—Los hombres son singularmente viles —declaró al poco con una pequeña sonrisa—. No les preocupan lo más mínimo las cosas que puedan ayudar a alguien. Solo les importan las que a ellos les parecen efectivas y agradables.

—Ya veo: piensa que decir cosas agradables es una gran fechoría.

—Es producto de su vanidad —continuó Miss Vivian, como si no le

hubiese oído—. Quieren parecer agradables y obtener crédito de su inteligencia y tendresse, sin importarles lo estúpido que para otra persona sería creerles.

Bernard se divertía mucho a la vez que se sentía un poco picado.

—Entonces, a las mujeres —dijo— les agrada dar mala impresión, les gusta parecer desagradables...

Su interlocutora desvió los ojos hacia su abanico, que abrió y cerró.

—Son capaces de resignarse a ello por un propósito.

Bernard se divertía cada vez más.

—¿Con qué propósito?

—No quería decir propósito —dijo Miss Vivian—, sino necesidad.

—¡Ah, qué odiosa necesidad!

—Lo necesario es a menudo odioso. Si bien las mujeres bregan con ello, mientras los hombres lo eluden.

—Me opongo a lo que dice. ¡Las mismas mujeres son necesarias y sin embargo no son odiosas! —dijo Bernard, y añadió tras un instante—: ¡No se las podría eludir, si lo fueran!

—Me opongo a que nos califique de necesidad —dijo Angela Vivian—. Disminuye nuestro mérito.

—¡Ah, ahí reside el encanto de la vida!

—¡Para los hombres, sin duda!

—El encanto de la vida es muy grande —dijo Bernard alzando la mirada hacia las colinas oscuras y las estrellas, vistas a través de una especie de niebla hecha de música, conversaciones y potente luz proyectada desde las seductoras ventanas de la sala de juegos —y continuó—: El encanto de la vida es extremo. Desconozco las necesidades odiosas. ¡No me opongo a nada!

Angela Vivian miró a su alrededor como había hecho antes, demorándose ahora quizá un poco más en las estrellas del cielo veraniego. De no haberse manifestado como una joven contradictoria, se hubiera dicho que admitía tácitamente que el encanto de la vida era considerable.

—¿Supone usted que Miss Evers se resigna a menudo a ser desagradable... con un propósito? —preguntó Longueville, que acababa de mirar de nuevo a la compañera del capitán Lovelock.

—No puede ser desagradable: es demasiado gentil y condescendiente.

—¿Quiere decir demasiado tonta?

—No la llamaría tonta. No es muy lista, pero tampoco tiene pretensiones, absolutamente ninguna, por lo que eso no sería incongruente.

—¡Qué espantoso modo de describirla! Se supone que todos deberíamos tener alguna pretensión.

—Pues ya ve que todo es más fácil sin ellas —dijo Miss Vivian.

—¿Dice usted que es más fácil?

Por un instante se le quedó mirando con gravedad.

—Me cae muy bien Blanche —dijo.

—También al capitán Lovelock parece caerle muy bien —continuó Bernard.

La chica asintió.

—Está completamente fascinado, muy enamorado de ella.

—¿Piensa que podrían llegar a casarse?

—Espero que no. Mi madre está muy inquieta.

—¿Es, ese capitán, buena persona?

—Sí lo es; pero también un frívolo. No posee un penique, creo, y tiene gustos muy caros. Juega mucho. No sabemos qué hacer.

—Se habrían de llamar a la madre de la chica.

—Ya le hemos escrito urgentemente, pero nos ha contestado que Blanche sabe cuidar de sí misma y que ella no puede abandonar Marienbad hasta que acabe con la cura que acaba de iniciar.

—Pues bien —dijo Bernard—: será, sin duda, que Blanche sabe cuidar de sí misma.

Por un momento su interlocutora no dijo nada, pero luego exclamó:

—¡Es lo que toda chica debería ser capaz de hacer!

—¡Estoy seguro de que usted es capaz! —dijo Bernard.

Ella le miró a los ojos y se disponía a contestar cuando, antes de que pudiera hablar, la voz clara y conciliadora de su madre se interpuso. Mrs. Vivian llamó a su hija al igual que había hecho la noche anterior.

—Querida Angela, cómo se llamaba el caballero que impartió esas deliciosas conferencias en Ginebra sobre... ¿cuál era el título?, «Los rasgos redentores de la moralidad pagana».

Angela se ruborizó un poco.

—He olvidado por completo su nombre, mamá —dijo sin mirar alrededor.

—Ven y siéntate junto a mí, querida, para hablar sobre ello. Quiero que Mr. Wright lo sepa —continuó Mrs. Vivian.

—¿Desea convertirlo al paganismo? —preguntó Bernard.

—Las conferencias fueron muy aburridas. Sin redención alguna —dijo Angela, levantándose pero sin acercarse a su madre ni mirarla... —Contemplaba a Longueville, el cual advirtió que estaba irritada por la interferencia de su madre; y continuó—: De vez en cuando me doy una vuelta por las salas de juego. La última vez me acompañó el capitán Lovelock. ¿Quiere acompañarme usted esta noche?

Bernard asintió con manifiesta prontitud: estaba encantado de que no quisiese interrumpir la conversación.

—¡Ah, iremos todos! —dijo Mrs. Vivian, que había estado escuchando e invitaba ahora a los demás a que la acompañaran al Kursaal.

Todos abandonaron sus asientos; Angela iba en cabeza acompañada de Longueville; la conciencia de haber desafiado ante todos a su madre daba a su caminar una extática energía. De haberse visto tentada a presumir de su triunfo, se lo hubiese impedido, sin embargo, el hecho de ser tan reticente en el goce del desafío. Iba silenciosa y seria. Su actitud rozaba el filo de la impudicia en cuanto a independencia filial. En cambio, y por todo ello, a Bernard le agradaba su actitud, y mientras caminaba junto a ella a través de las salas iluminadas y atestadas, dejando rápidamente atrás a sus compañeros, experimentó esa peculiar sensación que solo se expresa perfectamente en silencio. Angela contempló por un instante las hileras de caras quietas y atentas que miraban con fijeza los luminosos círculos verdes a los que pequeños montones de luses de oro eran empujados una y otra vez, y luego continuó sin decir nada. Al final, exclamó simplemente: «¡Vayámonos de aquí!». Pasaron luego a otra sala en la que no se jugaba. Era una estancia inmensa, en apariencia un salón de baile, pero se hallaba vacía, todo el perímetro lo ocupaban bancos tapizados de terciopelo, y el suelo, encerado, brillaba a la luz de los candelabros adornados por innumerables lágrimas de cristal. Miss Vivian se detuvo un instante en el umbral, luego entró y ambos se detuvieron en el centro del lugar, uno frente al otro, con sus figuras reflejadas en el suelo como si se hallasen en una pista de patinaje. No había nadie en la estancia: se hallaban completamente solos.

—¿Por qué no me recuerda? —le murmuró Bernard en seguida.

—¿Qué no le recuerdo?

—¿Por qué finge haber olvidado nuestro encuentro en Siena?

Podía haber contestado enseguida, pero vaciló y, mientras tenía lugar ese diálogo, sucedió algo en el otro extremo de la sala que dio lugar a que Angela dirigiera allí la mirada. Se había alzado de pronto una portezuela forrada de terciopelo gris encima de una de las entradas —no la que ellos habían cruzado— y a través de la misma vieron a Gordon Wright, que la sostenía mientras miraba a la pareja. Sus compañeros se hallaban detrás de él.

—¡Ahí están! —exclamó con su voz clara y gruesa.

Angela pareció lamentar la interrupción, y a Bernard le ocurrió lo mismo.

VIII

Bernard se abstuvo de formular de nuevo la pregunta: ella podía responder según le conviniera. Pero los días pasaron y ella no le contestó, sus razones tendría. Bernard hablaba con Angela muy a menudo: la conversación era el principal entretenimiento del pequeño grupo al que pertenecía. Se sentaban en la terraza y charlaban bajo la claridad de las estrellas y las lámparas, y paseaban por los profundos bosques verdes, flanqueando las laderas de las gráciles colinas de Baden abordando los temas de que más se hablaba. La Selva Negra es una zona de casi ininterrumpida sombra, y en los tranquilos días del verano el lugar aparece cubierto de una inmóvil techumbre de verdor. Los dos amigos no eran personas extravagantes o atrevidas y contemplaban la vida de Baden bastante desde fuera: permanecían distantes del llamativo y superficial drama de la jarana profesional. Sin embargo, entre ellos también se fue gestando un drama en el cual cada miembro del grupo tendría un papel que jugar. Bernard Longueville se sorprendió al principio de, digamos «lo accesible que era Miss Vivian», por las oportunidades que encontraba de sentarse junto a ella y entrar en conversación. Había esperado que Gordon Wright considerara que, por haberse interesado primero por la joven, reclamase la prioridad de su compañía. Gordon la estaba cortejando a fin de cuentas y era lógico que quisiese estar a su lado. De hecho nunca estaba demasiado alejado de ella, pero Bernard, durante dos o tres días, tuvo la anómala impresión de que él siempre se hallaba más cerca. Al poco, sin embargo, percibió que gozaba de tal privilegio simplemente porque su amigo deseaba que tratara y conociera a Miss Vivian, que obtuviera una vivida impresión de la persona en la que Gordon estaba tan hondamente interesado. Antes de que esto se hubiera conseguido, Gordon Wright volvió a ocupar su lugar usual y mostró a la joven las pequeñas atenciones que eran el único homenaje que las tranquilas condiciones de su vida hacían posible: pasear con

ella, hablarle, prestarle algún libro, acercarle una silla, traerle algunas flores para prenderlas en la pechera de su vestido, tratarla, en una palabra, con una austera pero en modo alguno inexpresiva galantería. No era ningún enamoramiento pasional, como le había dicho a Longueville, y esas demostraciones, en efecto, no manifestaban una pasión especial. Bernard se dijo a sí mismo que, de no estar al corriente del secreto, difícilmente nadie podría concluir que ardía en su interior una llama cuidadosamente alimentada. Angela Vivian, por su parte, tampoco parecía especialmente receptiva. Nada en su actitud indicaba que estuviese enamorada de su constante seguidor. Se comportaba graciosa y cortésmente. Sonreía cuando le daba la mano, la miraba y escuchaba cuando le hablaba; le dejaba caminar a su lado por la avenida Lichtenthal; leía, o simulaba leer, los libros que le dejaba, y se ponía las flores que le traía. No parecía aburrida ni incómoda, ni irritada ni abrumada. Pero Bernard pensó que todas esas atenciones, como a cualquier mujer atractiva, no le parecían sino mero reconocimiento a sus encantos. «Si ella no es indiferente —se dijo a sí mismo—, de algún modo es imparcial, profundamente imparcial».

No había aún llegado el fin de semana cuando Gordon Wright le contó cómo estaban exactamente las cosas con Miss Vivian y lo que cabía aguardar razonablemente. Durante esa semana sus relaciones habían sido de lo más feliz y agradable y Bernard había gozado con los largos paseos y las charlas con un tiempo tan agradable la belleza y diversión que proporcionaba el lugar y con otras varias circunstancias por las que no cesaba de felicitarle por haber venido a Baden. Al principio Bernard no le había preguntado nada a su amigo. Tenía un gran respeto por la oportunidad, de los otros o suya, y dejó que Gordon enfocara la linterna abiertamente en el asunto pendiente entre ambos y del que hasta ahora, solo los bordes habían sido iluminados. Gordon por su parte parecía satisfecho de tener a mano a su amigo, de momento: lo reservaba para la invocación final o para otro misterioso uso.

—No puedes decirme que, tras haberla tenido bajo observación una semana entera, aún no la conoces bien —le dijo un atardecer mientras paseaban por la avenida Lichtenthal.

—¿Se puede, en tan solo una semana, analizar a una mujer inteligente y compleja? —preguntó Bernard.

—¡Ah!, al menos la semana ha servido para algo: ¡has averiguado que es complicada! —dijo Gordon.

—¡Mi querido Gordon —exclamó Longueville—, no veo qué puede importarte lo que averigüe de Miss Vivian! Cuando alguien está enamorado, ¿qué importa lo que los demás puedan decir del ser amado?

—Cierto que no es importante. Pero si la persona amada es alguien

complejo, eso puede ayudar.

—¡Qué absurdo decir esto! El ser querido siempre es alguien complejo.

Gordon caminó en silencio unos instantes.

—Bien, entonces, ¿me importa un pimiento lo que pienses!

—¡Bravo! Así es como habla un hombre —exclamó Longueville.

Gordon meditó unos instantes y luego dijo:

—Esto te da libertad total para decir lo que te plazca.

—¡Ah, querido amigo, eres ridículo! —dijo Bernard.

—Eso es precisamente lo que me gusta oírte decir. Siempre me encuentras demasiado razonable.

—Bien, vuelvo a mi primera afirmación. No conozco a Miss Vivian. Quiero decir que no la conozco como para dar una opinión sobre ella. Supongo que no querrás que te endilgue una docena de banalités. Es una mujer encantadora, evidentemente una persona superior, tiene un gran estilo.

—Oh, no. Esto ya lo sé —replicó Gordon, y añadió—: Pero, de cualquier modo, ella te gusta, ¿verdad?

—Más que eso —dijo Longueville—. La admiro.

—¿Eso es decir más? —preguntó Gordon reflexivamente.

—Bien, lo mayor, sea lo que sea, incluye lo menor.

—¡No quieres comprometerte! —dijo Gordon, y añadió—: Mi querido Bernard, ¡pienso que sabes muchísimo sobre mujeres!

Gordon Wright tenía un carácter tan amable y cándido que era difícil concebir que esta observación pudiera picar a Bernard en su amor propio. La afirmación implicaba por parte de Gordon una gran familiaridad con el uso de la ironía, algo de lo que siempre había gozado, a la vez que una extrema convicción en el carácter irritable de la vanidad de su amigo. De hecho, sin embargo, se le puede confiar al lector que Bernard fue herido en su zona más vulnerable, por mucho que el posible resentimiento de su vanidad no se notara en su respuesta.

—Estás completamente equivocado —dijo, simplemente—. Soy tan ignorante sobre mujeres como un cartujo.

—Pero las analizas demasiado. Las encuentras enigmáticas.

Esto último, probablemente obedecía a cierto toque irónico por parte de Gordon Wright.

Bernard se detuvo, impaciente.

—Te lo pregunto de nuevo: ¿qué importa lo que yo pueda pensar de ella?

—Importa, ya que ella me rechazó.

—¿Qué te rechazó? Entonces todo ha terminado, ya nada importa.

—No, no se ha terminado —dijo Gordon, negando con la cabeza—. ¿No te das cuenta?

Bernard sonrió, puso la mano en el hombro de su amigo y le dio unas palmaditas.

—Tu actitud podría entenderse como resignación.

—¡No estoy resignado! —dijo Gordon Wright.

—Por supuesto que no. Pero ¿cuándo te rechazó?

Gordon permaneció un minuto con los ojos fijos en el suelo. Finalmente los alzó.

—Hará unas tres semanas. Quince días antes de llegar tú. Pero sigamos andando —dijo— y te lo explicaré.

—Me declaré a ella hace tres semanas —dijo Gordon mientras caminaba—. Me obsesionaba. Hasta en lo más hondo. Había sido amable conmigo, encantadora, creí que me quería. Y también pensaba que a la madre le complacía, que seguramente le gustaba la idea. De hecho, así me lo hizo ver Mrs. Vivian, porque, por supuesto, hablé primero con ella. A Angela yo le gustaba, o al menos lo parecía, y no hay razón para pensar que no siga gustándole. Solo que no le gusto lo suficiente. Me habló del modo más amical y agradable; pero me dijo que me conocía poco y que yo la conocía aún menos. Insistió en que no hacía bien confiando en ella. Le dije que si confiaba en mí, yo deseaba confiar en ella; pero respondió que era un mal razonamiento. Añadió que, aunque se podía confiar en mí, ella no confiaba: en suma, un absurdo. Parecía estar absolutamente engañada respecto a sí misma, atribuyéndose todo tipo de defectos.

—¿Qué defectos? Dime alguno.

—Oh, no recuerdo. Dijo que tenía mal temperamento y que atormentaba a su madre. Pero la pobre Mrs. Vivian dice que es un ángel.

—Sí —observó Bernard—. Mrs. Vivian afirma eso, sin duda.

—Angela me dijo que era celosa, poco generosa, resentida y cosas así; recuerdo que también dijo: «Soy muy falsa», y hasta remarcó que era cruel.

—Todo lo cual no te desanimó —dijo Bernard.

—En absoluto. Estaba fingiendo.

—¡Finge muy bien! —exclamó Bernard riendo.

—¿Muy bien?

—Quiero decir que es muy hábil.

—Pues no lo fue tanto, si lo que pretendía era desanimarme.

—Posiblemente. Pero estoy seguro —dijo Bernard— de que, si hubiera estado presente en vuestra entrevista (excusa lo impúdico de la hipótesis), Miss Vivian me hubiese sorprendido. —Y aquí hizo una pequeña pausa.

—¿De qué te hubiese sorprendido?

—De su habilidad.

—Bien, pero esa habilidad no ha bastado para inducirme a abandonar mi idea. Me dijo que a los seis meses de conocerla la detestaría.

—Estoy seguro de que lo hubiese logrado de habérselo propuesto. Esto es lo que quiero decir con lo de que es hábil.

—Ella se calificó de cruel —dijo Gordon—, pero no le he detectado ninguna crueldad. Siempre ha sido muy razonable, perfecta. Estuve de acuerdo con ella en que deberíamos dejar de lado el asunto por un tiempo y mientras ser simples buenos amigos. Que necesitábamos tomarnos cierto tiempo a fin de conocernos mejor y obrar de acuerdo con ese conocimiento. No había prisa pues confiábamos el uno en el otro, por equivocada que pudiese ser mi confianza. No deseaba que me fuera, yo no le resultaba en absoluto desagradable; me apreciaba muchísimo y era perfectamente libre de seguir cortejándola. Posteriormente podría yo, si lo deseaba, desistir en mi propuesta, si así lo decidía, ser libre de retomarla o dejarla correr. Si se sentía diferente entonces, obtendría el correspondiente beneficio; y si era yo quien me sentía diferente, también me beneficiaría.

—Un muy cómodo arreglo. ¿Y en eso seguís? —preguntó Bernard.

Gordon vaciló un momento.

—Más o menos, pero no exactamente.

—¿Miss Vivian se siente diferente?

—No que yo sepa.

Bernard, riendo, le dio a Gordon una nueva palmadita en la espalda.

—Admirable joven: ¡eres una pareja muy deseable!

—¿Te refieres a mi dinero?

—A tu dinero y a tu modestia. Hay tanto de lo uno como de la otra, lo que quiere decir mucho.

—Bien —dijo Gordon—, pues pese a tal envidiable combinación no soy feliz.

—¡Ya te notaba yo melancólico! —exclamó Bernard—. Eres tú entonces, quien siente diferente.

Gordon suspiró.

—Decir eso es decir demasiado.

—¿Qué podríamos decir, entonces? —le preguntó amablemente su compañero.

Gordon se detuvo de nuevo y se quedó mirando una estrella particularmente luminosa —era una noche nubosa— que parpadeaba en un claro del cielo y cuyo vago resplandor brilló en su sincero y honesto semblante.

—¡No la entiendo! —dijo.

—¡Oh, algún día diré eso mismo de ti! —exclamó Bernard—. No te puedo ayudar.

—¡Debes ayudarme! —dijo Gordon Wright apartando la vista de la estrella—. Debes ayudarme a recuperar mi buen humor.

—Por favor, continúa caminando. En absoluto te compadezco. Ella es encantadora contigo en sumo grado.

—Muy cierto: pero insistir en ello no es el modo de hacerme recuperar el buen humor, tal como me siento.

—¿Y cómo te sientes?

—¡Confuso hasta morir, enloquecido, deprimido!

Esto fue solo el principio de la lista que fue desgranando Gordon Wright, quien continuó diciendo que tenía en tan buen concepto a Miss Vivian como al principio, pero se sentía menos cómodo ahora que en las primeras semanas de conocerla y que era esta circunstancia la que le hacía sentir incómodo e infeliz.

—No sé qué ha pasado —dijo el pobre Gordon—. No sé qué ha ocurrido entre nosotros. No es culpa suya, no la responsabilizo. Empecé a notarlo quince días atrás, antes de que tú vinieras. Poco después de esa charla que tuve con ella y que te he descrito. Su actitud no ha cambiado y no tengo ninguna razón para suponer que le gusto menos que antes; pero me produce una extraña impresión, me hace sentir incómodo. Supongo que será la expresión de su temperamento: lo que podríamos llamar su «originalidad». Es

completamente original, una especie de criatura misteriosa. Supongo que lo que siento es una especie de fascinación. Pero eso es justo lo que no me gusta. ¡Maldita sea, no me gusta que alguien me fascine, me opongo por completo!

El relato de esta pequeña historia había empleado un tiempo, así que, mientras, los dos amigos habían llegado al hotel.

—¡Ah, mi querido Gordon —dijo Bernard—, hablamos un lenguaje diferente! Si no quieres resultar fascinado, ¿qué puedo yo decirte? ¡Oponerse a que nadie le fascine! ¡Alguien fácil de contentar, raffiné, va!

—Veamos —dijo Gordon, deteniéndose en la puerta del hotel—. ¿Disfrutas cuando las cosas se realizan?

—¿Cuándo se realizan? —exclamó Bernard—. No aguardo hasta entonces para disfrutarlas. Las gozo desde el principio, me complace irme acercando a ellas, disfruto de la perspectiva.

—Eso mismo hice yo. Pero ahora que las cosas se han concretado ya no disfruto. Estar fascinado es estar engañado. ¡Maldita sea, amo mi libertad, mi capacidad de juicio!

—Me pasa lo mismo que a ti —dijo Bernard riendo a la vez que encendía las lámparas de su habitación.

IX

Bernard hablaba de manera bastante teórica, por cuanto él mismo, según creía, no se hallaba bajo ningún estado, ni incipiente ni absorbente, de fascinación. Así, siguió tratando a la muy asequible Angela Vivian sin experimentar en lo más mínimo la misteriosa incomodidad a que aludía su amigo. El elemento misterioso se lo atribuía antes bien a la madre de la joven, pues le daba la impresión de que por ignotas razones le rehuía. Y lamentó tal actitud elusiva porque encontraba algo agradable en esa tímida y escrupulosa mujercilla, al que veía como un curioso espécimen de una sociedad por la que antaño había sentido afecto. Sabía que la mujer procedía de la vieja Nueva Inglaterra, pero no había necesitado conocer eso para detectar que Mrs. Vivian estaba poseída por el genio de Boston. «Tiene temperamento bostoniano», decía, sirviéndose de una frase con la que se había familiarizado y que le evocaba una serie de asociaciones. Pero de inmediato añadía que, si Mrs. Vivian era hija de puritanos, el elemento puritano en su carácter estaba mezclado con otro. «Es el temperamento de Boston, pero sofisticado —decía— y un poco pervertido, quizá corrompido. El viento local del este con una injerencia de clima menos tónico». Le parecía que Mrs. Vivian era una

puritana abierta al mundo, una bostoniana distendida: y esta impresión contribuía bastante extrañamente a que deseara saber más de ella. Hubiera querido ir y decirle muy cortésmente:

«Querida señora y muy honorable compatriota, ¿qué he podido hacer yo para disgustarla? Usted me desaprueba y estoy en ascuas por conocer la razón. ¡Sería tan feliz si sintiese que le resulto agradable! Pero es inútil. Usted me da la espalda. Cuando le hablo mira hacia otro lado; solo me mira cuando hablo con su hija. Y, cuando tiene lugar esa circunstancia, lo hace con dureza. Si no estoy muy equivocado, no se siente a gusto con lo que ve. Cuenta usted las palabras que le dirijo a su bella Angela, controla la duración de nuestras pequeñas entrevistas, las interrumpe en cuanto puede, llamándola aparte, cortando nuestra charla. Se pasa el tiempo ideando excusas para que no nos veamos. ¿Qué tiene contra mí? Le aseguro que soy el más inocente de los hombres. Su bella Angela no puede sufrir daño alguno con mi conversación y no tengo la menor intención de perturbar su tranquilidad de espíritu. ¿Qué demonios he hecho para ofenderla?».

Bernard Longueville se propuso brindarle estas observaciones y, una tarde en que vio la oportunidad, estuvo a punto de exponérselas. Pero, sin embargo, en el último instante, su elocuencia siguió otros derroteros. Era costumbre de la orquesta del Kursaal tocar por la tarde, y como la música era excelente, a menudo una muchedumbre se congregaba a las tres, bajo los árboles, para escucharla. Por lo general no era una hora habitual de reunión para el pequeño grupo que nos ocupa. Mrs. Vivian en particular, a menos que el día anterior se hubiese programado alguna excursión, no aparecía por el Centro Social hasta el anochecer. Una tarde, a las tres, Bernard se encaminó hacia ese lugar de reunión de Baden y, al atravesar la terraza, se encontró con Blanche Evers que paseaba con un parasol rosa en compañía del capitán Lovelock. La joven dama era extremadamente sociable y resultó en perfecta consonancia con su talante habitual que se detuviera y saludara a nuestro héroe.

—Mr. Longueville —dijo— se está volviendo muy frívolo viniendo al Kursaal a todas horas.

—No hay nada de frívolo en venir aquí con la esperanza de encontrarla; al contrario, es algo muy serio —respondió Bernard.

—Sería todavía mucho más serio perder a Miss Evers que encontrarla —observó el capitán Lovelock con humorística galantería.

—¡Ojalá usted me perdiera! —exclamó la joven—. Me gustaría perderme. Podría vivir todo tipo de aventuras.

—¡Ya lo creo! —dijo el capitán Lovelock, riendo.

—Lograría encontrar el camino. Sé cuidar de mi misma —continuó

Blanche.

—Mrs. Vivian no piensa eso —dijo Bernard, que acababa de distinguir a la mujer sentada bajo un árbol con un libro, por encima del cual observaba a su bonita protegida.

Blanche la miró, dirigiéndole una leve inclinación de cabeza y sonriéndole, y luego continuó charlando con los dos jóvenes.

—Es una vigilante increíble. Nunca he conocido a alguien que lo lucra tanto. Pero supongo que tiene razón. Le prometió a mi madre que así haría. No sé qué debe pensar de lo que sería yo capaz de hacer.

—Eso no es muy halagüeño para mí —dijo el capitán Lovelock—. Mrs. Vivian no me aprueba, me querría en Jamaica. ¿De qué me creerá capaz?

—¿Y a mí? —preguntó Bernard—. Yo aún le gusto menos, aunque, por mi parte, la encuentro entrañable.

—Pues yo no puedo decir que me caiga bien —dijo el capitán—. Me parece un felino.

Blanche Evers soltó pequeño grito de horror.

—¡Dejen de hablar así! No puedo consentir que hablen así de una dama que es tan amable conmigo.

—No es tan amable con usted. Le gustaría encerrarla donde nadie la viera.

—¡Pues no creo que eso me importara! —exclamó la muchacha, soltando una risita y agitando la cabeza—. Mrs. Vivian tiene un carácter de lo más perfecto, y eso es lo que ha hecho que mi madre me pusiera en sus manos. Y si le prometió a mi madre que cuidaría de mí, ¿no es lógico que cumpla su promesa? Me vigila mucho más que mi misma madre, es lo que esta hubiese deseado. Ella nunca se hubiera tomado tantas molestias. Además, mi madre siempre me regaña, lo que no hace jamás Mrs. Vivian. Sólo me vigila, y no me importa.

—Desearía que la vigilara un poco menos y la riñera un poco más —dijo el capitán Lovelock.

—No dudo de que usted desea un montón de cosas horribles —le contestó su compañera con complacida aspereza.

—¡Ah, por desgracia nunca obtengo lo que deseo! —suspiró Lovelock.

—Sus deseos deben ser numerosos —dijo Bernard—. Debe tener, pienso, unos cuantos.

El inglés se encogió de hombros.

—Menos de los que piensa. Nos está mirando con más furia que nunca —añadió después, tras mirar a Mrs. Vivian—. El único hombre que le gusta es Mr. Gordon Wright. Lo aprecia extraordinariamente.

—¡Ah, Mrs. Vivian manifiesta con ello que es lista! —dijo Bernard.

—Ciertamente es muy apuesto —murmuró Blanche Evers mirando varias veces con gentil agresividad al capitán Lovelock y continuó, dirigiéndose a Bernard—: Debo decir que me gusta Mr. Gordon Wright. ¿Cómo es que está aquí sin él? Ustedes dos son tan espantosamente inseparables. Creo que no los he visto solos ni una vez.

—Oh, yo sí que he visto a menudo a Mr. Gordon Wright solo —dijo el capitán Lovelock—, quiero decir, solo con Miss Vivian. Que, por otra parte, es lo que le gusta a su madre. No abundan como él.

La muchacha adoptó en ese instante una de sus atractivas posturas y le miró de arriba abajo.

—¡Vaya, eso sí que es un escándalo! ¿Quiere decir que pretende emparejarlos?

—Quiero decir que el joven recibe seis mil al año.

—¡No importa lo que reciba! ¡Tampoco son tanto seis mil al año! Y no hacemos las cosas así en nuestro país. No hacemos esos espantosos apañes matrimoniales que hacen en su horrible país. Las madres americanas no son como las inglesas.

—Oh, cualquiera puede ver, por supuesto —dijo el capitán Lovelock—, que Mr. Gordon Wright se muere por Miss Vivian.

—¡Pues yo no lo veo! —exclamó Blanche.

—Se muere de modo más discreto que yo, ¿verdad?

—¡Yo sí que querría que ustedes muriesen! —dijo Blanche—. De cualquier modo, Miss Angela no se muere de amor por Mr. Wright.

—Es igual: se casará con él —declaró Lovelock.

Blanche Evers miró a Bernard.

—¿Por qué no le replica? —preguntó—. ¿Por qué no defiende a su amigo?

—Estoy dispuesto a defender a mi amigo —dijo Bernard—, pero no lo estoy respecto a Miss Vivian.

—Pues bien, yo sí lo estoy —declaró Blanche—: ella no se casará con él.

—¡Si no lo hace me comeré mi sombrero! —dijo el capitán Lovelock, y continuó—: ¿Ha dicho usted que en América a la madre de una chica guapa no

le importa la fortuna que posea su futuro yerno?

—Bien, no lo encuentran... no lo encontramos tan espantoso. ¿Por qué no me apoya Mr. Longueville? —le pidió Blanche—. Nunca he visto a alguien tomárselo todo con tanta indiferencia. ¿Acaso no siente ningún patriotismo?

—Mi patriotismo está condicionado por mi indisposición a generalizar —dijo Bernard riendo—. En este punto permítame que no generalice. Estoy interesado en el hecho particular: en saber si Mrs. Vivian piensa mucho en el dinero de Gordon Wright.

Miss Evers hizo una pequeña mueca de disgusto.

—Si es usted tan horriblemente imparcial, mejor vaya y pregúnteselo.

—No es una mala idea. Creo que iré y le preguntaré —dijo Bernard.

El capitán Lovelock volvió a su argumento.

—¿Quiere usted decir que su madre sería indiferente al hecho de que no tengo un penique en el bolsillo?

—¿Indiferente? —preguntó Blanche—. Oh, no, se preocuparía de usted. Es muy generosa, le ayudaría con dinero.

—Pero no dejaría que me casara con usted —dijo Lovelock.

—¡No se habría de esforzar mucho por impedirlo! —exclamó la chica.

Bernard empezaba a cansarse de esta dialéctica.

—Sí, iré y le preguntaré a Mrs. Vivian —repitió.

Y se apartó de sus compañeros para proseguir su paseo.

X

Le había parecido buena idea interrogar a Mrs. Vivian, pero hay muchas ideas que nunca llegan a ponerse en práctica. Cuando se acercó a ella con una sonrisa, un saludo y expresión como de solicitar la venia para tomarse ciertas libertades y sentarse a su lado, sintió un jocoso placer de experimentar que se le desinflaba el impulso investigador que le dominaba. Este impulso se limitaba, ahora, a querer probarle a la mujer que era el tipo más inobjetable del mundo, algo que resolvió mediante varias ingeniosas observaciones sobre el tiempo, la música, los encantos e inconvenientes de Baden y los méritos del libro que tenía sobre el regazo. Si Mrs. Vivian se molestaba o se incomodaba, Bernard lo sentiría mucho por ella; no había en el mundo nada que respetase

más que la conciencia moral de una mujer de Boston con una consideración severa de la existencia y una imaginación propensa a la alarma. Era como un templo de la delicadeza en donde él debía caminar de puntillas a fin de mostrarle a Mrs. Vivian la ligereza de su paso. La mujer era incapaz de ser descortés o indelicada y ahora que se veía confrontada con el plausible objeto de su desconfianza, adoptó su usual actitud de refinada liberalidad. Su libro era un volumen de Victor Cousin.

—Debe tener una extraordinaria capacidad para abstraer su mente por completo —le dijo Bernard al observar eso—. Estudiar filosofía en el Kursaal de Baden es una acción intelectual sorprendente.

—¿No cree que aquí necesitamos de un poco de filosofía?

—Sin duda alguna: la que llevemos con nosotros. Pero no podría concentrarme en el libro en este lugar.

—No debería hacernos creer que no es inteligente —dijo Mrs. Vivian—; pues todos le encuentran muy inteligente.

Longueville se la quedó mirando: resultaba inesperado e incongruente que la dama se pusiera a halagarle. Necesitó recordar que, si era, ciertamente, una bostoniana, lo era del tipo perverso.

—¡Ah, mi querida señora! Decir «todos» es como decir «nadie» —comentó riendo.

—Lo dice Mr. Wright —continuó ella—. Insiste en ello.

—Le ciega la amistad que me guarda.

—Por supuesto que conocemos la amistad entre ambos —dijo Mrs. Vivian—. Nos ha hablado de ella.

—¡Le está usted volviendo un terrible hablador!

—Es que habla tan bien, nos gusta tanto su charla.

—En general es excelente —dijo Bernard—. Pero acostumbra a depender del tema que se aborde.

—Oh —dijo la mujer—, siempre le dejamos que elija los temas... —Y, bajando de golpe la mirada como si de pronto se pudiera a reflexionar, comenzó a alisar el borde arrugado de su libro.

Bernard pensó que —por algún misterioso impulso— la mujer le ofrecía la oportunidad de poder preguntarle lo que Blanche Evers le había sugerido. Otras dos o tres cosas se le ocurrieron también. El capitán Lovelock estaba sorprendido de que la mujer favoreciera la relación de Gordon Wright con su hija y tenía la grotesca teoría de que, si lo hacía, era para ver a la chica en

posesión de esos seis mil al año. El devoto enamorado de Miss Evers no destacaba, según Bernard, como un brillante razonador, pero de repente le encontró inspirado. ¡El cariz depravado que adoptaba la conciencia de Nueva Inglaterra en Mrs. Vivian, se manifestaba en forma de impropia apreciación de la renta del posible futuro yerno! Bajo esta iluminadora perspectiva todo resultaba claro: Mrs. Vivian despreciaba a su humilde admirador porque no disponía de trece mil dólares al año y, claro estaba, en cuánto que distraía a Angela de concentrar sus pensamientos en las grandes virtudes de Gordon Wright, haciéndole perder el tiempo con un joven inteligente pero de escasa fortuna.

—Respecto a lo de ser inteligente, eso es relativo —observó Bernard poco más tarde—. Ahí tenemos al capitán Lovelock, que tiene cierta inteligencia y es muy atento.

Mrs. Vivian alzó la mirada con aire preocupado.

—No nos gusta el capitán Lovelock —dijo.

—Le he oído decir cosas muy interesantes —respondió Bernard.

—Nos parece un bruto —dijo Mrs. Vivian—. Por favor: no lo alabe.

—Oh, yo solo quiero ser justo.

Ella no dijo nada por unos instantes.

—¿Usted quiere, en verdad, ser justo? —preguntó finalmente.

—Es mi más ardiente deseo.

—Me agrada oír eso y puedo creerle sin problemas —dijo Mrs. Vivian.

Bernard le dirigió una agradecida sonrisa, pero mientras sonreía se preguntaba: «¿Por qué demonios continúa halagándome?».

—Ha sido usted siempre muy amable conmigo —dijo alzando la voz.

—¿Dice esto a causa de Mr. Wright? —preguntó ella, tranquila.

Al decir la anterior frase, Bernard Longueville había sentido, con cierto remordimiento, como si bordease cierto astuto descaro; pero la tranquila respuesta de Mrs. Vivian le sugirió que la astucia de esta, por no hablar de descaro, era igual que la suya. Pensó que no le había hecho justicia.

—Lo atribuye usted todo a Gordon Wright —dijo sin dejar de sonreír.

Mrs. Vivian se ruborizó un poco.

—Porque es quien ha logrado que estemos a gusto aquí. Cuando llegamos, nos fueron asignadas unas habitaciones bastante incómodas, pero en cuanto le conocimos nos buscó otras excelentes y de mejor precio. Y además, Mr.

Longueville —añadió con un suave, dulce énfasis que debía haber contradicho cualquier noción de audacia pero que, según la vivaz conciencia de Bernard, le pareció otorgaba un vivo color a lo que decía—, es gracias a él que formamos parte del pequeño grupo.

—Oh, entre sus favores, ese no debe ser olvidado. Debería usted colgar en la pared del Kursaal una lápida conmemorativa —y luego, para sus adentros, pensó: «¡Será arpía...!».

Mrs. Vivian pareció obviar por entero el sarcasmo y continuó enumerando sus obligaciones hacia Gordon Wright.

—Hay tantas maneras por las cuales un caballero puede ayudar a tres pobres mujeres desvalidas, en especial cuando es alguien tan afable y civilizado como Mr. Wright. No sé qué habríamos hecho sin él, y me gustaría que todo el mundo lo supiera. Es como si fuera un buen y antiguo amigo. Mi hija y yo lo adoramos. No le ocultaré que, cuando le he visto a usted venir hace un momento sin su amigo, me he decepcionado mucho. Espero que no esté enfermo.

Bernard escuchaba sentado, mirando hacia el suelo.

—Oh, no, está en su habitación escribiendo unas cartas.

Mrs. Vivian quedó en silencio unos instantes.

—Deben ser muchas cartas.

—Realmente no lo sé. Desde que estoy con él escribe menos de lo que acostumbraba.

—Ah, claro, cuando están separados se deben escribir montones de cartas el uno al otro. Pero los negocios harán que tenga mucha correspondencia.

—Es muy probable —dijo Bernard—. Y si la hay, no dude que él la responde.

—¡Orden y método! —exclamó Mrs. Vivian—. Con su inmensa fortuna tales virtudes son obligadas.

Bernard contempló a la mujer un momento. «Mi querido Lovelock —se dijo— no eres tan tonto como pareces».

—Las virtudes de Gordon son siempre necesarias —prosiguió—. Pero ¿cree usted que su fortuna es tan inmensa?

Mrs. Vivian hizo un pequeño y delicado gesto deprecatorio.

—¡Oh, no me haga hablar! Yo no sé nada. Solo supongo que es rico.

—Sí, es rico, pero no un Cresos.

—¡Oh, usted, joven acomodado, tiene una idea de la riqueza! —dijo ella con una risita—; pero, para una viuda pobre, una fortuna como la de Mr. Wright es descomunal.

—¡No me defina de esa horrible manera! —exclamó Bernard—. Nuestro amigo tiene, en efecto, bastante dinero.

—Eso es lo que quiero decirle. En una ocasión aludió a esa fortuna, pero fue tan modesto, tan reservado al referirse a ella, que no supimos qué pensar.

—Le da vergüenza ser rico —dijo Bernard—. Cree que representa algo desfavorecedor.

—¡Eso es justo lo que creo! —dijo con una exclamación algo más intensa de lo habitual en ella; aunque, de haber sido más apagada, Bernard habría estado en disposición de entender más su verdadero sentido; y añadió Mrs. Vivian—: Pensé, entonces, que debíamos ser indulgentes con su modestia. Fue de muy buen gusto.

—Es un hombre afortunado —dijo Bernard—. Obtiene crédito por su buen gusto. ¡Aunque también por la cifra de sus rentas!

—¡Ah! —murmuró Mrs. Vivian, alzándose un poco como para hacer aparecer sus palabras más casuales—. No conozco esa cifra.

La mujer comenzó a alejarse y Bernard, a la vez que alzaba el sombrero y se separaba de ella, consideró que sería cruel dejarla ir sin ilustrar su ignorancia; pero se dijo a sí mismo que la mujer ya sabía lo suficiente. Paseando por la avenida Lichtenthal reflexionó sobre ello. Estuviese Miss Vivian enamorada o no de Gordon Wright, lo cierto era que su madre sí estaba enamorada de su fortuna y que se le había ocurrido de repente que, en vez de tratar con civilizada desconfianza al amigo del pretendiente de su hija, mejor sería para sus intereses darle a conocer un atisbo de su pensamiento y seducirle mediante la simpatía. Nada más natural que Mrs. Vivian supusiese que Bernard deseaba que su amigo tuviese éxito, puesto que, como nuestro reflexivo héroe pensaba, lo que hasta ahora inquietaba a la mujer no era que se enamorara de su hija, sino que su hija se enamorara de él. La vida de un balneario conduce infaliblemente a la ociosidad de la mente y Bernard paseó durante media hora a lo largo de la abovedada avenida meditando alternativamente sobre esos dos inconcebibles asuntos.

Pocos días más tarde, Gordon fue a ver a Bernard a su habitación de hotel a una hora tardía.

—Acabo de recibir una carta de mi hermana —dijo—. Me temo que habré de marcharme.

—Ah, lo siento —dijo Bernard, que estaba tan a gusto con la constitución

del pequeño grupo que no deseaba cambio alguno.

—Estaré fuera poco tiempo —explicó Gordon—. Mi pobre hermana me ha escrito desde Inglaterra para decirme que mi cuñado se ve obligado a volver a casa. Ella ha decidido acompañarle, así que marcharán en barco dentro de quince días. Quiere verme antes de partir y, como no sé cuándo la podré ver de nuevo de nuevo, me siento obligado a estar con ella antes de que parta, es decir, las dos semanas que restan.

—Alabo la santidad de los lazos familiares y me identifico contigo —dijo Bernard—, pero por otro lado no envidio tu precipitado desplazamiento de Baden a Folkestone.

—Es el retorno lo que será precipitado —exclamó Gordon sonriendo.

—¿Piensas entonces regresar?

—Por supuesto. Mrs. Vivian tiene previsto permanecer aquí otro mes.

—Entiendo. Bien, te echaremos mucho de menos.

Gordon Wright miró por unos instantes a su compañero.

Tú seguirás aquí, ¿verdad? Me gustaría tanto que lo hicieras...

—Pensaba hacerlo, pero, bien mirado, tú, ¿qué me recomiendas? le recomiendo que te quedas.

Mi querido amigo, tu palabra es ley dijo Bernard.

—Quiero que te ocupes de mis amigas —continuó—. No quiero dejarlas solas.

—¡Bromeas! —exclamó Bernard—. ¿Cuándo has visto que yo me ocupe de nadie? Bastante tengo con cuidar de mí mismo.

—Es muy fácil —dijo Gordon—: solo quiero que un hombre las proteja.

—Ya tienen a uno: el devoto Lovelock.

—Por eso precisamente quiero que haya otra persona. Sólo se preocupa de Miss Evers quien, por cierto, apenas le hace caso. Quiero que cuides de las otras. Les eres muy agradable, te aprecian en extremo.

—Ah —dijo Bernard riendo—. Si lo que quieres es halagarme burdamente, me hundes. Si lo que pretendes es incensar mi vanidad, me matas.

—No es algo tan desagradable —observó Gordon con intención vagamente humorística.

—Oh, no, desagradable no. Cada mañana iré a ver a Mrs. Vivian, sombrero en mano, a recibir órdenes.

Gordon Wright, con las manos en los bolsillos y una expresión reflexiva, dio varias vueltas a la habitación.

—Es una oportunidad capital —dijo finalmente, deteniéndose ante su camarada.

—Oportunidad, ¿para qué?

—Para concluir algo respecto a mi joven amiga.

Bernard profirió un suave gruñido.

—¿Vuelves a las andadas? Hace tiempo que te lo he dicho: es una muchacha deliciosa.

—Eso no es ninguna conclusión. El primer recién llegado me podría decir lo mismo tan solo conocerla.

—¿Quieres que invente algo diferente? —preguntó Bernard—. No puedo inventar nada mejor.

—No quiero que tengas que inventar nada. Solo deseo que la observes, que la analices con completa independencia. La dejo a tu disposición, obra con ella con toda libertad, maldita sea —dijo Gordon—. Querría que lo hicieras a gusto.

—Es usted delicioso, señor mío —respondió Bernard rompiendo irresistiblemente en carcajadas—. No creo que sea para que me lo pase bien por lo que me pides que lo haga.

Gordon dio otra vuelta al cuarto.

—No, lo hago por mí; para ser más exacto: en mi propio beneficio.

—¿En tu propio beneficio?

—Estoy hecho un lío, te lo dije el otro día. Tengo las ideas confusas y necesito una nueva impresión.

—Mis impresiones nunca son nuevas —replicó Bernard.

—Lo serán si pones un poco de buena voluntad, si entras en mi dilema...

—La nota de reproche fue tan clara en estas palabras que Bernard se le quedó mirando—. No te tomas nada en serio —continuó su compañero.

Bernard trató de responderle con la mayor seriedad posible.

—De todos los dilemas posibles, el tuyo es el más extraño.

—Puede ser, pero otra gente se lo toma de manera muy diferente. ¿Es que no ves... —Gordon pareció presa de un arrebató de pasión — que me siento horriblemente dividido interiormente? Angela Vivian me vuelve loco y a la

vez me asusta.

—¿Te asusta?

—Porque es más lista que yo, y sería una esposa difícil. Haría cosas extrañas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Por ejemplo: flirtear.

—Un hombre como Dios manda no debe temer eso.

—No si se supone que la mujer quiere al marido. Pero yo no lo supongo: ya he renunciado a eso. Si consigo que Angela me acepte, será de un modo puramente razonable, porque piense que es lo mejor, simplemente. Pero, claro, eso puede hacer que posteriormente se arrepienta.

Bernard permaneció unos instantes mirando a su amigo desde su asiento.

—Dices que es más lista que tú. Es imposible ser más listo que tú.

—¡Oh, venga, Longueville! —dijo Gordon, irritado.

—Hablo muy en serio. Tú has hecho una cosa muy inteligente. Me has impresionado con la realidad y el —¿cómo lo llamaríamos? — estimable carácter de tu dilema. Cuando te haga saber mi nueva impresión, ¿qué harás con ella?

—Esas cosas son siempre útiles. Será bueno conocerla.

—Muchas gracias, pero ¿te has propuesto que todo dependa de eso?

¿Te decidirás por Miss Vivian o la dejarás estar; quiero decir: volverás a la carga o abandonarás, en función de lo que yo te diga?

Gordon no pareció en absoluto incómodo por esa pregunta, pese a la luz que proyectaba sobre su perplejidad sentimental.

—¡Me propongo hacer lo que yo decida! —dijo.

—Lo cual es un alivio para mí —dijo Bernard—. Tu idea es, después de todo, el producto de una mente científica.

—Elegiré lo contrario de lo que pienses —continuó Gordon.

—Ah, haces bien advirtiéndome —dijo Bernard riendo—. Aunque se sea la persona más juiciosa del mundo, complace se le advierta del peligro de que le contradigan.

—¿Te consideras la persona más juiciosa del mundo? —preguntó Gordon.

—Una muy pertinente pregunta. ¿No se te ha ocurrido pensar que, al dejarme solo y con libertad de movimientos respecto a la mujer de tu elección,

podieras tener motivo para sentir celos?

—¡Ojalá pudiera sentirme celoso! —exclamó Gordon—. Eso lo simplificaría todo, incluso podría ayudarme.

Al día siguiente, Gordon Wright, tras alguna que otra charla en que parecía aguardar que se produjese esa contingencia —aunque en realidad se reía de la mera posibilidad—, partió hacia Inglaterra.

XI

Durante los tres o cuatro días siguientes a la marcha de Gordon Wright, Bernard no pudo ver a las damas que habían sido dejadas a su cuidado. Estas optaron por permanecer recluidas, y él se inclinó por interpretar el hecho como expresión del pesar que sentían al verse huérfanas de las atenciones de Gordon. Como conocía otras personas en Baden, fue a verlas y, mientras cultivaba su amistad, se esforzó en aguardar con paciencia la reaparición de Mrs. Vivian y sus compañeras. Al cuarto día fue consciente de que las nuevas personas eran mucho menos interesantes que el trío de damas americanas que tenían sus aposentos encima de la pastelería, por lo que se atrevió a llamar a su puerta. Se le había pedido cuidara de ellas, lo cual comportaba verlas en persona. El día antes se había topado con el capitán Lovelock, que paseaba melancólico, y le había interrogado ávidamente sobre el paradero de Mrs. Vivian.

—¡Dios, me parece que se han ido... se han marchado sin avisar! —exclamó Lovelock.

—Oh, no, yo creo que aún están aquí —dijo Bernard—. Mi amigo Wright se ha ido por un par de semanas y ellas deben estar recluidas en sus habitaciones.

—Dios, me preocupaba que su amigo Wright se las hubiera llevado con él: parece que sean de su propiedad. ¡Me preocupaba que las hubiese obligado a marchar y ellas le hubiesen obedecido, tan seducidas las veo por su dinero! Fui a visitarlas ayer, le juro que lo hice. Viven encima de una pastelería, en un pequeño callejón. ¡La gente vive en sitios bien extraños cuando viaja al extranjero! Pero le aseguro que cuando llegué allí, maldita sea si pude averiguar si estaban o no. No hablo una palabra de alemán y allí no había más que la mujer del pastelero: una mujer bastante ordinaria que no entendió nada de lo que le dije, aunque no cesaba de hablar en su lengua. Debí darme por vencido. No estaban en casa y, si aún se hallaban en Baden o bien lo habían abandonado, me fue imposible averiguarlo. Si se hallaban aún aquí, ¿por qué

no se las veía por ningún sitio? ¡Venir a Baden-Baden para pasar el tiempo, alicaídas, encima de una pastelería!

El capitán Lovelock estaba evidentemente irritado y Bernard tuvo la impresión de que el cambio de situación debido al tintinar de las monedas tenía algo que ver con su actual estado. Bernard acudió al lugar y fue más afortunado. Por lo que le dijo la mujer del pastelero, dedujo que, aunque Mrs. Vivian y su hija no estaban en el apartamento, la más joven se hallaba arriba. Y, en efecto, Blanche Evers se hallaba sentada junto a la ventana con un libro, un libro que cerró de inmediato al verle —lo que demostraba que no le interesaba demasiado— para ponerse a charlar con su acostumbrada franqueza.

—¡Vaya, puedo decir que estoy muy contenta de ver a alguien! —exclamó asomándose a la ventana y dejando ver sus encantadores rizos.

—¡Aunque ese alguien sea yo! —exclamó Bernard riendo.

—No quería decir eso. En serio que me alegro de verle, debiera de haber pensado que usted lo iba a descubrir. Quiero decir que me alegro de ver a alguien, en especial a un hombre, y ya sé que resulta algo impropio hablar así, ¡especialmente a usted! Le considero más que a otros caballeros. ¿Por qué usted precisamente? Bien: porque le encuentro siempre como si quisiera aprovecharse. No en sentido vil, no le acuso de nada reprochable. También yo deseo aprovecharme, lo hago siempre que puedo. Me aprovecho, ya ve, de que esté usted aquí: tengo tantas cosas que decirle. Llevo tres días sin soltar palabra, por lo que me parece muy agradable una visita masculina. De repente todo ha sido como si estuviéramos de duelo; no sé quién ha muerto. ¿Mr. Gordon Wright? Será idea de Mrs. Vivian, no mía. Piensa que hemos ido demasiadas veces al Kursaal. No sé si cree que es algo malo o qué. Si es malo, el daño ya está hecho, no se puede estar peor de lo que estoy ahora. He conocido a todo tipo de gente impropia y me he aprendido sus nombres. El capitán Lovelock me los ha repetido muchas veces. No veo qué hay de bueno en encerrarme aquí con todos esos nombres zumbando en mis oídos. Debo reconocer que prefiero la sociedad. Hace cuatro días que no vamos al Kursaal, solo hemos salido para dar algún paseo. Sí, hemos paseado muchísimo. Creo que no hay monumento del país que no hayamos visitado. A Mrs. Vivian y a Angela ¡les gusta tanto visitar lugares pintorescos y hablar sobre ellos! Hablan de las montañas y los árboles como si fuesen gente que conocieran. Por supuesto que los paisajes son algo bello, pero no puedes conversar con un árbol. En cierto modo, esa ha sido toda nuestra compañía: ¡la vegetación! Vegetación y mujeres, aunque también las mujeres parecen como hojas que crujen y se desprenden. Es eso por lo que no he soportado salir con ellas esta tarde. Han ido a ver a los Waterworths, que llegaron ayer y están en algún hotel. ¡Cinco hijas solteras! No sé qué tipo de hojas son: de alguno muy

peculiar porque parecen perennes. Ya me he relacionado con suficientes mujeres: ¡tres mujeres todo el día juntas! No creo que sea bueno para una chica estar todo el día con mujeres: resulta terriblemente limitado. Se supone que debería salir en defensa de mi sexo y decirle que cuando las mujeres estamos juntas el tiempo pasa volando, que no necesitamos nada más. ¡Pero claro que lo necesitamos! La charla femenina es limitada, todas lo sabemos. Esto no era lo que quería mi madre cuando pidió a Mrs. Vivian se hiciese cargo de mí. Pero, Mr. Longueville, ¿de qué se ríe? Usted siempre se ríe de mí. Ella quería que yo me abriese al mundo, ¿es lo que usted piensa? Pues claro: ella no me quería ver enclaustrada, quería que conversase, que me habituase a la vida social, eso es lo que mamá deseaba. Quería que adquiriese soltura en mis maneras; piensa que si no lo aprendes de joven ya nunca lo lograrás. ¡Le gustó tanto que fuera a Baden! No hubiera aprobado el tipo de vida que he llevado estos cuatro días. ¡No voy a obtener soltura social pasándome el día sentada en un pequeño recinto con dos personas de mi mismo sexo! Por supuesto que la influencia de Mrs. Vivian es algo muy positivo. Mamá dice que es como el olor de las flores. Pero no vas a estar oliendo flores todo el día, aunque el aroma sea exquisito: te cogería dolor de cabeza. A propósito de flores, ¿sabe usted si el capitán Lovelock está vivo o muerto? Es como una flor. O, mejor, es como un Horero. Siempre lleva una flor fresca en el ojal. Parece que haga diez años que no le veo: ¡nunca he conocido a alguien más desconsiderado!

El capitán Lovelock vino por la mañana. Bernard se lo encontró en el pequeño apartamento de Mrs. Vivian. En esta ocasión las otras dos damas estaban en casa, por lo que Bernard no se vio obligado a dedicarse enteramente a Mrs. Vivian para entretenerse. Lovelock aprovechó a fondo la hospitalidad y acompañó a la muchacha que tanto le gustaba hasta el balcón suspendido sobre la vitrina de la pastelería. Al estar Mrs. Vivian sentada escribiendo junto a una de las ventanas del apartamento, Bernard pudo concentrarse en conversar con Angela.

—Wright me pidió que cuidara de usted —dijo—, pero la veo muy dada a alejarse de mi jurisdicción.

—Creía que se habría marchado —contestó ella—, al igual que su amigo.

—Gordon es un muchacho encantador, pero no es la única atracción de Baden. Además, le he prometido cuidarla, protegerla.

La chica le miró en silencio unos instantes, de modo interrogativo.

—Y probablemente se halle ya metido en la tarea —dijo al instante.

—Es una petición muy típica de Gordon.

Angela se levantó y se alejó. Tras deambular por la sala, se plantó frente a

una de las ventanas. Bernard encontró su actitud abrupta y escasamente amable, pero no era alguien fácil de desairar. Se acercó, pues, a la chica, y ambos permanecieron ante el gran ventanal que se abría al balcón (se hallaban allí también Miss Evers y el capitán Lovelock acodados en la barandilla) mirando hacia la calle y, aparentemente, muy satisfechos por lo que estaban viendo.

—No estoy tan segura de que sea una petición tan típica de Gordon —dijo Angela.

—¿Se puede ser más devoto de usted de lo que es él?

Ella vaciló un momento y luego soltó una leve risa.

—Debía de habernos encerrado y no pedirle nada a nadie.

—No es tan fácil encerrarla —dijo Bernard—. Sé que Wright tiene mucha influencia sobre usted, pero, a fin de cuentas, son ustedes personas independientes.

—No soy una persona independiente. Si mi madre y Mr. Wright se propusieran, de común acuerdo, evitarme todo peligro, les sería fácil hacerlo.

—Pues así parece, o algo por el estilo —dijo Bernard—. Se ha hecho usted totalmente invisible.

—Se lo parece por el cometido que ha decidido asumir y que le obliga a vigilarnos, a velar por nosotras.

—¡Se contradice usted! Me acaba de decir que ya no me creía en Baden.

—Era una forma convencional de hablar. ¿No es muy propio de las mujeres decir tales cosas cuando dejan de ver a alguien por un tiempo?

—Sabe bien que no hubiera podido abandonar Baden sin despedirme de usted —dijo Bernard.

La muchacha no respondió; permaneció mirando hacia la soleada, inclinada e irregularmente pavimentada calle.

—¿Cuida ya de nosotras? ¿Ha iniciado su tarea? —preguntó un instante después, y continuó—: ¿Has oído, mamá? ¿Sabes que Mr. Wright nos ha dejado al cuidado de Mr. Longueville hasta que regrese? ¿Y si no regresa?

Mrs. Vivian dejó de escribir y se acercó a Bernard, sonriéndole y estrechándole las manos.

—No hay peligro de que eso ocurra —dijo—. Estoy muy contenta de tener a un caballero junto a nosotras. Pienso que estaremos muy bien cuidadas por usted, Mr. Longueville, y recomiendo a mi hija que obedezca fielmente sus indicaciones.

Mrs. Vivian le dirigió una intensa y casi afectuosa leve sonrisa.

—Le agradezco mucho su confianza y haré lo posible por merecerla —dijo el joven.

—¡Ah, la confianza de mamá es maravillosa! —exclamó Angela—. No hay nada como la confianza de mamá. Yo soy muy diferente: no tengo confianza. No me gusta ser facturada como un paquete, o que me tengan bajo observación, como a un animal curioso. Me gusta demasiado mi libertad.

—Es la segunda vez que se contradice —dijo Bernard—. Ha dicho antes que no es independiente.

Angela se volvió enseguida hacia él con una sonrisa y frunciendo las cejas.

—¡Ya veo que la observación ha empezado!

Mrs. Vivian puso la mano sobre la de su hija con un murmullo suavemente deprecatorio y la chica se inclinó y la besó.

—Mamá: será por el efecto de la agitación que estoy nerviosa y no sé lo que me digo —dijo—. Se supone que me tiene alterada el que se haya ido Mr. Wright, ¿verdad, mamá?

Mrs. Vivian la miró con cierta dulce severidad.

—No lo sé, hija mía. No te comprendo.

Un rubor encantador tiñó las mejillas de Angela y sus ojos se iluminaron. El rostro adquirió una extraña hermosura y Bernard se la quedó mirando fascinado. Ella le devolvió la mirada y continuó.

—Mr. Longueville tampoco me comprende. Realmente me siento agitada —continuó—. De vez en cuando digo cosas sin sentido. Debe ser el aire de Baden, que excita mucho. No me había sucedido hasta ahora. Cuando usted se marche me sentiré muy avergonzada.

—Si el aire de Baden produce ese efecto en usted —dijo Bernard—, es una buena prueba de que necesita como nunca la atención de sus amigos.

—Puede ser. Pero como le he dicho hace un momento, no tengo confianza en nadie ni en nada. Por el momento me apartaré del mundo, me recluiré en mí misma. Continuemos así, mamá. Estos cuatro días han sido encantadores. Dejemos el patinete tranquilo hasta que lo vengán a buscar. Estará mucho más seguro si nadie lo toca. Debo asumir, metafóricamente hablando, que Mr. Wright, como usted ha dado a entender, es nuestro ser providencial y nos ha encerrado con llave. Estoy recluida. ¡Solo saldré al balcón!

Tras decir esto, Angela se alejó de la ventana para ir junto a Miss Evers.

A Bernard esto le divirtió sobremanera, pero también le dejó bastante

confundido y pensó que no era de extrañar que el pobre Wright no hubiera visto que el carácter de esta mujer era legible como un libro abierto. Permaneció en la habitación con Mrs. Vivian, contemplando su grata y vaga sonrisa. Esta no le miraba, pero al notar que su hija se había apartado de él, se acercó de nuevo con su habitual aire de avidez mitigada por la discreción. A Longueville le vino entonces a la memoria el instante en que había estado frente a esta apologética madre, después de que Angela le hubiera dado la espalda en la terraza cubierta de hierba de Siena. Para que el recuerdo fuera completo, Mrs. Vivian utilizó las mismas palabras.

—Estoy segura de que piensa que es una chica extraña.

Al recordarlo, Bernard soltó una discreta carcajada.

—Eso mismo me dijo la primera vez que la vi, en ese tranquilo rincón de una ciudad italiana.

Las mejillas de Mrs. Vivian se tiñeron de un discreto color rojo.

—No me recuerde eso —murmuró mirando por la ventana abierta—. Fue solo una anécdota de viaje.

—Pues me muero de ganas de comentarlo —dijo Bernard—. ¡Para mí fue una anécdota entrañable! Dígame: ¿conserva mi boceto?

Mrs. Vivian aún se puso más colorada y volvió a mirar hacia la ventana.

—No —murmuró.

Bernard también miró por la ventana. Angela se hallaba acodada en la barandilla, de perfil, exactamente como cuando la pintara, ante el parapeto de Siena. El joven se la quedó mirando un instante y luego volvió a mirar a la madre.

—¿Lo conserva ella? —preguntó.

—No lo sé —contestó decidida.

Demasiado decidida: resultaba elocuente en cuanto que ponía en evidencia la credibilidad de la mujer. «¡Una auténtica hija de puritanos: no puede decir ni una mentirijilla!», exclamó Bernard para sí mismo. Y con esa halagüeña conclusión, se despidió de ella.

XII

Se ha afirmado, al principio de este relato, que Bernard Longueville era un joven dado a lo contemplativo y especulativo, y en verdad que nunca

manifestó tanto tal tendencia como durante la hora o dos que estuvo sentado esa noche en la terraza del Salón Social, rodeado de la habitual multitud pero perdido en sus meditaciones. El lugar era ruidoso y bullicioso, pero él había apoyado el respaldo de su silla en la gran maceta verde de un naranjo y en esa cómoda postura, mientras escuchaba vaga y gratamente la música, se puso a contemplar la nocturna, estrellada bóveda del cielo. Veía ir y venir a gente que conocía, pero no dijo nada a nadie: prefería estar solo, absorto en su propia compañía. Se sentía muy feliz, muy divertido, muy curiosamente preocupado. El sentimiento era singular, un sentimiento teñido de excitación intelectual. Se sentía provisto de *carte blanche* para dar rienda suelta a su ingenio. A Bernard le gustaba sentir su cerebro en acción: el mayor lujo, quizá, de un hombre inteligente. Su mente se centraba ahora en las peculiaridades de la conducta de Angela, pues desde su visita esa tarde, Bernard sentía que el panorama se había ampliado considerablemente. Empezaba a creer que el pensamiento del pobre Gordon respecto a Miss Vivian no era tan absurdo. Longueville se empezaba a tomar en serio el dilema de su amigo. La chica, verdaderamente, era digna de un análisis particular.

Era ya muy tarde y la multitud que rodeaba a Bernard empezó a marchar. Las iluminadas ventanas del Kursaal alumbraban aún la espesura boscosa y las lámparas a lo largo de la terraza aún no habían sido apagadas, pero la gran avenida estaba casi desierta; aquí y allá solo alguna rezagada pareja —la punta encendida de un cigarro y el destello de un vestido color claro— animaba todavía el lugar. Pero Bernard siguió sentado ahí, apoyado en la maceta del naranjo; su imaginación había volado muy lejos y ahora aguardaba el repliegue. Estaba a punto de levantarse, sin embargo, cuando vio a dos personas bajar a la solitaria terraza, dos personas que, aunque estaban lejos, le parecieron familiares. Enseguida abandonó su asiento y tras andar una docena de pasos reconoció a Angela Vivian, a Blanche Evers y al capitán Lovelock. En un instante se encontró con ellos en el centro de la terraza.

Enseguida, Blanche le informó que estaban dando un paseo nocturno.

—Y si usted piensa que es algo impropio —exclamó— le diré que no ha sido idea mía sino de Angela.

—Perdón —dijo Lovelock—, pero ha sido idea mía. Deseo asumir la responsabilidad. Sin mí usted no habría venido.

—Creo que habría sido más apropiado venir sin usted que con usted —dijo Blanche—. Manifiesta un carácter temible.

—Soy mucho peor cuando estoy lejos que cuando estoy con usted —dijo Lovelock—. Usted hace que me controle.

La joven soltó un leve grito.

—No sé lo que quiere decir con controlarse. No puede comportarse peor que como esta noche.

Angela no escuchó esto; se había alejado un poco y contemplaba el jardín desierto.

—Es la tercera vez en el día de hoy que se contradice —dijo.

Bernard se había acercado a ella, pero Angela simuló no oírle venir y continuó mirando a lo lejos.

—Debería haber estado con nosotros, Mr. Longueville —continuó Blanche—. Hemos tenido una bonita velada: toda la tarde en el balcón de Mrs. Vivian comiendo helados. Esa es mi idea del cielo.

—Con un ángel a su lado —dijo Lovelock.

—Usted no es mi prototipo de ángel —replicó Blanche.

—Me temo que nunca haya sabido lo que son realmente los ángeles —dijo el capitán—. Por eso Blanche hizo que la señora tomara las habitaciones sobre la pastelería, para poder así comer helados cuantas veces quisiera al día. Ahora bien, reconozco, es verdad, que los helados del pastelero no son malos del todo.

—¡Porque los ha confeccionado él! Aunque afectan al cerebro... —continuó Blanche—. Podían haber afectado al del capitán Lovelock, pero no ha tomado ninguno. Sí, en cambio, han afectado al cerebro de Angela; lo digo por la idea de salir a pasear a las once de la noche.

Angela no hizo el menor gesto para defenderse de la graciosa imputación; seguía con su aire encantadoramente abstraído. Bernard estaba algo irritado por el hecho de que ni le mirara ni le hablara. Su indiferencia parecía contravenir la vigilancia que Gordon le había solicitado.

—Se supone que la gente se va a la cama a las once de la noche —dijo.

Angela miró a su alrededor pero no a él.

—Y parece que lo han hecho.

Miss Evers siguió andando con el capitán pegado a su lado, de modo que Bernard quedó algo alejado con Angela. Miró a esta a veces pero los ojos de la chica seguían evitándole.

—Es usted notablemente inconstante —dijo al poco Bernard—. Esta tarde había hecho un solemne voto de reclusión, pero tan pronto lo adopta como va y lo rompe de esta desafortunada manera.

Esta vez ella le miró largamente, mucho más que nunca había hecho.

—Esto es parte de su vigilancia, supongo —dijo ella.

Bernard vaciló un instante.

—¿Qué vigilancia?

—La que lleva usted a cabo por encargo de Wright.

—¿Qué sabe de eso?

—¡Ah, lo admite, entonces! —exclamó con una ávida risa.

—No lo admito en absoluto —dijo Bernard, consciente en ese momento solo del deber de lealtad para con su amigo y sintiendo que negar el asunto era simplemente cuestión de honor.

—Confío más en mis propias convicciones que en su negación. ¡Usted se ha comprometido a utilizar su superior inteligencia e inmensa experiencia para aplicarlas en mí! Ese es el acuerdo.

—Nos debe considerar un buen par de sabihondos —dijo Bernard.

—Usted lo dice no yo. ¡Cuando Mr. Wright regrese será usted capaz de decirle que soy algo alocada! —Y se alejó, para seguir lentamente a sus compañeros.

—¿Por qué le preocupa lo que yo le diga a mi amigo? —preguntó Bernard —. No le debería importar en absoluto.

Ella no dijo nada de momento. Luego, súbitamente, se detuvo de nuevo y bajó los ojos.

—Le pido perdón —le dijo con mucha gentileza—. Sí me importa mucho. Y usted debería saberlo.

Bernard se la quedó mirando; ella seguía con los ojos bajos.

—¿Sabe lo que le diré a Gordon?, le diré que a las once de la noche está usted especialmente atractiva.

Ella volvió a caminar; el capitán Lovelock y Blanche vinieron hacia ella.

—Es muy cierto que soy alocada —dijo ella—. Es extremadamente tonto y de muy mal gusto salir a pasear a esta hora. A mamá no le ha gustado y no he sido considerada con ella. Solo quería dar una vuelta; íbamos ya a regresar.

Al acercarse los demás les anunció su decisión y aunque el capitán Lovelock y su compañera se quejaron, ella se salió con la suya. Bernard tampoco se opuso. Se contentó con regresar junto a Angela, en silencio, al domicilio de la madre. Las sinuosas calles estaban tranquilas y silenciosas; no se oía ningún sonido salvo la charla y la risa de Blanche y su fiel admirador. Angela no abrió la boca.

El incidente fue considerado, al principio, por Bernard, como una suerte de declaración de guerra. La chica había insinuado que iba a verse objeto de un escrutinio especulativo. Una idea nada agradable para su espíritu independiente, lo que hizo que se pusiera francamente a la defensiva. Se había propuesto, pues, desanimar a Bernard por todos los medios, eludiéndole, confundiéndole, decepcionándolo: en suma, dejándolo en ridículo. Esta fue la estrategia contra la que Bernard debió luchar durante varios días, si bien, asimismo, le pareció inmensamente sagaz por parte de ella haber sospechado lo que él tenía en mente. Angela le hacía sentir muy avergonzado de su actitud crítica y él hizo lo que pudo para que bajara la guardia y poderla así persuadir de que de momento había cesado en su actitud vigilante. Su posición le era por momentos odiosa porque estaba firmemente convencido de que entre él y la mujer que su amigo le había encargado cuidar no podía tener lugar un vulgar flirteo. Pero, dadas las circunstancias, tanto parecía lo uno como lo otro, es decir, un flirteo y vulgar, por lo que se le antojó sería algo inevitable que acabaran peleados. Bernard pensó que la única línea de conducta razonable sería la de abandonar de inmediato Baden, pero casi me avergüenza mencionar el hecho que le llevó a cambiar su decisión. Que fue, simplemente, que se sintió inducido a pensar que realmente había conseguido hacer que Miss Vivian bajara la guardia. Cómo había logrado esto, era algo difícil de explicar, dado que, de una u otra manera, había charlado con ella varias horas durante la semana. El modo más efectivo de hacerle bajar la guardia podía ser dejarla sola, renunciando al privilegio de conversar con ella, y pasar los días con otras personas. Pero ello hubiera supuesto no haber disfrutado del gozo de analizar tal ingeniosa estrategia y Bernard, por encima de todo en este mundo, gustaba de saborear sus triunfos. Ahora creía haber tenido éxito con las habilidades de su conversación, pues había persuadido a la aguda y brillante muchacha de que no pensaba más que en ella. Se envaneció del hecho que la civil indiferencia de sus maneras, el carácter abstracto de los temas que elegía, la irrelevancia de sus alusiones y la laxitud de su atención habían contribuido a ese logro.

Logro ciertamente notable, pues resulta casi superfluo deducir que Miss Vivian se hallaba continuamente en sus pensamientos. Se hacía el propósito de no pensar en ella, pero, cuanto más determinado estaba, más volvía a pensar en Angela. Bernard tenía conciencia: una conciencia que, aunque algo irregular en sus movimientos, en los largos recorridos era muy activa. Nada podía ser más natural que, curioso, imaginativo y audaz que era y complaciéndole, como he dicho, el juego de su singularmente ágil inteligencia, se diera a una especie de experimentación inconsciente. «La dejaré sola, ¡que me cuelguen si trato de sonsacarla!», pensaba; y luego se iba lejos y acumulaba cantidad de impresiones personales. Todo ello, debo decirlo, era bien natural, dado el hombre y la situación; la única rareza era que se

imaginaba capaz de persuadir a la persona que más le interesaba de que había renunciado a aprovecharse de la situación.

Recordaba que la chica le había dicho lo mucho que le importaba lo que le fuera a decir a Gordon Wright cuando regresara y consideró que esa declaración tenía una singular relevancia. Tras traer la chica a colación el tema, ya nunca volvió a hablar de Gordon y Bernard recordó que Angela le había prometido a su madre aceptarle si él insistía en su proposición, y que, dado que su corazón no vibraba por Gordon, la muchacha prefería correr un velo sobre tal perspectiva. «Va a casarse con él por su dinero —se dijo Bernard—, porque su madre la ha convencido de las ventajas del asunto. Las persuasivas dotes de Mrs. Vivian han logrado su objetivo y la chica ha acabado convenciéndose de que no importaba que no le quisiera. Lo que quizá es cierto por su parte: resulta difícil ponerse en la óptica de una mujer. Pero creo que al pobre Gordon, tarde o temprano debiera importarle. Ella misma no puede evitar la sospecha de que algún día eso afectará a su felicidad y sin embargo no desea aparecer a sus ojos peor de lo necesario. Angela quiere que hable bien de ella a Gordon; si su intención es engañarle, esperará que yo la apoye. Un deseo sin duda natural, pero para una chica orgullosa sería solicitar un favor bastante extraño. Oh, sí, es una chica orgullosa aunque sea bien capaz de conciliar ese orgullo con un matrimonio mercenario. Esperar de mí que la ayude quizá implica que me tiene por un amigo; pero debe recordar, o al menos yo debo recordar, que Gordon es amigo mío mucho antes que ella. Invitarme a que la ayude contra mi mejor amigo, ¿no es algo un tanto impúdico?».

Como se puede ver, las meditaciones de Bernard no eran del todo favorables a la joven; incluso se sentía por fuerza sorprendido por el componente cínico de su conducta. Poco antes de la visita nocturna al Kursaal, ella había expresado una dulce nota de sumisión que reapareció de nuevo a intervalos frecuentes. Angela fue gentil, accesible, graciosa, expresiva, demostrativa, casi lisonjera. Desde su personal punto de vista, Bernard no tenía la menor queja de su virginal cortesía, pero recordó que no era él el implicado y que todo había de ser visto a la luz de los requerimientos de Gordon. Al llegar a ese punto su comprensión se extraviaba, lógicamente. No quería emitir ningún juicio; pero, por otro lado, era preciso que juzgara con rigor en aras de Gordon. Esta última cláusula siempre servía como justificación cuando la anterior obraba disuasoriamente. Cuando Bernard se reprochaba el pensar demasiado en la chica, se aliviaba con la reflexión de que no pensaba correctamente. Porque dejar que se filtrara gradualmente en su cabeza, pese a la superficial complejidad de preconcepciones más respetuosas, la idea de que Angela era una coqueta extremadamente hábil, ¡esto no era, ciertamente, pensar con propiedad! Bernard tuvo luminosas percepciones de situaciones diferentes en las que la coquetería de Angela Vivian podía verse

bajo otra óptica; pero esta vez no era algo precisamente para anotar en el haber de Wright. Bernard limpió su pluma, metafóricamente hablando, al pensar así, y se sintió como un entrecano tenedor de libros de incorruptible probidad. Como he dicho, vio a Angela muy a menudo, pues esta continuó rompiendo el voto de enclaustramiento, de suerte que al final de la quincena, ese voto se hallaba reducido a pedazos imperceptibles. En cuatro ocasiones diferentes en que se presentó en el domicilio de Mrs. Vivian, Bernard encontró a Angela a solas. Ella le dio la bienvenida como cualquier chica americana en tales circunstancias, quiero decir, con libertad para recibir a sus galanteadores. Sonrió, charló y manifestó una encantadora alegría, de modo que Bernard no tuvo nada que pensar excepto en que ahora, finalmente, ella había bajado la guardia por venganza. ¡Por fortuna Bernard supo contenerse! Y se alegró de que pudiera mantener ese autocontrol hasta en las ocasiones más insidiosamente dulces: al anochecer, por ejemplo, al acudir junto a ella al Salón Social, cuando apenas se escuchaban las dulcísimas notas de la música y el murmullo de las copas de los árboles de la Selva Negra movidas por el cálido aire nocturno; o cuando, en las largas tardes, paseaban por los bosques, lejos de todo el mundo, de Mrs. Vivian y del objeto de su más atenta solicitud, víctima de la adoración del inefable y siempre presente capitán Lovelock. En ese tiempo paseaban continuamente por los bosques, ascendían las colinas hasta llegar a lugares de interés que Bernard conocía por las guías turísticas. En tales ocasiones, Bernard se mostraba notablemente atento y considerado hasta el punto de desarrollar un inesperado talento para organizar excursiones, llegando a tener regularmente a su servicio al propietario —siempre con su chaqueta roja— de un gran landó teutónico con asiento trasero para el correo y que estaba siempre al servicio de las damas. El funcionario de la chaqueta roja resultó un conductor infalible: continuamente proponía nuevos paseos, mostrando así al pequeño grupo de amigos los tesoros de escenografía romántica del lugar.

XIII

Había transcurrido más de quince días sin que Gordon reapareciera, por lo que, enseguida, Bernard pensó abandonar Baden. Al visitar el jardín del bonito y rústico Schloss o castillo —residencia de los Grandes Duques de Baden cuando estos visitan la población—, que, sobre la colina bajo la cual se halla la pequeña población, está rodeado de terrazas y viejos arbustos llenos de encanto, se encontró oportunamente con Mrs. Vivian y su hija. La entrada al jardín es libre, dependiendo de la cantidad de gente que quiera acceder, y Bernard, que gustaba del lugar, había paseado por el más de una ocasión. Una

de las terrazas tenía una alta barandilla, en la que Angela se hallaba acodada, contemplando el valle. A primera vista Bernard no vio a la madre, pero al poco la distinguió sentada bajo un árbol con el libro de Victor Cousin en la mano. Se acercó a Angela, y esta, que no le había visto, se volvió hacia él.

—No se mueva —le dijo el joven—. Está en la posición exacta en que la pinté cuando nos encontramos en Siena.

—No me hable de eso —respondió ella.

—Nunca he entendido —dijo Bernard— por qué insiste tanto en ignorar ese encantador incidente.

Angela volvió a adoptar su anterior postura y miró hacia las colinas cercanas.

—Así estaba exactamente: de perfil, con la cabeza algo echada hacia atrás.

—¡Fue un incidente odioso! —exclamó Angela, cambiando de repente de actitud.

Bernard estuvo a punto de responder pero pensó en Gordon Wright y refrenó la lengua. Luego le dijo que pensaba abandonar Baden por la mañana.

Ambos caminaron hacia donde estaba la madre. Angela se volvió hacia él bruscamente.

—¿Y adónde va usted?

—A París —dijo al azar, pues aún no había determinado el lugar exacto.

—¿A París en el mes de agosto? —y soltó una leve risa—. ¡Feliz ocurrencia!

Rio y al no decir nada más, Bernard no siguió hablando de ello. Durante unos diez minutos fueron a sentarse cerca de Mrs. Vivian y luego se levantaron de nuevo y pasearon por otro sector del jardín, que se hallaba desierto y abundaba en cosas que a Bernard le gustaban: diversos niveles con musgosos escalones que los unían, rosales creciendo en los muros de ladrillo, enrejados horizontales dispuestos como pérgolas italianas y que parecían vestigios de una cultura primitiva, con sus rígidas ramas inmóviles y sus hojas sempiternamente temblorosas. Recorrieron casi todo el lugar y al final Angela le dijo, con mucha tranquilidad, que esa mañana había sabido que Mr. Wright tardaría aún otra semana en llegar.

—Mejor que se quede ahí —añadió la chica, como si la prolongación de la ausencia de Gordon fuese una razón de peso.

—No sé —dijo Bernard—. A veces es difícil decidir lo que más conviene hacer.

Permítaseme alegar en contra suyo la más infausta de las acusaciones, la de fatuidad sentimental, en cuanto a inclinación a inventar obstáculos para no disfrutar del placer de ver a una bella mujer intentando superarlos. Pero debe admitirse que, si realmente Bernard pensaba que lo mejor que podía hacer era abandonar Baden, la observación que acabo de referir no era tanto un signo de convicción como de esperanza en que su compañera le contradijese. Tal esperanza no resultó decepcionada, aunque debo añadir que tan pronto se vio satisfecha, Bernard empezó a sentir vergüenza.

—Este no es, ciertamente, uno de esos casos —dijo Angela—. Las cosas son muy sencillas ahora.

—¿Qué las hace tan sencillas?

Ella vaciló un instante.

—El hecho de que yo le pida que se quede.

—¿Me lo pide usted? —repitió suavemente.

—¡Ah! —exclamó ella—. ¡No se deben decir las cosas dos veces!

Angela se apartó y ambos regresaron hacia donde estaba la madre, que le dirigió a Bernard una extraña mirada interrogativa entre urgente y agradecida. Finalmente, abandonaron el jardín con Mrs. Vivian. Angela iba delante, a cierta distancia. La madre se puso, de inmediato, a hablar con Bernard de Gordon Wright.

—Tardará otra semana en llegar, ya sabe —dijo la mujer—. Lamento tan prolongada ausencia.

—Sí —respondió Bernard—. Lleva ya fuera mucho tiempo. —Y era verdad que se lo parecía.

—Supongo que ello se deberá a sus negocios —dijo Mrs. Vivian.

—No le quepa duda de que no es por gusto por lo que prolonga su ausencia.

—Sé que no olvida a sus viejos amigos —dijo Mrs. Vivian—. Estoy segura de que no nos ha olvidado.

—Cuento con eso, desde luego —exclamó Bernard—, ya que nosotros le recordamos tanto.

Mrs. Vivian le miró agradecida.

—Claro que le recordamos: le recordamos cada día y a cada hora. Hablo por mí y por mi hija al menos. Ha sido tan amable con nosotras —como Bernard no dijo nada, ella continuó—: También usted ha sido muy amable con nosotras, Mr. Longueville. Me gustaría tanto podérselo agradecer.

—Oh, no, no hace falta —dijo Bernard frunciendo el ceño—. De ninguna manera.

—Por supuesto —añadió Mrs. Vivian—, ya que lo hace por su amigo; pero aún así me gustaría podérselo agradecer. Déjeme, de momento, expresarle mi gratitud hasta que él regrese. Se ha tomado más responsabilidad de la obligada —dijo con una risa nerviosa.

—Sí, ha sido más que la obligada. Estoy pensando en marcharme.

Mrs. Vivian casi dio un brinco, quedándose inmóvil sobre los guijarros de Baden y mirándole fijamente.

—¡Si tiene usted que marcharse, Mr. Longueville, no se sacrifique por nosotras!

Bernard se sorprendió de la exclamación, cuya suave y burlona cadencia resonó en su órgano auditivo.

Oh, después de todo, usted sabe —dijo él mientras seguían caminando—, usted sabe bien que no soy como Gordon Wright: yo no tengo negocios.

Bernard acompañó a las damas hasta la puerta de su actual domicilio, con Angela siempre en cabeza. Esta esperó ante el escaparate de la pequeña pastelería, aguardando a que los otros llegaran. Dejó a su madre pasar primero y luego le dijo a Bernard, mirándole a los ojos.

—¿Le veré de nuevo?

—Alguna vez, espero.

—Quiero decir que si se marcha...

Por un instante Bernard miró a un pequeño querubín de azúcar color rosa, una suerte de Cupido con un arco dorado que sobresalía entre los pasteles del escaparate. Luego dijo:

—Vendré a decírselo por la noche.

Y así hizo, en efecto. Ella le había dicho durante el paseo por el parque del Schloss que no se fuese de Baden. Al acercarse a la puerta de la vivienda de Mrs. Vivian vio a alguien con vestido color claro en el pequeño balcón. Se detuvo y miró hacia arriba; la persona de vestido claro, con las manos apoyadas en la barandilla y los hombros un poco alzados, se inclinó y miró hacia él. La oscuridad era profunda pero incluso a través de la espesa tiniebla creyó distinguir la exquisita luminosidad de la sonrisa de Angela Vivian.

—He decidido no irme —dijo, elevando un poco la voz.

No obtuvo respuesta: Angela le miraba desde la oscuridad, sonriente. Bernard entró en el edificio, resuelto a permanecer en Baden-Baden hasta que

Gordon regresara.

XIV

Durante las veinticuatro horas posteriores a su llegada, Gordon Wright no le preguntó nada. Luego, bruscamente habló:

—Y bien, ¿qué tienes que decirme?

Fue en el hotel, en la habitación de Gordon, avanzada la tarde. Una fuerte tormenta había estallado una hora antes y Bernard había estado junto a una de las ventanas del recinto, ocioso, con las manos en los bolsillos, viendo cómo el torrente de agua resbalaba por la calzada. Finalmente el diluvio remitió, las nubes empezaron a abrirse y se insinuó la promesa de un bello anochecer. Mientras la tormenta estuvo en su clímax, Gordon Wright aprovechó para escribir cartas, media docena de ellas. No fue hasta que hubo cerrado los sobres y puesto la dirección y el sello a la última carta que formuló a su compañero la pregunta que he mencionado.

—¿Quieres decir respecto a Miss Vivian? —preguntó Bernard, sin apartarse de la ventana.

—Respecto a Miss Vivian, por supuesto. —Bernard no respondió, por lo que su compañero continuó—: ¿No tienes nada que decirme de ella?

Bernard volvió la cabeza y, mirando a su amigo, le sonrió levemente.

—¡Es una criatura deliciosa!

—Esto no vale, ya me lo habías dicho antes —dijo Gordon, y añadió enseguida—: No, no vale.

Bernard volvió a mirar por la ventana; y Gordon, al ver que continuaba en silencio, prosiguió:

—Tengo derecho a considerar esto una prueba de que tu juicio es desfavorable. ¡Ella no te gusta!

Bernard se dio la vuelta de nuevo, y durante un instante los dos hombres se miraron uno al otro.

—Ah, mi querido Gordon —murmuró Longueville.

—¿Te gusta ella, entonces? —preguntó Wright, levantándose.

—¡No! —dijo Longueville.

—Esto es lo que quería saber, y te estoy muy agradecido por decírmelo.

—En cambio yo no te agradezco que me lo hayas preguntado. Esperaba que no lo hicieras.

—¿En verdad te gusta tan poco? —exclamó Gordon con seriedad.

—¿No basta con que diga, simplemente, que no me gusta? —dijo Bernard.

—Sí que basta. Pero sería mejor si me dijeras por qué. Dame alguna razón.

—Bien —dijo Bernard—. Traté de seducirla y ella me dio un sopapo.

—¡Demonios! —exclamó Gordon.

—Quiero decir que traté de seducirla «moralmente», claro está.

Gordon se le quedó mirando, algo confundido.

—¿Trataste de seducirla moralmente?

—Y ella me dio un sopapo moral —contestó Bernard con una carcajada.

—¿Por qué trataste de seducirla?

La pregunta fue formulada de un modo tan espontáneo, tan anhelante de la verdad, que el regocijo de Bernard continuó, si bien pudo responder con la suficiente gravedad.

—Para comprobar su fidelidad por ti. ¿Podía ser por otra cosa? Me dijiste que temías fuese una coqueta potencial. Tú me diste la pista y yo traté de averiguarlo.

—Y encontraste que no lo era. ¿Eso es lo que tratas de decirme?

—Es firme como una roca. Mi querido Gordon, Miss Vivian es tan firme como la más compacta de tus formaciones geológicas.

Gordon sacudió la cabeza con una extraña y positiva persistencia.

—Lo que dices es absurdo. No hablas en serio. No me dices la verdad. No me creo que trataras de seducirla. No puedes haber hecho eso: no hubiera sido honesto.

Bernard enrojció un poco, se hallaba al borde de la irritación.

—¡Oh, vamos, no te pongas así por eso! ¿No me habías dicho que era una gran oportunidad?

—¡Una gran oportunidad para obrar con sensatez, no lo contrario!

—¡Ah, solo hay una forma de oportunidad! —exclamó Bernard—. Exageras en cuanto al alcance de la sensatez humana.

—Imagínate que ella se hubiera dejado seducir —dijo Gordon—. Bonito resultado para tu experimento.

—Te hubiera parecido, quizá, un bribón, pero te hubiera salvado de una potencial coqueta. Me hubieras tenido que dar las gracias.

—Pero no me has salvado —dijo Gordon, como queriendo simplemente constatar el hecho.

—¡Así que asumes, a pesar de lo que te he dicho, que ella es una coqueta!

—Lo asumo porque, evidentemente, me ocultas algo. Quiero que me digas la verdad.

Bernard volvió a mirar por la ventana con creciente indignación. «Si quiere la verdad, la tendrá», se dijo a sí mismo.

Permaneció un instante meditativo y luego miró a su camarada de nuevo.

—Pienso que desea casarse contigo; pero no creo que te quiera.

Gordon se puso algo pálido y aplaudió.

—¡Muy bien! —exclamó—. Eso es lo que quería que me dijeras.

—Su madre está muy interesada en tu fortuna y ha logrado convencer a la chica, la cual se ha hecho a la idea de que sería muy grato disponer de treinta mil de renta al año y que aunque no te quiera no importa.

—Ya veo, ya veo —dijo Gordon mirando a su amigo con aire de admiración por su franco y lúcido modo de ver las cosas.

Y ya que había empezado a ser franco y lúcido, Bernard sintió que disfrutaba con ello y el mismo impulso le llevó, vehementemente, a ir más allá.

—Madre e hija se han puesto de acuerdo en pescarte y estoy seguro de que Angela se ha propuesto ser contigo todo lo complaciente que pueda tras el matrimonio. Mrs. Vivian le ha insistido en la importancia de eso. Es una gran moralista.

Gordon se quedó mirando a su amigo; estaba realmente fascinado.

—Sí, ya he notado ese aspecto de Mrs. Vivian —dijo.

—¡Ah, es una gran mujer!

—No es verdad, entonces —dijo Gordon—, que trataras de seducir a Angela.

Bernard vaciló un segundo.

—No, no es verdad. He mentado para salvar su reputación. Has insistido en que te diga la razón por la que no me gusta. Te la voy a dar.

—Que sea la verdadera.

—La verdadera razón es que creo que pretende someterte a —no puedo verlo de otra manera— un vil engaño.

—¡Por supuesto! —dijo Gordon, que dejó de mirarle ávidamente para fijarse en la alfombra, y añadió—: Entonces, no es cierto, pues, que sea una coqueta.

—Ah, ese es otro asunto.

—¿En eso no te has fijado?

—Si quieres saber la verdad: ¡pues sí!

—¿Cómo lo has descubierto? —preguntó Gordon, insistiendo en su derecho a preguntar.

Bernard vaciló.

—Recuerda que he estado mucho con ella.

—¿Quieres decir que ella te ha animado a que trataras de seducirla?

—De no haber sido un fiel amigo tuyo, hubiera dicho que sí.

Gordon puso, agradecido, sus manos sobre los hombros de Bernard.

—¿Y aún así no te gusta?

—¡Maldita sea, haces que me ponga colorado! —exclamó Bernard, ruborizándose de hecho un poco—. Ya te he dicho bastante. Excúsame por presentarme como un ser insensible. Es solo un punto de vista. Siempre he estado pensando en ti.

Con sus manos aún sobre los hombros de Bernard, dio en estos unas palmaditas como respuesta a la declaración de su amigo. Luego, se apartó.

—Te estoy muy agradecido. Esa es mi idea de la amistad. Me has hablado como un hombre.

—Como un hombre, sí, recuérdalo: no como un oráculo.

—Prefiero a alguien honesto que no a todos los oráculos —dijo Gordon.

—¡Todo hombre honesto tiene sus propias impresiones! Yo te he dado las mías. No pretenden ser otra cosa que eso. Espero no haberte ofendido.

—En lo más mínimo.

—¿No te he desanimado, deprimido o turbado de algún modo?

—¿Por qué lo dices? Te he pedido un favor, un servicio. Te lo he impuesto. Tú has cumplido y, simplemente, te lo agradezco.

—Gracias por nada —dijo Bernard sonriendo—. Me has hecho muchas

preguntas. Creo que, como contrapartida, tengo derecho a formularte una. ¿Que te propones hacer tras todo esto que te he dicho?

—Nada.

Tal declaración hizo que concluyera la entrevista, y ambos jóvenes se separaron. Esa tarde Bernard no vio a Gordon y dio por supuesto que habría ido a ver a Miss Vivian. Las confidencias de Longueville resultaban una carga dura de llevar, si bien Bernard esperaba poder librarse de ella al llegar a la puerta del hotel. Había dado su parecer a Gordon y este podía hacer con él cuanto quisiera: arrojarlo por la ventana o dejarlo que se pudriera por falta de uso. El resto de la jornada Bernard deambuló meditativo. Fue inútil tratar de localizar al pequeño grupo de Mrs. Vivian en la terraza del Centro Social porque la tormenta de la tarde había dejado todo tan encharcado que sus frequentadores brillaban por su ausencia. Bernard pasó, pues, el anochecer en las salas de juego, entre la multitud que rodeaba las mesas; y para hacer algo nuevo —él, que apenas había jugado nunca— apostó un par de monedas a la ruleta. Solo había jugado antes un par de veces, sin ganar un solo penique; pero ahora tuvo la grata experiencia de ganar algo de dinero. Continuó jugando y ganó de nuevo. Su suerte le sorprendió y excitó, así que tras repetir una docena de veces abandonó el lugar y caminó media hora en la oscuridad del exterior. Se había divertido y estaba exultante, un sentimiento que creció hasta alterarle. Volvió a las mesas y de nuevo tuvo éxito. Una y otra vez apostó el dinero con fortuna, hasta que su buena racha empezó a atraer la atención. El rumor se extendió por las salas, y la multitud alrededor de las ruletas aumentó considerablemente. Bernard notó que aguardaban, más o menos ávidamente, a que su suerte cambiara. Pero él tuvo a bien decepcionarles y abandonó el lugar cuando la racha aún le era favorable, con diez mil francos en el bolsillo.

Era muy tarde cuando regresó al hotel, tan tarde que se abstuvo de llamar a la puerta de Gordon. Pero aunque entró en su habitación, estuvo lejos de encontrar o de buscar inmediato reposo. La mitad de la noche deambuló por el recinto y no por el placer de haber ganado los diez mil francos sino porque de repente se sentía a disgusto por el modo en que había empleado las últimas horas del día. Era muy característico de Longueville que su placer se transformara súbitamente en insipidez. No sentía pesar ni remordimiento. En lo más mínimo su conciencia lamentaba haberse entregado a la reprehensible práctica del juego. Lo que sentía era irritación por haber perdido el autocontrol, por haber obedecido a una fuerza que había sido incapaz de calibrar en ese momento. Se había emborrachado y luego devenido sobrio. Pese a la momentánea y aparente franqueza y al vivo deleite de la conjunción de agradables circunstancias que habían ejercido una presión a la cual se podía responder, Bernard tenía realmente pocas ganas de darse por vencido: nunca lo

hacía sin desear enseguida recobrar. Se había entregado a algo no usual en él y el hecho de haber ganado diez mil francos era insuficiente remedio para el dolor de haber cedido en su autocontrol. No había jugado sino consigo mismo. Había sido juguete de una suerte ciega y brutal y se sentía humillado por haber resultado favorecido por divinidad tan grosera. ¿Buena suerte o mala suerte? Bernard experimentó malestar ante el dilema, pareciéndole la buena suerte la opción más vulgar. A medida que la noche avanzaba su disgusto se fue acentuando y, al final, el cansancio que le embargaba hizo que se durmiera. Lo hizo muy tarde y se despertó presa de un desagradable sentimiento. Al principio, antes de ordenar sus pensamientos, no pudo imaginar lo que tenía en mente: ¿no había, acaso, hablado mal de Angela Vivian? Con todo, le produjo un extraordinario alivio recordar que se había ido a dormir con muy mal humor por haber jugado en la ruleta. Tras vestirse y cuando ya abandonaba su habitación, un sirviente le trajo una nota escrita por Gordon, que rezaba lo siguiente:

Siete de la mañana.

Mi querido Bernard:

Las circunstancias me han obligado a abandonar Baden precipitadamente. Debo tomar el tren que sale dentro de una hora. Me han dicho que regresaste avanzada la noche, por lo que no quiero molestarte por irme a hora tan intempestiva. Tomé la decisión al anoecer. Nada me retiene ya aquí. Iré a Basilea, pero aún no sé dónde me hospedaré, de modo que, ante la incertidumbre, no te pido me acompañes. Tal vez me dirija luego a América, aunque en cualquier caso nos veremos antes. Entretanto, mi querido Bernard, sé tan feliz como te lo permita tu brillante talento. Tuyo siempre.

G.W.

PS: Quizá debiera decirte que me voy por algo ocurrido la tarde última y no como consecuencia directa de la charla que mantuvimos. He de añadir también que me hallo en perfecto estado de salud y ánimo.

Bernard se enteró más tarde, avanzada la mañana, de que su amigo había marchado, de hecho, en el tren de las ocho. Tras desayunar reflexionó sobre lo extraño del asunto. ¿Qué habría sucedido durante la tarde? ¿Qué habría sucedido tras la conversación con Gordon? Había ido a ver a Mrs. Vivian. ¿Qué habría ocurrido entonces? A Bernard le pareció difícil de creer que hubiera ido a visitarla tan solo para notificarle que, tras hablar con un amigo íntimo, renunciaba a su hija, o a decirle a Angela que desistía de su propósito. Gordon aludía a algo que había ocurrido y que había sido determinante, pero era inconcebible que se hubiera dejado influir por las palabras de Bernard, por su tímida e irresponsable impresión. Pese a que esta idea le pareciera injurianta a Bernard, resultaba difícil pensar que pudiera deberse a otra cosa.

Gordon decía, sin embargo, que no había conexión entre lo extraído de la conversación con su amigo y las circunstancias que habían provocado su repentina marcha. ¿Qué habría querido decir con lo de «consecuencia directa»? Gordon nunca se servía de palabras superfluas y por tanto Bernard trató de analizar la expresión. Era la habitual exactitud de expresión de su amigo lo que llevó a Bernard a querer encontrar sentido a la carta de Gordon. Trató de deducir que este habría regresado a Baden con la idea hecha de desistir en su petición y que había interrogado a Bernard simplemente por curiosidad moral, por pura satisfacción intelectual. Nada había cambiado por el hecho de que Bernard le hubiera dado a conocer su opinión negativa: tal cosa no hubiera modificado su conducta definida de antemano. Simplemente, había afectado a su imaginación, consecuencia de los imponderables. Esta opinión la extraía de la referencia que Gordon hacía a su buen ánimo. Un hombre está de buen ánimo siempre que actúa en armonía con una convicción. Por supuesto que tras renunciar al intento de que Miss Vivian le aceptase, lo único que podía hacer Gordon era abandonar Baden. Bernard continuó meditando y al final se convenció a sí mismo de que no había habido explícita ruptura, que la visita de Gordon había sido solo una visita de despedida tras haber expresado con claridad que se retiraba, y si se había marchado, era porque tras haber renunciado a Angela deseaba, muy naturalmente, ya no verla más. Esto era, para Bernard, suficiente explicación del asunto; pero, sin embargo, una hora más tarde, mientras paseaba por la avenida Lichtenthal, se detuvo de pronto y exclamó para sus adentros: «¿La habré perjudicado? ¿Habré echado a perder sus expectativas?». Más tarde, ese mismo día, se dijo a sí mismo media docena de veces que lo que único que había hecho era, simplemente, alertar a Gordon de la incongruente relación en que se pretendía embarcar.

XV

Ahora que Gordon se había ido, de algún modo, para bien y no iba a volver, Bernard experimentó un súbito y singular sentimiento de libertad. Era un sentimiento de liberación sin límites y, pensaba, sin relación con ninguna causa concreta. De pronto todo parecía haberse vuelto muy opcional; aunque se encontró con que no sabía qué hacer con tanta libertad. Le pareció entonces que no haría mal uso de ella si, por la tarde, rendía una nueva visita a las damas que vivían sobre la pastelería. Pero, al hacerlo, se encontró con una nueva fuente de perplejidad, producto de la marcha de Gordon. La sirvienta de Mrs. Vivian —una robusta hija de la Selva Negra— le abrió la puerta y le informó de que, sintiéndolo mucho, las señoras no le podían recibir.

—Están muy ocupadas, además de enfermas —dijo la joven a modo de explicación.

Bernard quedó decepcionado y trató de argumentar.

—¡No puede ser que estén a la vez enfermas y ocupadas! Si me da una excusa al menos que sea coherente.

La doncella teutona fijó sus redondos ojos azules en el cielo azul que se entreveía a través de la puerta abierta.

—Digo lo que me han mandado, liebe Herr. No es mi culpa si no me expreso igual que una señorita francesa. Una de las señoras está ocupada y la otra está enferma, eso es lo que quería decir.

—No del todo —dijo Bernard—. Recuerde que hay una tercera persona.

—Oh, la más joven... está llorando.

—¡Miss Evers, llora! —exclamó Bernard, que no se la podía imaginar llorando.

—Les ocurre a las chicas jóvenes cuando no son felices —dijo la sirvienta, que con una significativa sonrisa puso su gruesa mano roja sobre el lado izquierdo de su voluminoso pecho.

—Lamento que lo esté pasando mal. Pero ¿cuál de las otras damas está enferma?

—La madre está muy ocupada.

—Entonces, ¿es la hija la que está enferma?

La joven le miró un instante sonriendo de nuevo y el destello de sus ojos azules indicó confusión, aunque no malicia.

—No: es la madre la enferma —exclamó—, y la hija la que está ocupada. Se preparan para abandonar Baden.

—¿Para abandonar Baden? ¿Y adónde van?

—No lo sé liebe Herr, pero se irán muy pronto.

Bernard se marchó tras obtener esas informaciones. Estaba bastante sorprendido, aunque pensó que Mrs. Vivian se había propuesto no malgastar su vida a orillas del Oos y que todos los días marchaba gente de Baden. Al atardecer, en el Kursaal, se encontró con el capitán Lovelock, que deambulaba con aire de irritada tristeza.

—Maldita sea, se marchan, sí, se marchan —dijo el capitán Lovelock una vez ambos jóvenes hubieron intercambiado impresiones respecto a los recientes sucesos—. De qué manera más despiadada nos abandonan. No es

momento de escapar sino de quedarte en tu apartamento ya que tienes la suerte de tenerlo. Las carreras comienzan la semana que viene y vendrá un enorme gentío. Acudirá toda la gente del gran mundo del gran ducado. A Miss Evers le hacía muchísima ilusión ver al Gran Duque y yo le había prometido presentárselo. Ignoro las intenciones de Mrs. Vivian. Le apuesto lo que sea a que va de caza. Nuestro amigo Wright ha regresado y ha vuelto a marchar de nuevo, y ella hace el equipaje y le sigue. ¡Ya verá cómo le reconquista de nuevo!

—¡De quien se escapa es de usted, hombre peligroso! —dijo Bernard.

—¿Se refiere a Miss Evers? Bueno, yo la admiro, no me importa admitirlo. Pero no soy nada peligroso —dijo el capitán Lovelock con mirada apagada—. ¿Cómo puede alguien ser peligroso si no tiene ni diez chelines en el bolsillo? ¿Podríamos llamarlo estar desesperado? Pero Miss Evers tampoco posee dinero según he oído. Y no se lo voy a preguntar —continuó Lovelock—. ¡Qué me importa si lo tiene o no! Es una muchacha diabólicamente encantadora y no me importa decírselo: estoy enamorado de ella. No tengo posibilidades, ya lo sé. Mrs. Vivian me tiene manía, y por Júpiter que no anda desencaminada. No soy el marido idóneo para una joven de gustos caros y escasa fortuna. Gordon Wright es el prototipo ideal de joven, y que me cuelguen si Mrs. Vivian, si no lo quiere para su propia hija pretende pescarlo para la más joven. ¡Dios, creo que para librarse de mí sería capaz de cortar en dos a Gordon y darle un pedazo a cada chica! Tiene voccecita de destornillador. De modo que, si por todo esto, debiera abandonar este maldito lugar, no perdería de vista a la chica. Que me cuelguen si lo hago, aunque tuviese que perderme las carreras, aunque me azoten. Pero estoy hasta el cuello de deudas, ya sabe lo que quiero decir. Debo una gran suma de dinero al hotel, y el mezquino propietario no me quita el ojo de encima. Y la suerte me es rehúye en esas asquerosas mesas. En tres semanas no he ganado un penique. El otro día escribí a mi hermano y esta mañana he recibido la respuesta, una maldita carta llena de buenos consejos y en la que me recuerda que ya ha debido enjugar mis deudas siete veces. Que no son siete sino seis, o seis y media. ¿Pretenderá que me pase el resto de mi vida en el Hotel de Hollande? Quizá le gustaría que reuniese ese dinero empleándome como camarero, sirviendo las mesas del hotel. Le encantaría verme en esta tesitura la próxima vez que salga al extranjero con sus siete hijas y las dos institutrices. ¡Odio el aroma de las repugnantes comidas de hotel! ¿Lamenta usted mi estado? Yo le estoy muy agradecido. ¿Le puedo ayudar en algo? Mi querido amigo, si usted desea gastar el dinero en este lugar no seré yo quien vaya a impedirselo.

Las ganancias de Bernard la noche anterior le quemaban en el bolsillo, por así decirlo. Nunca se hubiese imaginado que diez mil francos fuesen tan arduos de llevar, y aligerar un poco tal carga prestándole cincuenta libras a un

camarada de juego menos afortunado era una acción que no solo gratificaba su bonhomía sino que le hacía sentir bien con su conciencia. Su conciencia, sin embargo, puso condiciones.

—Mi querido Longueville —continuó Lovelock—, yo siempre he apoyado los sentimientos familiares, las sociedades antiguas y todo ese tipo de cosas. Eso es lo que me ha llevado a confiar mis dificultades a Dovedale. Pero ¡por mi honor que usted me recuerda al buen samaritano o algo parecido! ¡Me aprecia más que mi propio hermano! Le aceptaré con placer esas cincuenta libras, gracias: se las devolveré a la primera oportunidad, en cuanto me sea posible. Pero, maldita sea, quizá sea parte de un plan: usted pone unas condiciones y yo acepto ese dinero. ¿Acaso se trata de que no vaya detrás de Miss Evers? ¿Le ha encargado su familia que me pague para alejarme de ella? ¡Resultaría cruel aprovecharse de mi pobreza! Pues aunque pobre, soy honesto. Porque yo soy un hombre honesto, Mr. Longueville, esa es la cuestión. Le daré mi palabra y la mantendré. No me acercaré a la chica de nuevo, ni siquiera pensaré en ella hasta que no le devuelva las cincuenta libras. Es una terrible incitación a la extravagancia, pero allá usted. Basta de esas horribles carreras y se acabó la chica.

Longueville acudió, la mañana siguiente, al apartamento de Mrs. Vivian y allí supo que las tres mujeres habían abandonado Baden en el primer tren, un par de horas antes. El hecho produjo en su mente un sinfín de emociones: sorpresa, irritación, embarazo. Pese a sus esfuerzos por pensar que era algo natural que se hubieran marchado, vio algo precipitado e inexplicable en la forma de hacerlo, y pensó que al menos alguna de las tres había sido descortés y antipática al no haberle dado la oportunidad de despedirse. Se refugió, gozándolas anticipadamente como solía hacer, en sus reflexiones y en los tres o cuatro días siguientes se vio a sí mismo preguntándose, como había hecho en otra ocasión, si no le habría causado algún perjuicio a Angela Vivian. Era una pregunta ociosa y poco práctica, puesto que la respuesta no iba a ser inmediata. Resultaba más sencillo y concluyente decir, sin interrogantes, que pese a muchos aspectos atractivos, era una mujer brusca y caprichosa. Durante los tres o cuatro días en cuestión, Bernard permaneció en Baden sin saber qué hacer o adónde ir, sintiendo como si se hubiera topado con un obstáculo —una suerte de reprimenda espiritual— que impidiese la acumulación de razones. También Lovelock, a quien Bernard veía cada día, parecía creer que el destino le había abofeteado en la cara, pues le había privado de una última entrevista con Miss Evers.

—Creo que podía haberme dejado una nota —dijo el capitán—, pero parece que nunca escribe. Hay chicas que nunca escriben, ya sabe.

Bernard le consoló diciendo que podía ser que Miss Evers le escribiera más tarde; y de hecho, antes de abandonar Baden se enteró de que le había

enviado a su admirador una encantadora, pequeña nota desde Lausana, en donde las tres damas se habían detenido tras su marcha de Baden y en donde Mrs. Vivian había determinado permanecer por el momento.

—Estoy terriblemente contento de que me haya escrito —dijo el capitán Lovelock—. Algunas chicas escriben, ya sabe.

Blanche, tras su estancia en Baden, cuyos placeres le habían entusiasmado, había encontrado Lausana hórrida. Tales placeres, en cambio, no entusiasmaban tanto a su corresponsal, que se había jugado las prestadas cincuenta libras en el Kursaal y las había perdido. Al saber de su mala suerte, Bernard le había cedido otras cincuenta, que Lovelock sometió a otra serie de desafortunados experimentos, por lo que nuestro héroe no se sintió tranquilo hasta que no entregó a su infortunado amigo la suma completa de sus ganancias en la ruleta, suma que, a través de las manos del capitán Lovelock, fue a parar íntegra a la banca. Cuando todo esto terminó, Bernard se fue de Baden. El capitán le acompañó, sombrío, a la estación.

He dicho que se había generado en Bernard un sentimiento especial de libertad. Uno de los usos que hizo de esa libertad fue emprender un largo viaje. Se fue a Oriente y estuvo ausente de Europa durante dos años, período de su vida sobre el que no vamos a ocuparnos. Oriente es una maravillosa zona del mundo y Bernard, al investigar los misterios de Asia, descubrió muchas cosas curiosas y bellas. Gozó de intensos placeres y acumuló muchas impresiones, aparte de un considerable caudal de conocimientos. Y sin embargo no estaba destinado a recordar esa época con especial complacencia. Le resultó menos placentera de lo que cabría esperar. Debido a alguna extraña circunstancia la copa del placer se había adulterado, Bernard no se lo explicaba pero era un hecho incontestable que a veces bebía de ella como si se tratase de un medicamento más que de un néctar. Cuando la gente le felicitaba por la oportunidad de haber podido ver mundo y le envidiaban por tal privilegio, experimentaba una inusual irritación ante el hecho de que la fortuna nos tuviese tan poco en cuenta en el momento de facilitarnos las cosas. La simpatía mal ubicada es la menos habitual de las superfluidades y por esta época Bernard pensaba que había una buena dosis de impertinencia en este mundo. Sin embargo, podría haber confesado que si no había disfrutado en mayor grado de sus correrías orientales era por su culpa y nada más, aunque también se hubiera podido volcar en la gratificante reflexión de que nunca una culpa había sido menos deliberada. Si durante el período de que hablo su alegría natural había disminuido en intensidad, ello se podía explicar en parte por el hecho de que se veía privado de la compañía de su querido camarada. Era una circunstancia extraña que los dos jóvenes no se hubieran visto desde la abrupta marcha de Gordon de la estación balnearia. Gordon fue a Berlín, y desde allí a América, por lo que se hallaban en lugares opuestos del globo.

Antes de regresar a su propio país, Bernard le envió un par o tres de cartas para que se vieran en algún lugar de Europa agradable a ambos. Gordon le respondió que sus andanzas eran inciertas y que no quería molestar a Bernard obligándole a seguirle. Ya le había molestado bastante haciéndole venir de Venecia a Baden, ese favor era suficiente incluso para el más devoto de los amigos. Bernard, por supuesto, temía que lo que le había contado de Angela Vivian fuera realmente la causa de una situación que había dado lugar a que ambos amigos se distanciaran. Gordon había roto con ella, pero estaba resentido con Bernard por haberle hablado mal de la joven, y mientras esa mala impresión durase prefería no verle. Bernard fue sincero al atribuir a su amigo un persistente rencor por algo que en realidad él no encontraba tan grave. Gordon negó la acusación y le aseguró que, según su propia percepción, no había ninguna mácula en su amistad. Solo requirió, como favor y tributo a lo que eran meras susceptibilidades, que Bernard no mencionara más a Mrs. Vivian ni lo que había sucedido en Baden. Tal requerimiento era fácil de cumplir y Bernard le escribió diciéndole que estaba del todo conforme, aunque le pareció que hacer esto significaba reconocer el conflicto. ¿Qué mejor prueba de que había existido una tensión que el acuerdo para rehuir un determinado tema? Bernard reflexionó un poco sobre las «susceptibilidades» a que Gordon se refería y sintió que, en una persona tan honesta, la existencia de un perverso resentimiento era algo que había descubierto gracias a su conocimiento de la ciencia psicológica. Debe decirse, sin embargo, que lo pagó mediante la persistencia del mismo en el primer plano de su conciencia. Bernard era como algunos grandes pintores: disponía admirablemente sus primeros términos. De Mrs. Vivian y su hija no había oído más que el rumor de que se habían ido a Italia, a cambio sabía de buena tinta que Blanche Evers había regresado a Nueva York con su madre. Se preguntó si el capitán Lovelock estaría aún retenido en el hotel de Hollande por impago de sus deudas. Si bien Bernard no se preguntaba con demasiada curiosidad por el presunto perjuicio infligido a Gordon, sí que puede afirmarse que se veía asaltado por esa otra pregunta que ya ha sido mencionada. ¿Había hecho daño a Angela Vivian? ¿Ella lo sabía? Tal cuestión de ningún modo le hacía sentir miserable y estaba lejos de asaltarle cuando intentaba dormir. Pero sí que le visitaba a intervalos, a veces en los más extraños lugares: repentina, abruptamente, en la quietud de un templo indio o entre el griterío de una muchedumbre oriental, finalmente devino algo familiar. Lo llamaba su Jack-in-the-box. Determinadas circunstancias hacían que se accionase el resorte y entonces aparecía la imagen que le miraba a la cara con una mueca de interrogación. Bernard siempre cerraba la tapa, puesto que el fenómeno le parecía sorprendentemente inane. Pero aún más frecuente era que una punzada de su conciencia le hiciese recordar a Gordon, sentimiento lo suficientemente vivo como para sentir un gran alivio cuando oyó el rumor de que su excelente

amigo se casaba. El rumor le llegó hallándose en Atenas. Era vago e indirecto y no incluía el nombre de la novia. Pero hizo que Bernard se sintiera bien: le confortaba el pensamiento de que su amigo hubiese recobrado la moral y su anhelo de casarse.

XVI

Aún no había llegado a París, procedente del Lejano Oriente, cuando el rumor que he mencionado adquirió una apreciable consistencia hasta acabar convirtiéndose en información cierta. Entre las numerosas cartas de bancos que le aguardaban, se encontró con una de Gordon Wright. Durante el año anterior la correspondencia con su fiel y confiado amigo no había sido frecuente y Bernard había sabido poco de él. Durante su viaje le habían llegado tres o cuatro cartas suyas, cartas aparentemente cordiales pero no tan extensas como las de años anteriores. Bernard se contentó con que fueran cordiales y se limitó a calibrarlas bajo el parámetro de la sospecha imparcial. Le pareció que, en general, el tono epistolar de Gordon no había perdido intensidad. Si escribía menos de lo usual, era algo que solía suceder cuando la gente iba adquiriendo edad. Las intimidades más personales, además, tenían fases y épocas, paréntesis y retornos, e incluso si su amigo había evitado su aprobación, esto era simplemente para que se materializase el periódico ciclo que favorecería pudieran verse de nuevo cara a cara con absoluta normalidad. Bernard se obligó a sí mismo a escribir con tolerable frecuencia y en el tono más cordial. Fue un acto de pundonor: le gustaba sentir que trataba a Gordon con generosidad, sin ojo por ojo alguno. La carta recibida en París era tan corta que la transcribo por entero:

«Mi querido Bernard: te escribo antes que a ningún otro, aunque por desgracia te encuentras tan lejos que no podrás ser el primero en felicitarme. Inténtalo, sin embargo, y no seas el último. Me voy a casar lo más pronto posible. Conoces bien a la novia, así que podrás apreciar la situación. ¿Recuerdas a la menuda Blanche Evers, a la que conocimos en Baden-Baden hace tres años? Por supuesto que la recordarás porque sé que hablaste con ella con frecuencia. Te sorprenderá, quizá, que la haya elegido de compañera de por vida: cada cual trata este asunto a su manera. Estoy muy enamorado y eso es suficiente razón. Estos dos últimos años me he sentido predispuesto a enamorarme de una criatura sencilla, confiada, aniñada. Y tal cosa la he podido materializar plenamente en esta encantadora muchacha. ¡La encuentro tan natural, tan lozana! En una ocasión te dije que no me gustaba sentirme fascinado, que lo que quería era sentir un aprecio “científico” por la mujer con que me casase. Ya no pienso así y me pregunto cómo pude hacerlo antes.

¡Estoy fascinado y te aseguro que me gusta! Y lo mejor del asunto es que eso no afecta lo más mínimo a mi querida Blanche. La juzgo cabalmente, la veo tal como es. Es una persona simple, y eso es lo que quiero; es cariñosa, y eso es lo que andaba buscando. Ya sabes lo guapa que es, no necesito recordártelo. Era muy joven entonces, y en estos dos o tres años se ha desarrollado y mejorado mucho. Pero siempre será joven e inocente, no quiero que cambie mucho en esto. Regresó a América con su madre el invierno después que nos conociéramos en Baden y no la había vuelto a ver hasta hacía tres meses. La he redescubierto, me pregunto cómo había sido tan ciego. Aunque entonces no estaba preparado para ella y lo que me hace tan feliz ahora es el hecho de que sea la experiencia la que haya dado lugar a mis actuales sentimientos. Eso me da confianza, ya ves que aún me gusta razonar. Pero su encanto supera cualquier razonamiento. Nos casaremos dentro de un mes: intenta venir a la boda. Blanche te envía el siguiente mensaje que transcribo: «Dile que ya no soy la parlanchina simplona que era en Baden: me he hecho mucho más sabia, casi tanto como Angela Vivian. Ella sabe que tú tenías a Angela Vivian por muy inteligente, pero no es cierto que ella la iguale. Soy muy feliz: ven y compruébalo».

Bernard regresó a los Estados Unidos pero no a tiempo para la boda de Gordon, que tuvo lugar a mediados del verano. Cuando Bernard llegó, avanzado el otoño, se encontró a su amigo casado hacía meses y, tal como le había dicho, muy feliz. El primer efecto que le provocó la carta que acabo de transcribir fue de inmensa sorpresa; el segundo, fueron una serie de reflexiones que fueron la contrapartida de la sorpresa, y de esas reflexiones surgió un claro sentimiento de regocijo. Le alegraba que Gordon se hubiera casado, sentía una gran satisfacción y no le importaba a quien hubiera elegido. Ciertamente que, al principio, la elección de Blanche Evers le pareció muy incongruente. Era difícil imaginar a nadie menos adecuado para administrar las arduas necesidades de Gordon que esa coqueta, frívola y ligera de cascos, cuya inconsecuente charla Bernard recordaba como uno de los recuerdos menos gratos de una estancia maravillosa. Blanche Evers era una linda oca, la más bonita de la manada y quizá, sin duda, la más cordial, pero en absoluto era la compañera apropiada para un hombre especialmente serio que quería que su esposa compartiera su punto de vista respecto a las responsabilidades humanas. ¡Qué extraña elección, qué raro capricho! Bernard se hallaba sumido en este arrebatado crítico cuando se detuvo en seco con la súbita conciencia de que se equivocaba hasta el punto de ser naif. Exclamó para sí, entonces, que Blanche Evers era, por supuesto, el tipo de mujer por el que la gente como Gordon Wright acaba siempre enamorándose y que el pobre Gordon sabía muy bien lo que se hacía, resolviendo así el difícil problema que le hubiera comportado vivir con Angela Vivian. Eso es lo que los tipos fuertes, serios y sensibles acaban indefectiblemente haciendo: pagan, en este sentido, un tributo mayor a la

fantasía pura que la gente que supuestamente más culto rinde a esa musa. Blanche Evers era lo que los franceses llamaban «un objeto de fantasía», y Gordon encontraba placer en su deliciosa inutilidad. La utilidad la buscaba en otras cosas; le gustaba y le halagaba sentir que, moralmente hablando, se podía proporcionar una esposa juguetona. Conocía su propio fondo de sentido común, por lo que casarse con un prototipo femenino de sapiencia hubiera sido como llevar agua a la fuente. No serían difíciles de asumir las carencias de una mujer un poco estúpida; si era cariñosa y divertida con él le bastaría con el lujo de disfrutar de esas sensaciones por sí mismas. En absoluto le asustaba, tampoco, que pudiese hacerle daño, y si la charla pajaril y los giros de cabeza de Blanche le habían vuelto loco, era bien consciente de ello y se limitaba a hacer valer sus derechos. Toda persona tiene derecho a un pequeño parterre con flores y la vida no es solo trabajo hortícola. Rápidamente Bernard había improvisado esta tosca explicación ante la sorpresa que le había dado su amigo, y la encontró suficiente para sus momentáneas necesidades. Escribió a Blanche una amable nota, y ella le respondió con notable gracia. La breve carta estaba muy bien redactada y Bernard, tras leerla dos o tres veces, pensó que, para hacerle justicia, sí que pudiera ser que su intelecto hubiera mejorado en esos dos o tres años. Al ir ganando años, por fuerza se va adquiriendo sabiduría. También se le ocurrió a Bernard que pudiera ser que le hubiera aprovechado lo que llamamos disciplina del sufrimiento. ¿Qué habría sido del capitán Lovelock y de aquella frágil pasión que no era en apariencia menos genuina por el hecho de expresarse en el argot jovial de la época? ¿Les habría separado para siempre los guardianes juiciosos, obligando a la muchacha a borrar esa imagen de su frívolo corazoncito? En Baden, Bernard había estado seguro de que, bajo su aire despectivo y su impertinente conciencia de la dificultad de ser conquistada —algo en lo que coinciden todas las chicas americanas guapas, fieles en esto a una civilización en que las mujeres jóvenes ocupan el más alto lugar—, Blanche tenía en gran aprecio a su apuesto inglés y también que, si Lovelock quería seguir disfrutando de sus encantos, podría contar con las ventajas de la reciprocidad. Pero se le ocurrió a Bernard que el capitán Lovelock había sido quizá desleal, o al menos su mala suerte en el juego y la inhumanidad de su hermano mayor le habrían mantenido eternamente prisionero en el Hotel de Hollande (en donde, en contra de lo que Bernard imaginaba, se había visto realmente obligado a trabajar en el arduo oficio de camarero políglota); de modo que la pobre chica, echando siempre miradas hacia el retiro de Mrs. Vivian y no viendo a ningún paladín que viniera a rescatarla, se había sentido por fuerza desvalida y obligada servirse de la ayuda de la filosofía. Era muy probable que sus estudios filosóficos le hubieran enseñado el arte de la reflexión y que, como podía haber pensado, estaba tremendamente baja de tono. En una ocasión, en Baden, cuando Gordon Wright se había tomado la molestia de observar que ella se había cansado de

su galante paladín inglés, Bernard se había aventurado a decirse para sus adentros que Gordon no se enteraba de nada. Pero todo esto no tenía importancia ahora y Bernard fue mucho más allá en su intento de detectar falacias en su amigo. Gordon se había propuesto casarse y nuestro quisquilloso héroe no veía la menor mácula en tal decisión. Era algo capital; justo lo que deseaba; le haría un infinito bien. Bernard se alegró sinceramente y lamentó en extremo los ineludibles compromisos que le impedían estar presente en la boda.

Como he dicho, ya se habían casado cuando llegó a Nueva York. La luna de miel había quedado atrás y la vida matrimonial estaba ya en marcha. Bernard, finalmente, abandonó Inglaterra de modo bastante abrupto. Un amigo, que disponía de un excelente camarote en un vapor, había debido súbitamente renunciar al pasaje y se lo había ofrecido a Longueville, que se sintió muy afortunado por esta oportunidad de verse un poco menos descompuesto de lo usual por el oleaje atlántico. Embarcó, pues, a los dos días, dos semanas antes de lo previsto y de lo comunicado a Gordon. Este, por supuesto, le había escrito diciéndole que no buscara alojamiento, que Blanche le prepararía con mucho gusto una bonita habitación en la encantadora casa que tenían. Sin embargo, Bernard, al bajar del barco, temprano por la mañana, prefirió ir a un hotel. No quería anticipar la bienvenida y determinó escribir primero a Gordon y regresar más tarde con su equipaje ese mismo día. Tras asearse, marchó del hotel y caminó por la Quinta Avenida experimentando el placer que produce a la persona acabada de desembarcar el pisar terreno firme. Era un agradable día de otoño, en el aire flotaba una neblina dorada que imaginó era producto del veranillo de San Martín. La ancha acera de la Quinta Avenida estaba sembrada de hojas secas color rojo, naranja o ámbar. Las iba moviendo con su bastón al pasar y estas crujían y murmuraban al desplazarse, lo cual le recordó el modo en que, en su bulliciosa infancia, las apartaba con los pies en estas mismas aceras. Era un placer, tras tantas correrías, hallarse de nuevo en el país natal, y Longueville, mientras caminaba, saludaba a la ciudad en que había nacido. La claridad y alegría del lugar parecían dar la bienvenida al hijo pródigo, y su corazón experimentó un latido de afecto en pro de la más lozana, joven, tranquila y afable de las capitales.

Al presentarse ante la puerta del domicilio de Gordon, le fue comunicado que el dueño no estaba en casa, pero él quiso entrar y ver a la señora. Esta se hallaba, sola, en el salón, con el sombrero puesto, como si se dispusiera a salir. Al verle, le dio una cálida bienvenida, se notaba que la visita le alegraba mucho. Bernard esperaba que ella hubiera mejorado, y de hecho se encontró con que estaba más guapa que antes. Al instante se dio cuenta que seguía siendo una máquina de hablar; faltaba saber si la calidad de su discurso había mejorado.

—Bien, Mr. Longueville —exclamó—, ¿de dónde viene usted y cuánto tiempo ha tardado en cruzar el Atlántico? ¿Tres días? No pueden haber sido más, pues hace muy poco que Gordon me dijo que no zarparía hasta el día veinte. Cambió de idea, ¿no? No sabía que cambiaba tanto de idea. Gordon nunca cambia. Lo que no es ninguna razón pues usted no se parece en nada a Gordon. Nunca pensé que se pareciera excepto en que ambos son hombres. ¿De qué se ríe? ¿Cómo le gustaría le llamara? Usted es un hombre, supongo, no un dios. Aunque seguro que le gustaría le denominara así, no tengo duda. ¿Debo reservar esa denominación para Gordon? Se la reservaré por mucho tiempo, ciertamente. Ahora sé mucho más sobre los hombres de lo que sabía cuando nos vimos la última vez, y le puedo asegurar que no pienso que se parezcan a ningún dios. Supongo que es porque siempre parece caer usted del cielo por lo que se cree más divino. Recuerdo que apareció de ese modo cuando nos conocimos en Baden: de pronto le vi en medio de nosotros. ¿Recuerda esa noche en que se presentó? Apareció, tocó en la espalda a Gordon y este dio un leve brinco. Pues dará otro brinco cuando le vea hoy: siempre está dando brincos, saltando por ahí. Recuerdo esa noche en Baden y el modo en que usted me miró cuando se presentó. Le vi de pronto ante Gordon, siempre veo muchas cosas ante Gordon. ¿Por qué me miró usted de esa manera? Siempre se lo he querido preguntar, me muero por saberlo.

—Pues por la más sencilla razón del mundo —dijo Bernard—: porque es usted muy bella.

—¡Ah, no es por eso! Lo sé todo de esa mirada. Obedecía a algo más, como si supiera algo de mí. No sé lo que usted podía saber. Había poco que saber de mí, excepto que era tontísima. Realmente fui muy estúpida ese verano en Baden, no puede usted imaginar cuánto. Pero no sé cómo podía saber eso antes de hablar conmigo; quizá debido a mi conversación, que lo delata espantosamente. Mi madre quedó muy decepcionada del influjo en mí de Mrs. Vivian, ¡había esperado tanto de ella! Pero no era culpa de la pobre señora sino de otra cosa. ¿Ha vuelto a ver a las Vivian? Siguen en Europa; han ido a vivir a París. Aquella noche, al aparecer usted y ponerse a hablar con Gordon, jamás hubiera imaginado que tres años más tarde me encontraría casada con él, ni supongo que usted tampoco. ¿Era eso lo que pensaba al mirarme de ese modo? Quizá usted vea el futuro. Me gustaría que me predijera mi futuro.

—Oh, eso es muy fácil —dijo Bernard.

—¿Qué me ocurrirá?

—Nada en particular; será algo aburrido, la felicidad perfecta de una mujer encantadora casada con el mejor hombre del mundo.

—¡Ah, qué horrible futuro! —exclamó Blanche, soltando un gritito petulante—. Quiero ser feliz, pero sin aburrirme. Si me dice eso de nuevo me

arrepentiré de haberme casado con el mejor tipo del mundo. Quiero ser feliz sin tener que aburrirme, si puedo evitarlo.

—He dicho mal —dijo Bernard— porque, mi querida joven amiga, por fuerza ha de ser excitante tener un marido tan devoto como el suyo. La devoción de Gordon es capaz de adoptar una nueva forma, de inventar una nueva dimensión cada día del año.

Blanche le miró por un instante con una postura algo menos consciente de lo usual en ella.

—Mi esposo me aprecia mucho —dijo con gracia.

Apenas había dicho esto, que Gordon apareció. Se detuvo un instante al ver a Bernard, miró a su mujer, se puso colorado y con una sonora y franca exclamación estrechó las dos manos de su amigo. Hacía tanto tiempo que no había visto a su camarada que se manifestó muy afectado: se quedó ante él, sonriendo, aplaudiendo, mirándole a los ojos, incapaz de hablar por unos instantes. Bernard, por su parte, se alegró mucho; era un placer mirar de nuevo el rostro honesto de Gordon y estrecharle la mano. Tenía buen aspecto, parecía feliz. Apremiar esto le alegraba aun más. Durante esos pocos instantes, mientras intercambiaban silencios de renovada amistad, la elástica percepción de Bernard consideró varias cosas además de la conciencia de su propio placer. Vio a Gordon con buen aspecto y feliz, pero también algo más viejo, más serio, más marcado por la vida. Era como si algo le hubiera sucedido, como de hecho así había sido. Bernard advirtió un destello latente en los ojos de su amigo, que parecía cuestionar los suyos por la impresión obtenida de Blanche, cuestionarlos ávidamente a la vez que desaprobando el juicio que emitían. Advirtió también —por el hecho de que Gordon estuviera junto a ella en su viril sinceridad y como contraste— que Blanche era igual de coqueta que aquella otra Blanche de Baden, a la cual le hubiera parecido un mal chiste si entonces Gordon le hubiera hablado de casarse con ella. En una palabra, le asaltó la misma impresión de aquella primera vez en Baden: la de que formaban una pareja incongruente. Todo esto, vislumbrado en medio minuto escaso, resultó demasiado para Bernard, especialmente porque se ofrecía en el ámbito bastante opaco de un sentimiento de irreflexiva alegría. Y sus impresiones en ese momento tuvieron valor por cuanto estaban destinadas a ser confirmadas en el futuro.

—Has llegado un poco antes de lo esperado —dijo Gordon—, pero eres bienvenido.

—Ha sido todo un riesgo —observó Blanche—: uno debe avisar si quiere dar una buena impresión.

—Ah, mi querida señora —dijo Bernard—, usted me dio buena impresión

mucho tiempo atrás y no creo que me la hubiera dado mejor hoy aunque hubiera dispuesto expresamente el efecto.

El trío se encontraba ante la chimenea, sobre la alfombra ante el hogar. Blanche, a la vez que escuchaba, jugueteaba con un rizo que se había soltado de su peinado.

Blanche sabe obrar muy rápido —dijo Gordon riendo gentilmente—, logrando infaliblemente que se produzca el efecto buscado.

Blanche se palpaba la parte posterior de la cabeza, que tenía algo inclinada hacia adelante; el brazo desnudo le salía por la manga que colgaba y mirando por debajo de sus elevadas cejas sonrió a los dos espectadores. Su marido puso la mano en el brazo de Bernard.

—¿Verdad que es bella? —exclamó con el suave deleite que le producía poder estar seguro al menos de eso.

—¡Increíblemente hermosa! —dijo Bernard—. Se lo he dicho hace un rato, antes de que vinieras.

—¡Ah, he llegado a tiempo! —exclamó Gordon.

Blanche no se hallaba en absoluto incómoda por esa afirmación de sus encantos, pues el aire de franca estima de los dos compañeros atenuaba la cruda sinceridad de lo que decían; sin embargo hizo un mohín de irritada modestia —era lo más conveniente que había hecho hasta ahora— y declaró que, si querían seguir hablando de ella, le complacería mucho, pero que prefería lo hiciesen cuando se hubiera marchado del salón. Así que se fue, no sin antes recordarle a Bernard que fuese a buscar el equipaje y se quedase, prometiéndole que iba a dar órdenes inmediatas para que le dispusiesen un cuarto. Bernard abrió la puerta para que saliera. Ella le hizo una encantadora inclinación de cabeza y luego él se volvió hacia su amigo con el reflejo en su cara de la sonrisa de ella. Gordon le observaba; se moría de ganas de saber qué pensaba de Blanche. Curiosa manía la de Gordon de querer saber lo que uno pensaba de la mujer que amaba, pero Bernard se sentía dispuesto a bromear sobre la materia, tan complacido estaba de verle firmemente casado.

—Es una criatura deliciosa —dijo Bernard con cordial vaguedad, estrechando de nuevo la mano de su amigo.

Gordon le contempló un instante y luego, poniéndose algo colorado, miró por la ventana. Esto le hizo recordar a Bernard algo muy similar sucedido en Baden cuando había tratado de opinar sobre Angela Vivian, tras haber regresado su amigo. Gordon era consciente de lo peregrino de la situación.

—Por supuesto que te ha sorprendido —dijo sin dejar de mirar por la ventana.

—¿El qué?, querido amigo.

—Mi matrimonio.

—Bien, ya sabes —replicó Bernard—, todo me sorprende. Mi mente es muy dada a lo conjetural. Mi mente se ve asaltada por toda clase de ideas y cuando lo que acaece es muy sencillo, siempre me sorprende. Vivo en una ensoñación, de la que siempre me despiertan las cosas que hace la gente.

Gordon trasladó su mirada desde la ventana a los ojos de Bernard y luego a toda su persona.

—¿Te has despertado? ¡Pues ponte a dormir de nuevo!

—Caigo dormido con mucha facilidad —dijo Bernard.

Gordon le miró de arriba abajo, sonriendo y sacudiendo la cabeza.

—No has cambiado —dijo—. Has viajado por lugares desconocidos y habrás vivido, supongo, toda clase de aventuras; pero eres el mismo de siempre.

—¡Pues lo siento!

—Tienes la misma actitud o la misma falta de actitud.

—Bien, si no he cambiado —dijo Bernard—, mal puedo haber perdido tan valioso arte.

—Considerándolo en conjunto, me agrada que seas el mismo —respondió Gordon simplemente—; ven: voy a mostrarte donde vivo en la casa.

XVII

Sí, era consciente, muy consciente: esto es lo que pensó Bernard los dos o tres días siguientes tras la visita a su amigo. Gordon sabía que le parecería extraño a crítico tan irreverente que alguien que aspiraba a la mano de una chica tan inteligente —dejando otras cosas aparte— como era Angela Vivian, pudiese, como dice el fantasma de Hamlet, haber «ido a menos» y aspirase ahora a una muchacha tan por debajo de Miss Vivian en cuanto a capacidad de discernimiento; y la conciencia de esto le incomodaba, le producía cierto lastimoso embarazo. El sentido de lo anómalo que tenía Bernard menguó, pues, rápidamente, planteándose varias observaciones que le ayudaron a que la situación le pareciera natural. Blanche era maravillosamente bella, y muy graciosa, inocente y divertida. Una vez Gordon se había decidido a casarse con una bella oca, había elegido al animal con sumo cuidado. Tenía el plumaje de

un cisne y nadaba por el mar de la vida con una extraordinaria ligereza de movimiento. En verdad que a veces se preguntaba si Blanche era realmente tan estúpida como parecía: dudaba de que una mujer pudiese ser tan tonta como Blanche parecía. A veces tenía la sospecha, por cosas que advertía, que interpretaba un papel, una sospecha que aumentaba ante el hecho de que, como suele suceder en casos parecidos, sobreinterpretaba. Su charla hueca, su futilidad, su pueril coquetería y frivolidad eran ligerezas que difícilmente pueden conformar la substancia de ninguna mujer: había algo bajo ellas que Blanche ocultaba. En algún lugar guardaba una pizca de entendimiento, e incluso algo de corazón. Si uno miraba con atención podía ver destellos de tales virtudes. Pero ¿por qué las ocultaba y cuáles eran los fines que subyacían a tal incómoda perversidad? Bernard se preguntaba si ella querría a su marido, pues varias personas notables de Nueva York que habían observado el noviazgo le habían dicho privadamente que se había casado exclusivamente por el dinero. Bernard lamentaba que tal cosa se diese por supuesta y determinó no creérsela. Le disgustaba la idea de tamaña falta de gratitud, pues si Gordon había querido a Miss Evers por sí misma, la joven podía haber apreciado el intrínseco valor de un novio tan desinteresado. A la madre de Blanche se le atribuía el mérito de haberles emparejado. Se sabía que Gordon andaba buscando esposa, por lo que Mrs. Evers había empujado a la hija a inclinar hacia delante su emplumada cabeza y Gordon se vio, fácilmente, cautivado como un niño por el ruido del sonajero. Blanche, con todo, le tenía afecto; Bernard no veía razón para dudar y ciertamente que habría sido una criatura bien insensible si no se hubiera visto seducida por una afectuosidad tan inextinguible. Ella gozaba de toda la indulgencia posible por parte de su marido y si se había casado con él por su dinero, habría logrado al menos lo que buscaba. Llevaba la más agradable vida concebible y ello debía llevarla al más excelso buen humor. Era imposible tener una casa más hermosa, un carruaje más bello, mejores joyas y encajes con que adornar su rolliza y menuda persona. Era imposible acudir a más fiestas o dar mejores comidas o tener menos privaciones y molestias. A Bernard le afectó tanto todo esto que, a medida que progresaba rápidamente la intimidad con sus anfitriones, trató de llamar la atención de la joven sobre todas esas ventajas. Ella le respondió que era bien consciente de ello y que no se podía decir nada mejor de Gordon.

—Sé lo que quiere usted decir —continuó—; que él me consiente demasiado, y no veo por qué tendría usted que vacilar en señalarlo. Usted suele decir lo que piensa y no debe por ello temer mi reacción. Pues bien: él no me echa a perder, sencillamente porque soy tan mala que nadie puede echarme a perder; pero eso no importa: hace años que ocurre, años atrás, todos me han consentido demasiado excepto Mrs. Vivian. Siempre me ha gustado obtener lo que deseo y, en general, me las he arreglado para conseguirlo. Siempre he llevado bonitos vestidos; mamá pensaba que era una especie de

obligación. Y si era una obligación, no veo que pueda ser parte del consentimiento de que hablamos. Pero sí que era muy mimada y sé lo mucho que tengo ahora. Gordon es un marido perfecto; creo que si le pidiera como regalo me diera su nariz, se la cortarían y me la darían. Un día le voy a pedir me dé un trozo; creo que le mejorare si le quito una o dos pulgadas. No digo que sea guapo, pero es todo lo bueno que se puede ser. Algunos dicen que si estás muy encariñado de una persona siempre la encuentras guapa, pero no estoy en absoluto de acuerdo. Quiero mucho a Gordon pero no me ciega el encanto de su aspecto físico. Es demasiado delgado para mi gusto y tiene la piel demasiado roja. Y porque alguien sea guapo no tienes por qué enamorarte de él. Yo tenía un amigo increíblemente guapo —era el hombre más hermoso que he visto nunca— pero a la vez era perfectamente consciente de sus defectos. Aunque no soy consciente de los de Gordon, creo incluso que no los tiene. Es tan profundamente bueno, casi hasta lo patético. Es como si me hubiese injuriado al casarse conmigo y quisiese hacerse perdonar. Si ha existido algún agravio todavía no lo he descubierto y no creo que nunca lo haga. Al menos no lo haré mientras me siga comprando los vestidos que deseo. He encargado cinco esta semana y voy a encargar dos más. Cuando se lo he dicho a Gordon, ¿qué cree que ha hecho? Simplemente me ha besado. Bien: si tal cosa no es bien significativa, no sé qué más se puede hacer. Me besa setenta veces al día. Supongo que resulta muy impropio de una mujer decirle a alguien cuántas veces a una la besa su marido, pero como usted lo ha visto con sus propios ojos no creo que se escandalice: imagino que usted no se escandaliza fácilmente, y por eso no me asusta. ¿Se escandaliza de que encargue tantos vestidos? Bien, ya le he dicho que he estado siempre muy consentida, lo reconozco sin ambages. Me daba miedo a decírselo a Gordon por temor a que pensase que cuando nos casáramos iba a querer un montón de cosas; se supone que tengo vestidos para un año entero. Aunque Gordon no ha de pagar por ellos, así que no hay nada malo en permitirle un poco tomar conciencia de los gajes de tener esposa. Si me encuentra extravagante, que deje de besarme. ¿Piensa que iba a ser fácil dejar de hacerlo? ¡Lo es para los que nunca han empezado!

Bernard tuvo una considerable ración de charla con Blanche, de la cual los extractos precedentes pueden dar una idea. En lo que respecta a Gordon, estuvo ausente gran parte del día; tenía un laboratorio químico que le interesaba mucho y que quiso que Bernard viera: estaba provisto de los más avanzados equipamientos para la práctica científica experimental y con él ayudaba a estudiantes necesitados, que gozaban, además, gracias a las subvenciones de Gordon, de la oportunidad de publicar sus hallazgos. El lugar hacía gran honor a la liberalidad de Gordon y a su buena fe; pero Blanche, que también lo había visitado, se refería a él con un leve escalofrío.

—Nada hará que vuelva ahí —declaró—. Me considero muy afortunada de

haber escapado con vida. Está lleno de horribles cosas que explotan y se evaporan o que tiñen la cara de un horrible color cuando las miras. Un día creo que oí un gran estallido y poco después me traerán a Gordon a casa a pequeños trozos colocados en docenas de pequeñas botellas. Me hice una leve y horrible mancha en el vestido por culpa de uno de los jóvenes savants. ¿Ha visto a los jóvenes savants que trabajan para Gordon? Los encuentro lamentables, no hay uno mínimamente presentable. ¿Podrá creer que ninguno de ellos me miró siquiera? No repararon en mí: como si yo fuese la mujer de limpieza. Podrían haberme prestado más atención, al menos como esposa del dueño. ¿Cómo lo denomina Gordon? Creo que de otra manera, pues «dueño» suena como si lo fuera de un hotel. Y ciertamente no me gustaría pasar por la mujer de un hotelero. ¿Cómo se denomina a sí mismo? Debe tener un nombre. Odio tener que decir a la gente que es químico. Suena como si tuviese una tienda. Así se les denomina también a los drogueros en Inglaterra: me acostumbré a ello cuando viví allí. Hace que parezca un espantoso hombrecillo con grandes botellas color verde en el escaparate y una campanilla en el exterior para llamar. ¿Cómo se denomina a sí mismo? ¡Así es exactamente Gordon! No sé incluso si desea llamarse de algún modo. Cuando me habla de los jóvenes que trabajan a sus órdenes —los jóvenes savants—, me dice que no debo referirme a ellos como «gente que trabaja a sus órdenes». ¡No sé qué quiere que diga! ¿Qué trabajan «bajo su inspiración»?

Durante las horas en que Gordon estaba ausente, Bernard tenía frecuentes coloquios con la esposa de su amigo, cuya irresponsable cháchara le divertía y en la cual trataba de descubrir alguna facultad, alguna cualidad que pudiera garantizar positivamente la futura felicidad de Gordon. Pero a menudo, por supuesto, este asistía como oyente; y digo «como oyente» porque a Bernard le parecía que se había vuelto menos hablador que antaño. Sin duda que cuando un hombre se ve unido a una mujer gárrula, trata de refrenar la lengua; pero, a veces, al final de uno de los largos monólogos de Blanche, cuando esta miraba a su esposo para ver qué le había parecido y le veía en completo silencio, con fija e inexpresiva sonrisa, Bernard pensó que Gordon se tomaba la actitud de oyente con algún embarazo. A medida que los años pasaban Gordon devenía inescrutable, pero también esto, en algunas circunstancias, es una tendencia natural. Los procesos de la mente, al ganar en experiencia, devienen más complejos y la gente es menos apta para emitir reflexiones inmaduras a los cuarenta de lo que había sido antes. Bernard sentía un gran afecto por su amigo en esa época; nunca le había parecido tan buen camarada ni había apelado con tanta fuerza a la benevolencia de su disposición. Antiguamente, Gordon acostumbraba a irritarle; pero tal peligro parecía haber quedado completamente atrás. Bernard prolongó su visita; le produjo placer poder dar, de este modo, testimonio de su buena voluntad. Gordon fue el más cordial de los anfitriones y si, en las conversaciones en las que su mujer se hallaba

presente, dio preferencia al superior influjo de esta, en otras ocasiones se entregó a la grata charla masculina con su amigo. Parecía muy feliz; tenía muchas ocupaciones y muchas inclinaciones prácticas. El tiempo pasaba y Bernard disfrutaba de la vida. Disfrutaba del severo y brillante invierno americano y le complacía mucho verse tratado como un distinguido extranjero en su propio país, situación a la que le habían relegado sus prolongadas y repetidas ausencias. La hospitalidad de Nueva York era generosa; el encanto de sus hijas extremo; la luminosidad de sus cielos soberbia. Bernard era el más incansable mortal sin profesión conocida del que se tuviera noticia, yendo por la vida de un vago experimento a otro, siempre complacido y nunca satisfecho, jamás inquieto por ninguna imperiosa finalidad; y sin embargo, durante un tiempo luchó por reducir su horizonte a la hora presente y pasar buenamente unas horas en el salón de una manifiesta coqueta.

Porque la mujer de Gordon era una coqueta, algo bastante obvio. Bernard sabía desde hacía mucho que lo era y, tras dos o tres meses de observar a Blanche Evers, llegó a la conclusión que esta no veía incongruente con la vida matrimonial el despliegue de cierta etérea coquetería. Blanche coqueteaba más o menos con todos los hombres, pero la oportunidad de desplegar sus inofensivas baterías sobre Bernard resultaba excepcionalmente amplia. El pobre hombre se hallaba bajo fuego perpetuo y era inevitable que respondiera con cierta precisión en la puntería. Esto le parecía a él un juego de niños y en verdad que cuando le daba la espalda a su guapa anfitriona nunca se encontró pensando en ella ni tuvo nunca la menor razón para suponer que ella pensaba en él: de lo último que se la podría haber acusado era del mínimo de concentración mental que esto hubiese requerido. Pero antes de que el invierno terminase le llegaron habladurías sobre la esposa de Gordon Wright; y hasta su mismo nombre fue relacionado, según los periódicos, con el de la mujer de su amigo. El descubrimiento le disgustó sobremanera; el cronista le debió haber hecho justicia aclarando que la relación no le producía el menor latido de placer. Bernard creyó muy improbable que este vulgar rumor llegara a oídos de Gordon; pero incluso así y con total naturalidad decidió abandonar la casa. No perdió tiempo en decirle a Gordon que había determinado súbitamente trasladarse a California y que estaba seguro que se alegraría de quitárselo de encima. Gordon no manifestó sorpresa ni pesar. Simplemente le puso la mano sobre el hombro y le dijo, con mucha calma, mirándole a los ojos:

—Muy bien; hasta lo más grato llega un momento en que debe terminar.

No fue hasta una hora más tarde que Bernard pensó que la manera que su amigo había tenido de recibir el anuncio de su marcha había sido bastante rara. Ni le había pedido que se quedara más tiempo ni urgido que volviera otra vez. Incluso había habido (así le pareció a Bernard) una audible nota de alivio en la breve frase con que respondió a su anuncio de despedida. ¿Era posible que el

bueno de Gordon estuviese celoso de él, que hubiese oído los repugnantes rumores o que su propia observación le hubiese alarmado? Ciertamente no había manifestado el menor atisbo de sentirse injuriado, pero tuvo a bien recordar que aunque se sintiera incómodo, Gordon era completamente capaz, con su característico hábito de sopesarlo todo —incluso su propio honor— en escalas escrupulosamente ajustadas, de negarse el lujo de una sospecha activa. Nunca hubiera consentido que una media sospecha influyera en su conducta, y por otro lado no hubiera podido disimular: simplemente se habría resistido a creerlo. Su hospitalidad había sido intachable y, si realmente deseaba que Bernard marchara, se había comportado con admirable autocontrol. Bernard, sin embargo, siguió muy de cerca su línea de pensamiento. Le era odioso pensar que hubiera podido aparecer a ojos de Gordon, aunque sin culpa alguna, como alguien que había invadido, aunque solo fuera imaginariamente la línea mística del monopolio marital; por no decir que, si se llegaba a esta percepción, era debido a que la pobre Blanche le tenía que importar tanto como el gallo de la veleta del campanario más cercano. Se apresuró, pues, a iniciar sus preparativos para marchar y le dijo a Blanche que se despediría de ella al día siguiente. La había encontrado en el salón, aguardando a la hora de comer. Ella quería comer acompañada y Gordon no había llegado todavía.

Se hallaba sentada ante el vago fulgor de la chimenea, con un maravilloso vestido azul y con los pies, calzados, asimismo, de azul, cruzados sobre la alfombra y apuntando al fuego. Había recibido el anuncio de Bernard con escasa satisfacción y se puso a ridiculizar ampliamente su proyecto de marchar a California. Luego, poniéndose súbitamente en pie se le quedó mirando un momento.

—Sé por qué se marcha —dijo.

—Me alegro de que mis explicaciones no hayan sido en vano.

—Sus explicaciones son absurdas. Usted se va por otra razón.

—Bien —dijo Bernard—, si insiste será porque ve más que yo mismo.

—Es por mi causa. Ese es el verdadero motivo.

Bernard se preguntó qué iba a decir y si sería tan estúpida para aludir a esa tan impúdica habladuría; al verla abrir y cerrar su abanico azul a la vez que le sonreía a la luz del fuego pensó que su estupidez la hacía capaz de todo.

—Se debe a todos esos rumores, y a causa de mi marido. No debe temer a Gordon.

—¿Temerle? No sé qué quiere decir —dijo Bernard muy serio.

Blanche soltó una risita.

—Se ha enterado usted de lo que se habla sobre nosotros, sobre usted y yo.

Debo decirle que me sorprende que le importe. A mí no me importa y, si es debido a Gordon, sepa que a él tampoco le importa. Si a él no le importa no veo por qué me ha de importar a mí. Y si a mí no me importa no sé por qué ha de importarle a usted. Bien, si se me permite decir lo que no debiera —a usted o a quien sea—, no veo por qué no puedo gozar también de la ventaja de ello. A Gordon no le importa, no le importa lo que hago o digo. ¡Le importo un pimiento!

Hablaba con su tono habitual, vivo y rápido, afirmando cuanto decía con una curiosa ausencia de resentimiento.

—Usted habla de ventaja —dijo Bernard—. No veo qué ventaja representa para usted decirme todo esto.

—¡Quiero, debo y lo hago! ¡Esa es la ventaja! —dijo con una súbita aspereza en el tono de voz y con gran excitación—: ¡No le importo nada, nunca le he importado! No sé por qué se ha casado conmigo. Le importa otra cosa, piensa en otra cosa. No sé lo que es, ¡supongo que la química!

Estas palabras impactaron de algún modo en Bernard, pero él supo echar mano de su inteligencia para contradecirla con energía.

—Está usted completamente equivocada —exclamó—: su marido la encuentra fascinante.

Este epíteto, pronunciado con gran claridad, vibraba aún en el aire cuando de repente se abrió la puerta y Gordon entró en la sala. Por un instante miró a Bernard y a su mujer y, luego, acercándose a Blanche, le dijo con dulzura:

—¿Sabes que nos abandona mañana?

XVIII

Bernard se fue a California; pero al llegar se preguntó por qué había venido y fue incapaz de encontrar otra razón diferente de la expuesta. Comenzó a estar intranquilo y a sentirse presa de la inquietud que le había acompañado en su prolongado viaje por Oriente. Sin embargo logró mantener esos escasamente razonables sentimientos al margen por algún tiempo y trató de mantenerse ocupado, de interesarse por los problemas de California. Pero Bernard no era economista ni un entendido en ganado, por lo que se encontró con que no había mucho a que agarrarse, como quien dice. Deambuló, pues, admirando el clima y los excelentes melocotones; pensó por un momento en ir a Japón y acabó yendo a Méjico. De este modo pasó varios meses y justificó, a ojos del prójimo al menos, su largo viaje a través del continente. Al final,

volvió a recorrerlo en sentido opuesto; luego regresó a Nueva York, en donde el verano había empezado, y ahí inventó una solución para las dificultades que la vida presenta a quien no tiene ocupación conocida, al desclasado. Una solución en absoluto original, y casi me da vergüenza mencionar tan trillado y convencional artificio. Bernard, simplemente, se decidió a volver a Europa. La decisión con que llevó a cabo su plan fue digna de mejor causa, y una vez se hizo a la idea se sintió considerablemente feliz. Gordon Wright y su esposa se hallaban fuera de la ciudad por lo que Bernard decidió audazmente ir al campo para informarles de su proyecto y despedirse de ellos. Todo lo tenía dispuesto a fin de poder tomar el barco de inmediato pero, como resultaba imposible hallar, con tanta precipitación, un buen camarote en algún barco inglés, decidió ir en un vapor francés que le llevaría a Le Havre. Al acudir a la casa de campo de Gordon, era consciente de estar poseído por una buena dosis de avidez por saber lo que había sido de la latente irritación de que Blanche le había dado muestras. Y se encontró con que, en apariencia, esta había remitido. Blanche era todo sonrisas y vivía rodeada de rosas. En realidad, Bernard no tuvo oportunidad de indagar el estado de su espíritu porque se encontró con otras personas en la casa y Blanche, que tenía una exaltada manera de tomarse su condición de anfitriona, se hallaba atareada en hacer la estancia agradable a sus huéspedes, más que nada por ser huéspedes masculinos. En este sentido, esto le representaba un gran alivio para su insatisfacción, teniendo así algo interesante que hacer, cosa de la que Bernard carecía. Este sintió una buena dosis de genuina tristeza al despedirse de Gordon, respecto al que se esforzaba en ser más cordial que en días pasados. Había olvidado por completo los posibles celos de Gordon. Ciertamente que Gordon no parecía, en este instante, en absoluto celoso y cuando se despidieron pareció más cordialmente amistoso que nunca. Para alguien tan poco expresivo como él, Gordon parecía hallarse manifiestamente contento. Le agradaba brindar su hospitalidad y le confesó a Bernard que le producía placer tener la casa llena de gente. Y la fortuna sin duda siguió gratificando ese generoso gusto suyo, pues, justo cuando Bernard marchaba, se presentó otro huésped. El recién venido no era otro que el honorable Augustus Lovelock, que acababa de llegar a Nueva York y que, según dijo, hacía tiempo que quería visitar los Estados Unidos. Bernard se limitó sencillamente a constatar su llegada, aunque le sorprendió que al presentarse así, parecía ser que por sorpresa, Blanche interrumpiese de pronto su charla.

XIX

Acabo de decir que resultaba algo trillado por parte de Longueville usar de

nuevo el recurso de «ir a Europa», como lo haría cualquier americano del montón, y, ciertamente, mientras nuestro joven héroe miraba por la ventana de su hotel en Le Havre, una hora después de haber llegado a este puerto, su aventura no se le antojaba ninguna gran novedad. No tenía planes o intenciones, ni siquiera deseos definitivos. Había sentido el impulso de volver a Europa y lo había materializado; pero ahora que había llegado, ese impulso parecía tener poco que decirle. Lo percibió mentalmente imaginándose a un niño que, con la mano ante la nariz, hace ese gesto vulgar, supuestamente de regocijo, significando que había logrado colar un engaño. Había un extenso muro desnudo ante su ventana, pintado de amarillo sucio y muy descolorido por el tiempo. Un amplio lienzo de luz solar lo iluminaba delatando la vulgaridad absoluta de su textura. Bernard miró un rato la pared que, de algún modo, le pareció el símbolo de sus presentes perspectivas morales. De pronto se apartó de la ventana pensando que aunque pudiese ser cierto el simbolismo, en cualquier caso no había venido a Europa a malgastar en un maloliente puerto normando lo que le quedaba de juventud. Hacía mucho calor y ni el hotel ni la población parecían lugar apropiado para olfatos muy sensibles. Ir a París, sin embargo, apenas representaría una mejora con respecto a permanecer en Le Havre, pues Bernard tenía una vivida idea del asfalto ardiente y las fachadas brillantes de la capital francesa. Pero si bien las poblaciones normandas resultaban cerradas y sombrías, en cambio la campiña normanda era notablemente lozana y entretenida, y, a la mañana siguiente, Bernard se montó con su equipaje en una calesa y le pidió al conductor que le llevara por la costa. Una vez empezó a recorrer el bello paisaje, se encontró enseguida de mejor humor: el aire era fresco debido a la brisa del mar; el florido paisaje, sin vallas ni cercas, se abría a la mirada del viajero; los campos de cereal y los matorrales brillaban al viento veraniego; las villas color rosa se distinguían a través de los frutales en sazón y las torres grises de las viejas iglesias presentaban un color plateado bajo la luz matutina de Francia.

Al cabo de unas tres horas, Bernard llegó a una pequeña población costera con playa que se apiñaba entre dos peñascos blancos. El aspecto era curioso y primitivo y su pintoresquismo natural agradó a Bernard. Era evidente que la naturaleza dominaba allí y, en ese instante, revestida de la clara y alegre luz solar, del azul y tranquilo mar y de la hierba de los extensos prados sembrada de margaritas, parecía invitar al inteligente observador a relegar sus problemas. Según supo Bernard, tal añejo lugar se llamaba Blanquais-les-Galets; estaba a veinte millas de la vía férrea y presentaba un aspecto de sencilla rusticidad. Bernard se detuvo en una posada para comer y, después, incrementado su aprecio gracias a la hogareña felicidad de esa comida, determinó no seguir adelante. Tomó una habitación en la posada, despidió al vehículo y se entregó a la contemplación de las costumbres francesas costeras. Estas se podían principalmente observar en la pedregosa playa frente a la

localidad, punto de reunión de los habitantes ociosos. Bañarse en el mar era la principal ocupación de esa buena gente, junto a la de sentarse a observar a los bañistas y conversar prolongadamente sobre los misterios de dicha actividad. El mundillo de Blanquais parecía constituir un extenso grupo familiar de hábitos anfibios altamente desarrollados, cuyos componentes pasaban el día charlando sentados sobre los calientes guijarros, zambulléndose ocasionalmente en el mar y secándose luego al sol, sin dar el menor descanso a la relación social. Todo esto le pareció muy divertido a Bernard que, en el transcurso del día, tomó un baño con los demás. Después de todo, el océano era muy extenso y cuando te zambullías en él te parecía que lo tenías todo para ti solo. Cuando se vistió de nuevo, Bernard se tumbó en la arena, sintiendo una felicidad que hacía tiempo no le invadía, y se tapó los ojos con el sombrero. Este sentimiento de felicidad le resultó extraño; le había sobrevenido súbitamente, sin causa visible; pero ya que había sido así, nuestro héroe le sacó el mejor partido que pudo. Mientras estuvo allí, tal sentimiento se intensificó; la inmersión y el ejercicio en el agua salada le habían imbuido de una grata languidez que poco más tarde se volvió una somnolencia no menos agradable. Bernard sintió que se dormía. Oía todo tipo de sonidos en torno suyo: ruidos del crujir de los pequeños guijarros sueltos que a su alrededor pisaban sus vecinos; gritos coloquiales de agudo cariz francés; zambullidas en el agua a lo lejos y el dulce y suave romper de las olas. Pero todas estas cosas fueron llegando a sus oídos cada vez más vaga y remotamente hasta al final extinguirse. Bernard disfrutó media hora de esa ligera duermevela apta para mantener a gente ociosa en yacentes posturas al aire libre en las tardes de agosto. La somnolencia le proporcionó un exquisito sentimiento de descanso al que siguió un amable sueño. Los sueños son cosas vagas, y este adoleció del defecto de su especie: tenía que ver con la imagen de una mujer joven que Bernard había conocido antaño, de hermosos ojos, que él contemplaba en el sueño, se veía a sí mismo mirando. De pronto despertó y se encontró mirando el fondo del sombrero que se había colocado sobre la cara. Lo apartó y se incorporó apoyándose en el codo, disponiéndose a gustar, desde otra postura, del exquisito descanso al que me he referido. El ambiente en torno suyo era todavía divertido y lleno de encanto; la charla de sus compañeros, que se perdía entre el bramido de las olas, las zambullidas de los nadadores, el azul oscuro del mar y el peñasco color blanco plateado, todo manifestaba un sorprendente aire de indiferencia al hecho de que su mente hubiese estado ausente, como se suelen encontrar las cosas mundanas cuando uno emerge de un leve sueño. La misma gente se hallaba sentada cerca de él en la playa, la misma, aunque no totalmente. Vio a una persona a la que no había visto antes, una mujer joven sentada en una silla portátil, a unas doce yardas de él que estaba leyendo un libro. Su cabeza estaba a la sombra; el gran parasol obraba de toldo para su cuerpo, que, inmóvil en la atenta lectura, parecía abstraído de

la luz intensa y el murmullo de la playa. La sombra del parasol —a rayas azules— incidía sobre su rostro, pero no lo suficiente como para impedir que Bernard reconociese enseguida ese perfil. Enseguida se incorporó, como ante una repentina revelación. ¿Soñaba aún, o se hallaba ya despierto? En un instante notó que estaba completamente despierto: la oía pasar las páginas del libro a rápidos intervalos. Y cuando lo hacía, miraba un instante al deslumbrante océano con las cejas levantadas; luego, bajaba la vista y proseguía con la lectura. Bernard se fijó en Angela Vivian cuando efectuaba ese casi imperceptible movimiento; era sorprendente lo bien que la recordaba. Evidentemente leía con mucha seriedad, parecía muy interesada en el libro. Estaba sola; Bernard trató de ver si su madre estaba cerca, pero no había rastro de Mrs Vivian. En ese momento Bernard se dio cuenta de la agitación que le poseía; el grato descanso de unos momentos atrás se había evaporado. Esta agitación le sorprendió por irracional; en pocos minutos fue consciente de lo absurda que era. La había perjudicado, sí; pero mientras se hallaba ahí, sentada e inmersa en una novela francesa. —Bernard pudo ver el libro—, no parecía denotarlo mucho. No parecía que hubiese afectado su aspecto. Miss Vivian seguía siendo una mujer hermosa. Bernard esperó que no mirara hacia él y le reconociera. Deseaba contemplarla a su gusto, pensar en ella, encajarla en su mente. La idea de volver a ver a Angela Vivian le había asaltado a menudo. Realmente puedo decir que la joven era una presencia familiar en su mente; pero encontrarse ahora con ella era, sin embargo, un incidente de una intensidad para la que se sentía desarmado. A menudo se había preguntado qué le iba a poder decir cuando la viera, cómo se iba a comportar y cómo la encontraría. Pero fuera cual fuese la ingenuidad con que en ese momento pudiera haber respondido a esas cuestiones, su inteligencia presente se sintió abrumada. Ella era una mujer bella a la que había agraviado; esta era la imagen final que, tras una buena dosis de variaciones y dudas, había quedado, en sus recuerdos, concretada de la joven. El mal ocasionado había sido, sin duda, un bien desde determinados puntos de vista; pero desde el de la chica solo podía ser una injuria producida por un inteligente joven en alguien que se había comportado afablemente con él, lo que obligadamente otorgaba un toque de vileza al asunto.

En todo daño sufrido por una mujer por obra de un hombre hay, inevitablemente, en lo que concierne al hombre, un elemento de cobardía. Y cuando digo «inevitablemente» quiero decir lo que la mujer suele advertir. Eso era lo que Bernard creía que Angela Vivian pensaba de la circunstancia de que, al dar a su amigo una opinión negativa de ella, le había impedido llevar a cabo un suculento matrimonio. Al principio había pensado que, de no haber expresado su opinión, ella hubiera perdido igualmente esa oportunidad; pero con el tiempo, sin embargo, tal reflexión había perdido peso: concedía escasa seguridad a su irritada conciencia, se había vuelto imponderable e

impertinente. En el momento en cuestión no se lo planteaba ni siquiera formulariamente; y mientras permanecía sentado, contemplando esa criatura superior que regresaba de un episodio de su pasado, pensó que simplemente se trataba de una desvalida mujer hacia la que había sido desconsiderado. No era agradable para alguien tan sensible como Bernard asumir tal accidente, pero sin embargo sintió que era lo que debía hacer. Sería de lo más natural que se manifestase agraviada; si había desarrollado algún resentimiento contra él debía concederle ese alivio. Pensaba que había obrado como debía, aunque fuera desfavorable a Miss Vivian. La había perjudicado. Las circunstancias no importaban, y ya que no podía arreglar nada lo mejor que podía hacer era apartarse de su camino. Ella se acababa de cruzar en el suyo y el siguiente paso debía ser alejarse. Si a la joven no le iba a producir placer verle de nuevo, a él tampoco le haría bien verla a ella. La encontraba muy entera, al menos a primera vista no parecía encontrarse afligida; pero el deseo de que no llegara a verle se le agudizó. Fue singular que tal deseo no le llevara a darle de inmediato la espalda y alejarse, pero la explicación de esta imprudente postergación fue que deseaba contemplar unos instantes más a Angela Vivian. Se veía incapaz de decidirse. Las palabras ingeniosas que pudiera haberle dicho se desvanecieron. Lo mejor que podía hacer era marchar y ahorrarle a la joven la molestia de una artificiosa cortesía que la dejaría indiferente. Y sin embargo continuó sentado ahí, inmóvil, fascinado, gracias a que le permitía observarla tanto rato. Angela giró una página, y otra, aún concentrada en la lectura. Bernard se hallaba tan cerca de ella que podía haberle tocado el vestido con la punta de su sombrilla. Finalmente la joven alzó los ojos y los posó un rato en el azul horizonte, sin moverlos una pizca. Lo cual aumentaba el peligro de que lo hiciera de pronto y Bernard, mediante un gran esfuerzo, se puso en pie. El esfuerzo, sin embargo, impidió que el movimiento fuera lo ágil o rápido que hubiera querido y llamó enseguida la atención de su vecina. Esta volvió la cabeza y le miró, una mirada que, evidentemente, solo aspiraba a una observación fugaz. La mirada se detuvo en Bernard se iba ya a apartar cuando, de pronto, se detuvo: le había reconocido. Se le quedó mirando fijamente, sin que le diera la sombra del parasol. Bernard se quedó inmóvil bajo el efecto de esa mirada. Cuánto rato estuvo no es necesario decirlo; fue quizá cuestión de pocos segundos, aunque a Bernard se le antojó una eternidad. Al recibir la mirada, él se la devolvió; al verse sorprendido no pudo hacer otra cosa. Ese breve y a la vez eterno instante, llegó sin embargo a su fin. Miss Vivian volvió a poner los ojos en el libro; al poco rato los apartó, se levantó lentamente de la silla y se alejó de Bernard, quien se la quedó mirando de modo estúpido, confuso y perplejo, o así se lo pareció: no había tenido lugar el menor signo de reconocimiento. Angela Vivian vaciló un instante mientras se hallaba de espaldas a él, y Bernard imaginó que la esbelta y ágil muchacha se sentía indecisa. Ella miró a lo largo de la soleada playa que extendía su curva hasta

donde la bahía terminaba y empezaba el muro de peñascos blancos. Miró hacia el mar y luego hacia el pequeño casino colgado sobre un bajo malecón que se comunicaba con la playa por dos o tres puntos mediante un corto tramo de escaleras. Bernard imaginó —o creyó imaginar— que la muchacha se debía preguntar si había hecho bien evitándole. No se había puesto colorado cuando ella le había mirado; por el contrario, había palidecido un poco; pero ahora se ruborizó, porque se sintió mal por haber literalmente empujado a la chica hacia la bahía. Miss Vivian decidió refugiarse en el casino, por lo que recorrió uno de los pequeños senderos cubiertos de tablones que atravesaban la playa y se dirigió hacia el primer tramo de escaleras. Pero antes de que hubiera dado dos pasos los sentimientos de Bernard se habían alterado por completo: su único deseo ahora era hablar con ella, decirle que se marchaba. A poca distancia detrás de él había unos escalones; los subió rápidamente y accedió a la pequeña terraza del casino. Miss Vivian estaba ahí: parecía vacilar sobre el camino a seguir. Bernard fue directamente hacia ella, con una galante sonrisa y un saludo. La comparación puede ser tosca, pero sintió que tomaba el toro por los cuernos. Angela le miró mientras venía.

—No me ha reconocido —dijo él—, y al no reconocerme he vacilado.

Durante unos momentos no dijo nada, hasta que al fin:

—Es usted más tímido que antes —respondió ella.

Ignoraba qué expresión iba a encontrar en su rostro; su aprehensión quizá no le hacía esperar una expresión moleestamente apagada y altiva o agresivamente fría y dura, pero encontró algo distinto a lo que esperaba. Miss Vivian, simplemente, se había ruborizado, eso fue lo primero que Bernard observó. Y vio que su sorpresa era extrema, completa. El rubor lo confirmaba: contradecía la idea que se viese presa de un impaciente resentimiento, por lo que Bernard se alegró de que se prolongara.

—Sí, soy más tímido de lo que acostumbraba —dijo.

A pesar del rubor, continuó mirándole a los ojos; pero ella siempre hacía eso, siempre miraba directamente a los ojos; y Bernard encontró al instante toda la belleza que antes veía en su limpio y directo modo de mirar.

—No sé si soy más audaz que usted —dijo ella—, pero le diré que le he reconocido al instante.

—Pues no ha dado usted señal de ello.

—Creí haberla dado, y de manera llamativa al levantarme y marchar.

—Ah —dijo Bernard—, como he dicho, soy más tímido que antes y no me atreví a interpretarlo como signo de que me reconocía.

—Era un signo de sorpresa.

—¡Y no de placer! —dijo Bernard.

Pensó que era una observación un tanto atrevida y, en cuanto a buen gusto, quizá reprensible; pero la hizo porque ahora sentía que pisaba firme y le pareció mejor declararla con seriedad que con asumida jocosidad.

—Las grandes sorpresas nunca me producen gran placer —respondió Angela—. No me gustan los sobresaltos de ningún tipo. El placer obedece a otras cosas. Todavía no me he recuperado de la sorpresa.

—Si hubiera sabido que estaba usted aquí le habría escrito previamente —dijo Bernard riendo.

Miss Vivian, bajo su parasol extendido, encogió levemente los hombros.

—Incluso eso hubiese supuesto una sorpresa.

—Una impactante sorpresa, ¿eh? ¿Acaso suponía que había muerto?

Finalmente ella bajó los ojos; y su rubor fue desapareciendo poco a poco.

—No sabía nada de usted.

—Claro que no lo sabía y todos somos mortales... Era natural que no esperase encontrarme en la playa de Blanquais-les-Galets, al simplemente volver la cabeza. También a mí me ha producido una gran sorpresa verla. Pero difiero de usted: me encantan las sorpresas.

—Es bastante agradable oír que una provoca sorpresa —dijo la chica.

—Y más cuando una se sabe admirada —exclamó Bernard.

—No he dicho eso; tales sensaciones son efímeras. Yo me estoy, ya, recobrando de la mía.

El ligero tono burlón con que dijo esto sorprendió a Bernard con el eco de algo olvidado. La miró un momento y le dijo:

—No ha cambiado usted; es exactamente la misma.

—Pues lo lamento —y se alejó.

—¿Qué hace usted? ¿Adónde va? —le preguntó.

Ella miró en torno suyo, de una punta a la otra de la terraza, sin contestar. El casino de Blanquais era un lugar de reunión mucho más modesto que el Centro Social de Baden-Baden. Era una pequeña y baja construcción de madera pintada de color claro, de solo tres o cuatro salas y provista, a lo largo de su parte delantera, de una estrecha galería cubierta que ofrecía un engañoso refugio contra los rudos modales del mal tiempo. El aspecto tosco y avejentado —la suscripción para la temporada era barata— se veía en parte redimido por cierta sencilla rusticidad pintoresca. Su pequeña terraza era un

lugar de lo más conveniente para dar un paseo, y las amplias vistas del océano y los peñascos de blancura marmórea que formaban la ancha puerta de la escasamente profunda bahía, eran suficiente compensación a la carencia de lujo. Había unas pocas personas sentadas en la galería y otras tantas esparcidas por la terraza: los amantes de los goces de Blanquais se hallaban en su mayor parte dentro del agua o diseminados por los prados de hierba.

—Estoy buscando a mi madre —dijo Angela Vivian.

—Espero que se encuentre bien.

—Muy bien, muchas gracias.

—¿La puedo ayudar a buscarla? —preguntó Bernard.

Ella detuvo su mirada ante tal requerimiento y por un instante posó los ojos sobre su compañero.

—No está ahí —dijo ella al poco—. Se habrá ido a casa.

—¿A qué le llama casa? —preguntó Bernard.

—La clase de lugar que solemos llamar casa, una pequeña y sencilla vivienda que hemos alquilado por un mes.

—¿Me permite que vaya a verla con usted?

—No hay nada que ver.

Bernard vaciló un instante.

—¿Es esto un rechazo a que la vea?

—No creo haber usado esa llamativa palabra.

—Lo que sí resulta llamativo, y en grado sumo, es que me prohíba la entrada en su casa. ¡En absoluto! —dijo Bernard con una risa forzada.

Era difícil de saber qué pensaba la chica; pero enseguida dijo:

—Nos encantará recibirle. Pero ahora he de marchar.

—¿Puedo acompañarla por el camino, al menos? —sugirió Bernard.

—No vale la pena: la vivienda está solo a tres minutos.

Y Angela se alejó lentamente en dirección a la puerta del casino.

XX

Bernard anduvo a su lado. Durante unos momentos no se dijeron nada.

Como el silencio continuaba y Bernard era bien consciente, le empezó a disgustar que Angela no se refiriese a ciertas cosas, que no le pareciera interesar por saber cuándo había llegado, cuánto tiempo iba a permanecer, qué le había ocurrido desde la última vez que se habían visto. Bernard deseaba saber si era algo intencionado o meramente accidental. Lamentaba el escaso interés que manifestaba por él, aunque se daba cuenta de que era un sentimiento ridículo. Había ido a ella con la intención de comunicarle que se marchaba y resultaba que al cabo de cinco minutos le pedía permiso para ir a su casa. Este súbito cambio de intenciones era grotesco y Bernard lo sabía. Y sin embargo tenía una inmensa esperanza en que, si le concedía tiempo, la joven manifestaría alguna curiosidad por su situación. Trató de darle ese tiempo, refrenó su lengua: pero ella seguía sin decir nada. Recorrieron una especie de sendero serpenteante bordeado por dos o tres casas de pescadores con viejas redes pardas colgando de las paredes y secándose al sol y, frente a ellas, al otro lado del camino, un tramo de hierba tiznada de sal en donde pacía un tranquilo asno.

—¡Hacia tanto tiempo que no nos veíamos y tenemos tantas cosas que decirnos! —exclamó finalmente Bernard, que acompañó esta declaración con una risa mucho más espontánea que la de hacía unos instantes.

Bernard se sintió satisfecho al observar que su compañera no parecía dispuesta a burlarse de la idea de que tuvieran tanto que decirse.

—Sí, hace mucho que pasamos esas agradables semanas en Baden —dijo ella—. ¿Ha vuelto a ir?

Aunque era una pregunta muy simple, a Bernard le encantó.

—¡No volvería por nada en el mundo! —dijo—. ¿Y usted?

—¿Volver a Baden? Por supuesto que lo haría. Es un lugar muy agradable.

Bernard no quedó satisfecho con esto: había aguardado alguna traza de resentimiento y el no encontrarla le decepcionaba. Pero llegaron ya a la pequeña casa de la que su compañera le había hablado, y, realmente, no parecía estar tan mal. Es decir, se trataba de una de esas diminutas estructuras que en los lugares costeros franceses se conocen como «chalets», viviendas con un mínimo de muebles que se alquilan por temporadas a familias que gustan de economizar. La casa era de las más humildes en su estilo aunque sin duda no era morada inadecuada para dos tranquilas y frugales mujeres. Tenía unos palmos de jardín y había macetas con flores en las ventanas, que se hallaban abiertas y cuyas cortinas nuevas y blancas se agitaban por la brisa del vecino océano. La pequeña puerta de entrada se encontraba abierta de par en par.

—Aquí es donde vivimos —dijo Angela, deteniéndose y poniendo las

manos sobre la pequeña puerta del jardín.

—Me agrada —dijo Bernard—. Mejor que la de Baden, sobre la pastelería.

Ambos permanecieron ante la puerta del jardín y ella miró hacia los geranios. No le pidió que entrara y mantenía la puerta cerrada, pero tampoco hizo ningún movimiento para que se fuera. El casino no se veía desde ahí y el silencio era absoluto. De pronto, poniendo los ojos en Bernard con cierta extraña inconsecuencia, dijo:

—No le había visto antes por aquí.

Él soltó una leve risa.

—Supongo que es porque he llegado esta misma mañana. Si hubiera venido antes usted seguramente me hubiese visto.

—¿Ha llegado esta mañana?

—Hace tres o cuatro horas, de modo que si la afirmación no le parece de mal gusto, se podría decir que no hemos perdido el tiempo.

—Puede usted decir lo que guste —dijo Angela simplemente—. ¿De dónde viene?

La pregunta le pareció a Bernard sumamente satisfactoria y se alegró de notar un elemento inesperado en su respuesta:

—De California.

—¿Ha venido directamente de California a este lugar?

—Llegué a Le Havre ayer mismo.

—¿Y por qué ha venido aquí?

—Sería muy grato para mí poder contestarle: «Porque sabía que usted estaba aquí». Pero por desgracia no lo sabía. Ha sido pura casualidad, o, mejor dicho, siento como si hubiera sido una inspiración.

Angela contempló de nuevo los geranios.

—Ha sido algo muy singular —dijo ella—. Hemos estado en tantos lugares aparte de este, y usted habrá estado en tantos otros sitios...

—Más singular es el hecho de que la última persona a quien he visto en América ha sido su encantadora amiga Blanche, que se ha casado con Gordon Wright. Ella no me dijo que usted estaba aquí.

—No tenía por qué saberlo —dijo la chica—. Yo no soy amiga suya como lo es usted de su marido.

—No supuse hubiese esa amistad. Tan solo que tuviese noticias de usted.

—Ella no sabe nada de nosotras. Mi madre le escribió alguna vez al poco de marcharse de Europa, pero pronto dejó de hacerlo. —Se detuvo un instante y luego continuó—: ¡Blanche es tan tonta!

Bernard escuchó esto y se preguntó si encajaba con su idea del posible resentimiento en su compañera. Por supuesto que Blanche era tonta, pero tal afirmación en Angela se veía condicionada por el hecho de que se hubiese casado con un hombre rico con el que ella misma hubiera podido casarse.

—Gordon no piensa eso —dijo Bernard.

Angela le miró un instante.

—Me agrada mucho oír eso —replicó con gentileza.

—Sí, mi amigo es un hombre muy afortunado.

—¿Se encuentra bien, Gordon? —preguntó la chica—. ¿Es feliz?

—Así parece.

—Me alegra saberlo —repitió, y luego asió el picaporte de la puerta y entró.

En ese mismo instante la madre apareció en la puerta de la casa. Mrs. Vivian se debió sentir atraída por el sonido de la conversación de su hija con otra voz que no reconocía. Al ver a Bernard dio un pequeño grito de sorpresa y se le quedó mirando.

Desde que se dispersara el pequeño grupo de Baden, Bernard no había pensado mucho en esa voluntariosa mujer tan ansiosa de encontrar un buen partido para su hija; pero en su mente existía la tácita asunción de que, si Angela sospechaba que él le había hecho una mala jugada, la consideración de Mrs. Vivian sobre su conducta no iba a ser más generosa. Bernard pensó que debía tenerle por alguien muy desabrido y que si la bien regulada conciencia de la buena mujer le permitía ejercitar pasiones no prácticas, seguro que le honraría con un supino odio. Los instantes en que Mrs. Vivian le miró desde el umbral, tal convicción se intensificó en su conciencia y llegó a pensar que quizá esta vez su hora había llegado.

—Es Mr. Longueville, a quien conocimos en Baden —le dijo, muy seria, Angela a su madre.

Mrs. Vivian empezó a sonreír y vino rápidamente hacia la puerta del jardín.

—Ah, Mr. Longueville —murmuró—, hacía tanto tiempo y es tan grato y tan extraño...

De pronto se detuvo todavía sonriente, pero ahora su sonrisa era

extrañamente intensa. La mujer temblaba un poco y Bernard, que se preparaba para recibir un chirriante sarcasmo, percibió con profunda y casi violenta sorpresa, una emotiva agitación, una ávida cordialidad por parte de la mujer.

—Sí, hace mucho tiempo —dijo—. Es muy agradable. Acabo de llegar y me he tropezado con Miss Vivian.

—¿No va a entrar en casa? —preguntó muy amablemente la madre de Angela.

—¡Su hija no me lo ha pedido! —dijo Bernard.

—¡Ah, querida! —murmuró Mrs. Vivian, mirando a su hija.

Angela devolvió la mirada a su madre, y entonces esta se volvió a detener y simplemente sonrió a Bernard, que reconoció en la mirada la rara y leve insinuación —tímida y cauta pero perfectamente distinguible— de que aspiraba a un entendimiento íntimo con la mejor parte de él, algo que nuestro héroe había percibido en más de una ocasión en Baden-Baden.

—No, ella no me lo ha pedido —repitió Bernard, riendo con gentileza.

En ese momento Angela posó los ojos sobre él con una expresión en extremo grata y que tuvo el mérito de ser fácilmente interpretable, pues venía decir: «Por favor, no insista, déjeme sola», y no con aspereza, sino a modo de muy gentil súplica. Bernard lo entendió tan bien que se ruborizó.

—¿Irá usted al casino al anochecer como solía hacer con el Kursaal? —preguntó la chica.

Mrs. Vivian miró de nuevo a su hija, que había pasado al interior del jardín; luego dijo:

—Acudiremos esta tarde.

—Las buscaré con avidez —continuó Bernard—. ¡Auf Wiedersehen, como solíamos decir en Baden!

Mrs. Vivian agitó la mano como respuesta y su hija dirigió a Bernard una última mirada. Luego, nuestro protagonista se alejó en dirección a su hotel.

Bernard aguardó a que anocheciera con gran impaciencia; imaginaba haber hecho un descubrimiento y deseaba confirmarlo. El descubrimiento era que su idea de que Angela estaba enfadada, de que tenía conciencia del agravio del que él se sentía culpable, había sido una mórbida ilusión. Ella había perdonado, había olvidado, no le importaba en absoluto, ¡posiblemente nunca le había importado! Esta era, al menos, su teoría y quería volcar un poco más de luz sobre ella. El antiguo sentimiento de que ella era un ser complejo e intrincado se había, en ese cuarto de hora de charla, intensificado, de modo que no estaba absolutamente seguro de que sus aprehensiones hubieran sido

vanas. Pero con su rápida visión de las cosas, tenía ahora, de algún modo, la impresión de que ella no le guardaba un vulgar resentimiento por el agravio que pudiera haberle hecho. El sentimiento de la chica sobre el asunto sería amplio y original. Bernard ansió saber más de y, de hecho, ese atardecer, le pareció que lo iba a conseguir.

La terraza del casino se hallaba lejos del brillante espectáculo que solía ofrecer en Baden el paseo frente a las salas de juegos. No había aquí ni la profusa iluminación, ni los distinguidos parroquianos ni la excelente música que constituían la atracción del celebrado lugar; pero sí había una modesta animación muy peculiar en que el vago resplandor de las estrellas sobre el ancho mar sustituía a las arracimadas lámparas, y la resonancia de las olas obraba de música de fondo. Mrs. Vivian apareció con su hija y Bernard, como acostumbraba hacer en Baden, buscó un rincón y acercó varias sillas. No había mucha gente, pues la mayoría de visitantes se concentraban en una de las salas, en donde una opereta chillona era interpretada por una compañía ambulante. La visita de Mrs. Vivian fue muy corta; estuvo en el casino menos de media hora. Pero Bernard pudo conversar un poco con Angela. Tomó asiento junto a ella. Su madre estaba en el otro lado, charlando con una señora mayor francesa que había conocido en la playa. Bernard y Angela se pudieron decir algunas cosas. Cuando sus dos amigas decidieron marchar, Bernard las acompañó hasta la puerta del chalet, en donde se despidieron, dirigiéndose él de nuevo lentamente al casino. La terraza estaba en ese momento casi vacía; todos estaban escuchando la opereta, oyéndose las leves vibraciones del sonido de las alegres melodías a través de las ventanas abiertas. Justo debajo, el océano rugía con su ruda pero rica música. Bernard se lo quedó mirando unos instantes; luego bajó por los escalones hasta la playa. La marea estaba baja, así que pudo caminar lentamente a lo largo de la línea en que rompen las olas. El mar aparecía en toda su inmensidad, oscuro y simple; todo era vago en la desasistida negrura. Bernard permaneció en el lugar algún tiempo: nada había excepto ruido y olor fresco y áspero. De pronto se puso la mano sobre el corazón, que empezó a latir muy fuerte: una intensa convicción le había asaltado —abruptamente, en ese instante y lugar— y por un momento retuvo el aliento. Fue como una palabra pronunciada en la oscuridad y contuvo la respiración para escucharla. ¡Estaba enamorado de Angela Vivian! ¡Y ese amor era una pasión absorbente! Se sentó sobre los guijarros, poseído por una suerte de pavor.

XXI

Se sintió presa de una especie de pavor, poseído por un sentimiento en

absoluto agradable, un sentimiento al que ni tan solo él, con su fácil capacidad para extraer los sabores de las sensaciones, pudo habituarse enseguida, por lo que, el resto de esa noche, estuvo lejos de ser todo lo feliz que, tras tomar conciencia de su amor, se supone debe todo enamorado. Era incorrecto, deshonesto, imposible, pero era. Sí: era algo nunca acaecido en su experiencia personal. Era como si hasta ahora hubiese vivido en una fantasía, como si hubiese sido un eco, una sombra, un fútil empeño. Esto, en cambio, era la vida misma, un hecho, una realidad. Por estas cosas uno vive, por estas los hombres mueren. El amor había sido hasta entonces una ficción, una hermosa ficción, y, la pasión, algo meramente literario, aunque sin duda de considerable efecto. Pero ahora se hallaba en relación personal con esas ideas familiares, lo cual las dotaba de mucha mayor importancia. En la oscuridad, notó una mano sobre su hombro, y por la presión supo que era la mano del destino. Lo que más le impactó de esa sensación fue el elemento que llevaba adherido: el hecho que no viniera sola sino acompañada de una sombra de ayuda con la cual se mezclaba y perdía. Era un fruto prohibido, lo supo en el instante en que lo había tocado. Se había comprometido consigo mismo a no hacer lo que ante él brillaba tan maravillosamente, a no agrandar la grieta, a no abrir la puerta que le podía inundar de luz. Amistad y honor estaban en juego: las tenía en su mano izquierda, mientras que su recién nacida pasión la tenía en la derecha, ambas reclamándole, sujetándole de modo intensamente doloroso. El alma es un órgano aún más delicado que el cuerpo y se encoge ante la perspectiva de ser víctima de violencia. La violencia —la violencia espiritual— era lo que nuestro fastuoso héroe temía; y no es mucho decir que mientras permanecía allí, junto al mar, avanzada la noche, mientras el ruido de las olas se acrecentaba en su oído, la perspectiva se había tornado elemento de genuino terror. Las dos facetas de la situación aparecían enfrentadas en rígida y brutal oposición y Bernard retuvo el aliento unos instantes preguntándose qué podía surgir de eso. Permaneció sentado largo rato en la playa. El frío nocturno aumentaba pero él no lo percibía. Luego abandonó el lugar, pasó de nuevo ante el casino y atravesó la población. El casino se hallaba envuelto en la oscuridad y el silencio y nada se percibía en las calles del pequeño pueblo excepto el olor salino del mar, un vago aroma a pescado y el ruido distante de las olas al romper. Poco a poco Bernard fue recobrándose de la sorpresa, sintiendo que le era posible razonar sobre el problema. Porque era un problema, aunque denominarlo así pareciese una extraña forma de nombrar la conciencia de un deslumbrante encantamiento; y la primera cosa que, una vez consultada la razón, esta le confirmó fue que se hallaba enamorado de Angela Vivian desde hacía tres años. Esa sabia facultad le dio aún más información, aunque solo será preciso mencionar dos o tres cosas. ¡Había sido muy estúpido —un estúpido fenomenal— por no haber descubierto mucho antes lo que le sucedía! El sentimiento que Bernard tenía de su propia perspicacia —siempre

agudo— nunca había recibido un golpe parecido a la actual percepción de que muchas cosas importantes se habían producido en su ingeniosa mente sin que esta lo sospechara. Pero importaba poco —le indicó su razón— lo que hubiera podido sospechar o no: su urgencia más inmediata era abandonar Blanquais-les-Galets en cuanto amaneciera y no volver a poner jamás los ojos sobre Angela Vivian. Ese era su deber, que tenía el mérito de ser sencillo y definitivo, fácilmente comprensible y autosuficiente y, según le parecía, factible con un mínimo de dificultades materiales. Y no solo eso —le siguió apuntando su razón—: las dificultades morales eran igualmente poco considerables. Nunca había expresado la menor palabra de amor a Angela Vivian; antes bien lo contrario: nunca se había comprometido en darle la menor pista por la que ella pudiese sospechar la escondida llama que ardía en sus adentros. Era bien libre, por tanto, de darle la espalda sin incurrir en el reproche de haber jugado con sus emociones. Bernard se sintió en ese feliz estado mental por el que se veía libre de la aflicción de haber de elegir: ante él tenía un camino recto que solo tenía que seguir. Y sobre ese directo camino fijó sus ojos con avidez; por supuesto que marcharía a la mañana siguiente, lo más temprano posible. En el cielo del este se distinguía una raya de luz matutina y, cuando llamó al hotel, le abrió una misteriosa mujer de cierta edad, en albornoz y gorro de noche, cuya identidad desconocía. Nada más llegó a la habitación se metió en la cama —tan cansado estaba— con la intención firme de marchar.

Al despertar por la mañana, bastante tarde, advirtió sin embargo que su atención se encontraba en algo muy diferente, que parecía imbuido de una claridad que parecía impregnar la suave atmósfera matutina y vibrar en la suave y fresca brisa que, procedente del mar, entraba por la ventana abierta. Veía un gran pedazo de mar entre un par de techumbres de tejas rojas. Era un mar azul como nunca lo había visto antes. No había dormido mucho, solo tres o cuatro horas, pero se sentía liberado de su angustia. La sombra había desaparecido y solo quedaba la belleza de su amor, que parecía brillar en la frescura del incipiente día. Se sentía absurdamente feliz, como si hubiera descubierto El Dorado. Dejando aparte las consecuencias —no pensaba en ello: por supuesto era otro asunto—, el sentimiento era, intrínsecamente, el más precioso que nunca había experimentado y, como mero sentimiento, no lo tenía aún del todo asumido. Ponerse a considerar las consecuencias del hecho era algo que podía diferirse y, mientras, no haría daño a nadie si extraía, con mucha calma, una pizca de goce subjetivo del estado de su corazón. Podía dejar, durante un día, que se abriesen las flores antes de arrancarlas de raíz. Sobre esto último se hallaba del todo decidido y en vistas a tan heroica resolución el interludio subjetivo aparecía como un privilegio merecido. El proyecto de abandonar Blanquais-les-Galets a las nueve de la mañana se fue esfumando de su mente sin el menor fragor y otra idea más interesante ocupó

su lugar: la de efectuar un largo paseo que le ocupase todo el día. Bernard tomó, pues, su bastón y marchó. Ascendiendo hasta la cúspide del primer peñasco, llegó a los prados. No parecía haber obstáculo alguno para que fuese lo lejos que se le antojase. El verano se hallaba en un momento dulce y el cálido y tranquilo día —era domingo— parecía constituir una honda y silenciosa sonrisa impresa en el rostro de la naturaleza. El mar relucía a un lado y los cultivos maduraban en el otro; las alondras, perdiéndose en la densa luminosidad, daban vueltas por lugares imposibles de divisar: era lo único que Bernard podía oír, aparte del murmullo de las olas al romper en la base del peñasco al hacer de vez en cuando un alto en el camino. Caminó muchas millas y pasó ante media docena de rústicas aldeas de pescadores alojadas en los entrantes de los peñascos, muchas de las cuales, a lo largo de la costa normanda, desde hacía unos años, disponían de un par de hoteles y de una fila de casetas de baño. Se alejó tanto que las sombras habían empezado a extenderse antes de que pensara parar: la tarde había transcurrido y empezaba a oscurecer. Los herbosos prados que todavía se extendían ante él, se ensombrecían aquí y allá con hondonadas poco profundas resguardadas del viento. Buscó, entonces, un lugar adecuado y se acostó sobre la hierba. Ahí permaneció largo rato meditando sobre muchas cosas. Había determinado entregarse a un día de felicidad; una felicidad de tipo muy inofensivo fruto de la satisfacción de pensar, de la bendición de la mera conciencia; pero la que ahora sentía no le rehuía ni se volvía amarga en su corazón, y el largo día veraniego se fue cerrando sin que su espíritu, tras dar continuas vueltas, supiese qué hacer para dar descanso a sus alas. Cuando de nuevo se puso en pie ya era demasiado tarde para regresar a Blanquais por el mismo camino por el que había venido; anocheceía, la luminosidad menguaba y desandar en la oscuridad el camino emprendido, incluso de no encontrarse tan cansado, hubiera sido imprudente. Encaminó, pues, sus pasos hacia el pueblo más cercano y allí alquiló una rústica carriola con la que recorrió el camino principal, llegado, lentamente y a trompicones, de nuevo al hotel. No fue hasta la una de la madrugada que pudo entrar en su alojamiento, metiéndose de cabeza en la cama.

Seguía resuelto a abandonar Blanquais temprano por la mañana. Pero cuando llegó la hora se le ocurrió que sería sencillamente grotesco abandonar el lugar sin despedirse de Mrs. Vivian y su hija y darles alguna explicación de su marcha. Les había dado a entender que se hallaba tan contento de haberlas encontrado en la población que iba a quedarse mientras ellas residiesen allí. A las dos mujeres les habría, sin duda, parecido poco civilizado que hubiese transcurrido el soleado domingo sin tenerlas aparentemente en cuenta, y si bien el infausto hecho de haberse enamorado podía haber sido suficiente razón, no era, en cambio, para que se comportara desconsideradamente. Aún no había llegado a eso: a aceptar la descortesía como un incidente de la virtud;

siempre había mantenido la teoría de que la virtud tenía las mejores maneras del mundo y siempre se enorgullecía de salvaguardar su integridad sin por ello sentirse ridículo. Así que, cuando le pareció una hora adecuada de la mañana, regresó al pequeño sendero en que dos días antes Angela Vivian le había mostrado el camino a la puerta de su hogar; una vez ante este, llamó al humilde portal. Las ventanas del chalet estaban abiertas y las blancas cortinas tras las macetas con flores ondeaban como la otra vez. Abrió la puerta una pulcra joven que le informó enseguida que Madame y Mademoiselle habían abandonado Blanquais un par de horas antes. Se habían ido a París, sí, muy de repente, llevándose únicamente lo esencial y dejando lo restante a ella —que tenía el honor de ser la femme de chambre de las damas— para que lo preparase y se lo llevase lo más pronto posible. A la sorpresa que manifestó Bernard, quien le dijo que suponía que iban a permanecer junto al mar el resto del verano, la femme de chambre, que parecía bastante inteligente, le contestó que recordara que el verano tocaba a su fin y que Madame había alquilado el chalet por cinco semanas: solo faltaban diez días para que el término expirase y, ces dames, quizá el señor lo sabía, eran muy viajeras, habían recorrido medio mundo y no les importaba marchar tan solo una hora después de anunciarlo; en suma, que Madame quizá pudiera haber recibido un telegrama reclamándola en otra parte del país.

—¿Y adónde han ido las señoras? —preguntó Bernard.

—De momento a París.

—Pero ¿dónde, en París?

—Chez ells, a su casa —dijo la femme de chambre, que pareció recelar de las muchas preguntas de Bernard.

Pero éste persistió.

—¿Dónde viven?

La mujer le miró de la cabeza a los pies.

—Si Monsieur quiere escribirles, muchas de las cartas de madame las recibe su banquero —dijo enigmáticamente.

—¿Y quién es su banquero?

—Vive en la rue de Provence.

—Muy bien. Daré con él —dijo nuestro héroe alejándose.

El exigente lector que haya tenido a bien seguir hasta aquí esta narración quizá exclame en este instante con disculpable muestra de sagacidad: «¡Por supuesto al día siguiente fue a la calle de Provence!». Se podría haber supuesto, pero la verdad es que Bernard no hizo nada parecido. Lo que hizo

fue una de las cosas más singulares de su vida, algo que le confundió incluso en ese mismo momento y respecto a lo cual se preguntó, a menudo, más tarde, cómo había tenido la habilidad de perpetrar hecho tan remarcable: y fue que, simplemente, permaneció quince días de más en Blanquais-les-Galets. No habló con nadie, no hizo amistades, se encerró en él mismo. Y se puede añadir que nunca antes se había encontrado tan bien consigo mismo. Se sintió un tipo razonable y sensible, que miraba las cosas de un modo que le refrenaba —le refrenaba con éxito, esa era la cuestión— su impulso a implicarse, de algún modo, en la práctica, con Angela Vivian. Decir que iría a ver al banquero de la rue de Provence había sido solo para que lo oyera la femme de chambre, a quien creyó impertinente: realmente no tenía ninguna intención de llevarlo a cabo. Esos quince días hizo largas caminatas, paseó por la playa, alrededor de los peñascos y por entre las grutas marinas, y meditó mucho sobre ciertos incidentes abordados anteriormente en este relato. Se había prohibido pensar en el futuro y sin embargo vio necesario que su imaginación hallase refugio entre los cálidos y familiares episodios del pasado. Se preguntaba por qué Mrs. Vivian habría abandonado la plaza tan precipitadamente y por supuesto le sorprendía la analogía entre este incidente y la abrupta marcha de Baden. Le irritaba, le turbaba, pero, sin embargo, no volvía a encender en él la alarma que sintiera la primera vez que vio a la injuriada Angela en la playa. Tal alarma había sido sofocada por la actitud de Angela durante la hora siguiente y en la breve charla del atardecer. Un atardecer que resultaría para siempre memorable porque le había brindado la revelación que, en algunos momentos, todavía le hacía temblar; pero también le había aportado la seguridad de que a Angela le importaba bien poco lo que un ocasional conocido pudiese decir de ella. Fue de lo más singular, sin embargo, que un atardecer, tras esos quince días en Blanquais, una cadena de pensamientos adoptase de pronto forma en su mente. No fue producto de ninguna incidencia externa sino de un azaroso chisporroteo de la fantasía y la memoria, y su efecto inmediato fue que nuestro héroe se vio sorprendido como en el atardecer antes referido. Las circunstancias eran las mismas: había estado deambulando a solas por la playa hasta muy tarde y se hallaba mirando el mar oscuro y ondulante. De pronto, la misma voz que había hablado la otra vez murmuró una frase en la oscuridad que permaneció en su oído el resto de la noche. Al principio le sorprendió, como he dicho, pero a la mañana siguiente le empujó a partir hacia París, y durante todo el viaje permaneciendo en su oído. Se encontraba sentado en un rincón del tren con los ojos cerrados, abstraído, queriendo prolongar la reverberación de esa voz. Sí: si no era verdad, al menos, como dicen los italianos, era ben trovato, y era maravilloso pensar en ello. Referirlo aquí, en cambio, ya no lo es tanto, pero al menos puedo dar un indicio. La teoría de que Angela le odiaba se había esfumado tras el reencuentro, y, ahora, otra bien diferente había ocupado su lugar. Debido a ella encajaban gran parte de los

hechos, se explicaban contradicciones, anomalías y misterios de modo más lógico que mediante la teoría del resentimiento, y, en fin, desvelaba por qué Miss Vivian habría empujado a su madre a abandonar el lugar casi sin previo aviso. De algún modo eso obliteró los escrúpulos de Bernard con suma efectividad y le llevó, a su llegada a París, directamente a la rue de Provence. En esa calle había más de un banco; pero Bernard sospechó enseguida de uno que podía ser el de Mrs. Vivian. Su intuición fue acertada y no tuvo dificultad en obtener la dirección requerida. Una vez obtenida, sin embargo, de ningún modo se propuso ir a ver de inmediato a la chica, sino que aguardó un par de días, sin duda a causa de esos escrúpulos vencidos. Era posible que renaciesen, pero estaban muy calmados y la verdad es que Bernard procuró que no se reavivasen.

A los tres días de su estancia en París, llamó a la puerta de Mrs. Vivian.

XXII

Le abrió la puerta la menuda ama de llaves que había conocido en Blanquais, la cual le miró con gran severidad antes de contestar a su pregunta.

—Ya ve, he encontrado el domicilio de Mrs. Vivian aunque usted no me quiso dar la dirección —le dijo Bernard sonriendo.

—Pues le ha tomado mucho tiempo, señor —contestó la joven mujer con sequedad. —Y acto seguido le hizo saber que Madame estaba en casa, aunque no así Mademoiselle.

Mrs. Vivian ocupaba un minúsculo apartamento en la parte más alta de uno de los altos inmuebles blancos que ornamentan los alrededores del Arco de Triunfo. Eran ya los primeros días de septiembre pero París todavía estaba bastante desierto. El tiempo era cálido y dulce y cierto sabor de otoño temprano armonizaba de algún modo con el aspecto melancólico de las calles vacías y las ventanas cerradas de ese honorable barrio en donde el fondo de las monumentales perspectivas parecía entelado por las vaporosas emanaciones del Sena. Se hallaba ya avanzada la tarde cuando Bernard entró en la pequeña sala de estar, con un resto de luminosidad crepuscular brillando todavía en las paredes doradas. Bernard había, hasta ahora, visto a las damas en moradas alquiladas, provisionales; pero aquí parecía que realmente habitaban, pues todo se hallaba dispuesto según sus gustos, costumbres y encanto. La pequeña sala era muy elegante; contenía muchas cosas agradables y a Bernard le pareció espléndidamente decorada. Al tratarse de un recinto de techo bajo, las anchas aunque bajas ventanas se abrían a sólidos balcones que abarcaban todo

el apartamento y que a menudo en París compensan que se haya de ascender cinco tramos de escaleras: unos balcones con muchas flores y almohadones. Bernard salió a uno de ellos mientras aguardaba a Mrs. Vivian, y puesto que esta tardó en aparecer, tuvo tiempo de comprobar las vistas de que gozaban sus dos amigas. Las cuales permitían ver el triunfal Arco desde un pintoresco ángulo pintoresco y las verdes copas de los árboles de los Campos Elíseos, además de un amplio tramo del Sena y un amago, azul en la distancia, de la gran torre de Notre Dame. Ante él, abajo, se extendía la vasta ciudad con su ordenado esplendor y su mezcla de compresión y expansión; y sin embargo, el estrépito de la ciudad llegaba amortiguado a la sala de estar de Mrs. Vivian, que le pareció a Bernard el lugar más alegre y tranquilo en que había estado nunca.

La anfitriona apareció finalmente, muy vivaz; parecía agitada; el borde de su falda tropezó con una pequeña silla dorada la cual se reflejaba, como en una pista de hielo, en el pulimentado parqué. Con una sonrisa artificial, Mrs. Vivian pareció no saber qué decir.

—El banco me dio su dirección —dijo Bernard—. Su doncella, en Blanquais, no me la quiso dar.

Mrs. Vivian le dirigió una mirada sesgada —muy habitual en ella— que pareció una súplica para que su interlocutor la disculpara.

—Las doncellas son gente extraña —murmuró—, ¡especialmente las francesas!

Bernard decidió no perdonarla de momento, aunque experimentaba una intensa cordialidad hacia ella.

—Que se marchasen ustedes de Blanquais tan repentinamente, sin dejarme ningún mensaje ni ninguna pista me hizo, al principio, pensar que no querían que las volviese a ver. Me hizo recordar el modo como abandonaron Baden hace tres años, ¿recuerda?

—Baden era un lugar encantador; pero una no se pudo quedar eternamente —dijo Mrs. Vivian.

—Yo pensaba entonces que nos lo pasábamos tan bien que sería intolerable romper el encanto, y de hecho, de no haber marchado uno de nosotros, estoy seguro que todavía nos hallaríamos todos ahí.

Mrs. Vivian se le quedó mirando todavía con su artificial sonrisa.

—Quizá hubiera hecho mal tiempo.

—Muy probablemente —dijo Bernard riendo—. La naturaleza pudiera haber tenido celos de nuestro buen humor y nuestra tranquila felicidad. Y, al fin y al cabo, aquí estamos de nuevo; quiero decir, algunos de nosotros, y solo

gracias a cierta audacia por mi parte. Porque puedo pensar que a usted no le complace del todo volver a verme. Si me encuentro ahora aquí es debido a que no me desanimo fácilmente y porque probablemente soy un tipo atrevido.

—Me agrada mucho verle de nuevo, Mr. Longueville —declaró la mujer con tono veraz.

—¿Fue idea de su hija, entonces, marchar de Blanquais?

Mrs. Vivian bajó la mirada.

—Nos vimos obligadas a ir a Fontainebleau y ya no nos fue posible regresar. Pensé en escribirle —añadió dulcemente.

—¡Qué alegría me hubieran dado!

—Quiero decir, escribirle para decirle dónde estábamos y que nos gustaría volver a verle.

—Le agradezco la intención. Supongo que su hija no le dejó.

—Angela es tan especial —se limitó a decir.

—Eso mismo me dijo la primera vez que nos vimos.

—Sí, en Siena —dijo la buena señora.

—¡Me agrada que por fin me hable de ese encuentro!

—Quizá fuese lo mejor —murmuró Mrs. Vivian, la cual se levantó, fue al ventanal, salió al balcón y miró un instante hacia la calle para luego volver a entrar a la vez que decía—: Ella regresará en unos instantes. Ha ido a ver a un amigo que vive aquí al lado. Dejemos lo de Siena, ahora —añadió con dulzura.

Bernard la entendió; entendió que se desdecía de lo dicho en Baden. «Querida mujercita —pensó—, aún quieres casar a tu hija, ¿solo que ahora la quieres casar conmigo!». Bernard deseó darle a entender que la comprendía y hasta estuvo a punto de cogerle la mano para hacer no sé qué —sostenerla, estrecharla, besarla—, cuando oyó el agudo sonido de la campanilla de la puerta del pequeño apartamento.

Mrs. Vivian experimentó un leve sobresalto.

—¡Es Angela! —exclamó, aguardando, escuchando, sonriendo a Bernard, apretando el pañuelo en los labios.

Enseguida la chica entró en la salita, pero al ver a Bernard se detuvo con la mano en el pomo de la puerta. Su madre se le acercó y la besó.

—Es Mr. Longueville, querida. Ha sabido localizarnos.

—¿Localizarnos? —repitió Angela—. ¡Qué singular expresión!

Angela Vivian se ruborizó como al reencontrarse con Bernard en Blanquais. Al joven le pareció que la chica se veía poseída por una vivacidad desconocida.

—Me he visto obligado a averiguar su paradero, ciertamente -dijo—. Me decepcioné mucho al saber que había huido de Blanquais.

—¿Huido? —repitió esta palabra como había repetido las de su madre—. Extraña forma de denominarlo.

—No importa como lo denomine —dijo Bernard— con tal que le haga entender que deseaba mucho verla de nuevo y que me preguntaba cada día si iba a tener esa suerte.

—¿Y por qué no iba usted a tenerla? —le interrumpió con una leve risa—. No somos tan inalcanzables, ¿verdad mamá? Quiero decir, pese a que haya de subir cinco tramos de escaleras para llegar a nosotras.

—Las he subido muy rápido —dijo Bernard—, y encuentro el apartamento magnífico.

—Mr. Longueville ha de venir a vernos de nuevo, ¿verdad querida? —preguntó la madre.

—Vendré a menudo —declaró Bernard.

—Será muy amable por su parte —dijo Angela apartando la mirada.

—No estoy seguro de que piense eso.

—No entiendo qué quiere decir —dijo Angela—; primero insinúa que hemos huido de usted y luego que nos disgustan las visitas.

—¡Oh, no quiero decir eso! —exclamó Bernard—. Le aseguro que no me importa lo fría que esté conmigo.

La joven fue hasta otra puerta escondida tras una cortina, que descorrió.

—Me agrada oír eso porque me da coraje para decirle que estoy un poco cansada. Le pido que me excuse.

Le miró un instante por encima del hombro y salió luego, tras correr de nuevo cortina.

Bernard quedó a solas con Mrs. Vivian, cuyos ojos le parecieron más suplicantes que nunca. En los suyos había una excitada sonrisa.

—Por favor, discúlpela —murmuró la mujer—. Es cierto, lo sé, que está cansada.

—¿Importa eso, querida amiga? —exclamó el joven—. Me encanta. Es lo que me gusta.

—Ah, ella es muy especial —dijo la mujer con un suspiro.

—Es extraña, sí. Pero creo que la comprendo un poco.

—Vuelva mañana, pues.

—Espero que haya muchos mañanas —exclamó Bernard al marchar.

XXIII

Y de hecho los hubo. Al día siguiente, a la misma hora, volvió a llamar y se encontró a madre e hija reunidas en la sala de estar. Angela estuvo muy amable y graciosa; Bernard sospechó que la madre le habría impartido una afable, breve reprimenda sobre su forma de recibirle el día antes. Cinco minutos más tarde, Mrs. Vivian cogió un recipiente con agua que se hallaba sobre la mesa y salió al balcón a regar las plantas. Bernard vio por un instante desde su asiento lo que la mujer hacía hasta que esta desapareció de su vista en el balcón; al transcurrir diez minutos sin que reapareciera, Bernard fue hasta el ventanal a buscarla. No estaba allí, así que se sentó de nuevo cerca de Angela, comunicando a ésta que su madre no se hallaba ahí, sin duda porque había vuelto a entrar en el piso por otro ventanal.

Angela permaneció silenciosa unos instantes y luego dijo:

—¿Quiere que la llame?

Era una mujer extraña, es cierto; Bernard pensó en lo que ella le había dicho el día anterior y lo entendió un poco más.

—No, no quiero —dijo él—. Deseo estar con usted a solas. Tengo algo especial que decirle.

Ella volvió el rostro hacia él y hubo algo en su expresión que le hizo ver que la estaba mirando con más seriedad que nunca. Luego se sentó de nuevo y por unos instantes vaciló sobre si continuar.

—Me asusta usted —dijo ella riendo, pero, pese a esa risa, era cierto.

—Le aseguro que el estado de mi mente en este momento no es una maravilla. Al contrario: es usted quien me asusta a mí. Soy humilde y dado a disculparme.

—Lo siento —dijo Angela—; me suelen disgustar las disculpas, incluso cuando sé a qué obedecen. Aunque, el motivo de las tuyas lo ignoro.

—¿No le disgusto? ¿No me odia? —le preguntó Bernard con vehemencia.

—No me lo pregunta con humildad. Discúlpeme si le digo que tengo otras cosas, y más prácticas, que hacer.

—Usted me desprecia —dijo Bernard.

—Eso tampoco es humilde ya que parece insistir en ello.

—Puede que sea una manera de que piense en mí, lo cual tengo razón para desear.

—Recuerdo que siempre tiene razones para todo. Y no siempre acertadas.

—Esta es excelente —dijo Bernard con seriedad—. Hace tres años que estoy enamorado de usted.

Ella se levantó lentamente y se alejó.

—¿Era esto lo que quería decirme?

Angela fue hacia la ventana abierta y él la siguió.

—Espero no haberla ofendido. No lo he dicho frívolamente, no es mera galantería. Es una verdad desde lo hondo de mi ser. No lo he sabido hasta hace muy poco, por extraño que pueda parecer. La he querido desde mucho antes de saberlo o de presumir saberlo. Pensaba en usted cuando creía estar pensando en otras cosas. Es muy extraño, hay cosas que no entiendo. He viajado por todo el mundo, he tratado de interesarme, de divertirme; pero en el fondo ha sido un fracaso. Lo que quería era verla a usted de nuevo. Cuando la volví a ver en Blanquais hace un mes, lo supe: todo se tornó evidente entonces. Era la respuesta al enigma. Quise entonces verlo claro, quise estar seguro. Y sin embargo no fui tras de usted de inmediato. Cuestioné mi corazón, lo cuestioné a fondo. Ha sufrido el examen y ahora estoy seguro. La quiero como a mi vida. ¡Le ruego que me escuche!

Ella le había escuchado, le había escuchado con suma atención mientras miraba por la ventana sin inmutarse.

—Usted me conoce muy poco —dijo, volviendo sus ojos iluminados hacia él.

—La conozco lo suficiente —añadió Bernard sonriendo—. Debe recordar que en Baden la traté mucho.

—Sí, pero eso no dio lugar a que yo le gustase. No lo entiendo.

Bernard se quedó inmóvil un instante con el ceño fruncido y la mirada baja.

—Es difícil de concebir, pero creo que puedo explicarlo.

—No me lo explique ahora —dijo Angela—. Ha dicho bastante. Ya me lo explicará en otra ocasión... —Y tras esto, salió al balcón.

Bernard, por supuesto, la siguió enseguida y, sin importarle su negativa, se dispuso a explicarle.

—Pensaba que no me gustaba, pero he llegado a la conclusión de que era lo contrario. En realidad, la quería. Así ha sido desde el primer instante en que la vi, cuando la pinté en Siena.

—Eso precisa una explicación. No estuvo bien. Fui muy desconsiderada, perversa. ¡Me comporté horriblemente!

—¡Lo admite, pues! —exclamó Bernard con una suerte de repentino júbilo.

Angela estaba pálida y de repente se ruborizó.

—Su conducta fue singular, según recuerdo. No fue exactamente agradable.

—Quizá no, pero al menos quiso serlo. No sabía cómo complacerla, y creo que tampoco lo sé ahora. Pero le ruego que me dé una oportunidad.

Ella permaneció en silencio unos instantes. Sus ojos recorrían la gran perspectiva de París.

—¿Sabe cómo me podría complacer en este momento? —dijo finalmente—. Dejándome sola.

Bernard se la quedó mirando un instante. Acto seguido fue directo a la sala y cogió su sombrero.

—Ya ve, aprovecho la primera oportunidad. Pero volveré mañana.

—Le estoy muy agradecida por lo que me ha dicho. Ha merecido la pena haberle escuchado con consideración. Puede volver mañana —añadió Angela.

A la mañana siguiente, cuando regresó, ella le recibió a solas.

—¿Cómo fue que en Baden pensó que usted no me gustaba? —le preguntó tan pronto como pudo.

Ella sonrió con gran gentileza.

—Me aseguré ayer que yo le gustaba.

—Pero yo suponía que no. ¿Cómo sabía eso?

—Solo le puedo decir lo que observé.

—Pues me debió observar con mucha atención porque, superficialmente, se diría que la admiraba —dijo Bernard.

—Muy superficialmente.

—Se equivoca. No eran superficiales mi interés ni mi admiración por usted. Eran profundos, latentes. No eran superficiales: eran subterráneos.

—Se contradice usted y en cambio yo no —dijo Angela—. Sus sentimientos estaban tan ocultos que pensé que yo le disgustaba.

—Recuerdo que en Baden la que se contradecía era usted —respondió Bernard.

—¡Tiene una memoria terrible!

—No la califique de terrible, porque me permite verlo todo ahora bajo una luz encantadora, a la luz del entendimiento a que finalmente hemos llegado y que parece ilumina el pasado, ilumina esos días que pasamos en Baden.

—¿Hemos llegado a un entendimiento? —preguntó ella de un modo directo y grave que a Bernard le pareció especialmente hermoso.

—Eso depende de usted —declaró, y enseguida pasó a protestar con apasionada ternura, exclamando—: No me rechace esta vez. Ha tenido tiempo de pensar en ello. Ha tenido tiempo de recuperarse de la sorpresa, del shock. La quiero y le ofrezco todo lo que me pertenece en este mundo.

La chica le miró con sus luminosos ojos oscuros, sopesando ese ofrecimiento pero sin implicarse.

—¡Ah, no me perdona! —murmuró él.

Ella le miró con la misma solemne mirada fija.

—¿Qué he de perdonarle?

La pregunta le pareció excelsa. Inclinandose hacia delante le cogió las manos y si Mrs. Vivian hubiera entrado en ese momento le hubiera visto arrodillado a los pies de su hija.

Pero Mrs. Vivian siguió sin aparecer, y solo al cabo de un rato lo hizo.

—Estoy muy feliz porque creo que mi hija es feliz —dijo.

—¿Y qué piensa usted de mí?

—Pienso que es muy inteligente. Debe prometerme que será muy bueno con ella.

—Soy lo suficiente inteligente como para prometérselo.

—Y creo que será lo suficiente bueno para mantener la promesa —dijo Mrs. Vivian, que parecía tan feliz como decía y esa felicidad le otorgaba un sesgo comunicativo y confidencial—. Es curioso —continuó diciendo— el

modo en que suceden las cosas, cómo gira la rueda. Supongo que no haré mal en decirle que mi hija siempre se interesó en usted.

—¿Por qué no me dijo eso antes? —replicó Bernard, reprochándose casi filialmente.

—¿Cómo hubiera podido? No voy por ahí ofreciendo a mi hija a la gente, especialmente a personas que muestran indiferencia.

—En Baden, usted no pensaba que fuese indiferente. Le inquietaba que no fuese lo suficientemente indiferente.

Mrs. Vivian se puso colorada.

—¡Ah!, en Baden estaba yo demasiado ansiosa.

—¡Ansiosa de que no le hablara a su hija! —dijo Bernard riendo.

—En Baden —continuó Mrs. Vivian— tenía ciertas perspectivas que ahora ya no tengo. He renunciado a ellas.

—¡Eso hace muy halagadora su aceptación de mi persona! —exclamó Bernard riendo con mayor alegría.

—A veces tengo cosas mejores —dijo Mrs. Vivian, poniendo sus dedos en el brazo de Bernard—: tengo confianza.

Bernard hizo lo que pudo para animar este afable sentimiento y pensó que debía hacer más para implantarlo con mayor firmeza en el pecho de Angela.

—Tengo algo que confesarle —le dijo a Angela un día—, y me gustaría que lo escuchara.

—¿Es algo muy malo? —preguntó Angela.

—Sí, muy malo. ¿Le he hecho algún daño alguna vez?

—¿Si me ha hecho daño? —repitió ella en un tono que pareció reducir la ofensa a dimensiones insignificantes por la simple vaguedad de la forma en que se refirió a ella.

—No sé cómo llamarlo —dijo Bernard—. Un flaco favor. Una mala jugada.

Angela se encogió de hombros, o hizo el amago de encogerlos, pues no acostumbraba a hacer ese gesto.

—No sé de qué me habla.

—Di una mala imagen de usted a Gordon Wright —continuó Bernard.

—¿Por qué me habla ahora de él? —preguntó Angela con tristeza.

—¿Le disgusta?

Ella vaciló un instante.

—Sí, me disgusta. Si su confesión tiene algo que ver con él, prefiero no escucharla.

Bernard volvió a plantear el tema otras veces, tuvo muchas oportunidades. Empleaba buena parte de la jornada en compañía de esa admirada mujer, y fueron los días más felices de su vida. El tiempo otoñal era cálido y suave, el barrio estaba todavía bastante desierto y el rumor de la gran ciudad, que parecía estar a leguas de distancia, le llegaba atenuado y confuso a través del denso aire de octubre. Los anocheceres, sin embargo, iban siendo más frescos e hicieron que antes de lo previsto se tuviera que encender el primer fuego de la temporada en la profusamente adornada, pequeña chimenea del apartamento de Mrs. Vivian. En esa ocasión Bernard se sentó junto a Angela mirando el crepitar de la leña y sintiendo que el encanto de las noches de invierno había empezado. Ambos jóvenes se hallaban solos, uno al lado del otro, en la creciente oscuridad. Faltaba una hora para la cena, antes de que fueran encendidas las lámparas.

—Insisto en confesarle lo que le dije. Seré muy infeliz si no me lo permite —le dijo Bernard.

—¿Muy infeliz? Si es usted el más feliz de los hombres.

—Seré quisquilloso, si usted quiere; pero ese recuerdo, ese remordimiento es como un pétalo de rosa guardado. Estaba completamente equivocado respecto a usted en Baden; pensaba barbaridades de usted, o así lo creo.

—Los hombres son seres obtusos —dijo Angela.

—Tiene razón. Tanto que si miro atrás, hacia ese tiempo, hay cosas que todavía no entiendo.

—No veo por qué ha de mirar al pasado. La gente en situación como la nuestra ha de mirar al futuro.

—No le gustan esos días en Baden —dijo Bernard—. No quiere recordarlos.

—¡Qué gran descubrimiento!

Bernard la miró un momento a la luz del fuego.

—¿Qué papel representaba ahí?

Angela sacudió la cabeza.

—Los hombres son criaturas obtusas —repitió.

—Le concedo eso: soy un humilde estúpido por pedirle esa explicación.

—¿Qué le dijo de mí? —preguntó Angela tras un instante de silencio.

—Le dije que era usted una coqueta. Recuerde que estoy diciendo algo del pasado.

Ella se levantó y se quedó frente al fuego con la mano sobre la repisa de la chimenea y mirando hacia el resplandor. Por unos momentos permaneció así. Bernard no le podía ver la cara.

—Le dije que era una mujer complicada para tomarla por esposa — continuó deliberadamente—. Y dije esto porque lo pensaba. Le di a Gordon mi opinión sobre usted, una opinión muy desfavorable. No llegué a averiguar sus intenciones, pensé que hacía usted un doble juego. Creí que quería casarse con él y, sin embargo, vi, pensé que veía... —Bernard se detuvo de nuevo.

—¿Qué vio? —dijo Angela volviéndose hacia él.

—Que usted se me insinuaba, que jugaba conmigo.

—¿Y no le gustó?

—Me gustó muchísimo, en cuanto a mí pero no en referencia a Gordon. Y hablo con justicia si le digo que pensaba más en él que en mí.

—¡Es usted un excelente amigo! —dijo simplemente Angela.

—Creo que lo era. Y lo sigo siendo —añadió Bernard.

Ella sacudió la cabeza con tristeza.

—¡Pobre Mr. Wright!

—¡Es un camarada entrañable! —dijo Bernard.

—Extraordinariamente entrañable y querido sin duda para su mujer, la afectuosa Blanche.

—Ella no le cae bien. No le gusta —dijo Bernard.

—Son dos cosas muy diferentes. Lo siento mucho por Mr. Wright.

—No tiene por qué sentirlo. A él le va muy bien.

—Ya me lo ha dicho antes. Pero aún así sigo sintiéndolo mucho por él.

—Eso no contesta a mi pregunta —exclamó Bernard con cierta irritación—. ¿Qué papel jugaba usted?

—¿Qué piensa usted?

—¿No le he dicho que no llegué a averiguarlo por aquel entonces?

Angela se le quedó observando de espaldas al fuego, con las manos enlazadas por detrás.

—¿Nunca pensó que mi situación en Baden era bien peculiar, sabiendo como sabía que había sido puesta bajo su cuidado para que me observase a través del microscopio, como un insecto atravesado con una aguja?

—¿Cómo diablos llegó a enterarse? Obramos con suma cautela.

—¿Cree que una mujer puede dejar de darse cuenta? Lo sospecha y lo descubre por instinto. Sobre todo si es orgullosa.

—¡Ah —dijo Bernard—, si el orgullo es una fuente de información, usted debe ser una mina de conocimientos!

—¡No veo que sea usted particularmente humilde! —replicó la chica—. ¡Ni el más manso y servil espécimen de su sexo hubiese jamás consentido un arreglo como ese respecto a una mujer, una mala jugada como esa conmigo!

—¡Mi querida Angela, no era un arreglo ni una jugada! —replicó Bernard.

—¡Fue una sucia jugada, un vil arreglo! —afirmó—. Fue algo totalmente odioso pretender informar sobre mí y haber venido a Baden con ese propósito. ¡Como si, mientras Mr. Wright andaba comprando un caballo usted hubiese decidido ponerme a prueba!

—Yo no decidí nada. De hecho me negué a hacerlo.

—Usted me analizó y yo me propuse que se equivocara en su dictamen. Me propuse complicarle las cosas, hacer que se extraviara, derrotarle. O, mejor dicho, no me lo propuse: obedecí a un natural impulso de autodefensa, el impuso de protegerme de la cruel luz del criticismo. Deseé que su informe fuese erróneo.

—Lo hizo muy bien. Logró confundirme de modo admirable.

Ella le dio la espalda y volvió de nuevo a mirar el fuego.

—Sí, hice algunas cosas bajo el simple designio de la pura aversión.

Dijo esto de modo tan natural que, pese a la teoría expuesta unas páginas atrás, Bernard quedó sumamente desconcertado. Se levantó del sofá donde estaba sentado y fue junto a ella. Le rodeó la cintura con el brazo y le murmuró casi tímidamente:

—¿Es eso cierto?

—¡No sé qué es lo que usted pretende que diga! —respondió ella.

Bernard la miró un instante mientras seguía teniéndola cogida con el brazo.

—Después de todo, no sé bien por qué deseo que me hable de ello. Sólo hará que mi remordimiento sea más intenso.

Ella se quedó mirando el fuego y no respondió de momento; luego, como

si su atención retornara, preguntó:

—¿Todavía está con lo de su remordimiento?

—Ya ve: me afecta mucho.

—¿Lo de que yo era una horrible criatura?

—No: que no era usted la persona conveniente para casarse.

—Ah, mi pobre Bernard —dijo Angela—. No me es posible intentar probarle que no tenía razón.

El mes de septiembre llegó a su fin y ella consintió en fijar un día para la boda. Se eligió finales de octubre y eso fue casi todo lo que precisaba Bernard para ser feliz. Digo «casi todo», porque había un particular punto ciego y sordo en su conciencia al que no lograba acceder su alegría y respecto al que el resto de su alma parecía sentir cierto prurito o estremecimiento. Sintió que era preciso arrancar ese molesto grano que perturbaba la dulzura de su existencia para que su felicidad fuese completa. Cuando Bernard creyó, a finales de mes, que ya lo había extirpado, escribió a Gordon Wright dándole la noticia de su compromiso. Había ido postergando día a día la realización de tal deber, tan arduo le resultaba materializarlo adecuadamente. Decidió por fin hacerlo con mucha brevedad pensando que así sería la mejor manera, lés días después de enviar la carta le llegó la contestación de Gordon informándole que había determinado traer a Blanche a Europa. No se encontraba bien y no podía perder tiempo. Una semana después del envío de la carta tomarían el barco. La carta contenía un post scriptum: «El capitán Lovelock viene con nosotros».

XXIV

Bernard se preparó para la llegada de Gordon a París, que, según decía la carta, podía tener lugar en unos pocos días. No tenía intención de detenerse en Inglaterra; Blanche deseaba ir directamente a la capital francesa para hacer un encargo a su sombrerero, y posteriormente puede que fuera a Italia o a Oriente en el invierno. «Le he dado a elegir entre Roma o el Nilo —decía Gordon—, pero me ha respondido que le importa un bledo adonde vayamos».

He dicho que Bernard se preparó para recibir a sus amigos, con lo cual quiero decir que se dispuso a ello moral y hasta intelectualmente. Materialmente hablando, solo les podía brindar el servicio de contratar la habitación del hotel e ir a esperarles a la estación. Por supuesto, inmediatamente hizo saber a Angela que Gordon venía. Bernard esperó recibir noticias de Gordon tan pronto el trío llegara a Inglaterra, pero la primera

notificación llegó de un hotel de París. Llegó en forma de una breve nota, por la mañana, poco antes del almuerzo, para comunicarle que sus amigos se habían establecido en la rue de la Paix la noche anterior. «Nos hallábamos cansados y yo fui a dormir muy tarde —decía también Gordon—, de otro modo te habría avisado antes. Ven a comer, si puedes, necesito verte con urgencia».

Bernard, por supuesto, se impuso la obligación de acudir a esa comida. Llegó lo más rápido que pudo al salón del Hotel Middlesex. La mesa estaba dispuesta para el ágape y vio a un caballero de espaldas a la puerta, mirando por los ventanales. Cuando Bernard entró, el caballero se volvió y exhibió la barba dorada, la simétrica figura y el monóculo del capitán Lovelock.

El capitán ajustó la lente ante su ojo y saludó a Bernard de acuerdo con su costumbre, es decir, como si se hubiesen visto la noche antes.

—¡Eh, hola! Horrible día, ¿verdad? Supongo que ha venido a comer; yo también vengo a comer. Debería de estar preparada la mesa: son cerca de las dos. Pero creo que ya ha notado que los extranjeros nunca son puntuales: solo los criados ingleses son puntuales. Además, no saben qué es el almuerzo: les cuesta imaginar que comamos a esta hora. Ya sabe, ellos comen terriblemente pronto. ¿No recuerda a qué hora cenábamos en Baden? Cinco y media, seis y media: horas tan intempestivas como esas. El tipo de horario en que se cena en América. Creo que hasta invitan a la gente a las seis y media. A eso le llamo yo tener prisa por comer. Ya sabe que siempre se acusa a los americanos de abalanzarse sobre los alimentos. Pero en Nueva York y lugares parecidos los víveres son de mucha calidad. Espero que no le moleste lo que digo de América. Los americanos son en extremo susceptibles: siempre reaccionan cuando dices algo contra sus instituciones. En cambio a los ingleses les importa un pimiento lo que les digas, tienen un temperamento muy distinto. Con los americanos soy condenadamente cuidadoso, nunca rechisto sobre nada. Cuando estuve ahí me desviví por ser lisonjero. Me puse a ello a conciencia y observé que aceptaban cuanto les daba. Tampoco analicé mucho sus instituciones, después de todo. Fui allí para observar a la gente. Algunas personas que conocí fueron encantadoras, se lo aseguro. Algunas me sorprendieron. Posiblemente usted las conozca; gente considerada, como la que se encuentra en otras partes. Siempre había un montón de personas alrededor de Mr. Wright, ya sabe; me dijeron que eran gente de lo mejor. Ya sabe que Blanche siempre llega tarde a todo. Llega tarde por sistema, después de que todos hayamos llegado. Cuando aparece, acabándose de poner los guantes, está increíblemente bella. Lleva los guantes más largos que he visto en mi vida. Le juro que si ellos no vienen ya, tocaré la campanilla y le preguntaré al camarero qué pasa. ¿Tocamos la campanilla? Es un gran error intentar imponer las propias ideas sobre el almuerzo. Así es Gordon: siempre

tratando de imponer alguna idea. Cuando voy al extranjero, me adapto a sus costumbres. Uno ha de hacerlo así, puesto que ahí no van a dejar, por mí, de hacer las cosas a sus horas.

El capitán Lovelock parecía más dispuesto a la conversación que cuando lo tratara la otra vez. Su anterior manera de hablar era lánguida y fragmentaria, y nuestro héroe no le había oído nunca una sucesión de ideas con tantas involuciones. Para el perspicaz ojo de Bernard, el capitán se hallaba ligeramente alterado. Sus maneras denotaban cierta ansia de ser agradable, de anticipar el juicio: una tendencia a sonreír, a ser educado y entretener a su oyente, una tendencia a moverse y a mirar por la ventana y al reloj. Sorprendió a Bernard verle una pizca nervioso, menos sólidamente plantado sobre sus pies de lo que había estado cuando paseaba por los senderos de grava de Baden junto a su habitual compañera, una dama por la que, al parecer, su admiración era todavía considerable. Bernard tuvo curiosidad por ver si Lovelock iba a tocar la campanilla para preguntar sobre el motivo del retraso en el almuerzo; pero antes que su sentimiento, bastante ocioso dadas las circunstancias, se colmara, apareció Blanche procedente de una sala vecina. Para la percepción de Bernard, Blanche era siempre, como mínimo, Blanche: una persona de la cual no se le hubiera ocurrido esperar la menor variación o extrañeza y el tono de su aguda, dulce y tenue voz resonó al instante en su oído como un eco de charlas del pasado. Ya había notado que, por tiempo que hubiera pasado, ella siempre reaparecía con un aire de familiaridad. En cierto sentido, era una prueba de la agradable impresión que producía, y cuando, extremadamente hermosa, se detuvo de pronto al ver a los dos caballeros, emitió un pequeño grito de sorpresa.

—¡Ah, no sabía que estaba aquí! No me lo han dicho. ¿Hace rato que esperan? ¿Cómo están? Excúsenos por nuestra fría acogida —y ofreció su mano a Bernard, sonriendo encantadoramente y sin mirar apenas al capitán Lovelock, con la mirada fija en Longueville, continuó—: Espero que se encuentre muy bien. Pero no necesito preguntárselo. Está lozano como una rosa. ¿Qué diablos le ha sucedido a usted? Le encuentro tan fresco, tan brillante. ¿Se le puede decir esto a un hombre: que se le ve fresco? ¿O eso es solo para la mantequilla y los huevos?

—Depende del hombre —dijo el capitán Lovelock—. ¡No calificará de «fresco» a quien emplea todo su tiempo en irle detrás!

—¡Ah! ¿Está usted aquí? —exclamó Blanche con otro pequeño grito de sorpresa—. No me había dado cuenta. Pensaba que era el camarero. Esto es lo que se llama irme detrás —añadió, dirigiéndose a Bernard—: venir a comer sin ser invitado. ¡De qué extraña manera han preparado la mesa! —siguió diciendo a la vez que miraba el mueble bajo sus finas y altas cejas—. Siempre había pensado que en París, si otra cosa no sabían hacer, sí que sabían preparar

una mesa. Esta no me gusta en absoluto: ¡esos horribles pequeños platos a cada lado! ¿No cree que esas cosas no deberían estar en la mesa, Mr. Longueville? No me gusta ver sobre la mesa muchas cosas que no me voy a comer. Y les dije que pusieran flores. ¿Dónde están las flores? ¿A eso le llaman flores? Parece que las hubieran sacado del sombrero de la patrona. Mr. Longueville, ¿las ve usted?

—No son como yo: no parecen muy frescas —dijo Bernard riendo.

—No importa mucho, no nos las vamos a comer —gruñó el capitán Lovelock.

—¡Pues es extraño que usted no lo haga, con lo mucho que come! —replicó Blanche—. Ya que está aquí sin ser invitado, al menos sea útil. ¿Puede tocar la campanilla, por favor? Si Gordon piensa que le vamos a estar esperando otro cuarto de hora es que está abusando de la paciencia de su muy sufridora esposa. ¿Tiene usted curiosidad por saber qué está haciendo? Pues está escribiendo cartas, para variar. Escribe un promedio de ocho al día. ¡Sus corresponsales deben ser gente paciente! Es una suerte para mí estar casada con Gordon: si no lo estuviera, me escribiría ¡a mí, que me es pesadísimo hasta el simple hecho de contestar a una invitación a comer! Para empezar, me falta dominio gramatical. Si el capitán Lovelock alardea de que tiene cartas mías, es falso. Lo único que ha recibido de mí han sido telegramas —tres telegramas— que le envié desde América sobre unas zapatillas que se había dejado en nuestra casa y de las que no sabía qué hacer. Porque son enormes, ha de saberlo. En los telegramas la ortografía no importa; el personal de la estafeta la suele corregir automáticamente, o, si no, se les pide que lo hagan. Solo veo la espalda de Gordon mientras está escribiendo sus cartas, su ancha espalda. —Todos se sentaron a la mesa, mientras ella continuaba—: Eso es lo que principalmente veo de mi marido. Pienso que ahora que estamos en París podría encargarse un retrato suyo a un gran artista. Con determinada pose característica. Por cierto, creo que he olvidado por entero su cara: ni siquiera sé si la reconocería.

En ese justo momento pudo verse el rostro de Gordon mientras su poseedor entraba en la estancia a paso rápido, un rostro enrojecido por el placer de encontrar de nuevo a su viejo amigo. Tenía la piel curtida del viajero que acaba de cruzar el Atlántico, y sonrió a Bernard con su franca mirada.

—No me tengas por un descomunal grosero por no haber estado aquí para recibirte —dijo dando una palmada—. Estaba escribiendo una carta importante y, entretanto, me decía: «Si interrumpo ahora esta carta deberé regresar a acabarla; en cambio, si la acabo, le podré dedicar a Bernard todo el resto del día». Así que decidí terminarla y aquí estoy con todo el tiempo del mundo para ti.

—Puede estar seguro de que este razonamiento es la pura verdad —dijo Blanche mientras su marido estrechaba en silencio la mano del capitán Lovelock.

—¡Es un razonamiento aceptable como el que más! —declaró Bernard, que deseaba decir algo agradable a Gordon a la vez que desaprobaba el leve tono burlón de lo dicho por Blanche respecto a su marido.

—Y también las alabanzas de Bernard son las mejores —dijo Gordon riendo y ocupando su lugar a la mesa.

—También le he alabado yo —siguió Blanche—, su excelente aspecto, luminoso, lozano, como si algo le hubiera sucedido, como si hubiera heredado una fortuna. Debe haber hecho algo muy desagradable y necesita decírnoslo para divertirnos. Estoy segura de que es usted un terrible parisino, Mr. Longueville. Recuerde que somos solamente tres tristes y virtuosas personas a quienes aburre extremadamente nuestra relación y que anhelamos escuchar algo nuevo y excitante. Cuéntenoslo aunque sea un poco impropio.

—Cierto que tienes un excelente aspecto —dijo Gordon, que todavía sonreía a su amigo desde el lado opuesto de la mesa—: Blanche tiene razón.

—Querido Gordon, algo grande le ha ocurrido —insistió Blanche.

—Cabe imaginarlo, ciertamente —continuó él, sonriendo todavía, con el rostro rojo y sus ojos azules—. Pero no es mérito mío destacarlo: el magnífico aspecto de Bernard llamaría la atención a cualquiera. ¡Se diría que te vas a casar con la hija del primer ministro!

Si Bernard tenía un excelente aspecto, por los halagos se intensificó, lo que dio lugar a un matiz aún más luminoso a su expresión de saludable felicidad. Fue una de las raras ocasiones en su vida en que le costó saber qué decir.

—Un muy buen partido, realmente —pudo sin embargo murmurar bromeando—. Excusad mi pomposo aspecto.

—Sea lo que sea, te ha absorbido tanto que no has tenido tiempo de escribirme —dijo Gordon—. Esperaba saber de ti antes de verte.

—Te escribí hace quince días, justo antes de recibir tu carta. Marchaste de Nueva York antes de recibir la mía.

—Ah, se habrán cruzado —dijo Gordon—. Pero ahora que estamos juntos no me importa. Tus cartas son, por supuesto, deliciosas, pero esto es mejor.

Pese a las simpáticas declaraciones, no se puede decir que Bernard se lo pasase muy bien en la comida. Siempre tenía algo ante sí que le ocupaba el pensamiento y que no resultaba agradable. Era como alguien que debe ejecutar una acrobacia, saltar sobre un foso, trepar un elevado poste, y presiente el

daño de una caída. Por suerte no se vio obligado a hablar mucho, pues la esposa de Gordon se manifestó más vivaracha que nunca y alivió a sus compañeros del peso de la conversación.

—Supongo que le ha sorprendido que viniéramos tan de repente —observó Blanche durante el transcurso del ágape—. No le dijimos nada la última vez que nos vimos y creo que se supone que debiéramos haberle dicho algo, ¿verdad? Ciertamente que le he dicho muchas cosas, algunas de las cuales espero que no las haya repetido. Pienso que sin duda las ha divulgado por todo París, pero no me importa lo que cuente en París: en París nadie se sorprende de nada. El capitán Lovelock no repite nada de lo que le digo: es un modelo de discreción. Le habré contado un buen montón de maldades y le han gustado tanto que se las ha guardado en exclusiva para él. Yo le cuento mis cosas malas al capitán Lovelock y las buenas a las demás personas: él no ve la diferencia y está encantado.

—Las demás personas tampoco ven la diferencia —dijo Gordon con seriedad—. Deberías siempre contarnos ambas.

Blanche dirigió a su marido una leve, impertinente mirada.

—Cuando no me siento apreciada —dijo esforzándose en adoptar una actitud severa— soy demasiado orgullosa para contar nada. No sé si se ha dado usted cuenta de que soy orgullosa —dijo, volviéndose hacia Gordon pero mirando al capitán Lovelock—. Sería bueno que lo supiera. Supongo que Gordon dirá que debo ser demasiado orgullosa para señalar eso, pero ¿qué se debe hacer cuando nadie tiene la menor imaginación? Usted tiene alguna, Mr. Longueville, pero el capitán no posee ni una pizca, y en cuanto a Gordon, je n'en parle pas! Pero ni siquiera usted, Mr. Longueville, puede imaginar que soy una especie de inválida y que estamos de viaje por mi delicada salud. Los doctores no han renunciado a mí, pero yo sí he renunciado a ellos. Sé que no aparento estar enferma, pero eso es porque cuido al máximo mi aspecto. Mi apariencia no demuestra nada, absolutamente nada. ¿Piensa usted que mi buen aspecto demuestra algo, capitán Lovelock?

El capitán escrutó el rostro de Blanche de modo intenso y solemne; luego, replicó:

—Pienso que prueba que está usted encantadora.

Blanche le dirigió un beso con la punta de los dedos en muestra de complicidad.

—Nada más se le da una oportunidad al capitán Lovelock —siguió parloteando— y se muestra tan inteligente como cualquiera. Esto es lo que me gusta con mis amigos, darles oportunidades. El capitán Lovelock es como mi querido pequeño terrier azul que he dejado en casa. Si le enseño un palo salta a

por él. Si no ve el palo, se está quieto; pero, tan pronto lo ve, sabe lo que hay que hacer. Lo mira un momento y luego da el saltito. Sabe que como premio obtendrá un terrón de azúcar, y el capitán Lovelock también lo espera. Querido capitán Lovelock, ¿ordeno que traigan un terrón? ¿No sería espléndido? Garçon, un morceau de sucre pour monsieur le capitaine! ¡Pero yo, lo que le doy al capitán, es un terrón moral! Suelo entregárselo en privado. Cuando usted marche le dará un buen mordisco.

Gordon se levantó, volviéndose hacia Bernard y mirando su reloj.

—En ese caso, vámonos —dijo, sonriendo— y dejemos que el capitán Lovelock reciba su recompensa. Vayamos a dar un paseo Campos Elíseos arriba. Adiós, señor capitán.

Ni Blanche ni el capitán objetaron nada, por lo que Bernard se despidió de la pareja y se unió a Gordon, quien se hallaba ya en el vestíbulo.

XXV

Gordon le tomó por el brazo y ambos salieron a la calle, en dirección a los campos Elíseos.

—Para un buen ejercicio físico y una buena charla no hay mejor lugar —dijo Gordon—. Tengo mucho que decirte y mucho que preguntarte.

Bernard notaba en el brazo el peso cordial de la mano de su amigo, pero le pareció que ese peso nunca había sido tan abrumador. Le sujetaba con fuerza, asertivamente, como si fuese un símbolo físico de responsabilidad. A Bernard no le tranquilizó mucho que Gordon le advirtiera que tenía mucho que decirle y se esperó una súbita explosión de amargura a causa de la irremediable trivialidad de Blanche. La tarde era muy agradable; y el día un perfecto ejemplo de la más dulce nota otoñal. La atmósfera era cálida y aparecía teñida de una neblina dorada que parecía colgar de los desnudos árboles parisinos, como si les poseyera el dulce impulso de vestirse con ella. En París, los días hermosos sacan a la calle a una multitud de alegres y satisfechos paseantes, y los amplios espacios de los Campos Elíseos hervían con estos adictos al entretenimiento gratuito que abundan en la capital francesa. Los bancos y sillas junto a los bordes de la ancha calzada exhibían una densa fraternidad de mirones y, arriba y abajo del amplio paseo, circulaban los lentos y fácilmente complacidos peatones. Gordon, aunque había anunciado lo mucho que tenía que decirle, se limitó al principio a alusiones superficiales, y tras un rato, Bernard tuvo la satisfacción de percibir que, por el momento, no se inclinaba a tocar la tecla de la discordancia matrimonial. De hecho parecía no tener ganas

de hablar de Blanche de ningún modo. Parecía sintonizar con la atmósfera circundante y se limitaba a mirar a la gente o a hablar de naderías. Señaló que París era un lugar fantástico después de todo y que la contemplación del fresco parisino representaba un cambio estimulante. Dijo que se alegraba mucho de haber venido y que si por él fuese, se quedaría tres meses.

—Pero ¿qué has estado haciendo hasta ahora? —preguntó—. ¿En qué has estado ocupado y qué intenciones tienes?

Bernard no dijo nada por unos instantes y, un poco más tarde, Gordon le miró como preguntándose por su silencio. Bernard, con aire desconfiado, le devolvió la mirada, manteniéndola fija unos momentos sin saber qué decir. Le latía fuertemente el corazón; la cuestión era decirle esto a Gordon: «He estado ocupado en conquistar a Angela Vivian». Pero no lo podía hacer, y sin embargo era preciso que dijera algo. Trató de inventar cualquier cosa, pero no se le ocurrió nada, y, entretanto, Gordon continuaba mirándole.

—¡Estoy tan contento de verte! —exclamó Bernard a falta de algo mejor y poniéndose colorado, pues sintió que lo que decía era algo tonto y falso.

—¡Mi querido Bernard! —murmuró Gordon con placer mientras seguían caminando—. Muy bien que digas esto; estoy muy contento de que estemos juntos de nuevo; y quiero decirte algo. Espero que no te importe. —Bernard emitió una leve risita ante los escrúpulos de su amigo y este continuó—: En verdad que a veces me parece que ya no somos tan buenos amigos como lo éramos antes, como si algo hubiera ocurrido entre nosotros, no sé qué, no sé por qué. Tampoco sé cómo podría llamarlo: acaso un descenso de temperatura. Ni sé si tú también lo notas o si simplemente es una falsa alarma por mi parte. Sea lo que sea olvidémoslo, ¿quieres? Somos amigos desde hace mucho, muy buenos amigos para ahora distanciarnos. Por supuesto que los roces de la vida pueden ocasionalmente ablandar la cohesión; pero está muy bien sentir que con solo un pequeño contacto todo se restablece de nuevo. ¿No es así? Pero no son cosas para razonarlas: se sienten y con eso basta.

Gordon habló con su clara y alegre voz y Bernard le escuchó con atención. Le pareció que había un matiz de pesar y esfuerzo en lo que había dicho su compañero: el de alguien infeliz que trata de ser sensato y ver las cosas en su aspecto positivo.

—¡Ah los roces de la vida, los roces de la vida! —repitió Bernard vagamente.

—No deben importarnos —dijo Gordon con una risa consciente—. Debemos curtir nuestras pieles o, incluso, vendar las heridas llegado el caso. ¿Por qué elegir este lugar y momento para hablar de las desgracias de la vida? ¿No estamos inmersos en sus placeres? Quiero decir: en trance de cultivar sus

placeres. ¿Cuáles son los tuyos en este momento, Bernard? Pues es de suponer que en París uno se lo pasa bien. ¿Qué es lo que te atrae?

—He llevado una vida muy tranquila —dijo Bernard.

—Es lo que se suele decir cuando se lleva una vida en particular disipada. ¿Qué has estado haciendo? ¿A quién has visto que yo conozca?

Bernard permaneció en silencio unos instantes.

—He visto a algunas antiguas amistades tuyas —dijo finalmente—. He visto a Mrs. Vivian y a su hija.

—¡Ah! —exclamó Gordon y se calló.

Bernard le miró, pero Gordon había apartado los ojos, se fijaba en ese instante en alguien entre la multitud. Bernard siguió la dirección de su mirada, y entonces Gordon dijo:

—¡Hablando del diablo! ¡Excusa el adagio! ¿No son esas las damas en cuestión?

En efecto, Mrs. Vivian y su hija se hallaban sentadas en un par de sillas alquiladas, entre una tranquila muchedumbre, en el borde de la gran avenida. Estaban de cara a nuestros amigos y cuando Bernard las divisó entre la elegante multitud, ambas miraban directamente a Gordon Wright.

—¡Te están mirando! —dijo Bernard.

—¡Me lo dices como si debiera salir corriendo! —contestó Gordon—. No deseo huir, al contrario, quiero hablarles.

—Eso es fácil —dijo Bernard.

Ambos se encaminaron hacia las dos damas.

Mrs. Vivian y su hija se levantaron de los asientos al verles venir; era evidente que habían intercambiado comentarios rápidamente y habían decidido no recibir sentadas a Gordon. Este se abrió paso entre la multitud con el rostro colorado como le sucedía siempre que estaba excitado. Al llegar, se quitó el sombrero y estrechó la mano de las damas con una sonrisa fija y, aparentemente, sin nada que decir. Bernard miró la cara de Angela, ofrecía en ese instante una hermosa sonrisa a su compañero. Mrs. Vivian fue delicadamente cordial.

—Estaba seguro de que era usted —dijo finalmente Gordon—. Nos hallábamos, precisamente, hablando de ustedes.

—¿Es que el Mr. Longueville lo negaba? —preguntó Mrs. Vivian con picardía—. ¡Y eso que creíamos que le habíamos producido una gran impresión!

—Sabía que ustedes estaban en París y de ahí la referencia —continuó Gordon—. Estoy muy contento de verlas.

Bernard había estrechado la mano de Angela mientras la miraba intensamente; y en sus ojos y en su misma actitud le pareció había un destello de burla. ¿De quién se burlaba? ¿De Gordon o de él? Bernard se hallaba lo suficiente incómodo para que le importara que se burlaran de él; pero hubiese lamentado aún más que la burla se hubiera referido a Gordon.

—También sabíamos que usted venía, Mr. Longueville nos lo había dicho —dijo Mrs. Vivian—. Esperábamos tener el placer de ver a Blanche. ¡Mi querida, pequeña Blanche!

—La pequeña y querida Blanche irá de inmediato a verlas —replicó Gordon.

—De inmediato, eso espero —dijo la señora—. ¡Nos gustará tanto!

Bernard se dio cuenta de que la mujer deseaba decir algo complaciente y simpático al pobre Gordon, y supuso que, al ser consciente de que le había hecho creer en una ocasión que era indispensable (en su carácter de yerno) para su felicidad, debía ahora presentarle el espectáculo de una felicidad que se había obtenido sin su ayuda.

—¡Estamos tan interesadas en saber de su matrimonio —continuó—, debe ser tan maravilloso!

Gordon dirigió la mirada al suelo unos instantes.

—Se lo debo en parte a usted —respondió—. Ha hecho tanto por Blanche... Usted cultivó su mente y suavizó sus maneras de modo que su atractivo resultase doble, y yo fui víctima de ello.

Dijo esto de un modo tan exageradamente solemne que dio lugar, por un instante, a un embarazoso silencio. Bernard se sintió más y más impaciente frente a su propio embarazo y por fin exclamó con voz fuerte y jovial:

—¡Blanche provoca víctimas por docenas! Yo fui víctima suya el invierno pasado: todos somos víctimas suyas.

—¡Mi pobre pequeña Blanche! —murmuró Mrs. Vivian de nuevo.

Angela no decía nada; se limitaba a estar presente sin intentar dirigirse a Gordon y sin que a la vez ello pareciera reserva o indiferencia. Pero finalmente sintió el impulso de hablarle.

—Cuando Blanche venga a vernos, por favor, venga con ella —le dijo con una sonrisa amistosa.

Gordon la miró pero no dijo nada.

—Lamentamos que no ande bien de salud, como hemos oído —continuó Angela.

Gordon continuó en silencio con los ojos fijos en su expresiva y encantadora cara.

—No es nada serio —murmuró finalmente.

—¡Acostumbraba a estar tan bien, era tan alegre! —dijo Angela, que también parecía tener deseos de decir algo amable y tranquilizador.

Gordon no le respondió; solo continuó mirándola.

—Espero que esté usted bien, Mrs. Vivian —dijo finalmente.

—Muy bien, gracias.

—¿Viven en París?

—Hemos plantado aquí nuestra tienda, de momento.

—¿Les gusta la ciudad?

—No me parece peor que otros sitios.

Gordon parecía desear hablar con ella, pero no se le ocurría nada. Hablar con Angela era un pretexto para mirarla y Bernard, que pensaba que nunca había estado tan bella como en ese momento, al ver como sonreía a su cohibido antiguo enamorado, entendió fácilmente que su amigo deseara prolongar ese privilegio.

—¿Hace mucho rato que está aquí sentada? —se le ocurrió finalmente preguntar.

—Media hora. Habíamos venido paseando, y mi madre se ha sentido fatigada. Ya es hora de que volvamos a casa —añadió Angela.

—Sí, estoy cansada hija mía. Debemos tomar una voiture. Si Mr. Longueville quiere ser tan amable de parar una —dijo Mrs. Vivian.

Con gran alacridad, Bernard miró a su alrededor, todavía al lado de sus compañeros. A Gordon se le ocurrió otra pregunta: «¿Han ido de nuevo a Baden?», le oyó Bernard preguntar a la vez que observaba a distancia un coche de punto sin pasajeros que subía por la avenida y debió ir a pararlo. Cuando regresó, seguido por el vehículo, las dos damas, acompañadas por Gordon, habían llegado al borde de la acera. Estrecharon la mano del amigo de Bernard antes de entrar en el vehículo y Mrs. Vivian exclamó:

—¡No se olvide de darle recuerdos a su querida esposa!

Acto seguido, las dos mujeres se sentaron y sonrieron como signo de adiós. El pequeño coche se fue a paso lento. Bernard se quedó junto a Gordon

viéndolas alejarse. Estuvieron unos instantes así y luego Gordon se volvió hacia su compañero y se le quedó mirando fijamente, con una singular expresión.

—¡Qué extraño me resulta volver a verla! —dijo al enseguida.

—Y espero que no del todo desagradable —replicó Bernard sonriendo.

—Es deliciosamente bella —continuó Gordon.

—Sí, es una hermosa mujer.

—Y lo extraño es que ahora la encuentro tan diferente... —continuó Gordon—. Antes la encontraba misteriosa, ambigua. Y ahora la veo muy sencilla.

—¡Ah —dijo Bernard riendo—, eso es una mejora!

—¡Tan sencilla y tan buena persona! —exclamó Gordon.

Bernard posó su mano en el hombro de su amigo, a la vez que sacudía su cabeza lentamente.

—No pienses demasiado en eso —dijo.

—¡Tan sencilla, tan buena, tan encantadora! —repitió Gordon.

—¡Ah, mi querido Gordon! —murmuró Bernard.

Pero Gordon prosiguió:

—¡Tan inteligente, tan razonable, tan sensible!

—¿Lo has descubierto en solo dos minutos de charla?

—Sí, en dos minutos de charla. ¡Ahora ya no dudo de ella!

—Mejor que no digas eso —replicó Bernard.

—¿Y por qué no puedo decirlo? Creo que es mi deber expresarlo.

—No, tu deber está en otro lugar —dijo Bernard—. Hay dos razones. Una es que estás casado con otra mujer.

—¿Y qué importa? —exclamó Gordon.

Bernard no se esforzó por contestar a la pregunta; simplemente prosiguió:

—La otra razón es, la otra es...

Pero se detuvo aquí.

—¿Cuál es la otra razón? —preguntó Gordon.

—Me voy a casar con ella.

Y al decir esto apartó su mano del hombro de Gordon, quien se le quedó mirando.

—¿Casarte con Miss Vivian?

Ahora que Bernard le había oído decir eso de modo audible, claro y sonoro, su aprehensión pareció disiparse y prosiguió con valentía.

—Nos casaremos muy pronto. En unas pocas semanas. Te parecerá muy extraño, quizá no te guste. Por eso he dudado tanto en decírtelo.

Gordon se volvió pálido; era la primera vez que Bernard le veía empalidecer. Evidentemente, le desagradaba lo que le había dicho. Se le quedó mirando con el entrecejo fruncido.

—¡Pero si yo pensaba, pensaba —empezó a decir— que ella no te gustaba!

—También yo lo creía —dijo Bernard—. Pero al final no ha sido así.

Gordon se apartó de él, mirando a la multitud que llenaba la avenida. Luego, regresando a su lado, dijo:

—Estoy muy sorprendido.

—¡Lo que te he dicho no te agrada!

Gordon miró hacia el suelo un momento.

—Te felicito por tu compromiso —le dijo finalmente, mirándole con una expresión dura y artificial.

—¡Está muy bien que digas esto, pero, por supuesto, te desagrada! Estaba seguro que te desagradaría. Pero ¿qué podía hacer? Me he enamorado de ella y no iba a huir solo para evitarte la sorpresa. Mi querido Gordon —añadió—, te acabarás acostumbrando a la idea.

—Muy posiblemente —dijo Gordon con sequedad—. Pero debes darme tiempo.

—¡El que quieras!

Gordon permaneció de nuevo unos instantes mirando hacia el suelo.

—Muy bien, entonces. Me tomaré mi tiempo —dijo—. Adiós —y se alejó, como si quisiera pasear solo.

—¿Adónde vas? —preguntó Bernard deteniéndole.

—No lo sé. Al hotel. A cualquier sitio. Para hacerme a la idea de lo que me acabo de enterar.

—No te lo tomes muy a pecho. Las cosas llegan por sí solas —dijo Bernard.

—¡Veremos! —Y Gordon volvió a alejarse.

—¿Prefieres pasear solo?

—¡Claro!... si me lo permites.

—¡Te pido que me perdones por mi escasa ceremonia al comunicártelo! — le dijo Bernard sonriendo.

—¡Todavía no! —replicó Gordon; y se alejó, perdiéndose entre la multitud.

Bernard le siguió mirando hasta que le perdió de vista. Luego, se dejó caer en la primera silla vacía que vio y caviló que a su amigo el asunto le había gustado tan poco como él se había temido.

XXVI

Bernard se quedó sentado meditando largo rato; al principio, muy mortificado, y al final, con mucha amargura. Se sentía, en definitiva, amargado, pero no consigo mismo. Estaba disgustado por el pobre Gordon, con el disgusto de Gordon. Se sentía incómodo y vejado por ese disgusto. Le parecía que no era consustancial con la situación: no había visto el menor destello en la página en blanco del libro del destino en que había registrado su compromiso con una encantadora mujer. Gordon se había sorprendido e incluso irritado: estaba en su derecho, era prerrogativa suya. Bernard se preparó para ello y determinó salir del modo más airoso posible. Pero no debía propasarse; había límites en los pedazos del humilde pastel que se proponía comer. Algo en la actitud y en la cara de Gordon al expresar su enojo, algo como maligno y peligroso —sí, esa es la impresión que había dado—, dejó una siniestra huella en la mente de Bernard, por lo que, un rato después, se alegró de poderse refugiar en su propia irritación. ¡Le hubiera gustado saber lo que Gordon esperaba, por ejemplo! ¿Esperaba que Bernard renunciara a Angela para evitarle el golpe, que rompiera el compromiso en aras de un cabal desagravio? No, era demasiado absurdo, y, si Gordon tenía una mujer propia, ¿por qué demonios no podía Bernard asimismo tener una?

Sentirse irritado le supuso un alivio, pero no fue exactamente una solución y, finalmente, Bernard, abandonando su asiento, en el que durante una o dos horas había estado absolutamente abstraído de cuanto le rodeaba, deambuló por el lugar profundamente inquieto y soliviantado. Por un instante pensó en ir a ver a Gordon al hotel y explicarle. Pero se dio cuenta de que estaba demasiado irritado para eso, además que no había nada que explicar. Se casaría con Angela Vivian: era algo tan sencillo que no precisaba explicación.

¿Tan sorprendente era, tan inconcebible, tan improbable?

Como todos los domingos fue a cenar a casa de Mrs. Vivian y le pareció percibir en las dos mujeres los idénticos síntomas de incomodidad que él sentía respecto al asunto en cuestión. En esta ocasión, en la comida, Bernard trató de ser sumamente agradable; comió rápido, como si no supiera lo que comía, y habló poco. Con frecuencia sus ojos se posaban en Angela con extraña, ávida, excitada expresión, como escrutándola, como queriendo obtener una nueva impresión de ella. La chica soportó su inescrutable análisis con cierta superficial compostura; pero se mantuvo en silencio y de vez en cuando le devolvía la mirada, con aire de desacostumbrada ansiedad. Por supuesto que pensaba en Gordon, se dijo Bernard; el reencuentro, años después, de una mujer con su antiguo amante siempre produce impresión. Y sin embargo Gordon no había sido su amante y si Bernard reparaba en la taciturnidad de Angela no era porque estuviese celoso. «Siente lástima por él, simplemente», pensaba; y cuando la cena terminó empezó a pensar que a él también le daba lástima. La misma Mrs. Vivian debió sentir lástima, porque ofrecía un aspecto confuso y preocupado, aspecto del cual, pese a sus melancólicas cavilaciones, Bernard extrajo cierto regocijo. La intermitente conciencia de Mrs. Vivian le había recordado un lapsus: el encuentro con Gordon Wright le habría recordado el episodio menos ejemplar de su vida, aquel por el cual había susurrado consejos mercenarios al oído de su hija, que, seria y pálida, la miraba con ojos interrogativos. Mrs. Vivian se puso algo colorada al encontrarse con la mirada de Bernard; y para recordarse a sí misma que, después de todo, era una mujer virtuosa, habló sin parar sobre cosas elevadas e inofensivas: la belleza del tiempo otoñal, el placer de ver papás franceses paseando el domingo con su progenie de la mano o las peculiaridades de la oratoria religiosa del país ejemplificadas en los discursos de un pastor protestante al que había escuchado esa misma mañana.

Cuando se levantaron de la mesa y pasaron a la pequeña sala, dejó a su hija a solas un rato con Bernard. Los dos se sentaron juntos ante el fuego; Bernard vio cómo la madre cerraba con delicadeza la puerta al salir. Luego, mirando un instante a su compañera, dijo:

—Está furioso.

—¿Furioso? —dijo Angela—. ¿Te refieres a Mr. Wright?

—El razonable y amigable Gordon. Se lo ha tomado muy mal.

—¿Quieres decir en lo que a mí respecta?

—No contigo, por supuesto; está furioso conmigo. No se va a conformar fácilmente.

Angela miró un instante hacia el fuego.

—Lo siento mucho por él —dijo finalmente.

—Me parece que es de mí de quien debe sentirse lástima —dijo Bernard—. Y no veo por qué ni tú ni nadie debe compadecerle.

Angela de nuevo dirigió su mirada hacia el fuego; luego, alzó la vista.

—Me quería mucho —observó.

—¡Peor para él! —exclamó Bernard.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la chica con su bella mirada.

—Si le gustabas tanto, ¿por qué te dejó?

—No me dejó.

—Por favor, ¿qué quieres decir? —preguntó Bernard mirándole a los ojos.

—Yo le rechacé —dijo Angela.

—Sí, pero no con firmeza; tu madre te había persuadido de que si te lo pedía de nuevo debías aceptarle. Luego, él se marchó a consecuencia de lo que le dije de ti cuando volvió de Inglaterra.

Angela sacudió la cabeza lentamente con una extraña sonrisa.

—Mi pobre Bernard, hablas sin saber. Él me lo pidió de nuevo.

—¿Esa misma noche? —exclamó Bernard.

—La noche de su vuelta de Inglaterra, la última vez que le vi hasta hoy.

—¿Después de que yo le hablase mal de ti? —exclamó nuestro confundido héroe, frunciendo el cejo exageradamente.

—¡Lamento informarte sobre la escasa incidencia de lo que le dijiste!

Bernard juntó las manos casi devotamente y se quedó mirando a Angela con un largo, inarticulado murmullo de satisfacción.

—¡Ah, entonces no te perjudiqué en absoluto! ¡No eché a perder tu oportunidad!

—Pero la intención por tu parte sigue siendo la misma —exclamó Angela.

—Entonces, toda mi inquietud, todos mis remordimientos, ¿han sido en vano? —continuó.

Ella mantuvo, empero, el mismo tono; y su delicada picardía no pudo menos que otorgar una mayor dulzura a su alivio.

—Ha sido una muy leve penalización por lo que hiciste.

—¿Le rechazaste definitivamente y eso es por lo que se fue? —preguntó

Bernard todavía sorprendido.

—Me dio otra «oportunidad», como tú dices con elegancia, y yo decidí no aprovecharla.

—Ah, entonces —exclamó Bernard—, sí que lo siento por él.

—Fui muy amable y respetuoso —dijo Angela—, se lo agradecí desde el fondo del alma; le pedí perdón con mucha humildad por el daño que le causaba, si es que había algún daño. En absoluto le requerí que abandonara Baden a las siete de la mañana del día siguiente. No tenía idea de que iba a hacer eso y por ello insistí a mi madre que nos fuéramos. Al irnos no sabía que él también lo había hecho; supuse que se quedaría. No quería encontrarme con él de nuevo.

Angela le dio esta información con lentitud y delicadeza, con pausas entre las frases, como si recordara las circunstancias con cierto esfuerzo, mientras que Bernard, con el rostro transfigurado y los ojos puestos en los labios de ella se movía excitado por la sala.

—¡Bien, entonces no puede acusarme de nada! —exclamó de nuevo—. Si lo que le dije no sirvió para nada, no hice ningún daño.

—Creo que te ha molestado mucho que no te hiciera caso —dijo Angela.

—Confieso que no lo entiendo. Parecía que sí. En absoluto me hubiera imaginado que se disponía a verte y darte una última muestra de confianza.

—No fue una muestra de confianza —dijo Angela—. No tenía nada que ver conmigo. Era algo entre él y tú. Era una muestra de independencia. Él te creyó más o menos, y lo que le dijiste coincidió con sus propias, extrañas impresiones, ¡pobre! Al mismo tiempo, como te he dicho, yo le gustaba. ¡El problema no tenía que ver con que yo le gustara! El haberte escuchado con demasiada credulidad le pareció impropio, deshonroso. Ese sentimiento le llevó a reaccionar y a probarse a sí mismo que en tal materia no debía dejarse influir por nadie y, una hora después de haber hablado contigo y desafiando su total desconfianza confirmada por tu relato sobre mis irregularidades —¡que el cielo os perdone a los dos! —, vino a verme para pedirme de nuevo aceptara ser su esposa. ¡Pero en el fondo deseaba que le rechazase!

—¡Ah! —exclamó Bernard—, el pusilánime se merecía, se merecía...

—¿Qué yo le aceptara? —dijo Angela todavía sonriendo.

Bernard quedó muy afectado por esta revelación: le pareció que aliviaba su responsabilidad y le quitaba un peso de la conciencia, y emitió intensas exclamaciones de alivio.

—¡Oh, ya no he de preocuparme por nada y puedo hacer lo que quiera!

Gordon puede odiarme y yo lo sentiré por él: pero no es culpa mía, no le debo disculpas. ¡Soy libre por entero!

—Sólo yo no lo soy, supongo —dijo Angela—. ¡Y debería ser yo quien se disculpase! Si no es feliz, será responsabilidad mía.

—Sí, por supuesto —dijo Bernard besándola.

—¿Y por qué tiene que ser infeliz? —preguntó Angela—. Le rechacé, sí, pero era lo que él quería.

—Es alguien difícil de contentar —dijo Bernard—. Tiene mujer propia.

—Pero si no gusta a Blanche, lo tiene difícil... —Angela se quedó meditando unos instantes y señaló—: Pero el otro día me dijiste que se llevan muy bien.

—Sí, creo que te lo dije —contestó Bernard, también meditando.

—No escuchas lo que te digo.

—No, estoy pensando en otra cosa, estoy pensando en lo que te llevó a rechazarle finalmente tras haber alimentado la esperanza de tu madre —le dijo Bernard sonriéndole.

—No pienses más en ello; nunca lo averiguarás —declaró la chica volviéndose.

—¡Ah!, qué cruel por tu parte hacerme creer que era culpable todos estos años —continuó—, puesto que si entonces ya le habías rechazado, podías haberte sincerado conmigo.

—Creo que mi error fue haberme sincerado demasiado.

—Yo era muy estúpido: debiste esforzarte en que entendiera.

—Ah —dijo Angela—, esperabas mucho de una chica.

—¿Por qué dejaste que durante tanto tiempo creyera que mis engañosas palabras habían tenido ese efecto sobre Gordon, dándome a entender que te había hecho mucho daño? ¡Creía en ese daño y ya te he explicado el dolor y la vergüenza que padecí durante muchos meses! ¿Por qué no me lo has contado hasta hoy, además de que ha sido por casualidad?

A esta pregunta, Angela se ruborizó un poco; luego respondió sonriendo.

—Ha sido mi venganza.

Bernard sacudió la cabeza.

—No es verdad lo que dices. No te importaba, eras demasiado orgullosa para que te importara, y cuando me referí a mi falta no sabías de qué te

hablaba. Podías, sin embargo, haberme dicho que mi remordimiento era vano, que lo que le dijera de ti a Gordon no había tenido la menor incidencia y que la ruptura la habías provocado tú.

Durante un rato Angela no dijo nada; finalmente su rostro adoptó una expresión grave que solo de vez en cuando manifestaba.

—Si realmente quieres saber, entonces ¿por qué no ves que tu remordimiento lo encuentro, en cierto sentido, en conexión con tu afecto: una suerte de garantía del mismo? Tú pensabas habernos injuriado, al uno o al otro, y eso parecía mezclado con tu amor para conmigo, y yo no me he interferido.

—Ah —dijo Bernard—, mi remordimiento se ha evaporado, ¡y creo que te quiero como nunca! Ya ves lo equivocada que estabas al no decírmelo.

—El mal que te pueda haber ocasionado no me preocupa. Es cierto que te lo podía haber dicho en bien de Mr. Wright. Quizá le hubiera ayudado. Pero ya que nunca le atacaste por dejarme, me pareció innecesario defenderle.

—Confieso —dijo Bernard— que estoy por completo desconcertado respecto cómo Gordon ve ahora la cuestión. ¿La considera mejor o peor? Lo has expuesto muy bien. Si él esperaba que le rechazaras, ¿por qué está enojado ahora? ¿Y por qué estuvo tan frío conmigo durante meses después de que marcháramos de Baden? Si eso era lo que pensaba, ¿por qué acusarme de inconsistencia?

—Hay, después de todo, algo en todo esto que una mujer puede entender; no sé si un hombre también lo puede entender. Gordon esperaba que le rechazase y sin embargo, cuando lo hice, se sintió ofendido. Más tarde, el daño pareció remitir y se casó con la pobre Blanche; pero al saber hoy que yo te he aceptado, la ofensa ha revivido. Supongo que es algo bastante natural, pero espero que no sea serio.

—¿Qué no ha de ser serio, querida? —preguntó Mrs. Vivian, que acababa de entrar de nuevo en la sala y que al no haber escuchado, en apariencia, sobre qué iba la conversación, le había alarmado un poco la última frase.

—¿Se lo digo a mamá, Bernard? —dijo Angela.

—Ah, mi querida niña. Espero que no haya nada que amenace vuestra mutua felicidad —murmuró la madre con gentil preocupación.

—¿Amenaza eso nuestra mutua felicidad, Bernard? —dijo la chica sonriendo.

—Dejemos que Mrs. Vivian decida si tal cosa nos debe abrumar —dijo Bernard—. Querida señora, usted es una casuista y este un caso interesante.

—¿Es algo referente al pobre Mr. Wright? —preguntó la mujer.

—¿Por qué dice «pobre Mr. Wright»? —preguntó Bernard.

—Porque me temo que no es feliz con Blanche.

—¿Cómo lo ha descubierto sin haberles visto juntos?

—Bien, tal vez me crea muy fantasiosa —dijo Mrs. Vivian—, pero fue por su modo de mirar a Angela. Ha sido tan expresivo.

—A mí me ha parecido que me miraba con amabilidad, mamá —observó Angela.

—Te miraba fijamente, hija mía. En cualquier otro me hubiese parecido desconsiderado. Pero en este caso era algo peculiar, y se veía que aún te admira —dijo su madre exhalando un suave suspiro.

«Ah, ella piensa todavía en los treinta mil al año», se dijo Bernard.

—Seguro que aún me admira —exclamó la chica riendo—. Pero eso no hace ningún daño.

—Te debió comparar con Blanche y el contraste le chocó, por supuesto.

—Seguro que no en mi favor. Si se compara nuestro aspecto, Blanche me gana por puntos.

—¡Mi pobre pequeña Blanche! —murmuró Mrs. Vivian con dulzura.

—¿Por qué me dijiste que era tan feliz con ella? —preguntó Angela, volviéndose bruscamente hacia Bernard.

Bernard se la quedó mirando un instante con las cejas levantadas.

—Nunca he visto a nadie hacer esas preguntas tan repentinas —exclamó.

—Puedes responderme con calma —replicó ella, volviéndose de nuevo.

—Fue porque te adoraba.

—No deberías haber dicho eso por pura conveniencia —dijo la chica.

Mrs. Vivian los contemplaba a ambos.

—Vosotros, que sois tan felices juntos, deberíais pensar con amabilidad de quienes son menos afortunados.

—Eso es muy cierto, señora; y nunca he pensado con tanta cordialidad en Gordon como lo he hecho este último año.

Angela se volvió otra vez.

—¿Blanche está muy mal, entonces?

—Lo verás por ti misma.

—Ah, no —dijo Mrs. Vivian—, no está mal, solo está muy delgada. Estoy contenta de que esté cerca de nosotras de nuevo. La asociación puede hacer mucho. Debemos ayudarla, Angela. Ya la ayudamos anteriormente.

—Ciertamente que está muy delgada, Mrs. Vivian —observó Bernard—, y si usted pudiese hacer que engorde un poco, le estaré tremendamente agradecido.

La futura suegra de Bernard le miró unos instantes.

—No sé si se está riendo de mí, siempre pienso que lo hace. Pero no por eso abandonaré a Blanche. Nunca abandono a alguien a quien he intentado alguna vez ayudar. Blanche debe venir a verme.

Mrs. Vivian acababa de hablar cuando las agudas vibraciones de la campanilla de la puerta resonaron en el recinto. Bernard se quedó unos instantes mirando hacia la puerta de la sala.

—¡Es el pobre Gordon que viene a hacer una escena! —avisó.

—¿Quiere decir que se opondrá a la boda? —preguntó Mrs. Vivian con aire asustado.

—¿Y qué va a hacer con Blanche? —dijo Bernard riendo.

Se oyeron voces en el vestíbulo. Angela escuchaba, atenta.

—Has dicho que Blanche debía venir a verte, mamá —exclamó Angela—. ¡Pues ya está aquí!

XXVII

En ese mismo instante la puerta se abrió de pronto y la esposa de Gordon apareció en el umbral acompañada de un caballero. Vacilante, algo ruborizada, sonriente, extremadamente hermosa, Blanche se detuvo un instante a contemplar la luminosa sala.

—¿Puedo entrar? —dijo—. ¿Puede entrar también el capitán Lovelock?

Las dos mujeres, por supuesto, fueron raudas hacia ella con grandes muestras de hospitalidad e hicieron pasar a Blanche al salón mientras Bernard procedía a saludar al capitán que, con su elevada estatura, avanzaba con cierto embarazo y tímida altivez por el lustroso suelo del apartamento de Mrs. Vivian. Hubo un cariñoso intercambio de besos entre Blanche y sus amigas y, la encantadora visitante, sin perder tiempo, comenzó a charlar con su habitual

locuacidad. Mrs. Vivian y Angela dieron a su antigua compañera una cálida bienvenida, y Blanche pidió que la disculparan por haber traído a su acompañante, aunque fuera solo como mero perro guardián.

—Su lugar es la alfombra —dijo—, capitán Lovelock: vaya y échese sobre la alfombra.

—¡Por mis muertos que estos malditos pisos franceses están llenos de alfombras! —dijo el capitán echando un vistazo a la sala de Mrs. Vivian—. ¿Sobre cuál de ellas me puedo echar?

Mrs. Vivian le dijo a Blanche que era muy amable por haber venido y Blanche le contestó que ese día no hubiese podido irse a la cama sin antes haber visitado a la querida Mrs. Vivian.

—¿Supone que debía aguardar por el hecho de estar casada? —preguntó con una leve y aguda sonrisa en sus encantadores ojos—. ¡No estoy tan casada como para eso, he de decirlo! ¿Piensa que tengo aspecto de casada y que nadie me podía haber traído aquí excepto el capitán Lovelock?

—Estoy segura de que el capitán es un escolta muy caballeroso —dijo Mrs. Vivian.

—Oh, no le ha dado miedo, quiero decir, no le ha dado miedo el recorrido a lo largo de esa temible selva de los Campos Elíseos. En cambio, al llegar aquí, sí que ha tenido miedo de entrar. El capitán Lovelock es tan modesto, ya saben, pese al éxito que ha tenido en América. Ya les hablará de su éxito en América. Se ha resarcido de la derrota del ejército británico durante la revolución. Porque el ejército inglés fue derrotado durante la revolución, ¿no? Siempre se lo digo pero él insiste en que no. ¿Qué hubiéramos debido hacer para ser libres, pues? Siempre se lo discuto: «Supongo que admite que somos libres...». Entonces desciende a lo particular y afirma que, ciertamente, soy bastante libre. Pero yo me refiero en general; desearía que ustedes le insistieran en el hecho general. Pienso que así les creería pues es consciente de que saben mucho de historia y todo eso. No quiero decir que lo hayan de hacer esta tarde, pero sí en el momento oportuno. Mr. Lovelock no quería subir aquí, quería quedarse en el coche fumando un cigarro; pensaba que a ustedes no les gustaría que viniera acompañándome. Pero yo le dije que no pensara eso, que yo daría las explicaciones pertinentes. Porque quiero que sepan que le traigo como mero sustituto. ¿Sustituto de quién? Sustituto de mi marido, evidentemente. Querida Mrs. Vivian, por supuesto le traigo cálidos saludos de Gordon, que se muere por venir a verla, pero ocurre que tiene diecinueve cartas que escribir y no se puede mover de su escritorio junto al fuego. Se supone que una esposa debe inventar excusas para su marido, «ocultar la grieta», ¿no se dice así? Pero me temo no soy una buena esposa. ¿Cree que soy una buena esposa, Mr. Longueville? Estuvo usted tres meses con nosotras,

tuvo oportunidad de saberlo. No se lo pregunto en serio porque usted nunca dice la verdad. Yo siempre lo hago; así que le digo que no soy una buena esposa. La grieta es demasiado ancha y yo demasiado pequeña. Porque, Mrs. Vivian, sé que soy demasiado pequeña, soy la mujer más pequeña del mundo. Gordon apenas me puede ver con su microscopio, pese a que, creo, es el más grande de América. Va a comprar otro aquí; es por lo que ha venido, entre otras cosas; tal vez con él me vea mejor. Le digo la verdad, Mrs. Vivian. Es mi gran virtud, no tengo otra. Una vez me lo dijo usted en Baden: que yo no decía nunca mentiras. Fue usted muy buena conmigo en Baden. —Blanche prosiguió con su constante sonrisa y con la mano puesta sobre la de su anfitriona—: Ya ve, no lo he olvidado. Por eso, para mantener mi reputación debo decir la verdad sobre Gordon. Simplemente me ha dicho que no quería venir, así de claro. Ha declinado hacerlo, simplemente, pidiéndome les diera un cordial saludo de su parte. Así que no es que esté escribiendo cartas. No sé adónde ha podido ir; quizá al teatro. No creo que le guste ir al teatro el domingo por la tarde; pero se dice que la caridad empieza en casa, y como la de Gordon no empieza allí, debe practicarla en otra parte. Le he dicho que si no quería venir ya vendría yo sola; y él me ha respondido que hiciera lo que quisiera, que él no estaba de humor para visitas. Yo tenía muchas ganas de venir aquí; todo el día he estado pensando en ello y me encanta haber venido al atardecer, sin invitación previa. Pensaba que quizá tendrían un «salón», ¿verdad que todo el mundo en París tiene «salón»? Traté de tenerlo en Nueva York, pero Gordon dijo que no podía ser. Dijo que no era nuestro estilo. ¿Es esto un «salón», Mrs. Vivian? Oh, diría que sí lo es. ¡Me encanta ver al capitán Lovelock en un «salón»! Por suerte ha venido a comer con nosotros, así que pude decirle que me acompañara. Ya le dije que lo explicaría, capitán Lovelock —añadió—, espero que le haya quedado claro.

El capitán se había puesto muy colorado durante el verboso discurso, sentado como estaba, mesándose la barba y cambiando con frecuencia de postura, puesto que con su corpulencia había tomado como asiento una pequeña silla dorada que a cada movimiento crujía levemente.

—Siempre la entiendo a usted perfectamente hasta que empieza a explicarse —dijo el capitán, riendo cándida e incómodamente—. Cuando lo hace, por Júpiter que me hago un lío. Ve usted en las cosas mucho más que nadie. ¿Verdad Mrs. Vivian?

—Blanche tiene una buena imaginación —dijo Angela sonriendo con franqueza al agradable visitante.

Cuando Blanche se embarcaba en el torrente de sus reflexiones articuladas, era costumbre en sus compañeros —en realidad era una especie de acuerdo tácito— rodearla admirativamente. Se sentaban alrededor de ella y la contemplaban, bostezando un poco a veces pero, en general, entreteniéndose

mucho y a menudo intercambiando entre ellos comentarios graciosos. Ella les miraba y les sonreía sucesivamente. Ninguno dejaba de recibir tal gratificación y eso ayudaba a que Blanche gozara de una perpetua audiencia. Por otro lado, por incoherente y arbitraria que fuese su charla, nunca aparecía tan bella como cuando improvisaba, o, sobre todo, diría yo, en las mil actitudes que adoptaba mientras lo hacía. Sin parar de moverse, en todo instante era graciosa; y cuando giraba su cuerpo y volvía la cabeza, con sus encantadoras manos que no cesaban de gesticular y sus ojos conscientes y luminosos que lo miraban todo a la vez —ojos con los hablaba más que con sus labios—, te hacía olvidar el sinsentido de cuanto decía o te lo hacía ver como parte de su particular pintoresquismo. Su actuación era infalible; en el arte de la charla sin fin había devenido perfecta. Dominaba a su audiencia y la mantenía atenta: tener ante sí doce pares de divertidas y fascinadas caras la llevaba de un disparate a otro. En esta ocasión su audiencia no le podía fallar puesto que ponía gran interés en lo que tenía que decir. El interés del capitán Lovelock, como sabemos, era perenne y, en cuanto a los demás oyentes, se hallaban sumamente interesados en asunto tan íntimamente relacionado con ella. Mientras la escuchaba con una mecánica sonrisa, Bernard no se sentía animado. Recordaba lo que Mrs. Vivian había dicho poco antes de que Blanche se presentara y no le agradaba la idea de que Gordon se hubiera pasado media jornada calibrando las diferencias entre la más interesante mujer del mundo y esta espléndida mariposa. Y es que era un contraste muy acentuado el que se establecía en relación a Angela, sentada junto a Blanche, que estaba muy quieta, con su linda cabeza algo inclinada, las manos cruzadas sobre la falda y en los labios un atisbo de inescrutable sonrisa. Mrs. Vivian se hallaba en el sofá junto a Blanche, a la que cogía de la mano cuando esta no gesticulaba.

—¡Mi querida pequeña Blanche! —murmuraba con dulzura de vez en cuando.

Estas pocas exclamaciones daban lugar a pausas más extensas de las que Mrs. Gordon se solía permitir. Pero enseguida Blanche proseguía, volcándose en mil temas sin importarle lo que se pudiese alegar.

—No tengo la menor idea de lo que vamos a hacer, ni tengo nada que decir al respecto. Gordon me dice cada día que debo decidir y entonces le pregunto al capitán Lovelock lo que piensa; porque, ya saben, él siempre piensa mucho. El capitán dice que le importa un bledo adónde vayamos, que él irá adonde vaya yo. Lo que, ya ven, no nos puede llevar muy lejos. Me gustaría quedarme en algún lugar adonde el capitán Lovelock no pudiera venir, pero él no hace nada por ayudarme. Pienso que sería mejor para él que no nos siguiera. ¿No piensa que haría mejor, Mrs. Vivian? No es que me importe lo más mínimo donde vayamos o si el capitán Lovelock nos sigue o no; no me importa nada. Mrs. Vivian, ¿no piensa que eso es muy triste? Gordon puede ir donde le

apetozca, sea San Petersburgo o Bombay.

—Hay peores sitios que Bombay —dijo el capitán Lovelock, con la autoridad de un angloindio cargado de recuerdos.

Blanche le miró con intensidad un momento.

—¡Ah, eso sí que es un coscorrón! Por la forma en que lo dice pienso que nos quiere acompañar, y cuanto más pienso en ello más creo que no puede ser. Pero hemos de ir a algún lugar del sur porque no me encuentro bien. No tengo la menor idea de lo que me ocurre, ni nadie la tiene; pero eso no importa. Lo que es cierto es que no gozo de buena salud. Una puede tener salud o no tenerla, cada caso tiene sus ventajas. Si no estás bien de salud puedes ir al extranjero. Esto lo descubrió Gordon, él siempre descubre cosas. Puesto que soy tan tonta, Gordon puede excusarme con la enfermedad. Cuando digo algo especialmente desafortunado, puede, en este caso, mirar a su alrededor y explicar que es uno de los síntomas de mi enfermedad, sobre todo puede hacerlo aquí, en el extranjero. Lo que me gustaría, Mrs. Vivian, sería pasar el invierno con usted, estar sentada aquí en el sofá sosteniendo su mano. Puede que fuera fatigoso para usted, pero creo que para mí sería estupendo. No puedo olvidar lo amable que fue antes de mi matrimonio, ese verano en Baden. Lo era usted todo para mí, usted y el capitán Lovelock. Seguro que sería feliz si no saliera jamás de esta encantadora sala. ¡La tiene tan bien decorada!, cuando vuelva a casa me decoraré una igual. ¡Y tiene usted vestidos tan bonitos! Nunca hablamos de ello, pero Angela y usted llevaban siempre mejores vestidos que yo. ¡Es usted tan discreta y seria, nunca habla de chiffons, siempre está leyendo algún libro interesante! Quisiera que me dejara quedarme con usted. Si usted lo propusiera, Gordon estaría encantado. Así ya no le molestaría más. Él podría vivir en el Barrio Latino —le encantaría— y no pensar más que en sus viejos frascos. Ya sé que no es de buen gusto reclamar una invitación —prosiguió Blanche, con una radiante sonrisa—, pero cuando se refiere a la salud de una... Una desea estar viva, ¿verdad? Una desea mantenerse en movimiento. ¡Sería tan bueno para mí, Mrs. Vivian; sería extraordinariamente bueno!

Se había ido volviendo cada vez más hacia la anfitriona mientras hablaba; al final la cogió por ambas manos y se la quedó mirando con una singular mezcla de seriedad y jocosidad. Era difícil saber si Blanche expresaba un genuino deseo o todo era un capricho momentáneo, por lo que era difícil tomarse en serio la repentina petición o considerarla una pose dramática entre otra serie de actitudes más o menos efectivas. Su sonrisa era ahora casi una mueca, estaba colorada, mostraba sus bonitos dientes; pero había un leve, apasionado temblor en su voz.

—Mi querida niña —dijo Mrs. Vivian—. Nos encantaría devolverte la

visita, nos haría felices si ello te hiciese algún bien. Pero me temo que pronto te cansarías de nosotras, y debo decirte con franqueza que va a haber un cambio en esta casa. Algo va a cambiar —continuó la buena mujer con una vacilación que en apariencia procedía del sentimiento de estar pisando terreno falso mientras miraba sonriente a Angela y Bernard.

Blanche permaneció en su sitio con su algo excitada y sin embargo inocente, demasiado inocente, mirada; sus ojos seguían a Mrs. Vivian. Por un instante se posaron sobre Bernard, quien, por alguna razón, se puso colorado y se levantó enseguida para ir a la ventana, donde permaneció mirando hacia las tinieblas externas. «¡Diablos, diablos —murmuró para sus adentros—, aún no sabe que nos vamos a casar: Gordon no se ha visto capaz de decírselo!». Evidencia clara del estado mental de Gordon la cual no parecía simplificar la situación. Tras unos instantes, mientras Bernard permanecía ahí, de espaldas —se sentía incómodo y estúpido— oyó a Blanche que continuaba con su aguda y sorprendida voz.

—Ah, ¿se van, entonces? ¿Se marchan de viaje? Magnífico, podemos viajar juntas. ¿Que no marchan? Entonces, ¿adónde van? ¿Regresan a América? Ah, no deben hacer eso cuando yo acabo de salir al extranjero: no es correcto ni amable, Mrs. Vivian, para con la pequeña Blanche. ¿No regresan a América? ¡Ah, entonces retiro eso! Pero ¿qué misterio es este? ¿Algo referente a Angela? Siempre hay algún misterio respecto a Angela. Espero que no te moleste que lo diga, querida; pero siempre me espantas. Mi marido —que te admira mucho, tú lo sabes— siempre trata de explicarme cómo eres; pero nunca lo he entendido. ¿Qué intenciones tienes? ¿Ingresar en un convento? ¿Vasa...?

De pronto, paró de hablar y soltó un fuerte grito. Bernard la oyó alzarse de golpe, así como las otras dos mujeres. También el capitán Lovelock se puso en pie. Bernard oyó el gruñido de la silla dorada. Hubo una pausa durante la cual Blanche expresó una silenciosa muestra de asombro y placer. Bernard se volvió, entonces, haciéndose una docena de rápidas preguntas.

—¿Qué estás escondiendo? ¿Por qué te ruborizas? ¡Nunca te había visto de esta manera! Pones una cara extraña, como si quisieras decirme algo. Angela, dime la verdad, ¿hay algo que deba saber? —Sin esperar respuesta alguna a estas preguntas, Blanche se abalanzó sobre Mrs. Vivian y gritó—: ¡Mrs. Vivian!, ¿se ha casado Angela?

—Mi querida Blanche —dijo Bernard, acercándose—, ¿no se lo ha dicho Gordon? Angela y yo no nos hemos casado todavía, pero lo haremos pronto. Gordon lo ha sabido esta mañana; nosotros mismos lo decidimos hace muy poco. No hay ningún misterio y solo deseamos sus felicitaciones.

—¡Bien, debo decir que lo han guardado muy en secreto! —exclamó

Blanche—. Cuando yo me casé, les escribí una carta.

—¡Por Júpiter: a mí también me escribió! —observó el capitán Lovelock.

Angela fue a ella y la besó.

—¡Tu marido no parece haberse explicado satisfactoriamente!

Cuando tuvo a Bernard frente a ella, le miró con ojos genuinamente excitados y sorprendidos, para luego darle un prolongado y exagerado abrazo.

—¿Por qué no me lo habían dicho, por qué? —empezó a decir—. Han tenido todo el día para ello: ha sido muy cruel por su parte dejarme venir aquí sin saberlo. ¿Puede haber algo más absurdo, más embarazoso? ¿No piensas que es embarazoso? ¡Ah, eres muy buena! Pero me complace, Angela, me complace muchísimo. Es maravilloso y me pregunto por qué nunca se me ocurrió pensarlo. ¿Es desde hace mucho? ¡Ah, por supuesto que lo sí! ¿Verdad que empezó en Baden? ¿Te importa que aluda a eso? ¡En Baden estábamos todos tan juntos que era difícil notar quién estaba atento a quién! Pero Bernard ha sido muy fiel, querida; te lo puedo asegurar. Cuando estuvo en América no se fijaba en ninguna otra mujer. ¡Lo sé de cierto! Tres meses en mi casa y nunca me lo dijo. Ahora sé por qué, Mr. Bernard; pero debió decírmelo entonces, con mayor motivo. Siempre quiero saber el porqué de todo, ya sabe. Por ejemplo, ¿por qué Gordon nunca me lo dijo? ¡Eso quisiera saber!

Blanche no quiso sentarse de nuevo; declaró que estaba tan excitada por la buena noticia que no podía calmarse, por lo que le era preciso marchar. Antes, felicitó a cada uno de sus amigos media docena de veces; de nuevo besó a Mrs. Vivian y casi besó a Bernard. Quería saber detalles; quería saber de las «cosas» de Angela. Por supuesto que cuando se casaran ya no, pero por el momento iba a ser muy discreta: no se interfería demasiado. El capitán Lovelock dirigió a Angela unas fragmentarias y bienintencionadas frases mientras se mesaba la barba y ponía la mirada en el pomo de la puerta, del que tiró para abrir y dejar paso a su compañera. Blanche salió entre un aleteo de exclamaciones y protestas que dejaron a nuestros tres amigos mirándose entre ellos una vez la puerta se cerró.

—Ciertamente, habría sido de mejor gusto que él se lo hubiera contado —dijo Bernard frunciendo las cejas—, así no hubiese dado a entender a los demás la poca comunicación que hay entre ellos. Esto la ha mortificado.

—El pobre Mr. Wright tendrá sus razones —sugirió Mrs. Vivian, y luego se aventuró a explicar—: Aún le interesa Angela y le debió doler haber de explicar que se iba a casar con otro.

Esto mismo había pensado Bernard, y no resultó más agradable por el modo como lo había expresado Mrs. Vivian. En cuanto a Angela, parecía

indiferente, como si no lo hubiera oído, como si estuviera pensando en otra cosa.

—Debemos, simplemente, casarnos cuanto antes posible; mañana si es necesario —dijo Bernard con cierta causticidad—. Pis lo mejor para ambos. Una vez Angela esté casada Gordon dejará de pensar en ella. Nunca permitirá que su imaginación revolotee en torno a una mujer casada. Estoy seguro de eso. No aprueba este tipo de cosas: la misma ley que rige para él la mantiene respecto a los demás.

—Eso no importa —dijo Angela.

—¿Qué quieres decir, hija mía, con que no importa?

—No me siento obligada a sentir lástima por él ahora.

—¿Ahora? ¿Es que ha sucedido algo? Siento más lástima que nunca al oír a Blanche hablar de él en ese tono espantoso.

La chica no dijo nada por un momento; luego sacudió la cabeza ligeramente.

—¿Ese tono?, ¿ese tono? Querida madre, ¿que no lo ves? ¡Blanche está profundamente enamorada de él!

XXVIII

Tal observación le pareció a Bernard extremadamente ingeniosa y digna de la fina inteligencia de su prometida; la acogió con entusiasmo y estuvo pensando en ella las siguientes veinte horas. Cuanto más la consideraba más bien pensado le parecía y al día siguiente fue a casa de Mrs. Vivian casi con el único propósito de decirle a Angela que tenía toda la razón. Le recibió su antigua conocida, la menuda femme de chambre que desde hacía tiempo le otorgaba su confianza sin ambages; y mientras estaba en el vestíbulo escuchó, procedente del salón, la voz de un caballero que hablaba con cierto énfasis, lo que hizo que se detuviera y mirase interrogativamente a la mujer.

—Sí —dijo la asistente de Mrs. Vivian—, debo decirle con franqueza que hay aquí otro caballero. Pero ¿a qué hablar? ¡Puede usted comprobarlo por sí mismo!

—¿Hace rato que está aquí? —preguntó Bernard.

—Un cuarto de hora. Lo que seguramente no le parecerá mucho al caballero.

—¿Está solo con Mademoiselle?

—Preguntó solo por ella. Yo le hice entrar al salón y Mademoiselle, tras pedir permiso a Madame, consintió en recibirle. Han estado juntos a solas,

como le he dicho, desde las tres. Madame está en su habitación. La categoría de Monsieur —añadió la clasista mujer— justifica, sin duda, que se le reciba en el salón.

Bernard estuvo de acuerdo y enseguida cruzó el umbral de la pequeña sala, cerrando la puerta tras él.

Allí vio a Angela sentada en el sofá, apoyada en el respaldo, con las manos sobre el regazo y los ojos fijos en Gordon Wright, que aparecía ante ella con actitud resuelta, hablándole con firmeza. El rostro de Angela manifestaba tristeza, casi alarma. Gordon se volvió y miró a Bernard lentamente de cabeza a pies. Nuestro héroe recordó con viveza la última mirada que le había dirigido el día antes en los Campos Elíseos y vio con satisfacción que no se repetía aquella expresión de frío horror. La cuestión, sin embargo, era si el horror había cambiado a mejor. El pobre Gordon parecía intensamente triste y profundamente agraviado. Su rostro ya no manifestaba hondo resentimiento, pero sí un inmenso reproche: un duro, irrefutable y evidente reproche. Bernard supo que no había de temer una escena violenta y sin embargo, cuando percibió lo que iba a venir, pensó que mejor que hubiera habido violencia. Gordon le ofreció la mano y antes de que Bernard tuviese tiempo de decir nada empezó a hablar de nuevo, como si continuara con la conversación que mantenía con Angela.

—¡Me has hecho mucho daño; has sido cruel! Se lo he dicho a Miss Vivian. He venido para decírselo. Aunque en realidad no quiero hacerlo. No puedo contarle los detalles. Es demasiado doloroso. ¡Tú sabes lo que quiero decir! Ya no puedo aguantar más. He pensado en marcharme, pero no puedo. Necesitaba venir y decir lo que siento. No podía soportarlo más.

La expresión de este apasionado sentimiento de agravio por parte de alguien normalmente tan contenido, tan poco dado a llamar la atención, tenía a la vez algo de conmovedor y terrible. Por un instante, Bernard, se sintió confundido y se preguntó si después de todo no era un monstruo de duplicidad. Porque era culpable de la debilidad de haberse refugiado en los que se llama, creo, en términos jurídicos, «cuestiones secundarias».

—¡No digas eso ante Angela! —exclamó con una suerte de energía artificial—. Sabes que ella no tiene la menor culpa y que solo le haces daño. El problema está entre nosotros.

Angela miró a los dos hombres y dijo:

—Me gustaría escucharos.

—¡Extraño gusto el tuyo! —exclamó Bernard.

—¡Ya sé que es algo entre nosotros! —gritó Gordon—. Y sé que Miss

Vivian no tiene culpa. ¡Es tan amable, comprensiva y buena! Es entre tú y yo donde está el agravio, ¡un horrible agravio! Yo lo veo y tú no. ¡Nunca hubiera imaginado que un día le diría tales cosas, pero tampoco que tú harías lo que has hecho! Es algo horrible, de lo más horrible, que esto haya sucedido entre nosotros, que nos teníamos por amigos, o al menos así lo creía yo, los mejores amigos del mundo. Pues ahora se ha abierto un abismo entre nosotros que nada puede colmar. Debo decírtelo, no puedo evitarlo. Ya sabes que no me expreso con facilidad, así que si digo todo esto ya puedes imaginar cómo me siento. Ya sé que hago sufrir a Miss Vivian y le ruego me perdone. Tiene tanto que perdonarme que también podrá hacerlo con esto. No puedo aceptar la situación, no puedo sentarme y dejarla pasar. Y además, no son solo mis sentimientos: es que es algo de justicia. Debo decirle a Angela que no tienes derecho a casarte con ella y le ruego, también, que me escuche a mí y te abandone.

—Mi querido Gordon, ¿te has vuelto loco? —le preguntó Bernard con una intensidad que esta vez sí fue auténtica.

—Probablemente esté loco. Me ha enloquecido la decepción y la amargura de lo que he perdido. Y a eso he de añadir la desolación de lo que he encontrado.

—¡Ah, no diga eso Mr. Wright! —suplicó Angela.

Por un momento, Gordon se la quedó mirando pero sin pensar en sus palabras.

—¿Me puede atender de nuevo? ¿Me perdonará el daño que le hice, mi estupidez, mi tontería, mi inutilidad? ¿Puede borrar el pasado y darme una nueva oportunidad? La veo, ahora, con tanta claridad como la luz de esa ventana. ¿Me permitirá empezar de nuevo?

Angela volvió el rostro y se lo cubrió con las manos.

—Me está haciendo sentir mal —murmuró.

—Estás yendo demasiado lejos —dijo Bernard—. ¿En qué situación dejas a tu esposa tras esta increíble propuesta?

Gordon volvió su suplicante mirada hacia el antiguo amigo sin un atisbo de concesión; pero por un instante, vaciló.

—¡No me hables de mi esposa; yo no tengo esposa!

—¡Ah, pobre chica! —dijo Angela levantándose del sofá.

—Hablo totalmente en serio —continuó Gordon, dirigiéndose de nuevo a Angela—. No, no estoy loco después de todo; lo que pasa es que veo con toda claridad; veo lo que debería ser; a quien ve así se le llama loco. Bernard no

tiene razón: debería renunciar a usted. Y si en realidad a usted le importara debería ayudarle a ello. Está en una posición muy falsa y no debiera querer verle en esta posición. No se lo puedo explicar aun siendo en beneficio mío; Bernard debía habérselo dicho, no es posible que no lo haya hecho.

—Se lo he contado todo a Angela, Gordon —dijo Bernard.

—¡No sé qué quiere decir con eso de que «le ha hecho mucho daño»! —exclamó la chica.

—Si él se lo ha contado todo, no hay problema en que yo también lo haga: ¡Me perjudicó escucharle, creer lo que me dijo!

—¡Pero si no me hiciste ningún caso! —exclamó Bernard—, puesto que fuiste de inmediato a implorar de nuevo a Angela.

—¡Pero me creí lo que me contaste! ¿Cuándo he dejado de creer en ti?

—Lo último que oí de Mrs. Wright fueron palabras de gran amabilidad —dijo Angela.

Dijo esto con tal seriedad y gentileza que Gordon pareció conmoverse interiormente.

—¡Ah, deme otra oportunidad! —imploró.

La pobre chica no pudo evitar seguir en el mismo tono hasta aquí adoptado.

—Si piensa tan bien de mí, trate de ser razonable.

Gordon la miró sacudiendo lentamente la cabeza.

—Razonable... ¿razonable? Sí, tiene razón al decir esto, está usted llena de razón. Pero yo también. Lo que pido está dentro de unos límites razonables.

—Los has traspasado al hablar en nombre de tu propia felicidad —dijo Bernard—. ¿Es ese un argumento suficiente para quererme privar de mi felicidad?

—¡No es la tuya, es la mía la que me has quitado! ¡Me hiciste bajar la guardia, aprovechándote de eso! Tu felicidad triunfa se ve bendecida.

—Ah —murmuró Bernard dirigiéndole una larga mirada y luego alejándose—, ¡qué bien te va que te siga queriendo tener como a mi mejor amigo!

Gordon prosiguió, dirigiéndose con pasión a Angela.

—Bernard me hizo bajar la guardia, no puedo llamarlo de otra manera. Sé que le di una gran oportunidad. Le animé, le urgí, le tenté. Pero una vez dicho lo que dijo, debió atenerse a ello. ¡No vale mantener dos opiniones, una para

mí y otra para él! Me hizo bajar la guardia. Y fue porque me resistía a ello que vine a suplicarle por última vez. Pero usted seguía intimidándome y en mi corazón le creía a él. Como digo, siempre le creí; tenía una enorme influencia sobre mí. ¡Es el más inteligente, el más hábil, el más brillante de los hombres! Y no lo pienso ahora menos que antes —continuó volviéndose a Bernard—. Al contrario, lo pienso más y no me extraña que hayas encontrado una mujer que también lo crea. ¿Qué has hecho para decepcionarme tanto? Mi fe en tu inteligencia me daba seguridad. Cuando Miss Vivian me rechazó por segunda vez y abandoné Baden, sentí una suerte de alivio. Pero enseguida me sobrevino otro sentimiento, débil en comparación con el actual pero lo suficientemente intenso como para hacerme sentir incómodo y lleno de pesar. Y para aliviar este pesar me acordaba de lo que me habías dicho y ello me infundía tranquilidad. ¡Influían tanto en mí tus palabras!

—¿Cuántas veces más hubieses debido rogar y cuántos rechazos más sufrir para otorgarme vía libre? —preguntó Bernard.

—Esa pregunta no tiene sentido, puesto que no sabías que había vuelto a pedírselo a Miss Vivian.

—Cierto, me dijiste muy poco en comparación a lo mucho que a mí me obligaste a decir.

—Te dije que haría lo que finalmente hice.

—¡Pues concédeme a mí la misma libertad!

—¡Libertad! —exclamó Gordon—. ¡Tenías todo el mundo ante ti, y otras mil mujeres para elegir!

—Yo no diría eso —dijo Angela, sonriendo un poco.

Gordon la miró un instante.

—¡Vaya!, así que él le interesó desde el principio...

—Le conocí antes que a usted —dijo la chica.

Bernard ahogó una exclamación. Lo dicho parecía iluminar retrospectivamente algo que nunca le había confesado directamente. Tan pronto Angela dijo eso se ruborizó y a Bernard le pareció tan hermoso que se esfumó para él el embarazoso aspecto de lo que la chica acababa de exponer a Gordon. Quien se les quedó mirando con fijeza para, al final, como si hubiese comprendido, decir:

—¡Ah, entonces todo ha sido un complot entre vosotros! —exclamó.

Bernard y Angela intercambiaron una mirada de compasión.

—Nos habíamos visto solo durante cinco minutos e intercambiado unas

palabras antes de yo ir a Baden. Fue en Siena, Italia. Un simple incidente que nunca te conté —explicó Bernard.

—No quise que se hablara de ello —dijo Angela.

—¡Ah, entonces usted estaba enamorada de él! —exclamó Gordon.

Angela se alejó, dirigiéndose hacia el ventanal. Bernard la siguió con la mirada durante tres segundos y luego prosiguió:

—Si fue así, no tengo razón para suponerlo. Me acusas de engañarte, pero solo me engañé a mí mismo. Me dices que te hice bajar la guardia, pero deberías decir, antes bien, que me reforzaste la mía. Por culpa de eso, incurrí en el más insensato y brutal de los autoengaños. Hasta que se disipó convirtiéndose en germen de cosas mejores. Descubrí mi error y me arrepentí amargamente. Cuando te casaste, me sentí libre.

—Ah, no me cabe duda que aguardabas eso —exclamó Gordon—. Te interesará saber que mi matrimonio es un completo desastre.

—Siento oír eso, pero no puedo hacer nada.

—Lo has visto con tus propios ojos. Lo sabes todo al respecto y no necesito decir nada.

—¡Mi querido Mr. Wright —dijo Angela, volviéndose suplicante—, en el nombre del cielo, no diga esto!

—¿Y por qué no lo habría de decir? He venido aquí precisamente por esto. He venido aquí con una intención, con un plan. Usted sabe cómo es Blanche, no pretenda, por delicadeza, simular que no. Usted sabe lo maravillosa, lo inestimable, lo devota, lo simpática esposa que es y el encanto con que ejerce de ama de casa durante todo el día. Bernard puede contárselo, nos ha observado en nuestra propia casa. —Gordon soltó una amarga risa y con el mismo aire extraño y serio continuó—: Ella me desprecia, me odia, le importo menos que los botones de sus guantes, que tampoco le importan nada. Podrá decirme que ella cumple como Dios manda y que tengo lo que merezco. Me casé con ella solo porque era tonta. Quería una esposa tonta. Pensaba que usted era demasiado lista. ¡Sí, eso era lo que pensaba de usted! Blanche sabía por qué la había escogido, y se limitó a cumplir como correspondía. ¡Que el cielo la perdone! Ciertamente cumple como esposa. Pero imagínate lo que me apreciaría de saber por qué la elegí. De todos modos, me ha decepcionado. Pensaba que tendría corazón, pero me equivoqué. Pero no importa porque todo ha acabado entre nosotros.

—¿Qué quieres decir con que todo ha acabado? —preguntó Bernard.

—Todo terminará en unas pocas semanas. Por ese motivo es por lo que me puedo dirigir a Miss Vivian con toda seriedad.

—¡Ah! Me alegra que lo dicho hasta ahora no sea serio —dijo Bernard.

—Miss Vivian, aguarde unas pocas semanas —continuó Gordon—. Deme otra oportunidad. Todo irá bien entonces: seré libre.

—¡Habla como si fuera a acabar con su esposa!

—Ella está acabando velozmente consigo misma. Quiere dejarme.

—Pobre infeliz, ¿sabe lo que está diciendo? —murmuró Angela.

—Por completo. He venido aquí para comunicarlo. Quiere dejarme y yo le voy a dar toda clase de facilidades. Se muere por tener un amante y tiene ya aguardando a uno excelente. Bernard salte a quién me refiero; no sé si usted también. Se dispuso a tenerlo tres meses después de casarnos. Fue un detalle por su parte haber esperado hasta entonces, pero no creo que ahora pueda hacerlo una o dos semanas más. Se le ha recomendado el clima del sur y estoy seguro que en un plazo de diez días querrá ir con su amigo a las playas mediterráneas. Las playas del Mediterráneo, ya lo sabe, son maravillosas y espero que le sienten muy bien. Tan pronto como marchen de París se lo haré saber; entonces usted deberá aceptar que, virtualmente, seré libre.

—No le entiendo.

—Supongo que sabe —dijo Gordon— que en nuestro país tenemos la ventaja de que los matrimonios pueden separarse legalmente.

Angela le miró y le dijo con dulzura:

—Está hablándome de divorciarse.

—Creo que lo llaman así —respondió Gordon volviéndose a mirarla con sus empañados ojos azules—. Se encargan los abogados, y si ella se marcha con Lovelock nada será más fácil de solucionar.

Angela le miraba, y Bernard le miraba también; luego, este último, volviéndose, rompió en una tremenda, irreprimible carcajada.

Gordon se la quedó observando un instante y luego le dijo a Angela con un hondo temblor en la voz:

—Era mi amigo más querido.

—Nunca te he apreciado tanto como en este instante —declaró Bernard, sonriendo todavía.

Gordon había fijado su sombría mirada de nuevo en Angela.

—¿Me comprende ahora?

Angela se volvió a mirarle un instante.

—Sí —murmuró finalmente.

—¿Y esperará y me dará otra oportunidad?

—Sí, le dijo en el mismo tono.

Bernard profirió una rápida exclamación, pero Angela le detuvo con una mirada y Gordon les miró a ellos.

—¿Puedo confiar en usted? —preguntó Gordon.

—No le defraudaré —dijo Angela.

Bernard se preguntó qué demonios quería significar Angela con lo que acababa de expresar, por lo que se limitó a añadir:

—Me someteré a su decisión.

Gordon empezó a sonreír.

—No será mucho, pienso; dos o tres semanas.

Angela no le respondió; tenía los ojos puestos en el suelo.

—Veré a Blanche lo antes posible —dijo ella inmediatamente.

—¡Fantástico! Cuanto antes la vea más me entenderá.

—Ya le entiendo suficientemente ahora. Pero me ha alterado mucho y quiero estar sola. Nos veremos a menudo de aquí en adelante.

Gordon tomó su sombrero y su bastón y vio que Bernard no hacía lo mismo.

—¿No viene Bernard? —exclamó.

—Le voy a pedir que abandone París —dijo Angela.

—¿Lo harás?

—Haré lo que diga Angela —dijo Bernard.

—Ya has oído lo que te pide; ya puedes marcharte.

—¡Déjame al menos marcharme cuando quiera! —exclamó Bernard.

Gordon fue hacia la puerta y, cuando ya la había abierto, se detuvo y miró a sus compañeros.

—Le aseguro que no será por mucho tiempo —le dijo a Angela, y se fue rápidamente.

Los otros dos se quedaron en silencio hasta que oyeron que se cerraba la puerta principal del apartamento.

—Y ahora, explícate, por favor —dijo Bernard cruzando los brazos.

Durante unos instantes Angela no le respondió; luego le dirigió una sonrisa que pareció incongruente pero que sus palabras se apresuraron a explicar.

—¡Quiere muchísimo a su mujer!

XXIX

Tal declaración fue muy efectiva, pero al principio pudo parecer que correspondía más a la capacidad satírica de Angela que a sus dotes de observación. Bajo esta luz la consideró Bernard; pero poco a poco, a medida que ella la fue exponiendo, él la fue aceptando y, al final, estaba ya dispuesto a considerarla como un triunfo de la sagacidad del mismo nivel que el otro descubrimiento de la tarde anterior, respecto al que quería felicitarla: eso obedecía a su presente visita. Sin embargo, le aportaba menos satisfacción de la que parecía producirle a su sagaz compañera; pues, como observó bastante plausiblemente, si ya no tenía a Gordon en sus pensamientos, ¿qué importaba lo que ocultaba su corazón?

—Lo que oculta su corazón y el estado de su mente son una y la misma cosa —dijo Angela—. Gordon está trastocado por su triste y falsa posición respecto a su mujer. Ella le ha tratado mal, y él, a ella, equivocadamente. Ambos están enamorados el uno del otro y sin embargo se ven forzados a ocultarlo. En absoluto está enamorado de mí; no lo está hoy más que tres años atrás. Cree estarlo porque se encuentra lleno de pena y amargura y porque la noticia de nuestra boda le ha impresionado. Pero es solo un pretexto, la oportunidad para volcar el dolor y rencor acumulado en su corazón al sentirse extrañado por Blanche. Es demasiado orgulloso para atribuir sus sentimientos a esa causa e incluso a sí mismo: necesitaba llorar, proclamar que se sentía herido, pedir justicia por el agravio; y la revelación de lo que sucede entre tú y yo, hace que lo encuentre, por supuesto, incongruente; debemos admitir que eso ha representado para él una súbita oportunidad. No, no —continuó la chica con un generoso acaloramiento en su rostro a medida que exponía una argumentación que parecía encontrar extremadamente atractiva—: sé lo que vas a decir y lo niego. No soy fantasiosa, ni irracional, sé perfectamente lo que me digo. Los hombres son tan estúpidos...; solo las mujeres saben discernir de verdad. Déjame hacer y lo conseguiré. Blanche es tonta, sí, muy tonta, pero no es tan mala como su marido piensa, y espero que este viva lo suficiente para arrepentirse de lo dicho. Ella tiene el suficiente entendimiento para sentir un gran, hondo interés por él, a la vez que su corazón está lleno de rabia y vergüenza ante el hecho de que Gordon no parezca interesarse por ella. Si él se la tomara un poco más en serio —¡qué inmensa lástima que se haya casado

con ella porque, como dice, es tonta! —. Blanche se sentiría orgullosa y se esforzaría por engrosar ese aprecio. ¡No, no, no! En realidad a ella le importa un pimiento el capitán Lovelock, te lo aseguro. Te prometo que no le interesa. Como mujer no te lo puedo decir. Ella está en peligro y si la presente situación, tal como la ve su marido, continúa, ella puede hacer la cosa horrible que él piensa. Pero Blanche lo haría por despecho y no por afecto hacia el capitán, que debe ser de inmediato apartado de ella. Ella está con él solo para atormentar a su marido y hacer que Gordon le vaya detrás. Blanche debe quitárselo de encima mañana mismo. —Angela se detuvo un instante, reflexionando con la mirada encendida—. ¡Y lo va a hacer!

Bernard la miró con incredulidad.

—¿Y cómo lo va a lograr usted, «doña Salomón»?

—Lo verás cuando regreses.

—¿Cuándo regrese? ¿Y adónde se supone que voy?

—Abandonarás París durante un par de semanas, como le he prometido a nuestro amigo.

Bernard rio airadamente.

—Mi querida muchacha, ¡eres ridícula! Tu promesa es casi tan infantil como su petición.

—Para jugar con un niño has de ser un poco infantil. ¡Mira el efecto de esa abominable pasión amorosa que me has ensalzado tanto! ¡Por culpa de eso, Gordon Wright, la persona más sensible que conocemos, se ve inmerso en la infamia! Si tú desapareces un tiempo yo podré manejar libremente el asunto.

—¡Tú sí que me manejas a mí! ¿Y a dónde puedo ir?

—A donde quieras. Te escribiré cada día.

—Eso es un incentivo —dijo Bernard—, pues nunca he recibido una carta tuya.

—¡Te escribiré cartas deliciosas! —exclamó Angela, que logró que se comprometiera a marcharse esa misma noche hacia Londres.

Acababa de suceder por lo anterior cuando se presentó Mrs. Vivian, que no pudo por menos que quedar atónita cuando le explicaron.

—¿Está seguro de que no va a abandonar a mi hija para contentar a Mr. Gordon? —hizo notar.

—¡Le doy mi palabra de que no va a ser así! —dijo Bernard.

—Te lo explicaré todo, mamá —dijo Angela—. Es muy interesante. Mr.

Wright nos ha hecho una escena espantosa. Lo que sucede entre él y Blanche es lamentable.

Mrs. Vivian abrió sus claros ojos.

—¡Hablas como si ello te encantara!

—Le encanta, y así se lo dio a entender a Gordon —dijo Bernard—. ¡No sé qué se propone! Gordon no está en sus cabales. Quiere librarse de su mujer.

—¿Librarse de su mujer?

—Repudiarla, como dicen los legalistas.

—¡Repudiar a la pequeña Blanche! —murmuró Mrs. Vivian, como si lo encontrara muy incongruente.

—Quiero volver a unirlos —dijo Angela con firme decisión.

Su madre la miró admirativamente.

—Mi querida hija, te ayudaré.

Las dos mujeres presentaban tal aspecto de misteriosa competencia en la tarea emprendida que Bernard no pudo hacer otra cosa sino desaparecer un tiempo. De acuerdo con eso marchó a Londres, en donde tenía amistades que le podían hacer el exilio más soportable. Sin embargo se encontró con pocas ganas de abrirse a ellos y se limitó a abordar tan solo recuerdos y expectativas. Notaba a faltar dolorosamente la intensa familiaridad del salón de Mrs. Vivian, que le parecía el más maravilloso lugar de la tierra —si era en verdad terrenal—, y confió a los generosos buzones que ornan bellamente las equinas de Londres un increíble número de cartas, las más voluminosas que nunca admitieran tales receptáculos. Hacia largos paseos a solas siempre pensando en Angela y su oportuno carácter de ángel auxiliador. Esta fue fiel a su promesa de escribirle a diario y resultó un verdadero ángel con su ingeniosa pluma, o así lo creyó Bernard, quien era muy exigente con la escritura de cartas. Por supuesto el tema era siempre el mismo: el éxito de su tarea respecto a Gordon. «Mamá se ocupa de Blanche mientras yo me dedico Mr. Wright. Es muy interesante». Se lo explicaba todo en detalle y Bernard lo encontró, asimismo, muy interesante: en doble sentido, pues debo confesar que debía dividir su atención entre la encantadora persona destinataria de sus afectos —y que trataba de curar una extensa llaga social con sus ligeras y delicadas manos— y la agitada, distorsionada, casi risible imagen de su antiguo amigo.

Angela le escribió diciéndole que Gordon había vuelto a verla el día después de su primera visita y había quedado muy turbado al saber que Bernard se había marchado. «Supongo que fue porque usted le insistió —le había dicho—, y no porque él lo considerara algo justo». «Le dije —continuaba Angela en su carta— que yo te había incitado pero que también tú

habías puesto algo de tu parte. Pero no pude insistir sobre este punto para no excitar de nuevo lo que hemos venido en llamar sus celos. Me preguntó que adonde habías ido, y cuando se lo dije, exclamó: “¡Ah, cómo debe odiarme!”. “Está usted equivocado —le respondí—. El siente por usted el mismo afecto que... yo”. Y entonces él me miró como si no me creyera en absoluto, como si no se creyera nada. Está muy alterado y desmoralizado. ¡Se estuvo media hora y se pasó la visita intentando congraciarse de nuevo conmigo! ¡Pobre, resultó conmovedor en su esfuerzo para ganar mi afecto! Pero aunque no logra ya agradarme, sí, en cambio, me interesa más y más, me tomo la libertad de decírtelo. Podrás pensar que todo esto es algo muy embarazoso, pero curiosamente no me costó nada. Puede que sea por lo interesada que estoy en el asunto. Probablemente sea embarazoso para él, pobre hombre, porque puedo asegurarte que no parecía un ápice más feliz al final de esa media hora, pese al privilegio de que había gozado. No habló más de ti; hablamos de París y Nueva York, de Baden y Roma. ¡Imagina la situación! No es que deba oponer resistencia alguna sino que quiero hacerle ver que conversar conmigo sobre tales asuntos no le hará sentir mejor y que debe buscar el alivio en otra parte. No mencioné a Blanche».

En la siguiente carta sí que, en cambio, habló de la esposa de Gordon. «Esta tarde, Gordon ha regresado de nuevo —decía— presentando el mismo aspecto que ayer: el mismo rostro compungido de alguien muy infeliz. Si no fuera suficientemente sagaz creería lo que dice de sí mismo y debería suponer que no era feliz a causa de que Blanche no daba muestras de querer abandonarle. Ella ha estado aquí con nosotras —no tiene idea de lo que sucede — y, con honestidad, no puedo decir que charle menos de lo habitual. Parece muy interesada en ciertas tiendas (en las que compra mucho) y especial mente en sus visitas a la modista. Mamá le ha propuesto, en vista de tu ausencia, que venga a vivir con nosotras, lo que no le ha parecido mala idea. He informado a su marido de lo que le habíamos pedido a su esposa y le he preguntado si tenía alguna objeción. “Ninguna —ha contestado—, pero no creo que lo haga”. “Por el contrario —he replicado yo—: Ha dicho que sí”. “Les dirá que sí hasta que, en el último minuto, encontrará algún pretexto para no hacerlo”. “Decididamente —le he dicho yo, entonces—: no tiene de ella buen concepto”. “Blanche me odia”, me ha contestado él, mirándome extrañamente. “Dice eso de todos —le he replicado yo—. Ayer lo dijo de Bernard”. “Ah, en cuanto a él sí que hay razones”, ha exclamado. “No trataré de responder por Bernard —he proseguido yo—, pero sí que puedo responder por Blanche. Su idea de que le detesta es un miserable engañarse a sí mismo. Le quiere más que a nadie en el mundo. Lo que ocurre es que no se entienden y si pusieran un poco de buena voluntad por parte de los dos, las cosas se arreglarían”. Pero él no ha querido escucharme, me ha cortado en seco. Viendo que le podía irritar si continuaba, lo he dejado estar. Pero no por mucho tiempo: él debe

escucharme».

Más tarde escribí que Blanche se había excusado de ir a vivir con ellas con el pretexto de que tenía mucha ropa que probarse y que si permanecía en casa de Mrs. Vivian estaría a demasiada distancia de los templos de la moda y los sacerdotes que impartían el culto. «Pero, de todos modos, viene cada día —decía Angela— y mamá está de continuo con ella; la quiere más que a mí. Mamá la escucha mucho y habla poco, y yo no puedo cuando estamos solas. Lo que dice Blanche es como si lo hubiera oído mil veces. No vemos nunca al capitán Lovelock y mamá dice que Blanche hace dos días que no habla de él. Piensa que es un buen síntoma pero yo no estoy tan segura. El pobre Mr. Wright considera un gran triunfo que Blanche se haya portado como nos había dicho. Busca un consuelo en nuestra casa que, ciertamente, no encuentra en otro sitio. Aunque el trato conmigo no le resulta el bálsamo espiritual que parecía haber esperado, y eso a pesar de que he sido con él todo lo amable y gentil que he podido. Es muy silencioso, a veces se está diez minutos sentado sin hablar y te aseguro que no es algo divertido. A veces me mira como si se dispusiese a perpetrar el número del otro día. Pero luego no dice nada y noto que no está pensando en mí, sino en Blanche. Cuanto más piense en ella mejor».

«Mi querido Bernard —empezaba otra carta—, espero que no te mueras de ennuí, etc. Las cosas siguen así, así. Ayer me pidió que le acompañara al Louvre y estuvimos viendo pinturas durante media hora. Mamá piensa que es muy extraño lo que hago y aunque está de acuerdo en que es por una buena causa, no está segura de que la causa justifique los medios. Admito que estos son muy singulares y, por lo que respecta al Louvre, nada exitosos. Nos sentamos a contemplar durante un cuarto de hora la gran Venus sin brazos sin que él dijera una palabra. Pienso que no sabía qué decir. Antes de separarnos me preguntó si tenía noticias tuyas. “Oh, sí —le contesté -cada día”. “¿Le habla de mí?”. “Nunca”, le respondí; y creo que pareció decepcionado». Y en efecto, cuando Bernard escribía a Angela, raras veces le mencionaba. «Estuvo dos días sin venir —continuaba— un fin de semana entero. Pero ayer, al anochecer, a una hora tardía para visitas, se presentó en casa. Mamá no estaba en la sala y yo estaba sola. Supe de inmediato que sufría una crisis. Al principio pensé que Blanche había hecho lo que él había predicho, pero enseguida vi que no era este el motivo, además que sabía que mamá la vigilaba de cerca. “¿Cómo he podido ser tan absolutamente idiota?”, exclamó tan pronto como entró en la sala. “Me encanta oírle decir eso —le dije—, porque no me parece que se haya comportado con cordura”. “¿Usted es la inteligencia, la amabilidad, el tacto en su más perfecta forma!”, continuó; si te he de decir la verdad, me soltó un montón de alabanzas y me felicitó en los términos más halagüeños por haberle estado aguantando durante toda la semana. “No le he tenido que aguantar en absoluto —le dije—, usted me ha

interesado”. “Sí —exclamó—, como un caso curioso de monomanía; es parte de su amabilidad decirme eso, pero sé que la he aburrido hasta la muerte, y la conclusión es que me desprecia, no puede evitar despreciarme; yo mismo me desprecio. Me tenía por un hombre como Dios manda, pero ahora veo que no: ¡soy un pobre diablo! Pensaba que sabía llevar las cosas con calma y valentía, ¡pero resulta que no puedo! Si no fuera por la vergüenza que me da, me pondría a llorar”. “No se preocupe —le dije yo—, ya sabe que es parte de nuestro acuerdo que yo no le critique”. “¿Nuestro acuerdo?”, repitió él con vaguedad. “Veo que lo ha olvidado —le respondí—. Pero no importa lo más mínimo, no es de eso de que quiero hablar con usted. Aunque le haya servido bien poco he sido extremadamente afable con usted durante una semana, pero sigue siendo tan infeliz como al principio. Hasta pienso que se encuentra peor”. “¡El cielo me perdone, Miss Vivian, creo que sí!”, exclamó. “El cielo le perdonará fácilmente; usted va por el mal camino. Para encontrar la felicidad, que le ha estado huyendo, debe tomar otra senda; debe tomar la misma dirección que Blanche; no debe separarse de su esposa”. Al escuchar el nombre de Blanche, se levantó de golpe y adoptó su habitual tono; lo sabía todo de su mujer y no necesitaba información adicional. Pero yo hice que se sentase de nuevo y que me escuchara: que me escuchara durante media hora; y al final pareció interesarse por lo que le dije. Al menos lo parecía mucho. Me estuvo mirando fijamente todo el rato y al final se le saltaron las lágrimas. Creo que me acompañó la elocuencia. No recuerdo lo que dije ni cómo lo dije —de tener que puntualizar—, ni si lo hubieras encontrado coherente de haber estado tú presente, como crítico imparcial. Lo único que sé es que, un poco más tarde, también en mis ojos había lágrimas. Le rogué que no abandonara a Blanche. Le aseguré que no es tan tonta como parece, que es una criatura primorosa y que todo lo hace pensando solo en él. Sí: se había comportado con amabilidad y bondad respecto a ella, lo sabía bien, pero desde el inicio no había sabido ocultar que la tenía por una simple y bonita gatita. Blanche quería algo más y se refugiaba en el flirteo solo para excitar sus celos y hacer que se interesara más por ella. Gordon la había querido mucho y seguía queriéndola: la quería con pasión, tal había sido mi principal argumento. Pero él no había sabido hacérselo ver al limitado cerebro de ella y había conseguido que Blanche acabara pensando algo que la atormentaba. “Le ha hecho suponer —le dije—, que en quien usted pensaba era en mí, y la pobre chica tenía celos. No es que me lo haya dicho ella en absoluto: es demasiado orgullosa y considerada. Si usted no lo ve así, yo sí lo hago. Ella ha tenido cada día de esta semana una oportunidad, pero me ha tratado como si no tuviera un grano de sospecha. Y yo lo he agradecido y lo he entendido, y me ha conmovido mucho. También debiera conmoverle a usted, Mr. Wright. Cuando Blanche supo que estaba comprometida con Mr. Longueville, experimentó un inmenso alivio. ¡Y sin embargo en ese mismo instante usted protestaba, la atacaba,

decía cosas horribles de ella! Sé cuánto desea Blanche que la admiren. Pero la admiración que más desea en el mundo es la de usted. Ella juega con el capitán Lovelock cual niña con su arlequín de madera: acciona un resorte y este levanta brazos y piernas. Tiene tantas ganas de fugarse con él como una niña de hacerlo con su Jim Crow de cartón. Si tuviera usted una charla sincera con ella, Blanche enseguida arrojaría su Jim Crow por la ventana. Le suplico muy humildemente que deje de pensar en mí. No sé qué daño piensa me ha podido hacer o hasta qué punto he sido amable para que se sienta obligado a desvivirse por mí. No soy en absoluto digna de tanta atención. Si pensó mal de mí en Baden, ni lo supe ni me importa. Y si fue así, ya ve cómo me lo tomo. Querido Mr. Wright, podemos ser buenos amigos solo con que usted me crea. Ella es tan guapa, tan encantadora, tan infaliblemente admirada. Acaba de decirme que me ha aburrido, pero, aun siendo así —pese a todas las galanterías que me ha dirigido— no sería nada en comparación en lo que yo le he aburrido a usted. ¡Si Blanche se hubiera enterado de lo que le he llegado a aburrir! Hágale ver durante media hora que ya no piensa en mí, y el resto vendrá solo. Blanche podía haberse soliviantado fácilmente conmigo. ¡Pero el modo en que ella se ha comportado conmigo es una de las cosas más bellas a que he podido asistir y ya verá usted cómo me comporto con ella en el futuro! No se vea obligado a insistir, por educación, en que no le he aburrido; no se vea obligado a ello en absoluto. Sabe perfectamente bien que el supuesto encanto de mi compañía le ha decepcionado. Yo, asimismo, he hecho lo que he podido. ¡Lo puedo afirmar con total honestidad!”. Durante un rato no dijo nada y luego señaló que yo era muy inteligente pero que no veía sentido a lo que le estaba diciendo. “Ello prueba tan solo —le dije—, que el mérito de mi conversación es menor del que usted había imaginado. Pero es igual: le he sido útil. No me contradiga: no lo sabe todavía, y es ya demasiado tarde para ponernos a discutirlo. Ya me lo dirá mañana”».

XXX

Tres días después de recibir esta última carta sobre el progreso del asunto de París, Bernard, a quien el peso del exilio en absoluto resultaba más ligero a medida que los días pasaban, fue a uno de los teatros del Strand. Sumido en la melancolía, había caminado a través de la niebla de noviembre, de las tinieblas nocturnas y de la multitud apresurada. Estaba demasiado fatigado para hacer otra cosa que andar, y se había estado diciendo por milésima vez que si era culpable de algún pecado por sucumbir a los encantos de la muchacha admirable que manifestaba tal virtuosismo en cartas de veinte páginas, su falta quedaba ampliamente expiada tras estos días de impaciencia y desconsuelo.

Prestó escasa atención a la pieza teatral; su cabeza estaba en otra parte, y mientras sus pensamientos se sucedían sus ojos miraban a todos lados. De pronto vio al capitán Lovelock sentado en una butaca junto a la orquesta y, si no se equivocaba, prestaba tan poca atención a la obra como él mismo, pese a que los ojos del capitán estaban fijos en el escenario. Tenía la cabeza un poco inclinada y la magnífica barba desplegada sobre la pechera de la camisa. Pero Bernard advirtió que su mirada traslucía cansancio y opacidad y que aunque mirase a las actrices, los encantos de estas se le escapaban. Vio que, lo mismo que él, el pobre Lovelock tenía de qué pensar y que el tedioso enamorado también sufría por la separación. Lovelock estuvo todo el rato en la misma postura. Que su imaginación no se proyectaba en la pieza, lo demostraba el hecho de que durante los entreactos seguía mirando con igual fijeza el telón bajado, Bernard pensó saludarle; pero ya he dicho que no era un momento en que se sintiera inclinado por la sociabilidad e imaginó que el capitán tampoco lo estaría, puesto que motivos más imperiosos que los suyos le habrían llevado a ese súbito viaje a Londres. Al abandonar el teatro, sin embargo, Bernard se encontró bloqueado por la multitud junto a la puerta del vestíbulo, el cual daba a la calle y ante la que se daba una gran agitación y confusión. Había empezado a llover y una áspera humedad se mezclaba con la creciente oscuridad del Strand. Finalmente, mientras se abría paso entre el apretujamiento general, advirtió que justo a su lado se hallaba el capitán Lovelock. Lovelock le vio, le miró un instante y de pronto apartó la vista. Pero enseguida volvió a mirarle; y los dos hombres se dirigieron las mutuas, inexpresivas exclamaciones que pasan por significar un saludo entre caballeros de raza anglosajona en sus momentos de máxima autoconciencia.

—Ah, ¿está usted aquí? —dijo Bernard—. Le hacía en París.

—No, ya no estoy en París —respondió Lovelock con cierta sequedad—. Me he cansado de ese sucio rincón.

—Ya veo —dijo Bernard—. Excúseme mientras abro mi paraguas.

Abrió el paraguas y nada más hacerlo vio al capitán que, desde dentro de un cabriolé, le hacía un saludo con los dedos. Cuando regresó al hotel encontró una carta con letra de Gordon Wright en el sobre y que decía lo siguiente: «Creo que por tu culpa me estoy volviendo loco. ¡En nombre del cielo, regresa a París! G. W.».

Bernard no supo si interpretar esas palabras como una declaración de guerra o una esperanza de paz, pero no perdió tiempo en obedecer lo que se le pedía. A la mañana siguiente partió para París y, por la tarde, tras asearse y comer a toda prisa, fue a casa de Mrs. Vivian. Esta dama y su hija le brindaron una bienvenida que no sé si le satisfizo pero al menos sirvió para aliviar las aún abiertas llagas de la separación.

—¿Qué hay de Gordon? —preguntó enseguida.

—Hace tres días que no le vemos —respondió Angela.

—Se ha curado, querido Bernard; era lógico que ocurriera. Angela ha estado maravillosa —declaró Mrs. Vivian.

—Deberías haber visto a mamá con Blanche —dijo la hija sonriendo—. Algo de lo más notable.

Mrs. Vivian también sonrió con afabilidad.

—¡La querida pequeña Blanche! El capitán Lovelock se ha ido a Londres.

—Sí: me dijo que era un sucio agujero. Ah, no —añadió Bernard—. Lo digo mal.

Pero poco importaba. Avanzada la noche, al regresar al hotel, Bernard se quedó mirando el fuego. No había empezado a desvestirse: pensaba en un montón de cosas. Inmerso en sus cavilaciones, golpearon a la puerta, esta enseguida se abrió y apareció Gordon Wright echándole una mirada que Bernard le devolvió antes de dejarle pasar. Gordon entró, fue hacia él y le ofreció la mano. Bernard se la estrechó con gran satisfacción; empezaba a experimentar cansancio de esa ridícula disputa, por lo que resultó un gran alivio ver que había concluido.

—Estuvo muy bien por tu parte irte a Londres —dijo Gordon mirándole con toda la anterior franqueza de sus ojos.

—Siempre he tratado de hacer lo justo para que te sientas agradecido —respondió sonriendo.

—Debiste maldecirme bien mientras estuviste ahí —continuó Gordon.

—Lo hice un poco. Y tú debías de maldecirme aquí. Era lógico.

—Todo ha acabado, ya —dijo Gordon—. He venido a darte la bienvenida en tu regreso. No podía irme a dormir sin antes hablarte.

—Estoy contento de haber vuelto —admitió Bernard, todavía sonriendo—. No lo puedo negar. Y te encuentro como creía lo haría —añadió, luego, con seriedad—. Sé que Angela hará que conservemos nuestra amistad.

Durante unos instantes Gordon no dijo nada. Luego, finalmente continuó:

—Por ese mismo motivo no importa quién se case con ella. De haber sido yo —añadió— ella hubiese hecho que lo aceptaras.

—¡Ah, eso no lo sé! —exclamó Bernard.

—Yo sí estoy seguro —dijo Gordon con gravedad, casi argumentando—. Es una mujer extraordinaria.

—Hacer que continuemos siendo buenos amigos es algo notable. Pero nada en comparación a que tú y tu mujer seáis buenos amigos.

Gordon miró a Bernard por un instante; luego fijó unos momentos los ojos en el fuego.

—Sí, es lo mejor de todo. Un hombre debe valorar a su mujer. Debe creer en ella. La ha aceptado y la debe mantener, especialmente cuando hay mucho de bueno en ella. Fui un solemne estúpido el otro día —continuó—. No recuerdo lo que dije. Fue muy poco consistente.

—Me pareció inconsistente, sí —dijo Bernard—, pero un hombre tiene derecho a ser estúpido un rato, una vez en su vida, y tú tampoco te propasaste.

—Bien, por una vez en la vida he sido estúpido... he completado el cupo. —Gordon tomó en ese momento su sombrero y se quedó contemplando la parte superior del mismo para luego fijar de nuevo la mirada en Bernard—. Pero hay una cosa. Espero que no te importe te la diga. Vuelvo a sostener la antigua opinión respecto a Miss Vivian.

—¿La antigua opinión?

El prometido de Angela Vivian frunció un poco el ceño.

—Sí, la de que no es una persona sencilla, sino muy extraña.

Bernard dejó de fruncir el entrecejo y manifestó una casi vehemente sonrisa.

—¡Dime que no te gusta! Será algo fenomenal.

Gordon sacudió la cabeza, y él, también, sonrió un poco.

—No es verdad. Es maravillosa. Y si no me gustara, lucharía contra ello. ¡Tu mujer nunca podrá disgustarme!

Cuando se fue, avanzada la noche, Bernard permaneció un rato en la cama meditando, soltó una carcajada en las tinieblas y recordó esa última frase.

Por la mañana vio a Blanche puesto que fue a visitar a Gordon. Este no estaba en casa, pero charló un cuarto de hora con su mujer, cuya conversación no parecía en absoluto afectada por nada de lo ocurrido.

—Espero que disfrutase de su estancia en Londres —le dijo—. ¿Fue a comprarle a Angela un collar de diamantes en Bond Street? No me diga: ¿no compró nada?, ¿no entró en ninguna tienda? ¿Entonces para qué fue a Londres? Perdona mi curiosidad, me parece bastante halagador. Yo no sé nunca nada hasta que me lo dicen. No tengo capacidad de observación. Supe que usted había ido a Londres, oh sí, eso me llamó la atención. Y me pareció muy extraño dadas las circunstancias. ¡Su amigo más íntimo llega a París y

usted decide al día siguiente hacer un pequeño viaje! No me gusta ver que se trata así a mi marido. No creo que él le haya hecho nunca algo así. Y si no se ha quedado por Gordon, al menos podía haberlo hecho por Angela. Nunca he oído nada más monstruoso que un caballero que abandona al objeto de su afecto al día siguiente de comprometerse, sin ningún motivo evidente. Ah, ¿no fue el día siguiente? Bien, fue poco después, de cualquier modo. Angela no me pudo decir por qué se había marchado. Me dijo que era «para cambiar de aires». ¡Bonita razón! Ella parecía muy avergonzada de usted y yo también. Enviamos, pues, al capitán Lovelock a que fuera a buscarle. ¿No ha venido con él? Ah, pues mucho mejor. Todavía debe andarle buscando y como no es muy sagaz, le llevará algún tiempo. Queremos que esté ocupado; no aprobamos su continua ociosidad. Sin embargo, por mi parte, me alegré de que usted no estuviera. Así pude pasar mucho tiempo en casa de Mrs. Vivian: no me hubiera sentido muy cómoda sabiendo que usted estaba ahí haciéndole la corte a Mademoiselle. No me hubiera parecido discreto. Ya sé lo que me va a decir: que es la primera vez que me oye que deseo evitar una indiscreción. Es un gusto que he tomado últimamente, por la misma razón que usted fue a Londres, para «cambiar de aires». —Aquí Blanche se detuvo un rato apreciable y luego añadió—: Bien, debo decir que no conozco nada más entrañable que el influjo de Mrs. Vivian. ¡Espero que mamá no se decepcione en esta vez!

La siguiente ocasión que Bernard vio a las dos damas, les dijo que estaba sorprendido por el modo en que mujeres inteligentes como ellas incurrieran en responsabilidades morales.

—Nos gustan —dijo Mrs. Vivian—. ¡Nos producen suma satisfacción!

—Bien —dijo Bernard—. Por nada del mundo querría tener sobre mi conciencia la reconciliación del pobre Gordon con Blanche.

—No hables mal de Blanche —declaró Angela—. Ha sido un pequeño milagro.

—Todo irá bien, querido Bernard —añadió Mrs. Vivian con dulce autoridad.

—Le he cogido un gran afecto —continuó Angela.

Bernard soltó una leve risa.

—Tenía razón Gordon en lo último que me ha dicho. ¡Eres muy extraña!

—Puedes engañarme cuanto quieras, que yo no diré nunca una mala palabra contra Gordon.

Y así sería en el futuro, aunque no ha quedado registrado que Bernard se aprovechase en gran medida del permiso que le fue otorgado en relación a esa

advertencia.

La salud de Blanche cambió a bien en unos pocos días, de acuerdo con lo que ella contó; pero su esposo pensaba todavía que debían pasar el invierno bajo un buen sol y poco más tarde informó a sus amigos que ambos habían acordado realizar un viaje por el Nilo, lo cual, para una muy bien avenida pareja, era un agradable pasatiempo. Para cumplimentar esa expedición del modo más conveniente debían partir hacia El Cairo sin pérdida de tiempo y por este motivo estaba seguro de que Bernard y Angela entenderían fácilmente que no estuviesen presentes cuando se casasen. La feliz pareja lo entendió perfectamente. La boda se celebró con la máxima sencillez. Y si bien Gordon no pudo asistir, su mujer y él compraron para Angela un regalo de bodas, un collar de perlas de las mejores que ofrecía la rue de la Paix, y cuando llegaron al Cairo, mientras aguardaban a que su drogmán diese la orden de salida, aún encontró tiempo para, pese a las servidumbres que le imponía la copiosa correspondencia que hemos mencionado varias veces en este relato, escribirle la carta más extensa que jamás le habría escrito. Una carta que le llegó a Bernard en plena luna de miel.